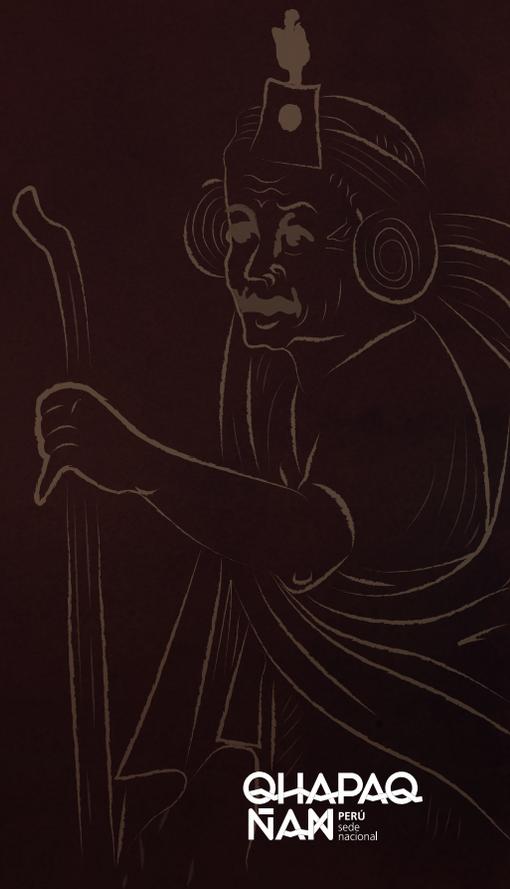


Caminando en los Andes: aportes arqueológicos e históricos desde Sudamérica

Qhapaq Ñan III, Taller
Internacional en torno al
Sistema Vial Inkaico

TOMO I

Ministerio de Cultura del Perú.
Lima, 6-9 de noviembre de 2019



QHAPAQ
ÑAN PERÚ
sede
nacional

Caminando en los **Andes: aportes arqueológicos e históricos desde Sudamérica**

Qhapaq Ñan III, Taller
Internacional en torno al
Sistema Vial Inkaico

TOMO I

Ministerio de Cultura del Perú.
Lima, 6-9 de noviembre de 2019

Ministra de Cultura

Leslie Carol Urteaga Peña



Viceministra de Patrimonio Cultural e Industrias Culturales

Janie Marile Gómez Guerrero

Secretario Técnico del Qhapaq Ñan - Sede Nacional

Luis Elías Lumbreras Flores



Editado por:

MINISTERIO DE CULTURA

Proyecto Qhapaq Ñan - Sede Nacional

Avenida Javier Prado Este 2465, San Borja, Lima 41

Teléfono (511) 6189393 / anexo 2651

E-mail: qhapaqnan@cultura.gob.pe

www.cultura.gob.pe

Qhapaq Ñan III, Taller Internacional en torno al Sistema Vial Inkaico (Ministerio de Cultura del Perú. Lima 6-9 de noviembre de 2019). Caminando en los Andes: aportes arqueológicos e históricos desde Sudamérica

Primera edición impresa, mayo 2023

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2023-01953

ISBN 978-612-4391-83-5

Edición

Sergio Barraza Lescano

Diseño y diagramación

Lorena Mujica Rubio

Impresión

PRESS OFF GRAPHICS E.I.R.L.

Av. México 2513 interior A, urbanización San Pablo, La Victoria, Lima.

1000 ejemplares



Contenido

8 Introducción

Parte 1 QHAPAQ ÑAN EN ARGENTINA

- 15 Pablo Adolfo Ochoa**
La Quebrada de Humahuaca y el Tawantinsuyu: contribuciones a partir del estudio de las rutas transversales inkas en los territorios distantes del Imperio

- 41 Beatriz N. Ventura**
Espacios de producción, circulación y refugio: los valles orientales del norte de Salta (Argentina) durante el Tawantinsuyu y la Colonia Temprana

- 69 Christian Vitry**
El camino inca Calchaquí-Tastil: nuevos aportes cuarenta años después de John Hyslop

- 95 Verónica Isabel Williams, María Cecilia Castellanos, Elisa Benozzi, Sonia L. Lanzelotti, Luis V. J. Coll, Kevin Lane y Carolina Orsini**
Atajos inkas: caminos, GIS y modelos de menor costo en el valle Calchaquí, Salta, Noroeste Argentino

- 119 J. Roberto Bárcena**
Nota sobre avances de nuestras investigaciones de la dominación inkaica en el centro oeste de Argentina

Parte 2 QHAPAQ ÑAN EN BOLIVIA

- 161 María de los Angeles Muñoz Collazos**
Reflexiones sobre los caminos inkas en Pocona y sus implicaciones

Parte 3 QHAPAQ ÑAN EN COLOMBIA

- 189 Alejandro Bernal Vélez**
Entre “caminos reales” y “caminos de herradura”. Reflexiones sobre el estudio de los caminos en Colombia

- 215 Gustavo González**
Entre montaña, piedemonte y selva. Caminos antiguos desde y hacia el Putumayo (Colombia)

- 239 Ana María Groot Sáenz**
“Cuando el río suena, piedras lleva” ¿los inkas incursionaron por el sur de Colombia?

- 257 Zdena Isabel Porras Jandová**
Recuento histórico sobre el camino de Engativá

Parte 4 QHAPAQ ÑAN EN ECUADOR

- 279 Mary Beatriz Jadán Veriñez**
El Camino de la Cordillera de Chilla y otras redes transversales del Qhapaq Ñan en el territorio de los señoríos cañari



Introducción

LUIS E. LUMBRERAS FLORES

SECRETARIO TÉCNICO QHAPAQ ÑAN
SEDE NACIONAL - PERÚ

Todos los caminos han activado siempre mecanismos de interacción entre grupos humanos diversos y crean, como consecuencia de ello, nuevos espacios sociales que propician encuentros interculturales, intercambios de saberes y tecnologías, experiencias espirituales, ritualismo, etc. Es así que, la evolución histórica de nuestros países andinos muestra el desarrollo de un conjunto de territorios en los cuales los caminos no solo definieron rutas específicas de producción, de oficios militares o de actividades comerciales, sino que, sobre todo, sirvieron para una constante y fluida comunicación entre los diversos pueblos, logrando incluso difuminar sus límites fronterizos.

La obra que se publica en esta oportunidad es el resultado de un conjunto de investigaciones y reflexiones sobre los países andinos de Argentina, Bolivia, Colombia y Ecuador, en los que el factor común es la presencia de la viabilidad en los caminos del Qhapaq Ñan y su asociación directa con otros componentes de la logística caminera, como son los sitios arqueológicos asociados o los escenarios naturales -algunos de ellos considerados espacios sacralizados- que definen al parecer la funcionalidad social de este conjunto de rutas camineras.

Es así como observamos la trascendencia de los caminos transversales en la quebrada de Huamahuaca, en Argentina, donde con su construcción y uso se logró interconectar la puna, los valles orientales y la ceja de selva, configurando así rutas que otorgaron a los caminos funciones productivas, militares y rituales, en los que jugó un rol fundamental la dicotomía entre santuarios de altura y huacas locales o la presencia de tambos asociados a estos caminos. Los trabajos presentados por Pablo Ochoa y Beatriz Ventura así lo demuestran.

Del mismo modo, se destaca la presencia inka a través de caminos y senderos localizados en la zona norte de Salta, frontera oriental del Tawantinsuyu, mostrándose evidencias de espacios residenciales y productivos notables, entre estos últimos se mencionan aquellos de producción agrícola, minera y ganadera, y se incluye un análisis sobre las estrategias de apropiación de espacios de circulación diversos, a partir de senderos que aprovecharon coherentemente recursos vinculados a los bosques y selvas orientales, destacándose la presencia de poblaciones de *mitmas* y de orejones del Estado Inka.

La lectura de la información y análisis proporcionados por Christian Vitry y Roberto Bárcena, respecto a los estudios realizados en los últimos años sobre los caminos inkas y el sistema del Qhapaq Ñan en el valle del Calchaquí y en la zona centro oeste de la Argentina, no solo confirman muchas de las observaciones planteadas hace varios años por John Hyslop, quien también recorrió y estudió la zona, sino que aportan novedosos resultados como producto de las investigaciones efectuadas en los últimos treinta años. Ambos destacan el rol que jugó la red vial y la utilización de rutas locales preexistentes como un hecho fundamental para entender el equilibrio de poderes durante el período dominado por el aparato político de los inkas.

Es destacable, asimismo, el análisis que realiza el equipo de trabajo compuesto por Verónica Williams, María Cecilia Castellanos, Eliza Benozzi, Sonial Lanzelotti, Luis Coll, Kevin Lane y Carlolina Orsini sobre los caminos localizados en el valle del Calchaquí, en el Noroeste Argentino, identificando que la estrategia inka incluyó la posibilidad de cambiar la lógica de circulación respecto a las poblaciones locales, utilizando un sistema de “asociación” de caminos con rutas preexistentes e incorporables exprofesamente a la red de conexión o usando el sistema de “exclusión”, es decir, ignorando las rutas preexistentes o sustituyéndolas por otras nuevas diseñadas bajo un esquema inka. Es importante destacar la metodología de trabajo que se aplicó, pues el estudio demuestra la eficacia de elaborar “modelados” que permitan identificar potenciales espacios de circulación “óptima”; esta valoración probabilística, sustentada en una matriz numérica conformada por una base de datos sólidamente elaborada, demuestra en este caso su aplicabilidad con interesantes márgenes de éxito.

La investigadora María de los Ángeles Muñoz, en su estudio focalizado en la región de Pocona, en Bolivia, explica la recurrencia de un conjunto de elementos y rasgos que evidencian la capacidad de control y manejo político a grandes distancias que desarrollaron los inkas a través de formas concretas de poder. Al presentar sus resultados, destaca la gran capacidad de parte de la estrategia imperial para reorganizar economías locales y controlar una gran diversidad de recursos a través de eficaces sistemas fácticos de poder, en los que, obviamente, el sistema de caminos del Qhapaq Ñan resultaba crucial. Es interesante además resaltar que, en su análisis, los patrones imperiales se enfocaban en asegurar el dominio de territorios que incorporaban paisajes culturales complementarios para la generación de excedentes productivos, como los observados para los valles y las yungas; destaca también el rol que debió cumplir en este esquema el sitio de Inkallajta, que para el caso local podría haberse asemejado al del Cusco, al replicar el modelo de convertirse en el inicio o centro desde el que se distribuía una red de caminos que incorporaban otros complejos arqueológicos como los de Incarracay y Cotapachi, este último con sus 2500 *collcas* para el almacenamiento de productos.

Los estudios en algunas regiones localizadas al sur y oriente de Colombia, desarrollados en los trabajos de Alejandro Bernal, Gustavo Gonzáles, Ana María Groot y Zdena Porras, destacan la presencia de incursiones inka en las regiones de Nariño y el Putumayo, con evidencias notables de caminos vinculados al Qhapaq Ñan. En cada uno de estos casos, se menciona el rol fundamental cumplido por los caminos dentro de los procesos históricos experimentados en todo el territorio colombiano; es así que resulta trascendente, para diversas épocas y regiones (por ejemplo en la zona de la Tairona, en Calima, en la Región del Cauca, etc.), la utilización de las vías prehispánicas y post-hispánicas, a fin de ir definiendo territorios históricos, así como en la construcción de la historia de las comunidades indígenas y de los efectos provocados por el proceso de colonización euro-occidental. Interesante visión de cómo desarrollar un enfoque integral de la historia larga de los pueblos a partir de un elemento integrador (y a veces desintegrador) como lo son los caminos.

Finalmente, es de resaltar el trabajo presentado por Mary Beatriz Jordán, quien describe con mucha rigurosidad la evidencia de un proceso sistemático de control y poder político de los inkas en

territorios dominados por importantes formaciones económico-sociales locales como es el caso de los cañaris; asimismo, muestra que se llevó a cabo la reutilización de caminos locales ancestrales y la instalación de nuevas construcciones sobre estos, a fin de fortalecer nuevos destinos de interés, como fue el de las conexiones hacia la costa ecuatoriana. En estos casos, el Qhapaq Ñan se convirtió en un nuevo eje dinamizador de control político y de reorganización económica en territorios con procesos históricos arraigados de ancestralidad.

En general, los estudios que integran este tomo ofrecen la gran oportunidad de encontrar información de calidad, además de un conjunto de propuestas presentadas a manera de hipótesis de trabajo, a fin de que nuevas investigaciones optimicen los resultados logrados a la fecha. La publicación de los trabajos presentados en este encuentro de especialistas en caminos prehispánicos resulta trascendental para la construcción de una propuesta integral y científica sobre el rol y la funcionalidad social de la red vial andina denominada Qhapaq Ñan.

PART 1

**Qhapaq Ñan
en Argentina**



La Quebrada de Humahuaca y el Tawantinsuyu: contribuciones a partir del estudio de las rutas transversales inkas en los territorios distantes del Imperio

PABLO ADOLFO OCHOA

INSTITUTO INTERDISCIPLINARIO TILCARA,
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES,
ARGENTINA

En los Andes Meridionales y Septentrionales, los estudios sobre las redes viales prehispánicas han avanzado considerablemente en los últimos años. La Quebrada de Humahuaca, una de las áreas culturales más importantes del Noroeste Argentino, ubicada geográficamente en una región distante y constituida para momentos del Tawantinsuyu como frontera, se presenta como un destacado caso de estudio para abordar las distintas políticas coordinadas aplicadas por el Imperio en los territorios distantes que fueron anexados a sus dominios. Las rutas transversales prehispánicas que atravesaron a la Quebrada, y que vincularon tierras altas con tierras bajas, presentan en distintos sectores trayectos de Qhapaq Ñan que evidencian la importancia que tuvo esta región durante la conquista del Collasuyu.

Introducción

En la última década, las investigaciones sobre las rutas prehispánicas andinas han progresado de un modo notable haciendo referencia en su agenda a distintas problemáticas que aún se encuentran sin resolver. El desarrollo de esta línea de investigación a lo largo del siglo XX fue abordada por algunos estudiosos pero no constituyó un tema de interés que convocara grandes proyectos, convirtiéndose de esta manera en una importante área de vacancia, que recién comienza a ser considerada a partir de la primer década del siglo XXI, en el marco del Proyecto Qhapaq Ñan.¹ Fueron los pioneros trabajos de John Hyslop (1992),

a partir de la década de 1980, los que marcaron el punto de partida hacia lo que podríamos definir como una Arqueología de los Caminos, convirtiéndose quizás en el primer proyecto de investigación académico con el objetivo de estudiar la red vial inkaica. No obstante, este enfoque con un marco teórico y una metodología específica, basada en la prospección sistemática de los caminos, toma como base y punto de partida los trabajos ya realizados en décadas anteriores sobre el estudio de las redes viales prehispánicas en los Andes (Regal 1936; Strube Erdmann 1964). Estas investigaciones, si bien se focalizaron en los estudios de los caminos inkaicos y abordaron distintas regiones de lo que fue el Tawantinsuyu² —principalmente en Perú—, los Andes del Sur fueron de los territorios menos considerados.

No obstante, en el Noroeste Argentino, la Quebrada de Humahuaca emplazada en la provincia de Jujuy, sobre el borde oriental de los Andes Surandinos, se constituye como una de las regiones que despertó el interés de los arqueólogos desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. La densa ocupación prehispánica de esta región, evidenciada por más de quince poblados que se vinculan por caminos con grandes extensiones de campos de cultivo, provocó un continuo desarrollo de las investigaciones de forma casi ininterrumpida, convirtiendo a esta región en una de las áreas culturales donde se originó la Arqueología Argentina.

Con más de cien años de intervenciones arqueológicas (Ambrosetti 1912; Debenedetti 1930), se abordó un amplio conjunto de líneas de investigación que afrontaron problemáticas

complejas a lo largo del siglo XX y siguieron los distintos paradigmas que atravesaron a la disciplina. Estos últimos se focalizaron en diversos procesos sociales prehispánicos. Fue a partir de finales del siglo XX que los estudios sistemáticos sobre los caminos ancestrales que se emplazaron y atravesaron a la Quebrada comenzaron a desarrollarse de manera parcial (Raffino 1981). A partir de este momento, las investigaciones sobre las rutas de interacción llamaron la atención de algunos arqueólogos quienes esbozaron los primeros diagramas de la red vial inkaica en el Noroeste Argentino (Bárcena 1979; Raffino 1981; Schobinger 1982).

En respuesta a lo recién mencionado, en este trabajo presento los resultados de las investigaciones realizadas en los últimos años en la Quebrada de Humahuaca, efectuados sobre las rutas transversales inkas que vincularon tierras altas con tierras bajas. A partir de los datos recuperados en el terreno, el objetivo de esta contribución es discutir y reflexionar sobre el emplazamiento del Qhapaq Ñan –Camino del Inka— en los territorios distantes del Imperio. Esta región, ubicada en el borde sudoriental del Collasuyu, a pesar de encontrarse próxima a un sector de frontera, ha sido propuesta como un ejemplo particular de provincialismo inka (Ochoa 2020; Ochoa y Otero 2020), donde se desplegó un importante grado de intervención política que podría equipararse al registrado en algunas áreas nucleares del Imperio. En muchos casos, las políticas coordinadas aplicadas dependieron de los avances y desarrollos tecnológicos de los grupos que habitaron los territorios anexados, donde la disponibilidad de los recursos, la mano de obra y la organización sociopolítica modelaron distintas variantes en los tipos de intervención. En este sentido, son

las diversas técnicas constructivas aplicadas al sistema de camino y el destacado nivel arquitectónico utilizado para la construcción de diferentes trayectos los que pueden evidenciar el preponderante papel que cumplió el Qhapaq Ñan en regiones periféricas y marginales del Tawantinsuyu.

Este sistema de caminos emplazado en la Quebrada de Humahuaca e incorporado a las esferas estatales durante la conquista del Collasuyu se presenta como un buen caso de estudio para indagar, reflexionar y discutir sobre problemáticas complejas. Me refiero al carácter simbólico, ritual y material de las rutas de interacción prehispánicas. Más aun teniendo en cuenta que los territorios distantes del centro del Imperio se caracterizaron por presentar distintos niveles de control e integración sobre las poblaciones locales (Hyslop 1990; Uribe 1999-2000).

Contexto geográfico

El área donde se desarrolla esta investigación abarca la Quebrada de Humahuaca y las sierras y serranías que la enmarcan (figura 1). La Quebrada, con más de 100 kilómetros de extensión se presenta como un corredor natural que se interpone entre el borde oriental del macizo andino y las cejas de selva de la provincia de Jujuy. En los cordones montañosos que la encauzan, que en muchos casos superan los 5000 m s. n. m. se han emplazado caminos que constituyen las vías naturales más cortas entre tierras altas y tierras bajas en los Andes circumpuneños (Tarrago 2013). De los sectores superiores de estas sierras y serranías que delimitan a la Quebrada, nacen quebradas tributarias que desembocan en el río Grande de Jujuy. Estas últimas, desde tiempos

¹ El Qhapaq Ñan o Sistema Vial Inkaico fue nominado Patrimonio Cultural de la Humanidad el año 2014.

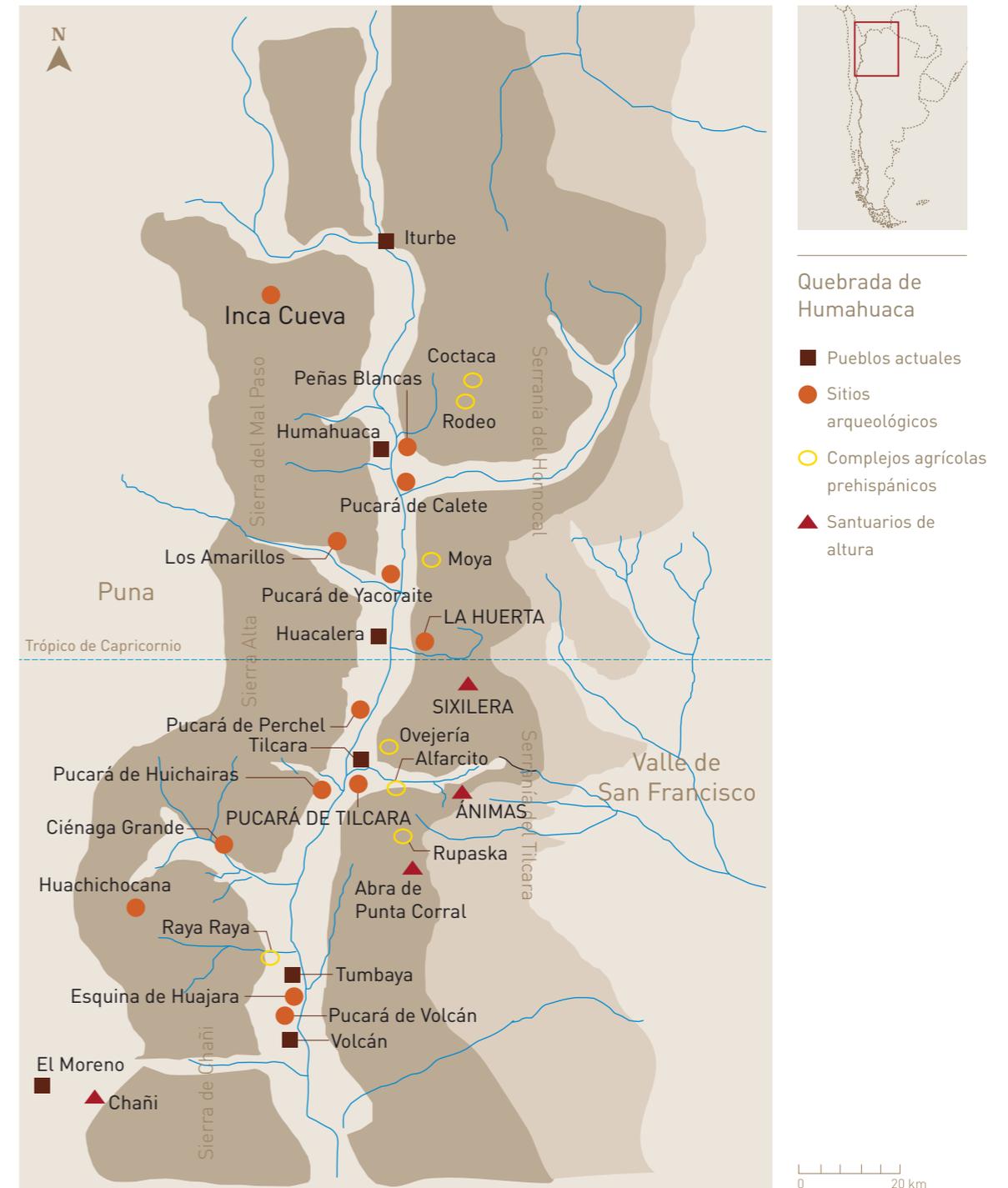
² Tawantinsuyu fue la denominación que recibió el Imperio Inka, que en quechua significa cuatro partes (Collasuyu, Antisuyu, Chinchaysuyu y Contisuyu).

prehispánicos, han sido utilizadas como vías naturales de tránsito (Albeck 1992) y sobre ellas se han emplazado las principales vías de interacción. Al oeste, la sierra de Chañi, la Alta y la del Mal Paso separan a la Quebrada de Humahuaca de la puna de Jujuy, mientras que al este las serranías de Tilcara, del Hornocal y de Zenta la separan de los valles orientales y cejas de selva del Chaco Salteño.

Dentro de los aspectos teóricos de la Arqueología de los Caminos o Vial, considero los criterios de visibilidad e invisibilidad propuestos por John Hyslop (1992) y la arquitectura arqueológica como base empírica y principal evidencia para estudiar los caminos prehispanicos. Sin embargo, un aspecto que hay que tener en cuenta son las propuestas planteadas en las últimas décadas desde la Arqueología Internodal (Núñez y Nielsen 2011), que puntualizan en la idea de nodos e internodos, poniendo énfasis en la ritualidad del tráfico como principal práctica social desarrollada a lo largo de estos espacios vacíos, considerados internodales. A simple vista, se aprecia que ambas arqueologías de los caminos comparten la idea de que en las zonas ocupadas densamente en tiempos prehispanicos, muchas de ellas turísticas en la actualidad y consideradas nodales, las evidencias sobre los caminos prehispanicos serían escasas o parciales. Contrariamente, en las zonas alejadas, desérticas, despobladas, marginales y periféricas, consideradas internodales, los caminos prehispanicos se encontrarían en la actualidad en reuso y mantenidos por las comunidades locales, o abandonados pero en buen estado de conservación. Estas nuevas tendencias sobre el estudio de caminos prehispanicos han generado nuevos enfoques teóricos y metodológicos (Chaltana *et al.* 2017) para abordar algunas de las complejas problemáticas que surgen de los estudios viales.

Partiendo desde este punto de vista, vemos que ambas arqueologías de los caminos comparten aspectos en común. Los dos enfoques mencionados han abordado problemáticas compartidas desde objetivos de investigación diferentes. La primera propuesta ha sido desarrollada en todos los países que conformaron el Tawantinsuyu a partir de 1975, a excepción de Colombia, y ha tomado en consideración los valiosos aportes de la etnohistoria, mientras que la segunda, que tiene como escenario los Andes del Sur, comienza a dar sus primeros pasos a partir de la década de 1990, consolidándose a principios del siglo XXI. Si bien ambos enfoques comparten aspectos metodológicos para alcanzar los objetivos planteados, quizás una de las principales diferencias sea el rango cronológico al que apuntan en sus estudios, focalizándose la Arqueología Vial en sociedades estatales y la Arqueología Internodal en sociedades preestatales. Asumiendo que la historia ocupacional de la Quebrada se remonta a 10 000 años de antigüedad y que los caminos no solo fueron utilizados durante todos los procesos sociales prehispanicos—preestatales y estatales—, sino que además también fueron usados en momentos coloniales y republicanos, y en algunos casos se siguen reutilizando en la actualidad, en este trabajo voy a armar un marco de referencia que contempla aportes de distintas disciplinas, entre ellas: la etnohistoria, la antropología y la arqueología. Estudiar los caminos a través del tiempo contempló aportes de ambas arqueologías de los caminos, tanto de los enfoques incipientes internodales basados principalmente en la ritualidad del tránsito, como de los enfoques viales tradicionales que utilizan a la arquitectura arqueológica como principal evidencia empírica. Algunas de las rutas prospectadas superaron los 100 kilómetros de extensión, vinculando de

Figura 1. Mapa de la Quebrada de Humahuaca donde se muestran los pueblos actuales y los principales sitios arqueológicos de la región.



forma directa la puna con los valles orientales y cejas de selva de Jujuy.

Como ya lo hemos mencionado, la metodología desarrollada para alcanzar los objetivos planteados en este trabajo (González 2017) toma aportes de ambas arqueologías de los caminos. En primera instancia, se realizó una revisión bibliográfica de la literatura arqueológica referente al estudio de los caminos y de las rutas de interacción prehispánicas de los Andes; también, se incluyó la lectura de diferentes documentos y crónicas coloniales tempranas (Pease 1995), en las que se buscaron menciones que hicieran referencia a la ritualidad del tránsito, a las prácticas sociales realizadas en los caminos, a las técnicas arquitectónicas utilizadas para construir diferentes trayectos de estas rutas, a las distintas estructuras asociadas a las vías de interacción, entre otras. Continuando con los trabajos de gabinete, se confeccionaron mapas de simulación utilizando el programa *Google Earth* donde se trazaron dos transectas paralelas a la quebrada troncal sobre las sierras y serranías que enmarcan a esta última. Estas transectas serían atravesadas en algún lugar por las rutas de interacción prehispánicas. Luego, con el objetivo de identificar sobre las sierras y serranías trayectos de las rutas transversales que atravesaran a la Quebrada, se realizaron estudios de georeferenciación satelital sobre las transectas. Una vez identificados los distintos ejes de interacción prehispánicos, se

procedió a prospectarlos de forma sistemática; en total se prospectaron más de 300 kilómetros de caminos de herradura.

La existencia de pocas rutas vehiculares en la región ha contribuido a que, como ya se mencionó, muchos de estos caminos continúen siendo utilizados hasta la actualidad, manteniéndose en uso durante los últimos 10 000 años. Sin embargo, al realizar los trabajos en el terreno, hemos podido localizar, en todos los trayectos prospectados en las cinco rutas que atravesaron la Quebrada, tramos que hemos caracterizado como correspondientes al Qhapaq Ñan. Muchos de estos caminos prehispánicos fueron localizados en desuso, ya abandonados, generalmente asociados a desvíos sobre los actuales caminos de herradura, mientras que otros trayectos de Qhapaq Ñan siguen siendo empleados en el presente y son mantenidos por las comunidades locales. Para realizar su registro se confeccionó una ficha que contempló distintas variables.³

También se registraron las estructuras que se encontraron asociadas al camino, ya fueran estas para pasar la noche –tambos o postas de enlace–, productivas –campos de cultivo o canteras de extracción de rocas y minerales– o de uso ritual –*tokankas*, acumulaciones de piedra, muros, cajas, oquedades y apilamientos de piedra–. Sin embargo, un aspecto crucial en este trabajo fue asignar, de forma precisa, cada vía a un determinado período cronológico.⁴ Para esto se tuvo en cuenta

³ Los distintos trayectos de camino y las estructuras asociadas a las rutas se registraron en una ficha según su tipo. Para esto se tuvieron en cuenta diversas variables, tales como: dimensión (tamaño y forma), arquitectura (modo de emplazamiento, técnica constructiva, diseño de planta), ubicación (proximidad al camino, distancia entre tambos y poblados) y asociación con materiales culturales (prehispánicos y coloniales).

⁴ Asignar cada vía a un determinado período cronológico fue quizás una de las mayores complicaciones que se presentaron en el transcurso de esta investigación. Para esto, en primera instancia, se tuvo en cuenta el momento de ocupación de los poblados prehispánicos vinculados por la ruta, las técnicas arquitectónicas utilizadas en la construcción tanto del camino como de las estructuras asociadas al mismo, y los materiales recolectados en superficie.

el contexto del trayecto de camino intervenido (que permitiría reconocer la vinculación entre sitios arqueológicos), sus técnicas constructivas y los materiales arqueológicos asociados a la vía. Acto seguido, sobre la base de los atributos que presentaban las distintas rutas prospectadas, se elaboró una tipología de caminos para poder clasificarlos de manera precisa y jerarquizarlos.⁵ Finalmente, se contextualizó a la Quebrada de Humahuaca dentro del Collasuyu, en los Andes del Sur.

En referencia a los antecedentes de investigación, los estudios sistemáticos sobre la vialidad inka en la región comenzaron a desarrollarse con los trabajos de Rodolfo Raffino (1981), quien fue el primer investigador en proponer un diagrama parcial del Camino Inka en la provincia de Jujuy. Sus aportes fueron fundamentales para entender la interacción prehispánica entre tierras altas y tierras bajas. A fin de esa misma década, Axel Nielsen (1989) presenta los resultados parciales de sus investigaciones en distintos sectores de la serranía de Tilcara, dando a conocer varios trayectos de camino inka, algunos asentamientos poblacionales, campos de cultivo y dos santuarios de altura. Unos años después, Nielsen y sus colegas (1997) publicaron dos trayectos de camino prehispánico localizados en distintas áreas del sector central de la Quebrada de Humahuaca. Tendría que pasar más de una década, hasta que Solange Fernández y Pablo Ochoa (2010) publicaron una primera sistematización del

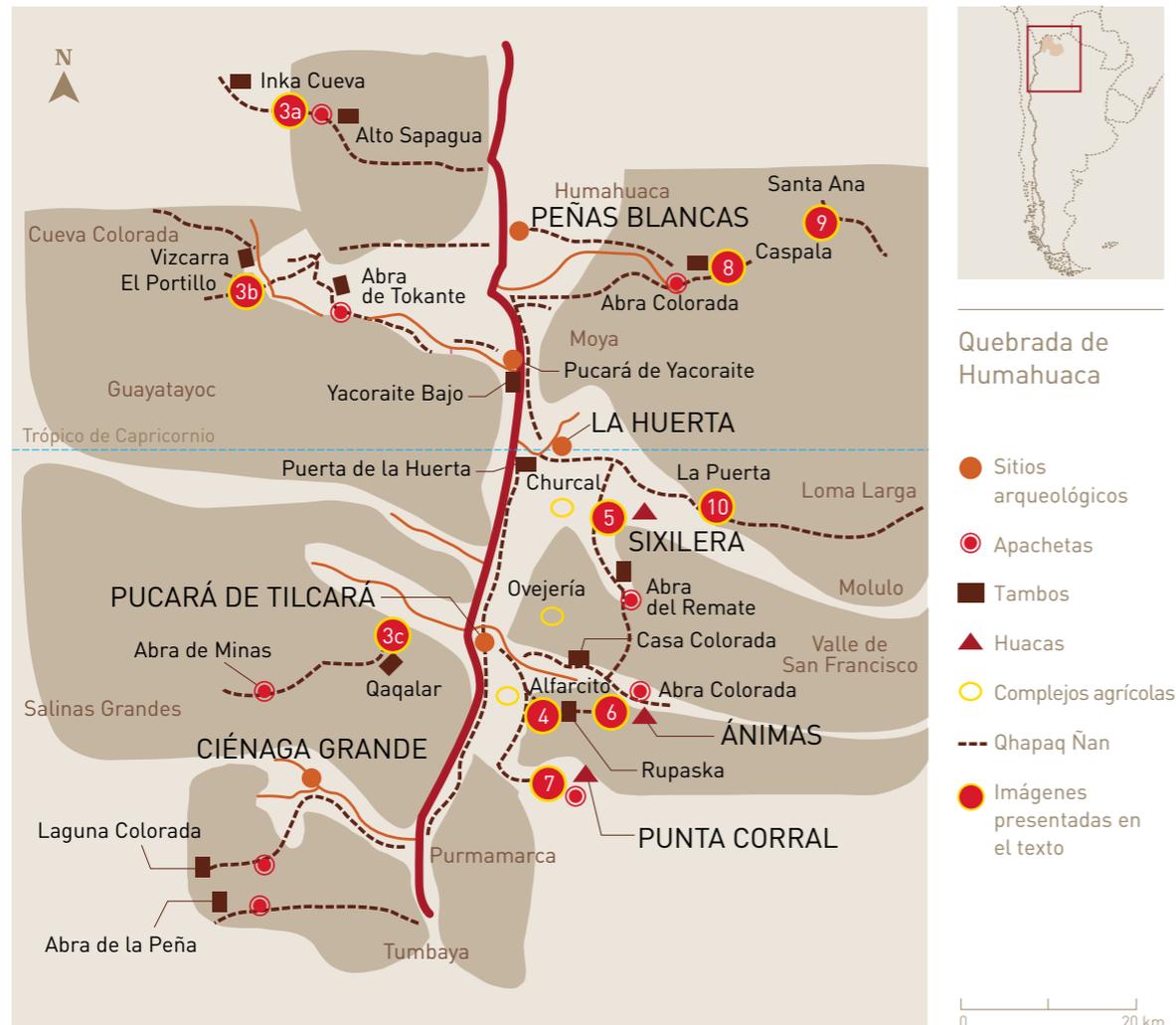
⁵ Para clasificar los caminos se realizó una tipología que los definió según sus atributos, clasificándolos en: arteria –principal o secundaria–, eje transversal de interacción y ruta –diagonal, transversal o troncal–. Estas tres categorías, se caracterizaron a partir de la presencia de distintos tipos en: camino prehispánico o arqueológico y camino colonial. A su vez, el primer tipo, en preinkaico o inkaico y el segundo tipo, en de herradura o de carreta. Además, los arqueológicos en caminos productivos, militares de frontera y rituales, y los coloniales, en caminos de montaña y religiosos. El tipo prehispánico también contempló la variante doble mano. Una vez identificado el tipo de camino a registrar se tuvieron en cuenta las siguientes características: ancho de la arteria, rectitud, preparación de la superficie, pendiente, detalles constructivos (rampas, muros de contención, escalinatas, sistemas de drenaje, banquetas) y otros rasgos viales (punto de conexión con otras vías, asentamientos laterales, apilamientos de piedra de origen antrópico y arte rupestre).

Qhapaq Ñan en el sector central de la Quebrada. A partir de este momento se inició un proyecto de investigación interdisciplinario sobre las rutas de interacción prehispánicas en la Quebrada de Humahuaca (figura 2), proponiéndose distintos acercamientos sobre lo ocurrido en el pasado, considerando diferentes enfoques teóricos, entre los que podemos mencionar: los estudios de paisaje, la arquitectura prehispánica, la ritualidad, la producción especializada, entre otros (Ochoa 2016, 2017a y b, 2019, 2020; Ochoa y Otero 2017, 2018, 2020).

El Qhapaq Ñan en la Quebrada de Humahuaca: la arquitectura para materializar el poder

A partir del estudio de las rutas transversales utilizadas durante el período Inka, que vincularon la Quebrada de Humahuaca con la puna, los valles orientales y las cejas de selva de Jujuy, se identificaron distintos indicadores que permiten pensar en una apropiación simbólica del espacio por parte del Tawantinsuyu. En esta región se han registrado algunos de los trayectos más destacados de Qhapaq Ñan de este extenso territorio. Los trabajos realizados en los últimos años permitieron caracterizarlos y jerarquizarlos como caminos productivos, militares de frontera y calzadas rituales teniendo en cuenta el alto grado de comple-

Figura 2. Diagrama del sistema de caminos prehispánicos de la Quebrada de Humahuaca. En la imagen se muestra los principales sitios arqueológicos, apachetas, tambos, huacas, complejos agrícolas y el trazado del Qhapaq Ñan. En azul y numerados se muestra la referencia geográfica de las imágenes presentadas en el texto, donde se detallan los distintos tipos de camino. 3a. Inka Cueva, 3b. El Aguilar, 3c. Sierra Alta, 4. Rupaska, 5. Sixilera, 6. Las Ánimas, 7. Abra de Punta Corral, 8. Caspala, 9. Santa Ana, 10. Quebrada Amarilla.



alidad que reflejaban las técnicas arquitectónicas utilizadas para su construcción (Hyslop 1992; Vitry 2017). Para determinar esta jerarquización también se consideró la presencia de tambos, postas de enlace, sitios estratégicos de control, centros administrativos, complejos productivos y santuarios de altura, que de forma articulada dieron a la infraestructura vial un protagonismo particular durante la construcción de un paisaje ritual multiétnico (Anschuetz *et al.* 2001; Ochoa 2019). A continuación presentamos los trayectos de Qhapaq Ñan más destacados de la región, identificados hasta el momento.

LAS RUTAS TRANSVERSALES QUE INGRESAN DESDE LA PUNA HACIA LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

En trabajos anteriores hemos presentado los cinco ejes de interacción prehispánicos que

ingresan desde la puna hacia la Quebrada de Humahuaca (Ochoa 2020). Los cinco ejes transversales (figura 2) fueron prospectados de forma parcial ya que en distintos sectores su traza se desdibuja. Entre las técnicas constructivas registradas en el sector occidental de la Quebrada de Humahuaca, sobresalen los trayectos con muro de retención lateral (foto 1a), algunos segmentos localizados entre muro de piedra (foto 1b), tramos despejados y trechos que fueron amojonados con grandes piedras (foto 1c). Asociados a estos trayectos de camino se han identificado tambos de pequeñas dimensiones, complejos productivos agrícolas, apachetas, *tokankas* y acumulaciones de piedras (Ochoa 2019, 2020). En varios de estos ejes de interacción se ha localizado la superposición de caminos coloniales por encima de los prehispánicos y de caminos vehiculares construidos sobre los coloniales.

Algunas de estas rutas que vinculan los nodos poblacionales de la Quebrada con los



Foto 1. Distintos trayectos de Qhapaq Ñan que ingresan a la Quebrada de Humahuaca desde la puna de Jujuy. a. Trayecto de camino inka registrado en el Abra del Altar –Inka Cueva— emplazado a 4124 m s. n. m. confeccionado a partir de la técnica constructiva: con muros de retención lateral; b. Tramo de camino inka localizado en Peña Colorada –Sierra del Aguilar— emplazado a 3946 m s. n. m. construido entre muros de piedra; c. Segmento de Qhapaq Ñan identificado en el ingreso a Tambo de Qaqalar –Sierra Alta—. El mismo se encuentra ubicado a 14 kilómetros del Pucará de Tilcara y se caracteriza por estar amojonado con grandes piedras—*tokankas*— que fueron ofrendadas con cerámica del estilo *Humahuaca Negro sobre Rojo*.

de la puna alcanzan los 100 kilómetros de extensión. En estas áreas internodales, caracterizadas por pisos de puna, salares y grandes arenales que se ubican por encima de los 3000 m s. n. m., como ya ha sido mencionado, se han emplazado solo tambos, estructuras rituales de tránsito o pequeños enclaves agrícolas asociados a caseríos como, por ejemplo, Vizcarra, El Colorado o Alto Sapagua. Teniendo en cuenta que la distancia entre tambos y postas de enlace no superó los 17 kilómetros, se estima que para atravesar estas áreas internodales se necesitaron entre cuatro y cinco días, llegándose a los poblados prehispánicos de la puna desde la Quebrada.

LAS RUTAS TRANSVERSALES QUE VINCULAN LA QUEBRADA DE HUMAHUACA CON LOS VALLES ORIENTALES DE JUJUY

La situación al este de la Quebrada de Humahuaca es diferente. La distancia entre las áreas nodales apenas superan los 30 kilómetros y las evidencias de ocupación prehispánicas son considerables. En trabajos anteriores presentamos la infraestructura vial asociada al sistema de caminos (Ochoa y Otero 2017) en una parte del sector central de la Quebrada. Destacamos, la presencia de tambos, enclaves productivos y santuarios de altura, entre otros. No obstante, otro de los aspectos fundamentales es la presencia de vertientes de agua en la falda de los cerros sagrados que alimentan las quebradas tributarias de La Huerta y Guasamayo donde en momentos prehispánicos se asentaron dos de los principales nodos poblacionales de la Quebrada de Humahuaca, nos referimos a La Huerta de Huacalera y al Pucará de Tilcara.

Asociados a estos grandes poblados, se ubican los extensos complejos agrícolas pre-

hispánicos emplazados al este de la Quebrada –El Alfarcito, Ovejería y el Churcal—. La ausencia de caminos vehiculares en esta área propició el reuso de las rutas ancestrales transformadas a partir del período Colonial en caminos de herradura. En recientes trabajos (Ochoa 2016, 2020), hemos presentado los tres ejes principales de las rutas de interacción prehispánicas que vincularon la Quebrada con los valles orientales de Jujuy. Además, consideramos el uso productivo y ritual de estas rutas de interacción prehispánicas (Ochoa 2019; Ochoa y Otero 2020), enfatizando en la producción especializada de bienes artesanales de alto valor simbólico registrada en algunos poblados prehispánicos de la región, y su vinculación a través del Qhapaq Ñan con los santuarios de altura que fueron incorporados a las esferas del culto estatal en tiempos del Tawantinsuyu. También, se caracterizaron algunos trayectos de camino y rutas de interacción destacando su carácter militar sobre los principales ejes (Ochoa 2020). En referencia a lo recién mencionado, pasaremos a caracterizar los distintos tipos.

Ejemplo de caminos productivos son los trayectos que acceden y atraviesan los complejos agrícolas prehispánicos de la Quebrada de Humahuaca. Emplazado a 13 kilómetros del Pucará de Tilcara, en la ruta que vincula a través del Abra de Laguna Colorada este poblado con el caserío de Abra Mayo, en los valles orientales de Jujuy, se identificó un trayecto del Qhapaq Ñan de 3 kilómetros de extensión ubicado en el sector central de los campos de cultivo de Rupaska –sector sur de El Alfarcito— (figura 2). El mismo se encuentra emplazado a 7 metros de distancia del actual camino de herradura que acabamos de mencionar. Por la cercanía de ambos caminos, quizás podrían ser considerados trayectos de un camino

de doble mano, algo que ya hemos registrado en otras áreas de este territorio. Estos caminos que presentan doble mano ya habían sido registrados en distintos sectores de los Andes por Hyslop (1992). En referencia a lo recién mencionado, hay que considerar la cercanía entre este complejo productivo agrícola con el Pucará de Tilcara, calificado para tiempos inkaicos como una capital de provincia (Gonzales 1982). En este sentido, debemos tener en cuenta, por un lado, la alta densidad poblacional que caracterizó a este poblado, donde se han identificado (emplazados sobre la cima) cincuenta y siete talleres de producción especializada (Krapovickas 1958; Otero 2013), y por el otro, la necesidad de alimentar diariamente a los artesanos que en este destacado poblado prehispánico prestaban servicio al Estado en calidad de *mitmas* (Ochoa y Otero 2020).

Este tramo de camino se caracteriza por haber sido construido a partir de la técnica arquitectónica de entre muros de piedra (foto 2a

y b). Su ancho excede los 2 metros y la altura de sus muros laterales supera los 50 centímetros. A lo largo de su recorrido presenta una leve pendiente hacia la falda de la serranía de Tilcara y en dos sectores se localizaron canales de drenaje confeccionados a partir de grandes piedras cruzadas en diagonal sobre la calzada del camino. Este sistema de desagüe, que en la actualidad todavía funciona, posiblemente sea una de las razones por las que este trayecto de camino prehispánico fue localizado en excelente estado de conservación.

Los caminos rituales, como ya lo hemos publicado (Ochoa 2019; Ochoa y Otero 2018), se caracterizan por estar vinculados a muchas estructuras que en tiempos prehispánicos se encontraban asociadas a la ritualidad del tránsito y a la sacralidad del tráfico en los Andes del Sur (Pimentel 2009). No obstante, en este trabajo solo voy a considerar los trayectos de camino que se utilizaron para ascender a los santuarios de altura (Vitry 2017) del sector cen-



Foto 2. Trayecto de camino inka utilizado para trasladar excedentes agrícolas desde los campos de cultivo de Rupaska hacia el Pucará de Tilcara. a. Trayecto de camino inka emplazado en el sector medio de Rupaska; b. Trayecto de camino inka emplazado en el sector superior de Rupaska.

tral de la Quebrada de Humahuaca. Como ya ha sido mencionado, estos tramos de camino se desvían de las rutas transversales que vinculan los valles orientales de Jujuy con la Quebrada.

En la ruta transversal La Huerta-Sixilera-Loma Larga, a través de un desvío se accede a la quebrada de Sixilera (figura 2). En trabajos anteriores presentamos esta ruta considerándola como integradora del paisaje social (Ochoa 2016). En otras regiones del Noroeste Argentino, recientemente, algunos ejes de interacción prehispánicos han sido considerados de la misma forma (Moralejo 2017; Williams y Villegas 2017). En nuestra propuesta, caracterizamos estos trayectos de camino por sus técnicas constructivas y resaltamos cómo la arquitectura fue utilizada para materializar el poder en el sector central de la Quebrada de Humahuaca (Ochoa 2017a). Una de las características de esta vía es su reutilización hasta el presente como camino ritual en el marco de la peregrinación y procesión de la virgen de Nuestra Señora del Rosario de Sixilera. En distintas publicaciones hemos discutido y reflexionado sobre el reuso del santuario de altura prehispánico bajo la advocación católica y su resignificación a partir de período Colonial (Ochoa 2017b). Hace unos años, localizamos sobre la falda del cerro sagrado el Tambo de Sixilera (figura 2) donde los peregrinos pernoctaron antes de ascender al santuario de altura del cerro Sixilera, que se emplaza a 4826 m s. n. m., se presenta como un claro ejemplo que puede ser considerado una calzada ritual prehispánica (foto 3).

A lo largo de su recorrido que supera los 4 kilómetros de extensión en distintos secto-

res se han identificado técnicas constructivas características del Qhapaq Ñan. Me refiero a trayectos que se presentan escalonados, enlajados y con mojones que delimitan su traza (Guamán Poma de Ayala 1980 [1615]; Hyslop 1992). El ancho de la vía varía entre 1 y 2 metros, y en algunos sectores sus muros laterales superan los 50 centímetros de altura. La mayoría de sus escalones están contruidos con grandes piedras que presentan en superficie una de sus caras plana (foto 3a). En algunos sectores, hasta cuatro piedras fueron calzadas y niveladas para construir un solo escalón. Largas piedras calzadas de forma vertical y colocadas de forma regular se utilizaron como mojones laterales (foto 3b).

Sobre la ruta transversal Pucará de Tilcara-El Molulo, otro de los principales ejes de interacción prehispánicos del sector central de la Quebrada de Humahuaca, en el paraje Campo Laguna ubicado a 20 kilómetros de Tilcara hacia el este, a 4000 m s. n. m., a través de un desvío del actual camino de herradura, se accede a la falda de la serranía de las Ánimas (figura 2). Hace unos años localizamos el santuario de altura prehispánico de los tilcara (Ochoa 2109) emplazado sobre la cima de esta serranía a más de 5000 m s. n. m. Sobre la meseta y asociado a vertientes naturales de agua, antes de iniciar el ascenso por la falda, localizamos un trayecto de Qhapaq Ñan de casi 3 kilómetros de extensión. Una de las características principales de este trayecto es su ancho, que supera los 11 metros (foto 4a). La técnica arquitectónica utilizada para construir el camino es la de entre muros de piedra. Tres grandes piedras sagradas *-tokankas-*⁶ delimitan esta calzada ritual (foto 4b). El camino

⁶ Las *tokankas* son grandes piedras sagradas ubicadas al costado del camino. En tiempos prehispánicos eran ofrendadas para pedir protección durante los viajes (Hyslop 1992). Estas últimas han sido registradas en todos los Andes. En nuestra área de estudio estas piedras sagradas han sido identificadas en distintos lugares y muchas de ellas han sido ofrendadas a partir de la rotura intencional de cerámica del estilo *Humahuaca Negro sobre Rojo*.

Foto 3. Trayecto de la calzada ritual utilizada para ascender al santuario de altura del cerro Sixilera. a. Trayecto de camino enlajado y escalonado; b. Más de doce escalones calzados de forma regular y con mojones laterales, caracterizan como calzada ritual a este trayecto de Qhapaq Ñan.



asciende hacia el santuario por una cárcava pero en los sectores superiores de esta última la vía ha sido tapada por los sucesivos torrentes de piedra.

Sobre la ruta diagonal que conecta el Pucará de Tilcara, en la Quebrada de Humahuaca, con el caserío de Abra Mayo, en los valles orientales, identificamos otra variante de circulación que atraviesa el Abra de Punta Corral (figura 2). Esta abra ha sido resignificada por el cristianismo y en la actualidad se realiza una de las festividades religiosas más impor-

tante de la provincia de Jujuy, nos referimos a Nuestra Señora de Copacabana del Abra de Punta Corral. En el marco de peregrinaciones y procesiones multitudinarias las comunidades aborígenes de Tilcara y de Tumbaya se disputan el santuario (Gudemos 2015). Además de participar de las peregrinaciones, también realizamos prospecciones sistemáticas sobre la serranía de Tilcara en las cercanías del santuario. No obstante, la reutilización del espacio ha sido tan grande que lamentablemente las evidencias de la ocupación prehispánicas

Foto 4. Trayecto de Qhapaq Ñan utilizado para ascender al santuario de altura de las Ánimas. a. Trayecto de más de 11 metros de ancho; b. Tres grandes piedras delimitan la calzada ritual actuando como *tokankas*.



se reducen solo a los caminos. A casi 4000 m s. n. m. identificamos trayectos de camino que a partir de las técnicas arquitectónicas utilizadas en su construcción hemos caracterizado como Qhapaq Ñan (Ochoa y Otero 2018). Los dos trayectos de camino son relativamente cortos, no superan los 70 metros. El primero se encuentra enlajado de forma regular y su ancho no supera el metro (foto 5a). Para su construcción se utilizaron lajas rectangulares calzadas de manera regular que abarcan la totalidad de la superficie del camino y que se alternan con otras lajas de menor tamaño, que de dos en dos o tres en tres, conforman el escalón. El trayecto superior de camino se presenta empedrado y escalonado de forma regular a partir del calzado de varias piedras. Su ancho supera los 2 metros y está delimitado a ambos lados por muros de piedra (foto 5b). A

lo largo de este trayecto se han registrado más de quince escalones.

Sobre la ruta transversal Humahuaca-Valle Colorado que vincula el sector norte de la Quebrada de Humahuaca con los valles orientales de Jujuy, se identificaron distintos trayectos de Qhapaq Ñan que descienden desde el Abra Colorada hacia el caserío de Caspala (figura 2). Estos tramos ya habían sido mencionados por Raffino (1981). El primer trayecto de camino se encuentra atravesando el Abra Colorada hacia el este. Este trayecto se presenta enlajado y su largo supera el kilómetro, aunque aparece de forma discontinua. Se emplaza a más de 3700 m s. n. m. y en distintos sectores cuenta con muros de retención lateral. En los sectores que la vía presenta más pendiente, su ancho no supera el metro (foto 6a). El segundo trayecto de camino fue localizado antes de llegar

al fondo de valle, a 6 kilómetros del actual caserío de Caspala. Este tramo tiene una extensión de más de 2 kilómetros y también aparece de forma discontinua. Algunos sectores se presentan construidos a partir de técnicas arquitectónicas destacadas: hay trayectos enlajados, otros empedrados y varios escalonados. En ocasiones se encuentran delimitados por muros de retención laterales, empedrados entre muros de piedra y amojonados por grandes piedras laterales que delimitan su traza (foto 6b). Los muros laterales, donde fueron registrados, superan los 50 centímetros de altura y su ancho oscila entre 1 y 2 metros, dependiendo del sector. Una cascada y varios saltos de agua conforman un paisaje único enmarcado por grandes cañones. Los empedrados que conforman los escalones en algunos sectores se ven construidos por seis piedras calzadas de forma regular.

Los caminos prehispánicos militares han sido mencionados desde la etnohistoria y la

arqueología (Rostworowski 1988; Hyslop 1992; Pease 1995) como trayectos que vinculan las áreas de frontera con las guarniciones militares que protegieron a estas últimas (Hyslop 1990). En trabajos recientes (Ochoa 2019, 2020; Ochoa y Otero 2020), hemos discutido la idea de la Quebrada de Humahuaca como un caso particular inka provincial asociado a la frontera suboriental del Collasuyu. Hasta el momento, hemos identificado en dos sectores caminos militares de frontera. Uno de estos trayectos se encuentra sobre la ruta transversal que acabamos de mencionar, Humahuaca-Valle Colorado (figura 2). Este trayecto de camino emplazado sobre la falda este de la serranía de Zenta desciende hacia los valles orientales de Jujuy. Su distancia supera los 5 kilómetros y se registraron trayectos que se presentan enlajados, adoquinados y empedrados con muros de retención lateral (foto 7a). Su ancho oscila entre 1 y 2 metros (foto 7b). Tanto los tramos empedrados, como los segmentos adoquina-



Foto 5. Trayecto de Qhapaq Ñan utilizado para acceder al Abra de Punta Corral. a. Trayecto de camino enlajado de forma regular, su ancho no supera el metro; b. Trayecto de camino escalonado y delimitado por muros de piedra de más de 2 metros de ancho.

Foto 6. Trayecto de camino inka que vincula Humahuaca con Caspala. a. Trayecto de Qhapaq Ñan enlajado de 1 metro de ancho; b. Trayecto de camino inka empedrado y escalonado de más de 2 metros de ancho, amojonado con grandes piedras.



Foto 7. Tramo de camino militar de frontera emplazado sobre la serranía de Zenta. a. Tramo de Qhapaq Ñan adoquinado y escalonado; b. Trayecto de camino inka empedrado de más de 1 metro de ancho; c. Graderías inkaicas confeccionadas a partir del empedrado del camino.



dos y los trayectos enlajados están calzados de forma regular y las piedras que conforman el pavimento y los escalones han sido niveladas, constituyendo en algunos sectores verdaderas graderías (foto 7c), que llevaron a este trayecto

de camino a obtener la única nominación provincial de Qhapaq Ñan por la UNESCO, como Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Otro trayecto de camino militar de frontera fue localizado en la ruta transversal La Huer-

ta-Sixilera-Loma Larga (figura 2). En el paraje conocido como La Puerta, en el caserío de quebrada Amarilla, donde termina la serranía de Tilcara y emplazado sobre el afloramiento rocoso, se localizó un trayecto de Qhapaq Ñan de más de setenta escalones (foto 8a). Dependiendo del sector, su ancho oscila entre 1 y 2 metros, y en algunos sectores presenta muros de retención lateral. Algunos escalones están confeccionados con grandes piedras de cuarcita rosada mientras que otros están contruidos por dos o tres piedras de menor tamaño que se encuentran siempre calzadas de forma regular (foto 8b). Las piedras utilizadas para la construcción de esta escalera fueron acarreadas de los márgenes del río que se encuentra junto al camino antes de iniciar el descenso. Es importante mencionar que este trayecto de camino está construido para facilitar el ascenso y el descenso por un afloramiento rocoso que presenta una pared natural de más de 50 metros de altura por medio kilómetro de ancho.



Foto 8. Escalera inkaica ubicada en el paraje conocido como La Puerta. a. Más de setenta escalones conforman esta impresionante escalera; b. Su ancho no supera los 1,5 metros y las piedras para construir los escalones fueron calzadas de forma regular.

En este sector la serranía de Tilcara se corta abruptamente, conformando un gran cañón que se presenta como un accidente geográfico extremo, marcando un cambio de paisaje obligado entre la serranía y el valle. Este trayecto de camino está marcando la salida o la entrada a la serranía de Tilcara o a los valles orientales de Jujuy, según de donde se proceda.

Discusión

A partir de la presentación de los datos se evidencia que el Qhapaq Ñan fue una marca tangible de poder en la Quebrada de Humahuaca y su presencia fue registrada tanto en la puna, como en los valles orientales de Jujuy. Teniendo en cuenta la distancia que separa nuestra área de estudio, nos referimos a la Quebrada de Humahuaca, con la capital del Imperio, el Cuzco ubicada a más de 1600 kilómetros, discutiremos y reflexionaremos sobre el pa-

pel que desarrollaron las rutas transversales inkas en regiones distantes del Tawantinsuyu. En este caso la Quebrada se presenta como un caso único de estudio por tener, por un lado una administración centralizada donde se percibe una alta integración política entre los curacas locales –omaguacas– (Salas 1945; Sánchez 2004) y los representantes cusqueños, y por el otro, por actuar como una frontera interna y extrema del Imperio en uno de los bordes sur-orientales de los Andes del Sur.

Al estudiar los caminos que vincularon tierras altas con tierras bajas que de distintas maneras articularon los tres nodos poblaciones de la región, nos referimos a la puna, la quebrada y los valles, resulta necesario considerar la extensión de estas rutas desde el principal nodo poblacional que es nuestra área de estudio, la Quebrada de Humahuaca. Estos ejes de interacción prehispánicos que vinculan la Quebrada con la puna en algunos casos superan los 100 kilómetros de distancia. Un claro ejemplo, es el trayecto Casabindo-Humahuaca que ingresa desde la puna al sector norte de la Quebrada constituyendo una larga diagonal. El uso de este tipo de ruta en momentos inkaicos ya fue resaltado para los Andes del Sur (Berenguer *et al.* 2017), destacando sus considerables ventajas. De forma contraria, las rutas que vinculan los valles orientales con la Quebrada no superan los 35 kilómetros de extensión.

Como ya lo hemos mencionado, las rutas prehispánicas de la Quebrada de Humahuaca fueron utilizadas a través del tiempo y por la extensión que presentan algunos segmentos, no es de esperar una gran intervención sobre los caminos preexistentes por parte del Tawantinsuyu. Este puede ser el caso de los caminos que ingresan desde la puna donde las técnicas arquitectónicas utilizadas para

construir las vías son sencillas: nos referimos a trayectos que presentan muros de retención lateral, segmentos despejados y tramos contruidos entre muros de piedra (Hyslop 1992).

En relación a los caminos que vinculan a la Quebrada con los valles orientales de Jujuy, como lo hemos señalado la distancia entre nodos poblacionales es mucho más corta, ambos pisos ecológicos se encuentran distantes entre 30 y 40 kilómetros. Sin embargo, en este caso las rutas transversales inkas atravesaron no solo los grandes complejos agrícolas prehispánicos, sino que además, cruzaron la serranía de Tilcara e ingresaron a los valles mesotérmicos del oriente. A partir de desvíos que ofrecen estas rutas transversales se accede a los santuarios de altura donde se emplazaron las huacas locales. Sobre la serranía de Tilcara hemos localizado indiscutibles trayectos de Qhapaq Ñan (Ochoa 2019, 2020). Como ha sido presentado en los párrafos anteriores, estos tramos de camino inka, dependiendo de su tipo y función, los hemos clasificado en caminos productivos, rituales y militares de frontera (Ochoa 2019, 2020). Según sus atributos arquitectónicos, técnicas constructivas e ingeniería vial, donde se destacan trayectos empedrados, enlajados, escalonados, adoquinados, con mojones y muros laterales, entre muros de piedra y doble mano, los consideramos como los trayectos de Qhapaq Ñan más destacados y representativos del territorio, por presentar no solo un alto grado de complejidad durante su construcción sino también por su jerarquización como verdaderas calzadas rituales y militares de frontera, planificadas por el Estado (Hyslop 1990).

En este sentido, es necesario discutir el carácter simbólico, ritual y material de la red vial en territorios distantes del Imperio, sobre todo enfatizando en el camino como

mecanismo articulador e integrador interétnico en regiones de frontera. El componente simbólico y la ritualidad de algunos trayectos como los registrados en la serranía de Tilcara que atraviesan grandes extensiones de campos de cultivo prehispánicos y que ascienden a los santuarios de altura del cerro Sixilera y de las Ánimas, evidencian como la arquitectura fue utilizada para materializar el poder (Ochoa 2017a). Esto ocurrió a partir no solo de las técnicas arquitectónicas implementadas para construir estos caminos, que como dijimos los caracterizamos indiscutiblemente como Qhapaq Ñan, sino también por todas las estructuras rituales de tránsito que aparecen asociadas a las vías. A modo de ejemplo consideramos las *tokankas* (Hyslop 1992) emplazadas en el trayecto de camino registrado en la meseta de Campo Laguna que asciende al santuario de las Ánimas, o los mojones laterales (Guamán Poma 1980 [1615]; Hyslop 1992) que se interponen regularmente en las escaleras que ascienden al santuario del cerro Sixilera (Ochoa 2017b). Como he mencionado ambos espacios locales fueron reapropiados en momentos inkaicos.

Otros componentes simbólicos, rituales y materiales de los caminos en la serranía de Tilcara son los trayectos de caminos militares de frontera. Es necesario discutir esta propuesta porque asociado con la idea de frontera extrema (Hyslop 1998) se presentan las manifestaciones arquitectónicas más destacadas de Qhapaq Ñan de la región. Sin lugar a duda, estas últimas son comparables a las construidas y planificadas por el Imperio para ascender a

los santuarios de altura donde se emplazaron las huacas de las poblaciones locales, compartiendo de esta manera una jerarquía similar. Estos trayectos, no solo fueron materializados por una destacada arquitectura y caracterizados por las técnicas constructivas más sofisticadas registradas en el territorio, sino que además su componente simbólico y ritual se manifiesta en su lugar de emplazamiento sobre elementos naturales del paisaje que propiciaban una desigualdad medioambiental⁷ en una frontera cultural (Ottonello y Lorandi 1987). Estos trayectos de camino, se encuentran emplazados en lugares distantes, marginales y periféricos a más de dos días de camino de la Quebrada de Humahuaca y están asociados a cambios abruptos del paisaje donde se modifica considerablemente la geomorfología de la serranía, como puede ser el caso de la escalera de La Puerta (foto 9a y b; figura 2), en Quebrada Amarilla, en la ruta transversal La Huerta-Loma Larga que hemos presentado.

Más aún si consideramos que en las últimas décadas, algunos investigadores reportaron distintos trayectos de camino que se presentan empedrados, enlajados, escalonados y adoquinados, asociados a las abras o descendiendo por la falda este de las serranías hacia los valles mesotérmicos de Jujuy (Raffino 1981; Nielsen 1989; Cruz y Jara 2011).

Sobre la base de las evidencias presentadas en este trabajo y considerando los aportes realizados por otros investigadores que acabamos de mencionar, la única interpretación que podemos ofrecer es la de caminos militares de frontera, materializados por la arquitectu-

⁷ Tomando en consideración los aportes de Hyslop (1990), el planeamiento inka no solo se refleja a partir de la réplica arquitectónica de ciertos rasgos, sino que también este manejo de la espacialidad inkaica se puede dar a partir de la apropiación de determinados elementos del paisaje considerados sagrados para los pueblos andinos, como pueden ser las abras, las cumbres, los manantiales, las lagunas y los afloramientos rocosos.

Foto 9. Paraje conocido como La Puerta debido al abrupto cambio de paisaje. a. Imagen panorámica que denota la inmensidad y el ancho de este elemento natural del paisaje; b. Imagen panorámica de la altura de este impresionante cañón—paredón—. En el sector superior se emplaza la escalera mencionada en párrafos anteriores señalizada con el círculo rojo.



ra y utilizados como marcadores espaciales de poder que delimitan el territorio e indican una apropiación del paisaje por parte del Imperio durante su expansión hacia la frontera oriental. Esta propuesta, surge a partir de la hipótesis que venimos tratando de contrastar desde hace algunos años, que considera a la Quebrada de Humahuaca como una frontera interna y extrema del Tawantinsuyu, que en algún momento durante la conquista del Collasuyu se expandió hacia el oriente (Ochoa 2020; Ochoa y Otero 2020), y donde, a partir del alineamiento longitudinal que presentan las huacas locales incorporadas al culto estatal, se estableció una frontera ritual (Ochoa y Otero 2018; Ochoa 2019). Esta última habría sido establecida, en un primer momento, por las cumbres de los cerros sagrados delimitando internamente el territorio anexado, y en un segundo momento, por las destacadas manifestaciones de Qhapaq Ñan que marcan el límite extremo del Imperio —donde terminan la serranías—, imponiendo su poder ante la diversidad multiétnica que habitaron en tierras bajas (Salas 1945; Ottoneo y Lorandi 1987; Sánchez 2004).

A modo de cierre, con respecto a los ejes de interacción prehispánicos que ingresan desde la puna hacia la Quebrada y a la ausencia de técnicas constructivas sofisticadas en esta área, hay que considerar que esto podría ser consecuencia de la gran reutilización de los caminos prehispánicos durante momentos coloniales. En el área se instalan grandes emprendimientos mineros y para extraer el mineral desde estos enclaves productivos hacia la Quebrada—principal ruta hacia San Salvador de Jujuy— se utilizaron estos caminos trazados sobre la montaña. Otra posibilidad, que no descartamos, como ya lo hemos mencionado, estaría relacionada con las políticas coordinadas aplicadas por el Imperio en la región, donde quizás se utilizaron caminos preexistentes construidos por las poblaciones locales y el Estado solo transformó algunos trayectos de camino empleando técnicas arquitectónicas sencillas, como las que registramos en este sector, más aún si tenemos en cuenta las largas distancias que caracterizan a estas rutas y la gran recurrencia de espacios pocos productivos en el área. Es el mismo Hyslop (1990)

quien propone que el planeamiento inka solo se registra en aquellas regiones donde el Estado necesariamente tuvo que construir infraestructura administrativa porque la local no era adecuada para los objetivos imperiales. En relación a las rutas transversales que se dirigen a los valles, hay que considerar que sobre el borde oriental y asociados a los santuarios de altura se encuentran las vertientes de agua. Este es un recurso esencial para la vida y en la actualidad como en el pasado, estas vertientes siguen abasteciendo a los pueblos del sector central de la Quebrada, entre ellos Tilcara, uno de los principales polos turísticos de la región. En este sentido, creemos que la considerable ocupación prehispánica en esta área se debe a la presencia de este recurso de forma permanente (Ochoa 2019), que llevó a la sacralización del paisaje a partir de la apropiación de los cerros más elevados de la región constituidos como huacas (Ochoa y Otero 2018; Ochoa 2019), ya que de sus entrañas brota el agua de forma permanente. En este sector, las rutas transversales fueron materializadas por el poder de la arquitectura a través de sus destacadas manifestaciones constructivas.

Conclusiones

Sobre la base de las evidencias presentadas y discutidas, sostenemos que, articulando todos estos espacios, el Qhapaq Ñan actuó como una marca tangible de poder estatal en territorios distantes del Imperio, sin importar la distancia con la capital. Esto puede responder al alto grado de complejidad política aplicado por el Estado en la regiones marginales y periféricas. Como ya lo mencionamos, el control directo sobre la producción especializada de bienes suntuarios de alto valor simbólico y la

delimitación de una frontera interna y extrema del Tawantinsuyu en la región, podrían ser dos de las razones que explicarían la presencia de destacadas manifestaciones arquitectónicas registradas en las rutas transversales inkas en este sector de los Andes del Sur.

A partir de su trazado en la Quebrada de Humahuaca, el Qhapaq Ñan favoreció el dominio de una región distante y de frontera pero que, por su potencial sociocultural, económico y político, ameritaba una alta inversión en la diagramación de caminos con múltiples funciones, ya fueran militares, productivos y/o rituales. A nivel económico, estas rutas transversales fueron utilizadas para el transporte de materias primas, como excedentes agrícolas, y para distribuir a otras provincias del Tawantinsuyu bienes artesanales de alto valor simbólico, producidos en diferentes centros administrativos de la región. En el marco de la religión estatal, estos caminos se utilizaron como calzadas rituales para acceder a las huacas locales, que no solo fueron reapropiadas por el Imperio e incorporadas al culto estatal sino que, además, actuaron como una frontera ritual durante la expansión del Collasuyu. Los caminos militares de frontera, materializados por las técnicas constructivas arquitectónicas más sofisticadas, fueron otros de los mecanismos de poder utilizados por el Tawantinsuyu para establecer sus límites sobre los territorios anexados y marcar de esta manera su impronta imperial.

La Quebrada de Humahuaca se presenta como un caso particular de provincialismo inka, donde los recursos locales, la mano de obra disponible, los avances y desarrollos tecnológicos que alcanzaron las poblaciones locales, y una sólida organización política brindaron las bases para que el Imperio se instalara en la región. Esto alcanzó para que

el Estado aplicará un sistema de gobierno caracterizado por un claro control directo sobre las poblaciones locales, sus recursos y su sistema de caminos, que fueron incorporados al Qhapaq Ñan sin que importara su ubicación geográfica, ya fuera esta marginal, periférica, distante o de frontera.

Agradecimientos

A las comunidades aborígenes de la Quebrada de Humahuaca que nos permitieron ingresar a sus territorios por los caminos vecinales. Al arquitecto Joaquín Trillo con quien prospectamos muchos de los trayectos presentados en este trabajo.

Referencias citadas

FUENTES DIGITALES

- Ochoa, Pablo Adolfo
2020 "Tambos perdidos, rutas olvidadas: nuevos aportes a partir del estudio del Qhapaq Ñan en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina)", *Andes: Antropología e Historia* [Salta], 1(31) [en línea]. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/andes/v31n1/v31n1a03.pdf> [1 de julio de 2022].

FUENTES DOCUMENTALES

- Nielsen, Axel E.
1989 *La ocupación indígena del territorio Humahuaca oriental durante los periodos de Desarrollos Regionales e Inka*. Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Otero, Clarisa
2013 *Producción, usos y circulación de bienes en el Pucará de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, Jujuy)*. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

FUENTES IMPRESAS

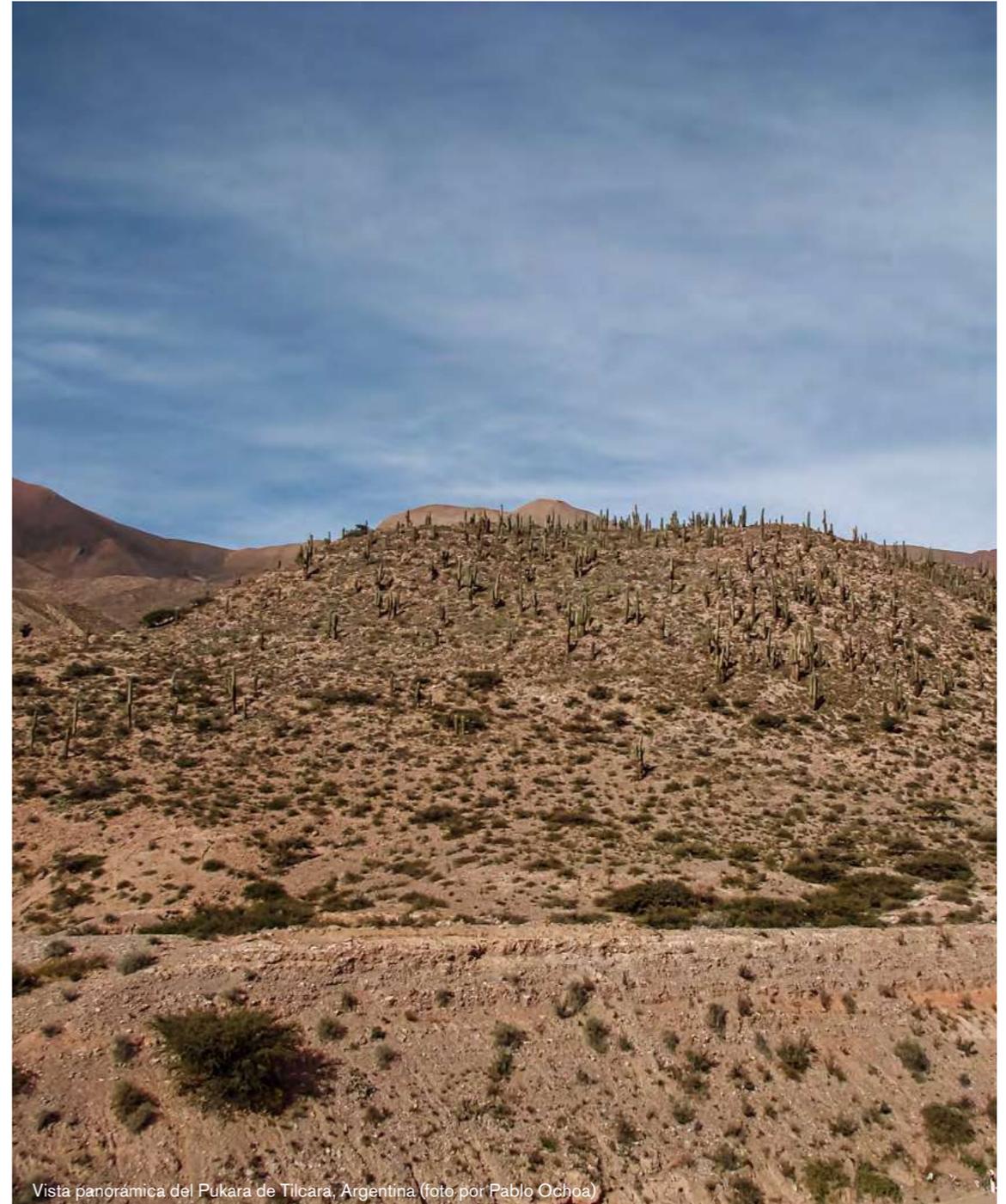
- Anschuetz, Kurt F.; Richard H. Wilshusen y Cherie L. Scheick
2001 "An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions", *Journal of Archaeological Research* [New York], 9(2), pp. 152-197.
- Albeck María Ester
1992 "El ambiente como generador de hipótesis sobre la dinámica sociocultural prehispánica en la Quebrada de Humahuaca", *Cuadernos de Investigación* [San Salvador de Jujuy], 3, pp. 95-106.
- Ambrosetti, Juan Bautista
1912 "Resultados de las exploraciones arqueológicas en el Pucará de Tilcara (Pcia. de Jujuy)", en Robert Lehmann-Nitsche (editor), *Actas y memorias del XVII Congreso Internacional de Americanistas* (Buenos Aires, 17-23 de mayo de 1910). Volumen II, pp. 497-498. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- Bárcena, J. Roberto
1979 "Informe sobre recientes investigaciones arqueológicas en el NO de Mendoza—Argentina (valle de Uspallata y zonas vecinas) (Con especial referencia al período incaico)", en *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile (Altos de Vilches, 27 de octubre al 1° de noviembre de 1977)*. Volumen II, pp. 661-692. Santiago de Chile: Sociedad Chilena de Arqueología - Sociedad Arqueológica del Maule - Ediciones Kultrun.
- Berenguer José, Cecilia Sanhueza Tohá e Iván Cáceres
2011 "Diagonales incaicas, interacción interregional y dominación en el altiplano de Tarapacá, norte de Chile", en Lautaro Núñez y Axel E. Nielsen (compiladores), *En Ruta: arqueología, historia y etnografía del tráfico sur andino*, pp. 247-283. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Chacaltana Cortez, Sofía; Elizabeth Arkush y Giancarlo Marcone Flores (editores)
2017 *Nuevas tendencias en el estudio de los caminos*. Lima: Proyecto Qhapaq Ñan-Sede Nacional - Ministerio de Cultura del Perú.
- Cruz, Pablo y Rosario Jara
2011 "Por encima de las nubes. Caminos, santuarios y arte rupestre en la serranía de Calile-

gua [Jujuy, Argentina]", *Comechingonia. Revista de arqueología* [Córdoba], 14, pp. 75-96.

- Debenedetti, Salvador
1930 *Las Ruinas del Pucará de Tilcara, Tilcara, Quebrada de Humahuaca (Pcia. De Jujuy)*. Archivos del Museo Etnográfico II, Primera Parte. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires.
- González, Alberto Rex
1982 "Las provincias inca del antiguo Tucumán", *Revista del Museo Nacional* [Lima], 46, pp. 317-380.
- Fernández do Rio, Solange y Pablo Adolfo Ochoa
2011 "El Qhapaqñan en el sector medio de la Quebrada de Humahuaca, Jujuy", *Estudios Sociales del NOA* [Tilcara], 10, pp. 45-65.
- González Godoy, Carlos
2017 "Arqueología vial del Qhapaq Ñan en Sudamérica: análisis teórico, conceptos y definiciones", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(1), pp. 15-34.
- Guaman Poma de Ayala, Felipe
1980 [1615] *El primer nueva corónica y buen gobierno*. 3 tomos. Edición de John V. Murra y Rolena Adorno. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Gudemos, Mónica
2015 "Discursividades de una historia conflictiva. Espacio-Tiempo ceremonial de la Semana Santa y conflictos sociales emergentes en la Quebrada de Humahuaca (Noroeste Argentino)", *Revista Española de Antropología Americana* [Madrid], 45(2), pp. 501-516.
- Hyslop, John
1990 *Inka Settlement Planning*. Austin: University Texas Press.
1992 *Qhapaq Ñan: El sistema vial incaico*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos (INDEA).
1998 "Las fronteras estatales extremas del Tawantinsuyu", en Tom D. Dillehay y Patricia J. Netherly (compiladores), *La frontera del Estado Inka*, pp. 33-51. Quito: Fundación Alexander von Humboldt - Editorial Abya-Yala.
- Krapovickas, Pedro
1958 "Un taller de lapidario en el Pucará de Tilcara", *Runa* [Buenos Aires], 9, pp. 137-151.

- Otonello, María Marta y Ana María Lorandi
1987 *Introducción a la arqueología y etnología: diez mil años de historia argentina*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Moralejo, Reinaldo
2017 "Arqueología y paisaje en el interfluvio de Zapata, Catamarca, noroeste de Argentina", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(1), pp. 119-136.
- Nielsen, Axel E.; Julio C. Avalos y Karina A. Menacho
1997 "Lejos de la ruta sin un pucara", *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* [San Salvador de Jujuy], 9, pp. 203-220.
- Núñez, Lautaro y Axel E. Nielsen (compiladores)
2011 *En Ruta: arqueología, historia y etnografía del tráfico sur andino*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Ochoa, Pablo Adolfo
2016 "Configuración del Paisaje Prehispánico del Sector Central de la Quebrada de Humahuaca [Jujuy, Argentina]", *Arqueoantropológicas* [Cochabamba], 6(6), pp. 25-46.
2017a "Arquitectura para la materialización del poder. Aportes a partir del estudio de nuevos sitios identificados en la quebrada de Sixilera (Quebrada de Humahuaca, Argentina)", *Mundo de Antes* [Tucumán], 11, pp. 171-194.
2017b "Huacas y Virgenes: reordenamiento territorial en el sector central de la Quebrada de Humahuaca [Jujuy, Argentina]", *Revista Española de Antropología Americana* [Madrid], 47, pp. 91-109.
2019 "Los paisajes rituales del sector central de la Quebrada de Humahuaca [Jujuy, Argentina]. Nuevos aportes a partir del estudio del Qhapaq Ñan", *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Series especiales* [Buenos Aires], 7(1), pp. 33-47.
- Ochoa Pablo Adolfo y Clarisa Otero
2017 "Contribuciones al estudio de la vialidad incaica en el sector central de la Quebrada de Humahuaca [Jujuy, Argentina]", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(2), pp. 83-101.
2018 "Wak'as en luna llena. Aportes para el estudio de la ritualidad andina en el sector central de la Quebrada de Humahuaca [Jujuy, Argenti-

- na)", en Rocio Bustamante Zenteno y Nelson Antequera Duran (compiladores), *Concepciones sobre el clima en el mundo andino. Reflexiones y debate interdisciplinar*, pp. 39-58. Cochabamba: Universidad Mayor de San Simón.
- 2020 "Usos productivos y rituales de las rutas incaicas del sector central de la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina)", *Chungara. Revista de Antropología Chilena* [Arica], 52(3), pp. 427-444.
- Pease García Yrigoyen, Franklin
1995 *Las crónicas y los Andes*. Lima: Instituto Riva-Agüero - Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Pimentel, Gonzalo
2009 "Las huacas del tráfico: arquitectura ceremonial en rutas prehispánicas del desierto de Atacama", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 14(2), pp. 9-38.
- Raffino, Rodolfo A.
1981 *Los Inkas del Kollasuyu. Origen naturaleza y transfiguraciones de la ocupación Inka en los Andes Meridionales*. Buenos Aires: Ramos Americana Editora.
- 1993 *Inka: arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.
- Regal Matienzo, Alberto
1936 *Los caminos del Inca en el antiguo Perú*. Lima: Sanmartí y Cía.
- Rostworowski, María
1988 *Historia del Tahuantinsuyu*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Salas, Alberto Mario
1945 *El antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Pcia. De Jujuy)*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires (Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Serie A5).
- Sánchez, Sandra
2004 "Discursos y alteridades en la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, Argentina). Identidad, parentesco, territorio y memoria", *Boletín de Arqueología PUCP* [Lima], 8, pp. 111-132 (número temático: *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas* (tercera parte), editado por Peter Kaulicke, Gary Urton e Ian Farrington).
- Schobinger, Juan
1982 "Mapa: Ocupación incaica en el noroeste y oeste argentino y en el norte y centro de Chile", en *Estudios de arqueología sudamericana*, p. 90. Buenos Aires: Editorial Castañeda.
- Strube Erdmann, León
1964 *Vialidad imperial de los incas*. Córdoba: Dirección General de Publicaciones.
- Tarragó, Myriam
2013 "Reflexiones sobre la arqueología del Noroeste Argentino en el ámbito de los Andes Circumpuneños", en María Ester Albeck y María Beatriz Cremonte (compiladoras), *Las tierras altas del Área Centro Sur Andina entre el 1000 y el 1600 d.C.*, pp. 23-42. San Salvador de Jujuy: Ediunju.
- Uribe Rodríguez, Mauricio
1999-2000 "La arqueología del Inka en Chile", *Revista Chilena de Antropología* [Santiago de Chile], 15, pp. 63-98.
- Vitry, Christian
2017 "El rol del Qhapaq Ñan y los Apus en la expansión del Tawantinsuyu", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(1), pp. 33-47.
- Williams, Verónica y Paula Villegas
2017 "Rutas y senderos prehispánicos como paisajes. Las quebradas altas del valle Calchaquí medio [Salta]", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(1), pp. 71-94.



Vista panorámica del Pukara de Tilcara, Argentina (foto por Pablo Ochoa)



Espacios de producción, circulación y refugio. Los valles orientales del norte de Salta (Argentina) durante el Tawantinsuyu y la Colonia Temprana

BEATRIZ N. VENTURA

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y
TÉCNICAS, UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES,
ARGENTINA

EN RECUERDO DE MARIETTE ALBECK, GRAN AMIGA Y COLEGA

Introducción

Al este de la cordillera Oriental, en el norte de Salta, se extiende un territorio que abarca en pocos kilómetros diversos ambientes, desde el Altoandino en las serranías de esa cordillera, hasta la Selva Pedemontana en el río Bermejo. Allí, en las yungas (Cabrera 1976: 3) las Sierras Subandinas recubiertas de una densa vegetación complejizan el relieve, mientras que un gran número de ríos y arroyos bañan este territorio conformando una red hídrica que da lugar a la alta cuenca del río Bermejo (figura 1). Sus valles, al igual que los valles orientales de Tarija (Bolivia), formaron parte de la denominada “frontera oriental del Tawantinsuyu”, que continuaba al sur en los valles orientales de Jujuy. La documentación histórica refiere que

allí fueron re-localizadas distintas poblaciones según los requerimientos de los objetivos inkaicos en estos territorios orientales (González 1982; Lorandi 1984; Sánchez y Sica 1990; Presta 1995; Presta y Del Río 1995; Oliveto y Ventura 2009; Cremonte 2017; Oliveto 2018).

La cordillera Oriental en este sector corresponde a las Serranías de Santa Victoria, con cumbres que superan los 5000 m s. n. m., cuya ladera occidental se extiende hacia la puna jujeña (figura 1). Durante los siglos XVII y XVIII estas serranías fueron conocidas como la “Cordillera de los Chichas” o de Cozquina (Furlong Cardiff 1936: lámina XLVIII; Ventura y Oliveto 2014: 287) o como la “Cordillera que divide el Chaco del Perú” (BNF S. XVII) o las “serranías que dividen al Chaco del Perú”, ya que a partir de ella, hacia el oriente, comenzaba el

“Gran Chaco Gualamba” (Lozano 1941 [1733]: 50). Estas serranías fueron vistas como un límite que separaba un territorio que cayó muy tardíamente bajo el poder hispano. Sus cerros y valles orientales estaban habitados por numerosas poblaciones y contaban con recursos a los cuales a los españoles les costó acceder, y recién lograron dominar en la segunda mitad del siglo XVIII (Ventura y Oliveto 2014).

Podríamos definirlo como un territorio con una gran dinámica poblacional. En diversos sectores de sus serranías y valles los inkas relocalizaron distintas poblaciones *mitmas*. La documentación y cartografía histórica mencionan a los churumatas, chichas, “los de Titiconde”, apatamas, omanatas, apanatas, “los chipanas” (?) y a grupos jerarquizados, los “orejones” (Salas 1945: 58; Sánchez y Sica 1990: 476; Ventura y Oliveto 2014: 293; Oliveto y Ventura 2017: 266). Con la caída del dominio inkaico, algunos integrantes de estos pueblos regresaron posiblemente a sus lugares originarios, mientras otros continuaron ocupando esos valles. Huyendo de los avances hispanos, otros churumatas buscaron refugio en estos valles, al igual que ciertos grupos inkaicos jerarquizados que ocupaban hasta entonces regiones vecinas. Con las primeras entradas españolas, éstos retiraron algunas poblaciones de los valles, mientras se registraron nuevos movimientos ocasionados por quienes fueron conocidos como *chiriguanaes*, con los cuales los hispanos mantuvieron hostilidades hasta entrado el siglo XVIII (Oliveto y Ventura 2017: 273).

Actualmente, las poblaciones que ocupan estos valles orientales habitan en localidades dispersas, de reducidas dimensiones, conectadas por escasas vías de comunicación, a las

cuales se accede principalmente a través de regiones vecinas, por Bolivia al norte y al este, y por la puna jujeña al oeste. Es una de las regiones del Noroeste Argentino (en adelante NOA) con menor cantidad de caminos vehiculares.

Rodolfo Raffino (1993: 216) definió a esta área como “la región más marginal a este mundo oriental, la de más difícil acceso y la más escarpada”. Las únicas excavaciones arqueológicas fueron realizadas en la década de 1930 por Eduardo Casanova (1930), Salvador Debenedetti (Debenedetti y Casanova 1933-1935) y Fernando Márquez Miranda (1937, 1939, 1941), además de una breve prospección en el valle de Iruya llevada a cabo por Raffino y colaboradores (1986).

Nuestras investigaciones arqueológicas en el sector oriental de las Serranías de Santa Victoria han sido realizadas en los valles de Iruya, Bacoya y Nazareno, iniciamos relevamientos de dos sectores en los altos de estas Serranías (Ventura *et al.* 2016) (figura 1).

Con un enfoque regional y sobre la base del análisis del registro arqueológico, de documentación y cartografía histórica y de la geología del área, hemos propuesto que al oriente de las Serranías de Santa Victoria el inkario organizó el espacio con objetivos mineros-metalúrgicos, relocalizando diversas poblaciones en calidad de *mitmas*, desarrollando en los valles una importante producción agrícola y construyendo recintos de almacenaje, mientras en los altos de la serranía se realizaban las tareas minero-metalúrgicas. Ciertos grupos jerarquizados estarían a cargo de la administración de estos recursos para lo cual se alzaron dos centros, Titiconde sobre el valle de Iruya y Queyotical sobre el valle de Nazareno¹, completándose



Figura 1. Mapa de las Serranías de Santa Victoria y valles orientales bajo estudio, con indicación de los lugares y sitios arqueológicos mencionados en el texto (mapa realizado por Federico García Blaya).

¹El sitio Queyotical fue registrado por Christian Vitry (2014).

se la dominación simbólica de estos espacios con un adoratorio de altura en el Cerro Morado (Casanova 1930) (figura 1) y con la posible sacralización de cerros cercanos (Ventura 2013, 2016, 2017; Ventura y Scambato 2013; Ventura y Oliveto 2014, Oliveto y Ventura 2017).

En este trabajo se consideran las características de los espacios residenciales, productivos y sagrados de este sector del oriente de las Serranías de Santa Victoria, durante la ocupación inkaica, integrando las vías de circulación como parte de una constante interrelación de espacios (Manzo *et al.* 2011: 138). La dificultades de acceso y tránsito en estos valles son destacadas desde los primeros momentos por los españoles en su intento de conquistar las poblaciones y explotar los recursos del Chaco. Esas mismas dificultades son las que les permitieron a las poblaciones indígenas refugiarse en esos valles, implementando estrategias de ocultamiento para no ser ubicados durante los avances hispanos (Oliveto y Ventura 2017: 268).

Espacios residenciales y de producción

LOS ESPACIOS RESIDENCIALES

Los espacios residenciales y agrícolas en los valles de Iruya, Bacoya y Nazareno se localizan en los Pastizales de Neblina (entre los 2700 y 3500 m s. n. m.). Los asentamientos se emplazan en los sectores medios de las laderas, aunque en algunos casos se hallan en lo alto de espolones que se extienden sobre los valles; corresponden a una veintena de asentamientos residenciales de reducidas dimensiones, entre 10 a 30 recintos de formas circulares-elípticas. Se trata de recintos sim-

ples con muros dobles y diámetros que oscilan entre los 5 y 7 metros, separados entre sí por áreas de circulación claramente delimitadas. Los recintos se distribuyen en distintas terrazas, reforzadas con muros de contención. Por sus mayores dimensiones se distinguen dos asentamientos residenciales: Titiconte sobre el valle del río Iruya y Pueblo Viejo de Rodeo Colorado (en adelante PVRC) ubicado al oeste del valle de Nazareno (figura 1). En ambos poblados se observó la existencia de un manantial o surgente de agua cuando fueron relevados (Márquez Miranda 1939: 139; Ventura 1999: 281, 2013:138).

Titiconte solamente fue excavado en la década de 1930 por Debenedetti y Casanova (1933-1935) y por Márquez Miranda (1939: 113). El sitio presenta una arquitectura compleja, con recintos residenciales y de almacenamiento de formas rectangulares y circulares. Algunos de estos últimos son subterráneos y se comunican por medio de túneles, de hasta 12 metros de largo. Las estructuras circulares tienen muros dobles, techos en falsa bóveda, vanos trapezoidales, pisos enlajados y nichos en los muros. En el exterior del sitio se han construido importantes andenerías agrícolas en algunas de las cuales hay recintos de almacenaje (Debenedetti y Casanova 1933-1935: 19). En los muros de ciertos andenes se realizaron varias representaciones de llamas por medio de rocas blancas, con la técnica de mosaico, que son visibles a distancia; la mayor de ellas tiene un metro de altura y se orienta hacia el noroeste (Márquez Miranda 1939: 115). Estas representaciones, sin duda, guardan similitud con las llamas blancas de Choquequirao, en Perú (Echevarría y Valencia 2011). Siguiendo a Raffino y colaboradores (1986: 87), Titiconte fue un centro administrativo inkaico; fue también una de las

cuatro encomiendas localizadas en el actual territorio argentino que, junto con Casabindo, Humahuaca y Chicoana, Francisco Pizarro entregó en el Cusco en 1540. Según Ana María Presta (2000), esta repartición fue realizada sobre la base de los *quipus* estatales inkaicos, ya que los españoles aún no habían ingresado a ese territorio.

El otro asentamiento de mayores dimensiones es Pueblo Viejo de Rodeo Colorado (figura 1). Este sitio, emplazado en el sector medio de la ladera de un cerro ubicado al oeste del valle de Nazareno, tenía en la década de 1930 unos cien recintos residenciales de forma circular-elíptica, correspondientes a unidades simples, con paredes dobles, separados por áreas de circulación bien delimitadas y distribuidos en diez terrazas artificiales. Allí, y en otros asentamientos residenciales, Márquez Miranda (1939: 132) exhumó numeroso instrumental lítico relacionado con el trabajo de la tierra, con el procesamiento de vegetales y otras tareas, incluyendo palas, picos, mazas, morteros, manos de moler, hachas, etcétera. También, principalmente en los enterratorios ubicados bajo los pisos de los recintos residenciales, halló diversas piezas consideradas de prestigio o suntuarias²; entre ellas, destacaban las grandes placas circulares de plata (*tincurpas*), placas circulares de menor tamaño también de plata y una docena de piezas para usar en brazos y manos, registrándose pulseras (*chipanas*), brazaletes tubulares, brazaletes, manoplas y anillos realizados en bronce. En Cuesta Azul, Márquez Miranda halló

una pulsera de plata con motivos grabados, y en Huaira Huasi cuatro pequeñas campanillas o cubiletes, dos de oro y dos de oro-plata, así como una placa rectangular de bronce de las consideradas calchaquíes tardías (Ventura y Scambato 2013: 96; Plaza 2017). En estos asentamientos se registraron aproximadamente mil cuentas realizadas en turquesa, sodalita, ópalo³, material malacológico y sobre tobos, además de cerámica *Inka Provincial*, instrumentos musicales, textiles de buena calidad y bolsitas de cuero conteniendo mineral de cobre, así como otras piezas que pudieron haber sido utilizadas como amuletos o *conopas* (Ventura y Scambato 2013; Becerra *et al.* 2020).

LOS ESPACIOS AGRÍCOLAS

En este sector, los valles presentan forma de V con ríos encajonados, destacándose en las laderas de los cerros una extensa andenería agrícola, obra que, en opinión de los primeros investigadores mencionados y, posteriormente, de María Ester Albeck (2016: 65), correspondería a una construcción inkaica (Márquez Miranda 1941: 216; Raffino *et al.* 1986: 67; Ventura y Albeck 2016: 290). Las laderas de los cerros tienen pendientes escarpadas con muy alto grado de erodabilidad, debido a ello fue necesaria una gran inversión en infraestructura para construir los andenes. Ciertos rasgos en esta andenería, no muy comunes en el NOA, ratificarían la propuesta de su origen inkaico; nos referimos a los andenes en

² Estos materiales se hallan depositados en el Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Corresponden a la Colección Márquez Miranda y su estudio y análisis fue parte de nuestro proyecto de investigación (Ventura y Scambato 2010; Ventura 2011). Los materiales de Titiconte y Cerro Morado se hallan depositados en el Museo Etnográfico (Buenos Aires) y en el Museo Eduardo Casanova (Tilcara), ambos de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

³ Sobre estas cuentas se realizaron 32 análisis de difracción (DRX) y espectrometría (EDX) (Ventura y Scambato 2013; Becerra *et al.* 2020).

anfiteatro, a las piedras insertas en los muros a modo de escalones, a las estructuras de almacenamiento al interior de la andenería y a la representación de llamas en los muros de los andenes (Casanova y Debenedetti 1933-1935: 19, figura 1; Márquez Miranda 1937: 156; Ventura y Albeck 2016: 291). También, ciertas estructuras de almacenamiento en Titiconte y en Arcayo presentan rasgos constructivos que Raffino y colaboradores (1986: 68) asociaron a las *collicas* inkas, mientras que en Nazareno el sistema de riego presenta largos canales de riego con sectores revestidos con lajas (Reboratti 1998: 138).

Los espacios residenciales y las áreas agrícolas se distribuyen desde Poscaya, al norte de Nazareno, hasta el sur de Rodeo Colorado, abarcando los sectores bajos de los cerros Minero y Fundición (figura 1). Esta concentración de andenería en sectores diferenciados se presenta como bolsones o islas en áreas productivas de desarrollo agrícola estatal (Williams y D'Altroy 1998: 175; Ventura y Albeck 2016: 292).

LOS ESPACIOS MINEROS Y GANADEROS

La base geológica de las Serranías de Santa Victoria sustenta la posibilidad de la explotación minero-metalúrgica, ya que esta región presenta gran variedad de yacimientos metalíferos; las manifestaciones de plomo-plata-zinc son frecuentes, así como las de cobre, níquel, hierro y oro. En el norte se presentan también placeres auríferos (Rubiolo *et al.* 2003). El análisis de 41 piezas de metal procedentes

de sitios arqueológicos de los valles nos ha planteado numerosas interrogantes. Una de ellas se relaciona con la aleación cobre-níquel registrada en dos brazaletes tubulares y en una pulsera provenientes de PVRC (Ventura y Scambato 2013; Ventura *et al.* 2016). Considerando la escasez de los minerales de níquel en la zona andina (Lechtman y Macfarlane 2006: 511) y que el área de estudio posee ricas fuentes de este mineral, proponemos que estos objetos habrían sido elaborados en la región, posibilidad que venimos analizando (Ventura y Scambato 2013; Ventura *et al.* 2016). Un yacimiento de níquel-uranio-cobre-cobalto-plomo y zinc (Fernández 1963) se registra en las Serranías de Santa Victoria (mina La Niquelina) al noroeste del cerro Fundición a 4650 m s. n. m., en el sector de Rodeo de Tuc Tuca (foto 1a). El cerro Tuc Tuca fue relacionado por Alberto Salas (1945: 58) con el pueblo de Toctoca mencionado en documentación de 1601, cuyo cacique fue Cattatte Tolave⁴, lo que vincularía a ese poblado con grupos churumatas y/o chichas.

Hemos referido que el registro arqueológico de los asentamientos residenciales de los valles presenta una docena de piezas de bronce y de plata para usar en brazos y manos. La asociación entre la explotación minera incaica y los brazaletes o pulseras (*chipanas*) fue señalada por Hernando de Santillán en 1563, al referir que en el Tawantinsuyu los indígenas

Aunque no tributaban ni oro ni plata, **salvo donde el inga tenía minas**, mandaba ir los indios que le parecían, para que le sacasen oro y plata para sus vasos y otras cosas de su servicio; y **en la provincia que había plateros, le daban chipanas en**

poca cantidad, porque una guaranga dicen que daba una chipana [...] (Santillán 1968 [c.1563]: 115-116; el resaltado es nuestro).

Destaca también que **“en tiempos del inga no le tributaban ni daban oro ni plata más que las dichas chipanas y brazaletes**, que era muy poca cantidad” (Santillán 1968 [c. 1563]: 125; el resaltado es nuestro). Cada provincia en donde había ricas minas contribuía con una *chipana* de estos metales y para cumplir con ello, los curacas locales viajaban al Cusco llevando presentes que eran entregados en las festividades. El Inka recibía las mejores piezas y buen número de ellas eran repartidas entre los orejones y curacas, como un modo de afianzar alianzas y lealtades (Rostworowski 2001 [1953]: 206).

El año 2016, junto a la doctora María Florencia Becerra, iniciamos relevamientos en sectores altos de los cerros Minero y Fundi-

ción buscando indicadores de actividad minero-metalúrgica incaica (Ventura *et al.* 2016). Uno de los sitios arqueológicos registrados en el Abra Azul, a 4400 m s. n. m., presenta un recinto subterráneo con entrada indirecta y hornacinas en los muros, que lo asemejan a los recintos subterráneos de Titiconte. También, hemos iniciado prospecciones en el área del yacimiento de níquel.

Actualmente, en el sector de Tuc Tuca los pobladores son pastores de llamas (foto 1b) y mineros que llevan a cabo la extracción y el trabajo de piedra laja, aunque hasta mediados del siglo pasado trabajaban en las minas cercanas, hoy cerradas. Como sabemos, para las poblaciones instaladas en los sectores altos de las serranías las llamas son animales indispensables, utilizan su carne, fibra, cuero, huesos y hasta su excremento⁵, al igual que



Foto 1. a. Vista de la Mina La Niquelina; b. Rebaños de llamas en el oriente de las Serranías de Santa Victoria (fotos por Beatriz Ventura).

⁵El guano de las llamas de los sectores altos es utilizado como fertilizante en los campos de cultivo en el valle de Nazareno.

⁴Demanda contra Juan Ochoa de Zárate por cantidad de pesos que adeuda a Sancho de Murueta, en Archivo de Tribunales de Jujuy, Expediente N° 5749, año de 1612 (Salas 1945: 56, cita 3). Como ya lo hemos señalado junto a Lía Guillermina Oliveto, “el apellido Tolave/Tolava es relacionado por Presta y del Río (1995: 229) con grupos churumatas, mientras que Palomeque (2010: 14) lo asocia con chichas” (Ventura y Oliveto 2014: 293).

su fuerza como animal de carga. Los rituales y ceremonias son parte fundamental en la vida de los pastores y sus rebaños (Flannery *et al.* 1989).

Los inkas, además de aprovechar las utilidades mencionadas, le otorgaban a las llamas un gran valor simbólico y sagrado, reflejado en sus rituales, mitos y en el orden astronómico (Lecoq 2013; Fossa 2018). Fueron también depositadas como ofrendas, al igual que sus representaciones, y entregadas en sacrificios en variedad de situaciones registradas en la documentación histórica y por la arqueología (Flores Ochoa 1977; Reinhard y Ceruti 2010: 142, 157; entre otros). En los sitios arqueológicos de los valles orientales bajo estudio, la presencia y valorización de las llamas se ha verificado de diversas formas. Mencionamos las grandes llamas blancas en los andenes de Titiconte;

también fueron grabados motivos de caravanas de llamas en las paredes de un refugio de pastores (Martel y Ventura 2007: 159)⁶ (foto 2) y se hallaron motivos de camélidos grabados en una roca en Nazareno (María Ester Albeck, comunicación personal, 2013). En PVRC y en Pueblo Viejo de Colanzulí se registraron representaciones de cabezas de llamas realizadas en piedra (Ventura 2013: 139, figuras 9 C-D), y restos óseos de camélidos fueron exhumados durante las excavaciones en PVRC (Colección Márquez Miranda). Los textiles de PVRC fueron confeccionados con fibras de camélidos; con el cuero de estos animales fueron hechas las bolsitas que contenían restos minerales (Ventura y Scambato 2013: 95). Además, la toponimia registra la localidad de Llamayoc (actual San José) ubicada frente a Rodeo Colorado y caravanas de llamas, provenientes de estas serra-



Foto 2. Motivos de llamas grabados en el sitio CGA, junto al sendero que comunica Baritú, en la selva, con Trigohuainco, en el valle (foto por Beatriz Ventura).

⁶ El sitio es conocido como "Cuevas de don Gregorio Aguado" (CGA), se trata de grandes oquedades naturales que permiten su uso como refugio temporal ubicado junto al sendero. Los motivos en las paredes rocosas corresponden a las figuras de camélidos alineados, muy esquemáticos, al igual que una posible figura antropomorfa que los precede; se trata de un posible motivo de caravana. Hay también motivos grabados geométricos en zigzag cruzados. El sitio registra grabados de distintos momentos, ya que se ha representado también una cruz cristiana y la marca de ganado del señor Aguado (Martel y Ventura 2007: 158-59), por lo que asumimos que el sendero también habría tenido un largo uso en el tiempo.

nias, continuaban bajando hacia la selva hasta 1948 (Jakulica 1951: 17). Es posible que en los sectores altos de las serranías se hubieran llevado a cabo prácticas de caza de vicuñas, así como de aves en las lagunas de altura.

Sin duda, todos estos espacios se encontraban conectados por una variada red de senderos, relacionando distintos territorios, y permitiendo la circulación de productos e intercambios entre las diversas poblaciones.

Espacios de circulación

En un paisaje de montañas de pendientes muy pronunciadas y valles angostos, la circulación presenta numerosas dificultades. Sin embargo, una gran cantidad de senderos atraviesan las laderas de los cerros en toda el área, quedándonos aún por relevar un gran número de ellos.⁷ En los sectores prospectados registramos pocos indicadores que fueran atribuibles a un "camino incaico" o a "senderos prehispánicos"; no obstante, es probable que la mayoría de estas vías hayan tenido ese origen, pero continuaron siendo utilizadas y modificadas hasta la actualidad. Varias localidades actuales se emplazan sobre sitios arqueológicos o en sus cercanías y los pobladores aún emplean los antiguos senderos que los comunicaban. También se reutilizan algunos de los antiguos andenes de cultivo y los senderos que los conectan con los sitios residenciales. Hasta hace pocos años eran las únicas vías de circulación.

En estos ambientes de montaña, la dinámica de los procesos erosivos es notable y son causa de la destrucción de las vías de circu-

lación. En esos procesos actúan la geomorfología, la base geológica, la pendiente, las precipitaciones hídricas, que son muy fuertes y estacionales y el desborde de los arroyos que bajan de las montañas. También influyen la exposición de la ladera, el suelo, la vegetación, o la falta de ella que produce cárcavas frecuentes, la remoción en masa, los desprendimientos (por gravedad) y deslizamientos de materiales. Todos estos procesos orógenos afectan la conservación de los senderos y caminos, y son causas de la condición de aislamiento que presenta la región que hasta hace cuarenta años no contaba con caminos vehiculares, salvo pocas excepciones. Algunos caminos vehiculares han seguido el trazo de antiguos senderos, por lo cual estos últimos han desaparecido. Ya sea por causas naturales o antrópicas, las antiguas vías de circulación de estos valles se hallan muy modificadas, su traza es muy difusa o han desaparecido.

Consideramos, sin embargo, que ciertos rasgos registrados en los senderos podrían reflejar su origen constructivo incaico, uno de ellos son los tramos de senderos en zigzag. Debido a que las laderas presentan grandes pendientes, mayores a 45 grados, para cubrir las diferencias altitudinales entre los emplazamientos de los asentamientos y los lechos de los ríos, de más de 1000 m s. n. m., los senderos fueron construido en forma de zigzag (fotos 3-4). Otro rasgo que consideramos de origen incaico es el empedrado, visible en tramos de senderos que comunican sitios arqueológicos que presentan materiales y/o construcción incaica; uno de ellos lo registramos en 1995 entre Nazareno y Cuesta Azul.⁸

⁷ Christian Vitry ha recorrido diversos senderos de estos valles y serranías en su proyecto de investigación del Qhapaq Ñan.

⁸ En el valle de Santa Victoria, al norte de nuestra área de estudio, donde el relieve es más llano, se registraron varios tramos de caminos empedrados y escalonados.



Foto 3. Vista de sendero en zig-zag en ladera de gran pendiente del valle de Nazareno, toma realizada en verano (foto por María Ester Albeck).



Foto 4. Vista de sendero en zig-zag en ladera de gran pendiente del valle de Nazareno, toma realizada en verano (foto por María Ester Albeck)

Los senderos se han construido principalmente en: a) los sectores medios de las laderas, b) los altos de las serranías, c) los “filos” de los cerros y d) los lechos de los ríos. La mayoría de los senderos recorren tramos por todos esos relieves y presentan gran variedad de morfologías según el relieve y las características del terreno.

Los senderos que recorren los sectores medios de las laderas son angostos (entre 60 centímetros y 1 metro de ancho) y en las pendientes abruptas presentan refuerzos laterales por medio de muros de contención. Son afectados por los distintos procesos erosivos que causan su frecuente destrucción, por lo que deben ser reconstruidos

casi todos los años o modificarse su traza (fotos 5-6).

Hemos realizado el relevamiento pedestre entre los sitios arqueológicos PVRC y Huaira Huasi a través del Abra del Sauce⁹ a 3250 m s. n. m.. Desde allí, por los sectores altos, el sendero transcurre con dirección al este, pasando por antiguos andenes de cultivo, por las cercanías de una pequeña cueva y al costado de una estructura circular, antes de comenzar la larga bajada hacia el valle del río Nazareno a 2178 m s. n. m., donde el lecho del río es ancho y muy pedregoso. Luego de cruzar por sus aguas hasta la orilla oriental¹⁰ se comienza la subida por la ladera sur del cerro a cuyo pie estaba ubicado el poblado de San Pedro. El



Foto 5. Tramo de sendero en sector medio de la ladera, entre Abra del Sauce y bajada al valle de Nazareno (foto por Beatriz Ventura).

⁹ Antiguamente llamada Abra de las Sepulturas (Márquez Miranda 1939: 133); hoy, por este tramo del antiguo sendero pasa el camino vehicular que conduce hasta la localidad de Abra del Sauce.

¹⁰ Allí se registran las ruinas de las casas del desaparecido poblado de San Pedro, cubierto por un desprendimiento de barro y piedras (“volcán”), del que solo se ven las partes superiores de los muros y los techos de las viviendas.



Foto 6. Tramos de senderos en sector medio de la ladera entre sitio Valle Delgado y Rodeo Colorado.

sendero sube en zigzag, pasando junto a antiguos muros de andenes agrícolas, hasta el poblado actual Huaira Huasi de San Pedro. Desde allí, el sendero continúa hacia el norte hasta el cercano sitio arqueológico Huaira Huasi, excavado por Fernando Márquez Miranda, a 2808 m s. n. m. (Márquez Miranda 1939: 171; Ventura 2017: 185). Desde el sitio se puede bajar hacia el río por otro sendero también en zigzag ubicado en la ladera occidental del cerro.

Como hemos referido, casi todos los recorridos entre sitios arqueológicos requieren transitar por diferentes tipos de senderos y de relieves, debiéndose cruzar algún río o arroyo. Debendetti y Casanova en su descripción del trayecto desde Iruya hacia Titiconte refieren que

Primero hay que seguir el curso del río durante cerca de tres leguas, vadeando continuamente la corriente de agua y procuran-

do evitar los engañosos fangales en los que fácilmente se hunden las mulas, teniendo luego que sacarlas con grandes trabajos de esos pantanos tan peligrosos como las crecidas del río. El camino, en los cortos trechos que se aparta del cauce, es áspero y pedregoso (Debendetti y Casanova 1933-1935: 16).

En estos trayectos, una vez alcanzado el punto en el cual comienza la subida, se inicia el largo y empinado ascenso en zigzag hasta los asentamientos en los sectores medios o altos de las laderas. Los investigadores mencionados, en el ascenso hacia Titiconte, refieren que aunque el desnivel entre el lecho del río y el sitio era de solo 600 metros, “este aparentemente corto camino se vuelve interminable por lo enhiesto de la ruta y la intensa impresión que provocan los acantilados y despenaderos que a uno y otro lado de la senda

se descuelgan a los sombríos abismos” (Debendetti y Casanova 1933-1935: 16). Más allá de las emociones que este tipo de relieve pudo causar a los investigadores no acostumbrados a estas sendas, las poblaciones locales las transitan a pie de forma cómoda y rápida.

Raffino y sus colegas (1986: 67) refieren que en Titiconte “la ascensión es muy dificultosa, debiéndose superar el desnivel que lo separa del fondo de la quebrada por una áspera ladera de acantilados que han cortado sus accesos naturales y el propio camino inka que originalmente lo conectó”. También hemos realizado la larga subida desde el valle del río Iruya hasta el sitio arqueológico y el sendero presenta en algunos sectores refuerzos laterales, pero no registramos otros indicadores de construcción inkaica ni material arqueológico en superficie. Raffino y sus colegas señalan que luego de penetrar en Titiconte el camino inkaico continúa hacia el sur y que no lo pudieron recorrer debido a “lo escarpado de la serranía y por hallarse cortada en gran par-

te. Se trata de segmentos de camino en cornisa con refuerzos en talud. Al penetrar en la planta urbana de Titiconte queda sobreelevado artificialmente y encerrado entre muros” (Raffino *et al.* 1986: 68).

Otro sendero recorre la quebrada del río Bacoya comunicando los sitios del sector medio del valle con los altos en la serranía, subiendo hacia Tuctuca y de allí al Abra del Cóndor en las Serranías de Santa Victoria. El cruce de estas Serranías es realizado a través de distintas abras, siendo las principales: al norte, el Abra del Cóndor en el camino que baja hasta el valle de Nazareno y el Abra de La Cruz en el camino que llega hasta Rodeo Colorado, y al sur el Abra del Cóndor en el camino que baja a Iruya (figura 1). Estas abras se ubican aproximadamente entre los 4000 y 4500 m s. n. m. y en ellas se han levantado apachetas, algunas de grandes dimensiones, las cuales continúan creciendo y recibiendo de los pobladores ofrendas consistentes en hojas de coca y alcohol (foto 7). Desde las abras, la



Foto 7. Apacheta en Abra de la Cruz (foto por Beatriz Ventura).

construcción de los caminos vehiculares se ha realizado sobre tramos de antiguos senderos ocultando su traza (foto 8); en estos sectores altos las vías de circulación son más anchas, hasta que comienza la larga y abrupta bajada hacia los valles.

Al oriente, en las Serranías Subandinas, los senderos transcurren también por los sectores altos y atraviesan distintas abras, en algunas de las cuales se han levantado apachetas, continuando, en ciertos tramos por los “filos” de los cerros. En uno de estos trayectos, en las cercanías del sendero, registramos aleros con grabados en sus muros (Martel y Ventura 2007: 159); estos aleros parecen servir de refugio a los pastores y, en algunos casos, como lugares de observación del sendero, ya que



Foto 8. Vista del antiguo sendero y la superposición en ciertos tramos por el camino vehicular en los altos de la Serranía de Santa Victoria, entre Abra de la Cruz y Abra Azul (foto por Beatriz Ventura).

abarcen una amplia visión del mismo y de las abras (foto 9).

Otra forma de circulación en estos valles es por el lecho del río (foto 10), esto facilita el traslado de cargas, al no tener que atravesarse las diversas serranías. Sin embargo, debido a lo encajonado de ciertos sectores de los valles (“angostos”), muchos de estos trayectos deben ser cruzados de una orilla a la otra, ingresándose en el agua repetidas veces. Por ello, estas vías se interrumpen y destruyen durante las épocas de lluvias (verano), cuando la crecida de los ríos impide su cruce y cubre sectores del sendero. Uno de estos trayectos se realiza por el lecho del río Nazareno hacia el sur, continuando por el valle del río Iruya hacia el oriente, a la selva (figura 1).



Foto 9. Vista desde el sitio CGA (3000 m s. n. m.) del sendero que transcurre por el “filo” de las Sierras Subandinas; al fondo los bosques y la selva de Baritú (foto por Beatriz Ventura).



Foto 10. Sendero por el lecho del río Nazareno (foto por Beatriz Ventura).

Como ya lo hemos mencionado, esta región presenta la particularidad de que los cambios altitudinales ocurren en pocos kilómetros, facilitando el uso de recursos de distintos ambientes. Posiblemente, la elección de este sector oriental por parte del inkario no se debió únicamente a las explotaciones minera y agrícola, se habría evaluado también su cercano acceso a una gran variedad de recursos de los bosques y selvas, como algunos animales y aves, cuyas pieles y plumas de colores valoraron los inkas. Además, estos ambientes presentan espacios para el cultivo y recolección de productos, tales como la coca, cebil, plantas medicinales, miel, entre otros, así como para la extracción de maderas, recurso que también podía ser utilizado como combustible para los procesos metalúrgicos (Ventura y Scambato 2013: 100).¹¹

En los valles bajo estudio son varios los senderos que comunican con los sectores de bosques y selvas, estos continúan siendo utilizados por los actuales pobladores debido a que constituyen la manera más directa y rápida para acceder a sus recursos¹² (figura 1). Durante la estación seca, los cruces de los ríos se realizan por el agua si el cauce no es muy profundo, o se colocan largos troncos sobre rocas, por los que se transita. En varios trayectos, en las cercanías de los lechos de los ríos Grande de Tarija, Bermejo, Iruya y Lipeo, se han registrado rocas con grabados (Ventura 1999).

Las vías de comunicación con los sectores orientales (bosques y selva) se realizan por los lechos de los ríos, pero también por sen-

deros que, a través de abras, transcurren por los filos uniendo las serranías y valles con los sectores de bosques y selvas. Un sendero comunica Baritú, ubicado en la selva a 1528 m s. n. m., con Trigohuaico, en el valle a unos 2800 m s. n. m. (figura 1). Desde la selva, el sendero transcurre por la quebrada de Baritú, subiendo hacia el bosque por el lecho del río, debiéndose ingresar más de cuarenta veces al agua. Posteriormente, luego del Abra de Baritú, el sendero continúa por el filo de las serranías. Entre los 2650 y los 3000 m s. n. m., en las cercanías del sendero, registramos tres aleros con grabados, detectando claras diferencias en el arte rupestre a partir de los 3000 m s. n. m., comenzando allí las representaciones de motivos de camélidos que ya mencionamos (Martel y Ventura 2007: 157) (foto 2).

Consideramos las dificultades que habrían encontrado las caravanas de llamas cargadas que realizaban estos trayectos uniendo los sectores altos con la selva, principalmente en los cruces de los ríos o en las sendas de la selva. Algunos ejemplos actuales en regiones similares del antiguo Tawantinsuyu permiten conocer el modo en que se construían puentes de troncos y ramas para el paso de las caravanas de llamas en los ríos. El corte de los árboles de los bosques y la construcción de los puentes son tareas que se realizan en forma comunitaria cada año, ya que los destruyen las crecidas de los ríos (Sekino 1984). Tal vez, ciertas rocas con grabados en las orillas de los ríos o las hachas de piedra que se registran en los bosques y selvas salteños pueden ser

¹¹ “[...] se trata de una zona de grandes posibilidades mineras, pues cuenta con recursos naturales no adversos a la explotación, ya que dispone de agua suficiente para satisfacer la explotación racional de minas. En lo que a leña y madera se refiere, siendo en general escasa, puede obtenerse sin grandes dificultades a no mucha distancia, en una zona al E. de Nazareno donde comienza una región de vegetación abundante y de buena madera para construcción” (Ministerio de Acción Social y Salud Pública de Salta 1947: 35).

¹² Por ejemplo, actualmente pobladores de Huaira Huasi (en el valle) bajan a los bosques a buscar madera para hacer puertas para las viviendas.

indicadores arqueológicos de dichas tareas (Ventura 2016: 315).

Otro elemento constitutivo del camino es su espacio como entorno social (Manzo *et al.* 2011: 139). En algunos casos, las modificaciones en las vías de circulación, ya sean por mejoras constructivas u otros objetivos, producen cambios sociales, que no siempre pueden ser detectados en el registro arqueológico.¹³

La ocupación inka

Sabemos a través de documentación histórica que los inkas movilizaron poblaciones *mitmas* a lo largo de la frontera oriental. Grupos de churumatas fueron relocalizados por el Inka desde Cochabamba hacia el sur, en los valles de Tarija, Salta y Jujuy, desconociéndose su lugar de origen (Sánchez y Sica 1990; Presta y del Río 1995; Oliveto y Ventura 2017, entre otros). Los chichas, por su parte, fueron ubicados en el sur de Bolivia y en la puna en el norte de Jujuy, habitando con anterioridad al dominio inkaico territorios vecinos a los valles orientales bajo estudio. La documentación histórica registra también ciertos grupos jerarquizados (orejones) en estos valles orientales (Lozano 1941: 79; Oliveto y Ventura 2017: 270).

Las crónicas refieren que en ocasiones el Inka relocalizaba poblaciones en ambientes similares a los que habitaban las poblaciones

movilizadas. Pero, seguramente fueron los objetivos estatales los que prevalecieron en la selección de los *mitmas* y las funciones que ellas cumplirían, siendo cada caso particular. También, la documentación menciona que ciertos especialistas eran trasladados a diversos sectores del Tawantinsuyu en función a las necesidades estatales (Murra 1980: 251-253). En otros casos se utilizaron los conocimientos tecnológicos locales, pero con adaptaciones impuestas por el inkario y con la imposición de grupos de poblaciones nuevas en la región (Noak 2018).¹⁴

Desconocemos si en la conquista de estos valles orientales el Inka reemplazó a todas las poblaciones locales por grupos de *mitmas* o solo a algunas de ellas. En todo caso, no sabemos aún cuáles eran esas poblaciones y cuál fue su materialidad. Una de las características de los asentamientos residenciales de estos valles es la construcción de recintos de formas circulares-elípticas, en algunos de los cuales se han empleado piedras canteadas. Estos poblados cuentan con áreas de circulación bien delimitadas, PVRC, Huaira Huasi y Cuesta Azul son algunos ejemplos de ello. Titiconte, a pesar de presentar ciertas características constructivas inkaicas, no tiene un patrón arquitectónico similar a otros centros administrativos inkaicos del NOA. Algunos de estos poblados pudieron ser construidos por las nuevas poblaciones. Sabemos, sin embar-

¹³ Un ejemplo de ello lo observamos en el sendero que comunicaba el pueblo de Rodeo Colorado con el sitio arqueológico PVRC. En 1982, en las cercanías del pueblo junto al sendero había un estanque de agua de un arroyo que bajaba del cerro, el cual se había protegido con muros de piedra y servía para juntar agua y lavar la ropa. Las mujeres del pueblo se reunían allí para conversar mientras lavaban la ropa o juntaban agua. Era el lugar en que se intercambiaban noticias, ya que por allí pasaban los caminantes que venían del norte y del oeste y, quienes llegaban transmitían las novedades de los poblados cercanos o de los sucesos más allá del Abra de la Cruz. Actualmente, sobre ese sendero se construyó el camino vehicular que comunica Abra del Sauce con Rodeo Colorado y el reducto del agua ha sido canalizado y la función de punto de encuentro y de comunicación de ese lugar en el sendero ha quedado en el olvido.

¹⁴ Según Cieza algunos *mitmas* se convertían en pastores de rebaños del Inka, en plateros o picapedreros, mientras que a otros se los enviaba a la ceja de selva para cultivar maíz y coca (Murra 1980: 251).

go, que PVRC tiene ocupaciones previas y es allí justamente donde prevalecen los entierros con objetos suntuarios. ¿Era este un asentamiento de relevancia local y fue mantenido así por el inkario localizando allí grupos jerarquizados, rodeándolo de espacios agrícolas?

La documentación y cartografía histórica indican la presencia en estos valles de “orejones”; estos grupos jerarquizados cumplieron funciones de organización, control y de mando en los enclaves inkaicos (Pärssinen 2003). Lozano (1941 [1733]: 20) refiere a dos grupos de orejones ocupando este territorio: los *mitmas* chichas, orejones puestos por los inkas para explotar las minas de plata y la conquista de las serranías, y otro grupo de “orejones” provenientes del Cusco, cuya tarea en estos valles era “recoger los tributos de oro y plata para el Inga”. El registro arqueológico presenta materiales asociados a poblaciones jerarquizadas, ya que piezas como las *tincurpas* y *chipanas* corresponden a ornamentos metálicos que usaban los varones nobles inkas (Horta 2008: 85; Ventura 2019); otros grupos, como “los chipanas”, posiblemente se dedicaban a tareas de orfebrería (Ventura y Scambato 2013: 102; Oliveto y Ventura 2017: 270; Ventura 2019).

Entendemos que un territorio conforma un paisaje al estar integrado con las poblaciones que lo habitan, con su pasado, costumbres, conocimientos del clima, su geomorfología, sus recursos, sus sonidos, sus lugares sagrados, etcétera. Entonces, ¿cómo pudo ser visto, utilizado e interiorizado este mismo paisaje por aquellas poblaciones a quienes se las obligaba a ocupar espacios para ellos desconocidos? Las poblaciones relocalizadas no tendrían esa misma relación con el nuevo paisaje, plasmado de historias y señales dejadas por las ocupaciones previas, relacionadas con sus fines económicos, sociales, políticos y ceremonia-

les. Como forma de legitimar su poder, el Inka aprovecharía ese desconocimiento, buscando que las nuevas marcas, signos y componentes del espacio fueran reconocidos por las poblaciones re-localizadas. La construcción de terrazas y andenes fue una de las maneras en que los inkas reconfiguraron el paisaje creando nueva tierra cultivable (Nair y Protzen 2018: 360). Los andenes de cultivo son extensas y notables marcas en el espacio que pudieron constituirse en indicadores visuales del control inka sobre sus poblaciones y territorio, al igual que la ubicación de Titiconte, un centro administrativo ubicado en una posición alta sobre el valle de Iruya, concentrando recursos en sus *collcas* y, posiblemente, controlando esa vía de comunicación con la selva. Tal vez tuvo algún significado que hubiera una surgente de agua caliente en el punto en que el sendero inicia la subida hacia Titiconte. Otros indicadores en el sitio, como las grandes representaciones de las llamas blancas en los andenes, visibles desde la distancia, pudieron tener el mismo efecto sobre las nuevas poblaciones.

Un claro marcador del dominio y poderío del Estado Inka fue la elección del Cerro Morado para emplazar un adoratorio a 5200 m s. n. m., cuyo poder simbólico iría más allá de su color rojo, con su cima nevada en ciertos momentos, o su condición de lugar de origen del río Iruya, o su altura desde la cual se dominaban visualmente los cerros mineros al oeste y, al este, la quebrada del río Iruya (Casanova 1930: 14). Las construcciones en su cima y el hallazgo allí de fragmentos de piezas de oro y de plata, de cerámica inka y diaguita chilena, y de cuentas de turquesa, sodalita y *Spondylus.sp. (mullu)*, remiten también a un adoratorio inkaico.

El carácter sagrado de los cerros con minerales por parte del inka ha sido destacado desde la documentación histórica y la arqueología

(Cruz 2013: 306). Una serie de cerros minerales se alzan en estas serranías (cerro Minero, cerro Fundición, Cerro Porco, Cerro Pozo Bravo, Cerro Hornillos) (Ventura y Scambato 2013: 101), además de varios cerros denominados “Campanario”, a los cuales los pobladores locales atribuyen cierto poder.¹⁵

En estos paisajes reorganizados y transformados por una fuerza dominante, los senderos debieron ser funcionales a los requerimientos estatales y conectar los diversos espacios. No sabemos aún si la producción agrícola de estos valles abasteció solamente los requerimientos de las poblaciones del enclave productivo o un excedente se transportaba a otras regiones para abastecer, por ejemplo, a otros centros mineros. Los rebaños de llamas habrían movilizado desde los sectores altos esos productos. Es posible que la salida de la producción minero-metalúrgica se realizara desde los sectores altos a través de las abras de la Cruz y del Cóndor, conectando con otros centros mineros en la puna jujeña.

Consideramos que durante la ocupación inkaica este sector del oriente de las Serranías de Santa Victoria, junto con otros centros mineros-metalúrgicos, formaron parte de un macro sistema estatal en donde ciertos grupos jerarquizados habrían cumplido tareas de control y administración, movilizando objetos suntuarios o de prestigio. Estos objetos llegaron a los valles orientales desde distintas procedencias y a través de diversos mecanismos (Ventura 2019). Nos referimos a piezas tales como las placas circulares y la pulsera

grabada de plata, las pequeñas campanillas o cubiletes de oro, la flauta decorada y las cuentas de turquesa, de sodalita y la cuenta de *Spondylus sp. (mullu)* de Cerro Morado. Incluimos también a la placa rectangular de bronce tardía con origen en los valles calchaquíes, de amplia distribución en tiempos inkaicos (González 1992; Ventura 2017: 191). Todos ellos son objetos que sirvieron para integrar al sistema inkaico regiones tan alejadas como los valles calchaquíes con los valles orientales, la puna jujeña, los valles de Bolivia y el norte de Chile, llegando hasta el Perú (Ventura 2019: 24; Becerra *et al.* 2020).

La difícil entrada española a los valles

Como mencionamos, estos valles fueron tardíamente conquistados por los españoles y poco se conocía de sus poblaciones en el inicio del siglo XVII. El jesuita Diego de Torres (1927 [1609]: 35) en las *Cartas Anuas* de 1609 refiere que, en los valles orientales, en una ubicación poco precisa, había poblaciones de agricultores asentadas en muchos pueblos con viviendas de forma circular, que tenían calles y que se proveían de agua de pozos, mencionando también la dificultad de llegar a esas poblaciones en la época de lluvia.¹⁶

En el siglo XVII el cruce de la cordillera Oriental hacia el Chaco se hacía por tres vías (Lozano 1941: 20). Una al sur (por las Serranías de los Ocloyas), cruzando por el valle de

¹⁵ Pobladores locales nos han indicado que estos cerros se llaman Campanario debido a que en su cima “los antiguos” o “los Jesuitas”, construyeron campanarios con grandes campanas de bronce, que algunas veces suenan, refiriendo que hay cierto peligro en subir estos cerros.

¹⁶ “[...] hay una provincia de mucha gente labradora que anda vestida tienen muchos pueblos de casas redondas y calles bien ordenadas y que no tienen ríos sino pozos y dicen que es dificultosa la entrada por la falta de agua sino se hace cuando llueve [...]” (Torres 1927 [1609]: 35).

Zenta, que es la que utilizó en 1625 Ledesma Valderrama. Otra más al norte (por las Serranías de los Chichas), “por parte de los Chiriguanas”, por lo que asumimos que iba desde Yavi hacia Emboruzu y Coyambuyo, ocupados por poblaciones chiriguanas junto al río Bermejo, cruzando, posiblemente, desde Yavi hacia Santa Victoria, transitando por el sendero que la une con Toldos, prosiguiendo luego hacia el río Bermejo. Por último, cruzando la cordillera más al norte, se entraba desde “la provincia de Chichas” hacia los valles orientales de Tarija (Lozano 1941: 20).

En su entrada hacia la selva, Ledesma Valderrama relata lo duro y dificultoso que le resultó la tarea de abrir las ocho leguas de camino en esa cordillera para dar paso a sus carretas tiradas por bueyes y cargadas con materiales pesados. Refiere que debió “romper y cortar las montañas” a las que llama el “muro y defensa principal” que separaba a las poblaciones indígenas del Chaco. Requirió de mucho esfuerzo adaptar los angostos senderos de montaña, hasta ese momento solo transitados por caravanas de llamas, para el paso de carretas y de ganado vacuno y caballar (Oliveto y Ventura 2017: 263). En 1638 el padre Osorio lo llamará “cuesta de amarguras”, refiriendo a las dificultades de transitar esa vía, mencionando también a la rápida destrucción de los caminos por falta de mantenimiento (Tommasini 1933: 104; Oliveto y Ventura 2017: 273-275). En 1683, el padre Diego Ruiz también relata el temor a los peligrosos despeñaderos de esa serranía en su cruce hacia el valle de Zenta (Lozano 1941: 236).

Si las arriba mencionadas eran las tres vías conocidas por los españoles para entrar al Chaco, vemos que transitaban por el sur y por el norte de los valles de Iruya, Nazareno y Bacoya, quedando aislado este sector de la región, desconocido al dominio español, como parecen indicarlo la documentación y cartografía de ese siglo (Ventura y Oliveto 2014: 294).

Según relata Martín Ledesma Valderrama en su *Memorial*, entre 1625 y 1631, en el oriente de las Serranías de los Chichas (actuales Serranías de Santa Victoria) se asentaban grupos indígenas que habían sido primeramente colocados allí por los inkas. Registra a “dos naciones de indios naturales del reino del Perú”, una es de churumatas y la otra de “indios ingas del Cusco capitanes del Inga”, ambas eran “gente rica de plata y de minerales” (ABNB. CACH, 917, f. 3r, transcrito en Oliveto y Ventura 2017: 275). Esas poblaciones, estaban localizadas en un valle “hacia los altos de la cordillera” y los españoles, desde la selva, observaban los fuegos de sus rozas. En ocasiones, las poblaciones del valle bajaban a pescar a los ríos de la selva, pero ocultaban las huellas de los senderos para evitar ser ubicados por los hispanos.¹⁷ Ledesma Valderrama capturó un indio que había estado en el valle donde habitaban esas poblaciones a las que describió como numerosas, y en donde había visto pedacitos de plata, refiriendo también que en las serranías tenían llamas y minas, aunque no había subido hasta allí. Este indio ofreció llevarlos hasta el valle por el lecho de un río, de poca piedra, por el que llegarían muy fá-

¹⁷ En su *Memorial* de 1631, Ledesma Valderrama refiere: “halle sus pescaderos en un río con muchas sendas y dormidas en más de tres cuartos de legua y aunque hice apretadas diligencias **no me fue posible de hallar por donde bajaban a este pescadero** que visto tres años sucesivos por los meses de julio cuando queman sus rozas salir mucho humo y fuego del valle de donde están hacia los altos de las cordilleras” (ABNB. CACH, 917, f. 3v, transcrito en Oliveto y Ventura 2017: 275; resaltado nuestro).

cilmente a caballo en dos jornadas, río arriba. Esto debía hacerse antes que comenzaran las lluvias.¹⁸ Sin embargo, Ledesma Valderrama no logra llegar hasta esas poblaciones y debe huir del Chaco abandonando su proyecto (Oliveto y Ventura 2017: 271).

A modo de cierre

Al caer el dominio inkaico, estos espacios sirvieron de refugio para sus poblaciones quienes, protegidas por las dificultades del acceso y tránsito, implementaron estrategias de ocultamiento para evitar que sus asentamientos y minas cayeran en poder hispano. Los espacios de circulación, más que comunicar, impidieron el contacto con el exterior pues sus pobladores trataron de hacerlos poco visibles, para no ser ubicados.

Con la desarticulación del enclave productivo inkaico, algunas de las poblaciones habrían retornado a sus lugares de origen, mientras que los españoles retiraron a otras del “valle de Titiconde” (Salas 1945: 58); por ello, asumimos que se abandonaron ciertos asentamientos residenciales o disminuyó el número de sus habitantes, dejando de cultivarse algunos andenes de cultivo y desatendiéndose los almacenes estatales.

Los cambios en los espacios mineros-metalúrgicos pudieron ser aun mayores. Lozano (1941 [1733]: 20) refiere que los mineros de Potosí conocían la abundancia de minerales de esas serranías pero, a pesar de sus deseos de catearlos, no lo hacían por temor a los in-

¹⁸ Ledesma Valderrama refiere que el indio que capturó “ha estado en el valle y población de los ingas y me ofrece llevar a ellos por muy buen camino por otro río que está más adelante tres leguas del que yo fui y también ha estado en este que el indio dice y es de poca piedra y me asegura el indio que ser irá muy a gusto a caballo hasta las poblaciones” (Oliveto y Ventura 2017: 275).

dios del Chaco y a otros de guerra que habitaban esos valles. Es posible que al desarticularse el sistema minero-metalúrgico estatal esas tareas continuaran realizándose a menor escala, a nivel doméstico y utilizando nuevas tecnologías, esto podría haber quedado reflejado en el registro arqueológico bajo la forma de pulseras de bronce de menor calidad en su fabricación, con el agregado de plomo en sus aleaciones (Ventura y Scambato 2013: 104; Ventura 2019: 20).

En estos valles se siguieron utilizando y modificando los antiguos andenes de cultivo y los canales de riego, al igual que las vías de circulación, que fueron adaptadas a las nuevas necesidades de sus poblaciones y a los cambios impuestos por la naturaleza.

En el área de estudio no existía un camino vehicular para acceder a Rodeo Colorado hasta 2001. El camino llegaba solamente hasta los sectores altos de la Serranía de Santa Victoria, luego de cruzar las abras de la Cruz, Azul, Vizcarra hasta llegar al Abra Campamento donde se realizaban las transacciones de las mercaderías, que se pasaban al lomo de burros o mulas, ya que la bajada hacia los valles era por senderos. La construcción del camino vehicular fue realizada en 2001 “a palo y pico” por cuadrillas de pobladores locales de diversos asentamientos, que se unieron para dicha tarea. Los bordes del camino fueron reforzados con muros de piedras con técnicas constructivas tradicionales. Es de destacar el conocimiento por parte de las comunidades locales de las técnicas constructivas para acondicionar los senderos en los sectores en

que se siguen usando, debido a la falta de un camino vehicular cercano.

Sin duda, se requieren mayores investigaciones arqueológicas en los espacios aquí tratados. Los sectores altos de las serranías recién han comenzado a ser estudiados, al igual que muchos de los sitios arqueológicos de los valles que necesitan ser excavados, analizados y datados. Esperamos así continuar la tarea de integrar el sector oriental de las Serranías de Santa Victoria a las complejas y variadas formas en que el inkario ocupó los territorios y dominó a las poblaciones en su dilatada frontera suroriental y tratar de entender los cambios implementados por la tardía conquista hispana.

Agradecimientos

Deseo expresar mi agradecimiento a los pobladores de las localidades Abra del Sauce, Rodeo Colorado, San Francisco de Tuctuca, Huaira Huasi, Nazareno, Santa Victoria, Mecoyita y Pucara. Asimismo, a María Ester Albeck, Mateo Quispe, Federico García Blaya, Luis Borrero y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Referencias citadas

FUENTES DIGITALES

Ventura, Beatriz N.
2011 "La colección Márquez Miranda. Análisis del material arqueológico proveniente de los valles orientales del norte de Salta (Argentina)", en *II Simposio Internacional de Colecciones de Museos e Investigación "Patrimonio, diversidad cultural e inclusión social" (26-29 de setiembre de 2011)* [CD-ROM], pp. 1-10. Salta: Dirección General de Patrimonio Cultural de la Provincia de Salta – Secretaría Cultural de la Provin-

cia de Salta – Ministerio de Turismo y Cultura de la Provincia de Salta.

FUENTES DOCUMENTALES

Becerra, María Florencia; Beatriz N. Ventura, Patricia Solá, Mariana Rosenbusch, Guillermo Cozzi y Andrea Romano
2020 "Arqueomineralogía de cuentas de los valles orientales del norte de Salta, Argentina" (manuscrito en proceso de evaluación).

Biblioteca Nacional de Francia (BNF)
S. XVII *Mapa anónimo*. Colección Klaproth. Signatura: GEDD 2983 (4), París.

Jakulica, Domingo
1951 *Estudio geológico del curso superior del río Bermejo y sus afluentes principales*. Deptos. de Orán y Santa Victoria. Informe interno presentado a Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Orán.

Plaza Calonge, María Teresa
2017 *Análisis de fluorescencia de rayos X exploratorio en piezas metálicas almacenadas en museos*. Buenos Aires (manuscrito).

Ventura, Beatriz N.
1999 *Arqueología de los valles orientales a las Serranías de Zenta y Santa Victoria, Salta*. Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Ventura, Beatriz N. y Ana Clara Scambato
2010 *Circulación de objetos de metal en las Yungas salteñas*. Ponencia presentada en el simposio "Arqueología e Historia de la Minería y de la Metalurgia en los Andes del Sur", del *XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Mendoza.

Ventura, Beatriz N.; María Florencia Becerra y Carlos Angiorama
2016 *La producción minero-metalúrgica en la Puna de Jujuy y los Valles orientales del norte de Salta (siglos XV a XVII). Un enfoque macro-regional*. Ponencia presentada en el simposio "Arqueología e Historia de la Minería y de la Metalurgia en los Andes del Sur", del *XIX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tucumán.

Vitry, Christian
2014 *Caminos y paisajes incas en los límites orientales del Tawantinsuyu*. Ponencia presentada

en la *I Jornada de Etnohistoria, Arqueología y Antropología de la Macro región sudeste de Bolivia (Tarija, Valles interandinos, Chichas, Lípez), Noroeste Argentino y norte de Chile*, Tarija.

FUENTES IMPRESAS

Albeck, María Ester
2016 "Producción y lógica de la red vial incaica en el extremo septentrional del NOA", *Arqueología* [Buenos Aires], 22(1), pp. 61-79.

Cabrera, Angel
1976 "Regiones fitogeográficas argentinas", en *Enciclopedia argentina de agricultura y jardinería*. Tomo II, fascículo I. Buenos Aires: Editorial ACME.

Casanova, Eduardo
1930 "Excursión arqueológica al Cerro Morado", *Notas del Museo Etnográfico* [Buenos Aires], 3, pp. 5-40.

Cremonte, María Beatriz
2017 "Materialidades tardías de la dominación incaica en áreas meridionales de Jujuy", en Beatriz N. Ventura, Gabriela Ortiz y María Beatriz Cremonte (editoras), *Arqueología de la vertiente oriental Surandina. Interacción macro-regional, materialidades, economía y ritualidad*, pp. 135-170. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Cruz, Pablo
2013 "De wak'as, minas y jurisdicciones. Apuntes metodológicos en torno a la territorialidad en tiempos del Inka", en Ana María Presta (editora), *Aportes multidisciplinarios al estudio de los colectivos étnicos Surandinos. Reflexiones sobre Qaraqara-Charka tres años después*, pp. 293-329. La Paz: Editorial Plural.

Debenedetti, Salvador y Eduardo Casanova
1933-1935 *Titiconte*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad (Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Serie A, 3).

Echevarría López, Gori Tumi y Zenobio Valencia García
2011 "Choquequirao, un asentamiento imperial cusqueño del siglo XV en la Amazonia andina",

Revista Hucaypata. Investigaciones arqueológicas del Tahuantinsuyo [Lima], 2, pp. 32-43.

Fernández Lima, Juan Carlos
1963 *Informe sobre la mina "La Niquelina"*. Dpto. Santa Victoria. Pcia. de Salta. Buenos Aires: Secretaría de Industria y Minería, Ministerio de Economía de la Nación - Taller Gráfico de la Dirección Nacional de Geología y Minería.

Fossa, Lydia
2018 *Bajo el cielo de Chuqikirau*. Lima: Editorial Horizonte.

Flannery, Kent; Joyce Marcus y Robert Reynolds
1989 *The flocks of the Wamani: a study of llama herders on the punas of Ayacucho, Perú*. San Diego: Academic Press.

Flores Ochoa, Jorge (compilador)
1977 *Pastores de puna*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Furlong Cardiff, Guillermo
1936 *Cartografía jesuítica del Río de la Plata*, Buenos Aires: Talleres S.A. Casa Jacobo Peuser.

González, Alberto Rex
1982 "Las "provincias" incas del antiguo Tucumán", *Revista del Museo Nacional* [Lima], 46, pp. 317-380.
1992 *Las placas metálicas de los andes del sur: contribución al estudio de las religiones precolombinas*. Mainz am Rhein: Verlag Philipp von Zabern (Materialien zur Allgmaine und Vergleichende Archaeologie, 46).

Horta Tricallotis, Helena
2008 "Insignias para la frente de los nobles inca: una aproximación etnohistórica-arqueológica al principio de dualidad", en Paola González Carvajal y Tamara Bray (editoras), *Lenguajes visuales de los Incas*, pp. 71-89. Oxford: British Archaeological Reports (BAR) – Archaeopress (BAR International Series, 1848)

Krapovickas, Pedro
1994 "Algunas observaciones respecto a los vínculos entre el Noroeste de la Puna de la Argentina y las regiones colindantes. Síntesis", en María Ester Albeck (editora), *Taller de Costa a Selva. Producción e intercambio entre los pue-*

bls agroalfareros de los Andes Centro-Sur (6 al 11 de abril de 1992), pp. 7-13. Tilcara: Instituto Interdisciplinario Tilcara - Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

- Lecoq, Patrice
2013 "Can the inca site of Choqek'iraw be considered an agro-pastoral calendar?", *Ñawpa Pacha* [Berkeley], 33(1), pp. 43-69.
- Lechtman, Heather y Andrew W. Macfarlane
2006 "Bronce y redes de intercambio andino durante el Horizonte Medio: Tiwanaku y San Pedro de Atacama", en Heather Lechtman (editora), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*, pp. 503-547. Lima: Instituto de Estudios Peruanos - Institute of Andean Research (New York).
- Lorandi, Ana María
1984 "Pleito de Juan de Ochoa de Zárate por la posesión de los indios ocloyas ¿Un caso de verticalidad étnica o un relicto de archipiélago estatal?", *Runa* [Buenos Aires], 14, pp. 123-142.
- Lozano, Pedro
1941 [1733] *Descripción corográfica del Gran Chaco Guayana*. Edición de Radamés A. Altieri. Tucumán: Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Tucumán (Publicaciones de la Universidad Nacional de Tucumán, 288).
- Manzo, Ángel Amilcar A.; Philippe Delcourt y Daniel Gutiérrez Osinaga
2011 *La red vial prehispánica en el sur de Bolivia. Una visión del espacio y construcción social del paisaje en los caminos inkas*. La Plata: Yáhuar Grupo Editor.
- Márquez Miranda, Fernando
1937 "Arquitectura aborigen en la provincia de Salta", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* [Buenos Aires], 1, pp. 141-186.
1939 "Cuatro viajes de estudio al más remoto Noroeste Argentino", *Revista del Museo de La Plata* [La Plata], 1(6), pp. 93-243.
1941 "La arqueología del este de la Quebrada de Humahuaca (frontera argentino-boliviana) a través de nuevas investigaciones", en *Actas y*

trabajos científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas (Lima, 1939). Volumen 1, pp. 211-237. Lima: Librería e Imprenta Gil.

- Martel Avaro R. y Beatriz N. Ventura
2007 "De la selva a los cerros... Sendas y arte rupestre en las Yungas salteñas", en *Resúmenes ampliados del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo III, pp. 157-161. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Ministerio de Acción Social y Salud Pública de Salta
1947 *Los departamentos de Santa Victoria e Iruya: estudio económico, social y sanitario*. Salta: Talleres Gráficos Rómulo D'Uva.
- Murra, John V.
1980 *La organización económica del Estado Inca*. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Nair, Stella y Jean-Pierre Protzen
2018 "Arquitectura y paisaje inca: variación, tecnología y simbolismo", en Izumi Shimada (editor), *El Imperio Inca*, pp. 357-384. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Noack, Karoline
2018 "'...los mitimaes tenían a los naturales y los naturales a los mitimaes': políticas de reasentamiento y la construcción de la diferencia en el Estado Inca", *Surandino Monográfico* [Buenos Aires], 4, pp. 23-38.
- Oliveto, Lía Guillermina
2018 "Familias indígenas en los valles orientales de Tarija. Una exploración a partir de dos memorias y visitas de indios del siglo XVII", *Andes, Antropología e Historia* [Salta], 1(29), pp. 1-33.
- Oliveto, Lía Guillermina y Beatriz N. Ventura
2009 "Dinámicas poblacionales de los valles orientales del sur de Bolivia y norte de Argentina, siglos XV-XVII. Aportes etnohistóricos y arqueológicos", *Población y sociedad* [Tucumán], 16, pp. 119-150.
2017 "Final de la jornada al Chaco de Ledesma Valderrama en 1631. Análisis y nuevas perspectivas a partir de documentación inédita", *Rela-*

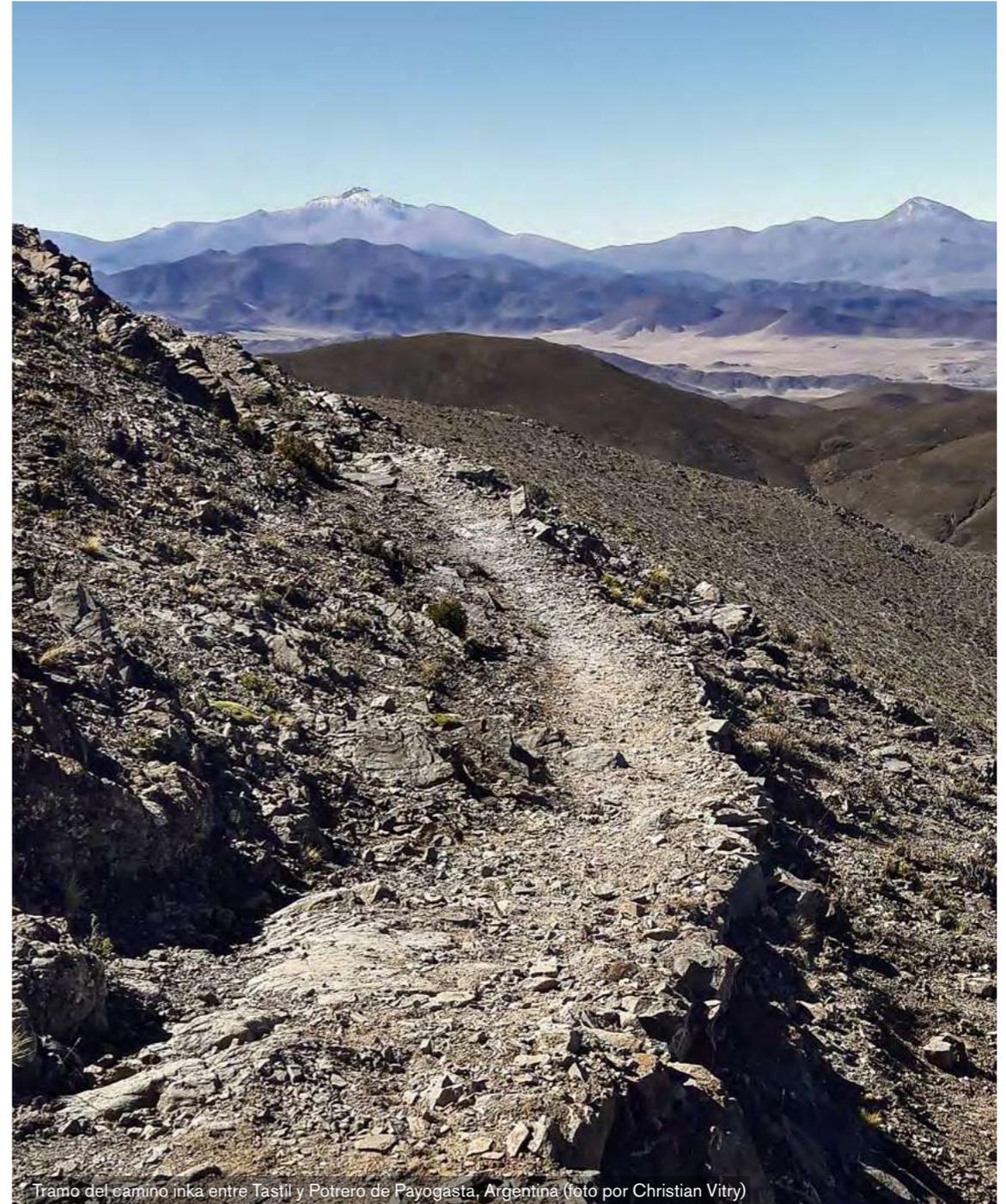
ciones de la Sociedad Argentina de Antropología [Buenos Aires], 42(2), pp. 257-280.

- Palomeque, Silvia Raquel
2010 "Los chichas y las visitas toledanas. Las tierras de los chichas de Talina (1573-1595)", *Surandino Monográfico* [Buenos Aires], 1(2), pp.1-74.
- Pärssinen, Martti
2003 *Tawantinsuyu. El estado inca y su organización política*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos - Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú - Embajada de Finlandia.
- Presta, Ana María
1995 "La población de los valles de Tarija, siglo XVI. Aportes para la solución de un enigma etnohistórico en una frontera incaica", en Ana María Presta (editora), *Espacio, etnias, frontera. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu siglos XV-XVIII*, pp. 235-247. Sucre: Ediciones ASUR 4.
2000 *Encomienda, familia y negocios en Charcas colonial. Los encomenderos de La Plata. 1550-1600*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos - Banco Central de Reserva del Perú.
- Presta, Ana María y Mercedes Del Río
1995 "Reflexiones sobre los churumatas del sur de Bolivia, siglos XV-XVII", en Ana María Presta (editora), *Espacio, etnias, frontera. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu siglos XV-XVIII*, pp. 219-234. Sucre: Ediciones ASUR 4.
- Raffino, Rodolfo
1993 "Al este del paraíso", en Rodolfo Raffino (editor), *Inka. Arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino*, pp. 213-234. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.
- Raffino, Rodolfo; Ricardo J. Alvis, Daniel E. Olivera y Jorge R. Palma
1986 "La instalación inka en la sección andina meridional de Bolivia y extremo boreal de Argentina", *Comechingonia* [Córdoba], número especial, pp. 63-131 (volumen homenaje al 45º Congreso Internacional de Americanistas. Bogotá, Colombia, 1985: El Imperio Inka.

Actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos).

- Reboratti, Carlos
1998 "El Alto Bermejo. Realidades y conflictos". Buenos Aires: Editorial La Colmena.
- Reinhard, Johan y María Constanza Ceruti
2010 *Inca rituals and sacred mountains. A study of the world's highest archaeological sites*. Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology, University of California.
- Rostworowski, María
2001 [1953] *Pachacutec*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (María Rostworowski. Obras completas, 1).
- Rubiolo, Daniel; Raúl Seggiaro, Eduardo Gallardo, Alfredo Disalvo, María C. Sánchez, Andrea Turel, Eulogio Ramallo, Adolfo Sandruss y Marta Godeas
2003 *Programa Nacional de Cartas geológicas de la República Argentina. 1:250.000. Hoja Geológica 2366-II/2166-IV, La Quiaca. Provincias de Jujuy y Salta*. Buenos Aires: Instituto de Geología y Recursos Minerales - Servicio Geológico Minero Argentino (Boletín, 246).
- Salas, Alberto Mario
1945 *El Antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Provincia de Jujuy)*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires (Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, 5).
- Sánchez, Sandra y Gabriela Sica
1990 "La frontera oriental de Humahuaca y sus relaciones con el Chaco", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* [Lima], 19(2), pp. 469-497.
- Santillán, Hernando de
1968 [c.1563] *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los incas*, en Francisco Esteve Barba (editor), *Crónicas Peruanas de Interés Indígena*, pp. 97-149. Madrid: Ediciones Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 209).
- Sekino, Yoshiharu
1984 *Q'ero: outlived Inca village*. Tokyo: Asahi Shimbun Publishing Company.

- Tommasini, Gabriel
1990 [1933] *Los indios ocloyas y sus doctrineros en el siglo XVI*. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Torres Bollo, Diego de
1927 [1609] "Primera carta del Padre Diego de Torres, desde Córdoba del Tucumán", en Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, *Cartas Anuas de la provincia de Paraguay, Chile y Tucumán (1609-1614)*. Buenos Aires: Talleres de la "Casa Jacobo Peuser" (Documentos para la Historia Argentina, 19).
- Ventura, Beatriz N.
2013 "Mirando hacia arriba. Las Tierras Altas vistas desde las Yungas", en María Ester Albeck, Marta Ruiz y María Beatriz Cremonte (editoras), *Las Tierras Altas del Area Sur Andina entre el 1000 y el 1600 DC.*, pp. 121-157. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- 2016 "Esferas de interacción y circulación de bienes y poblaciones en un sector de la frontera sur oriental del Tawantinsuyu. Los valles orientales del norte de Salta, Argentina", en Sonia Alconini (editora), *Entre la vertiente tropical y los valles. Sociedades regionales e interacción prehispánicas en los Andes Centro-Sur*, pp. 301-318. La Paz: Plural Editores – University of Texas at San Antonio – Universidad Mayor de San Andrés.
- 2017 "La ocupación inca en los valles orientales del norte de Salta (Argentina)", en Beatriz N. Ventura, Gabriela Ortíz y María Beatriz Cremonte (editoras), *Arqueología de la vertiente oriental surandina. Interacción macro-regional, materialidades, economía y ritualidad*, pp. 171-204. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- 2019 "Chipanas y orejones en la frontera oriental del Tawantinsuyu. Una propuesta desde la arqueología y la etnohistoria para los valles orientales del norte de Salta, Argentina", *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* [Buenos Aires], 27(1), pp. 11-30.
- Ventura, Beatriz N. y María Ester Albeck
2016 "Bolsones de producción agrícola incaica en los valles del oriente salteño, Argentina", en Sonia Alconini (editora), *Entre la vertiente tropical y los valles. Sociedades regionales e interacción prehispánicas en los Andes Centro-Sur*, pp. 283-300. La Paz: Plural Editores – University of Texas at San Antonio – Universidad Mayor de San Andrés.
- Ventura, Beatriz N. y Lía Guillermina Oliveto
2014 "Resabios de otros tiempos. Dominio incaico en los valles orientales del norte de Salta, Argentina", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* [Lima], 43(2), pp. 285-310.
- Ventura, Beatriz N. y Ana Clara Scambato
2013 "La metalurgia de los valles orientales del norte de Salta, Argentina", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 18(1), pp. 85-106.
- Ventura, Beatriz N. y María Florencia Becerra
2018 "Los valles orientales de Salta (Argentina) durante el dominio inca y la Colonia temprana. Territorialidad, diversidad poblacional, interacción e intercambio con la Puna de Jujuy. Una mirada desde la arqueología y la etnohistoria", en María de los Ángeles Muñoz (editora), *Interpretando huellas. Arqueología, etnohistoria y etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas*, pp. 327-347. Cochabamba: Editorial Kipus.
- Williams, Verónica y Terence D'Altroy
1998 "El sur del Tawantinsuyu: un dominio selectivamente intensivo", *Tawantinsuyu*, [Canberra], 5, pp. 170-178.



Tramo del camino inca entre Tastil y Potrero de Payogasta, Argentina (foto por Christian Vitry)



El Camino Inka Calchaquí-Tastil. Nuevos aportes cuarenta años después de John Hyslop

CHRISTIAN VITRY

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SALTA,
PROGRAMA QHAPAQ ÑAN SALTA,
SUBSECRETARÍA DE PATRIMONIO CULTURA (SALTA),
ARGENTINA

En el año 1980 el arqueólogo norteamericano John Hyslop junto a Pío Pablo Díaz recorrían, y luego daban a conocer, un tramo de camino inka que vinculaba el extremo norte del valle Calchaquí con la cuenca de la quebrada del Toro, donde se emplaza el emblemático sitio arqueológico de Tastil. Ese trabajo, pionero en el estudio de las vialidades prehispánicas, permitió articular el Qhapaq Ñan en sentido meridional, vinculando la puna con los valles Calchaquíes, donde alguna vez se localizaron importantes provincias inkaicas; de hecho, los edificios que conforman la infraestructura asociada a la vialidad junto a las materialidades halladas dieron cuenta de la importancia y jerarquía de esta vialidad inka.

El tramo de camino y sus sitios asociados no volvieron a ser abordados científicamente hasta el año 2004, en que iniciamos una serie de prospecciones e investigaciones con la finalidad de evaluar la posibilidad de proponer dicha vialidad para el proyecto multinacional Qhapaq Ñan UNESCO, el cual se concretó en 2014, incorporándose a la Lista del Patrimonio Mundial un segmento del tramo Calchaquí-Tastil.

El presente trabajo, cuarenta años después de Hyslop, pretende ser una actualización en la que daremos a conocer nuevos sitios y tramos viales, además de discusiones teóricas y metodológicas relacionadas con el camino inka Calchaquí-Tastil en particular y con el estudio de las vialidades prehispánicas en general.

Introducción

Hace cuatro décadas, John Hyslop incluía dentro de su obra fundante *The Inka road system* (Hyslop 1984) un capítulo denominado "Calchaquí-Tastil, Argentina", donde daba a conocer un tramo del Qhapaq Ñan que no había sido

prospectado científicamente hasta entonces, aunque si mencionado pero de manera genérica por fuentes etnohistóricas y arqueológicas, hecho que motivó a Hyslop a concretar su proyecto en la región (Hyslop 2014 [1984]: 285).

El tramo en cuestión, si lo analizamos desde una perspectiva geopolítica y teniendo en cuenta el proceso expansivo inkaico, reviste gran importancia pues se emplaza en un espacio ecotonal entre la altiplanicie puneña y los fértiles y poblados valles mesotermiales del Calchaquí donde, por cierto, los inkas instalaron un *wamani* o capital de provincia denominada *Chicoana* (González 1982; Tarragó 1984; Williams 2005: 181, entre otros).

No repetiremos aquí todos los datos publicados por Hyslop (1984 y 2014), solamente incluiremos una breve mención de sus aportes en cuanto a la vialidad y la infraestructura asociada, con la finalidad de poner en contexto y poder, sobre esa base, realizar una actualización con nuevos datos surgidos de nuestras investigaciones.

El tramo investigado, de una longitud aproximada de 65 kilómetros, se inicia en el sitio Cortaderas a una altura de 2750 metros; luego, tras recorrer 7 kilómetros hacia el norte sin evidencias de camino, se encuentra Potrero de Payogasta a 2800 metros. Ambos sitios ya eran conocidos y habían sido objeto de algunas investigaciones. Prosiguiendo hacia el norte y remontando el río Potrero, tras recorrer 15 kilómetros, Hyslop y Díaz (1983) localizan y registran el sitio Corral Blanco ubicado a 3310 metros de altura. Esta estructura alargada y tabicada de unos 100 por 18 metros llamó la atención de Hyslop quien propuso, como hipótesis sin comprobar, su uso como corral o área de almacenamiento. En la actualidad son conocidas como estructuras para propósitos especiales, tipo celdas y variante de *kancha* en dadero regularizado (De Hoyos y Williams 1994 y

2017), también reciben el nombre de estructuras ortogonales (Casaverde y López 2013).

A 15 kilómetros de Corral Blanco se localiza el sitio Las Capillas, ubicado en la quebrada homónima a una altura de 3120 m s. n. m., la cual se caracteriza por presentar una *kallanka* que se ha mantenido en pie. Desde Las Capillas el camino asciende por una larga y pronunciada cuesta a través de un camino zigzagueante hasta llegar a un abra donde se encuentra la Apacheta de Ingañan a una altura de 4400 m s. n. m., conformada por una apacheta doble, un mojón y un par de estructuras próximas. Seguidamente, Hyslop describe su paso por la apacheta y estructura en U de Abra de Cruz para proseguir el descenso hasta el sitio Corralito, situado a 9 kilómetros de Ingañan y a una altura de 3700 metros. Pese a estar bastante deteriorado, el autor lo compara con el sitio Corral Blanco y le adscribe la misma funcionalidad. Finalmente, luego de recorrer unos 13 kilómetros en dirección noroeste, el camino le conduce hasta Tastil, situado a una altura de 3200 metros. En este lugar localiza un camino que pasa por el sector noroeste en dirección a Las Cuevas y realiza una serie de postulaciones respecto a la posible ocupación inka de Tastil. El sitio de Tastil, lo mismo que Cortaderas y Potrero de Payogasta, ya eran conocidos y disponían de algunas investigaciones, no así los restantes cuatro (Corral Blanco, Las Capillas, Abra de Ingañan y Corralito) que, junto con el camino inka relevado constituyeron el aporte original de Hyslop.

Nuevos aportes cuarenta años después

A cuatro décadas del trabajo de John Hyslop estamos en condiciones de poder ampliar e

integrar el tramo Calchaquí-Tastil en un contexto mayor, así como de incluir algunas ramificaciones internas del mismo. En el mapa general observamos como este tramo se relaciona con una vasta red de caminos y sitios que dan cuenta del dominio inka en la región que, como mencionamos, poseyó una gran importancia desde el punto de vista geopolítico por su estratégica ubicación entre la puna, los valles bajos e intermedios, las selvas, las altas montañas y claro, la mayor concentración de población y producción agrícola-ganadera-minera del Noroeste Argentino (en adelante NOA) representada por el valle Calchaquí y la Quebrada de Humahuaca (figura 1).

SECTOR SUR O DE LA CUENCA DEL CALCHAQUÍ

Nuestras investigaciones en el área han permitido identificar 25,5 kilómetros de vías y localizar sitios arqueológicos e infraestructura asociada al camino que dan señal de la articulación existente entre la quebrada del valle Calchaquí y la de Potrero de Payogasta, otorgando asimismo mayor sentido al sitio Graneros de La Poma, que hasta ahora se lo suponía relativamente aislado en una quebrada inconexa del Qhapaq Ñan (figura 2).

De Graneros de La Poma a Las Peras

El sitio arqueológico Graneros de La Poma se ubica 10 kilómetros al sur del pueblo de La Poma, en una quebrada tributaria del río Calchaquí, a una altura de 2830 m s. n. m. Se trata de un gran alero o cueva de 26 metros de ancho por 23 metros de profundidad y una altura de 5 metros, donde se ubican 24 estructuras de barro que sirvieron para el almacenaje; en el inte-

Figura 1. El tramo de camino Calchaquí-Tastil que se extiende por 65,7 kilómetros y su relación con la red vial regional donde se articulan varios sitios arqueológicos con pisos altitudinales y ecológicos.

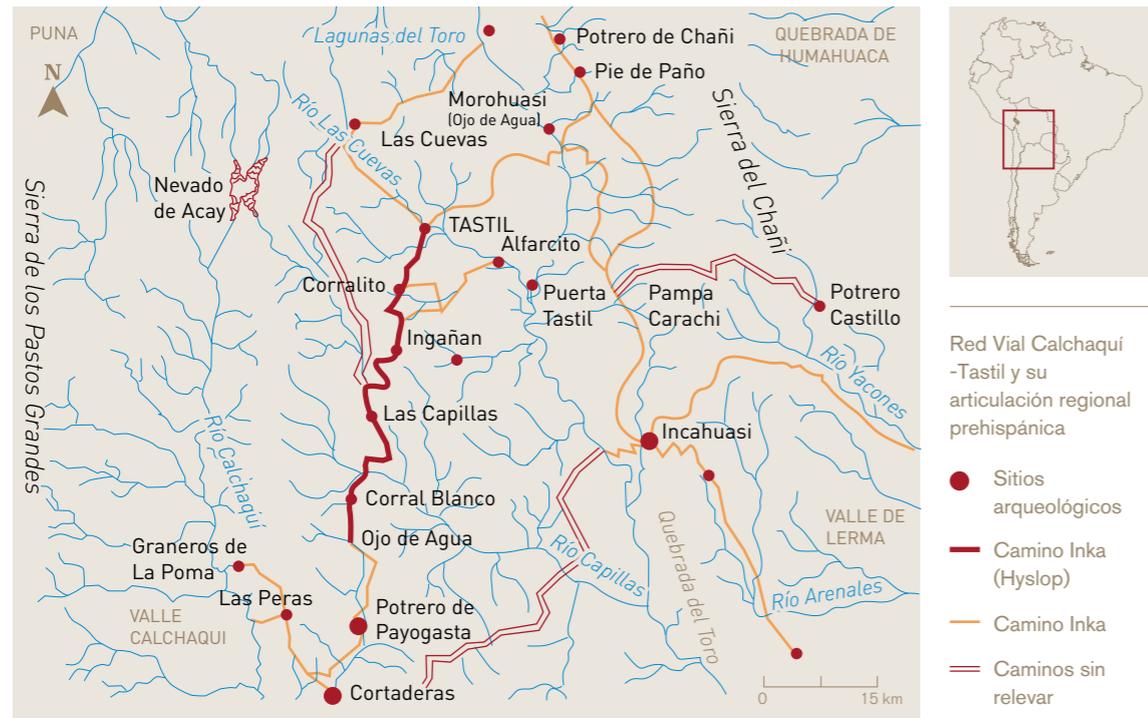


Figura 2: Imagen satelital del sector sur del tramo Calchaquí-Tastil, donde se pueden apreciar los nuevos segmentos viales reconocidos que suman un total de 25,5 kilómetros (© Google Earth, abril 2020).



rior, además de restos vegetales, se encontraron tiestos del tipo *Inka Provincial* algunos con superficies rojo pulido y otros negro sobre rojo de épocas tardías (Tarragó y González 2003: 125). La conexión de Graneros con la quebrada del río Potrero, contrariamente a lo que se suponía, se realiza por el oriente siguiendo quebrada arriba hasta la parte alta y de allí en dirección sur atravesando numerosas quebradas pequeñas y carcavamientos. Hemos logrado identificar algunos segmentos del antiguo camino que lo vinculaba en primera instancia con un sitio denominado Las Peras y luego con Cortaderas y Potrero de Payogasta. El camino discurre por la ladera occidental del Cordón de Lampasillos, en términos generales, se trata de una huella de un metro de ancho que en ocasiones presenta muros laterales cuando la pendiente se incrementa. Logramos distinguir y recorrer cuatro segmentos que en total suman una longitud de 2546 metros (figura 2).

El sitio arqueológico Las Peras se encuentra ubicado a unos 4 kilómetros al sureste de Graneros de La Poma a una altura de 2900 m s. n. m. y también relacionado con una quebrada tributaria del Calchaquí que, a diferencia de la anterior, posee un curso de agua permanente que desemboca en un paraje conocido como Sauzalito. El sitio Las Peras fue “descubierto” durante las prospecciones llevadas a cabo en el marco del Proyecto Qhapaq Ñan¹ y en la actualidad es uno de los sitios que fueron incluidos en la Lista del Patrimonio Mundial el año 2014. Se trata de un extenso espacio agrícola preinkaico representado por cuadros y andenes de cultivos que ocupan unas 220 hectáreas aproximadamente, contando además con diques y canalización del agua, corrales, montículos y estructuras habitacionales, así como con algunas manifestaciones de arte rupestre. El hallazgo de intensa actividad agrícola-ga-

nadera en un ambiente actualmente semidesértico permite comprender las condiciones ambientales del pasado prehispánico y, en ese contexto, la importancia de los graneros como lugar óptimo para el almacenaje de gran capacidad, elemento necesario en el nuevo orden sociopolítico impuesto por el Estado Inka y su sistema de tributación y redistribución de excedentes. Uno de los elementos que más se destaca y caracteriza a este sitio es la presencia de dos diques para la contención del agua (foto 1); el estado de conservación de uno de ellos es excelente y constituye una de las escasas represas prehispánicas de la región.

De Las Peras a Cortaderas

Desde el sitio Las Peras, en dirección sureste, un camino prehispánico se dirige hacia Cortaderas en un recorrido de 14,7 kilómetros por las laderas occidentales del Cordón de Lampasillos hasta su extremo sur. En el derrotero el camino va atravesando sitios agrícolas y sectores habitacionales correspondientes al Período Tardío (900-1400 d.C.) con mucha presencia de cerámica santamariana. El camino es del tipo despejado y en ocasiones posee muros laterales bajos debido a la escasa pendiente; fue utilizado en tiempos históricos, en la actualidad ya no es muy transitado debido a la mejora de rutas vehiculares y el reemplazo de los caballos por las motocicletas. Un par de kilómetros antes de arribar a Cortaderas el camino se bifurca y, mientras que uno se dirige al centro administrativo inkaico de Cortaderas, el otro pasa por una serranía ubicada al norte del mismo, acortando el paso para ir a Potrero de Payogasta (figura 2). En toda la región del sector meridional del Cordón de Lampasillos hemos localizado recientemente más de 20 sitios con arte rupestre y 693 diseños (Martos *et al.* 2020),

¹ Las prospecciones y registro inicial fueron llevados a cabo por el autor del presente artículo junto a Federico Viveros.

Foto 1. Represa prehispánica del sitio arqueológico Las Peras. Posee forma semicircular, un diámetro interno de 17 metros y sus paredes miden 2 metros de ancho y más de 1 metro de altura.



siendo el área muy rica en este tipo de manifestaciones y fue estudiada por otros colegas (Lanza 2010; Leibowicz *et al.* 2015, entre otros).

El hecho que el camino pase por Cortaderas, le da un mayor sentido geopolítico al sistema vial en esta región, pues lo relaciona directamente con la quebrada del río Calchaquí, con el Pucará de Palermo Oeste y con todos los sitios inkas del sector norte del Calchaquí, asimismo con la recta de Tin Tin y el desvío del camino hacia el valle de Lerma (Strube Erdmann 1958, 1963; Díaz 1977; Williams y D'Alroy 1998; Vitry 2004).

Aparte del camino descrito que vincula a Graneros de La Poma con Cortaderas hemos observado dos segmentos de vialidades que estarían vinculando el actual paraje de Pueblo Viejo, ubicado sobre el Calchaquí, con Cortaderas. Dichos segmentos de caminos tienen

5,5 kilómetros y 2,3 kilómetros de longitud (figura 2) y sus características constructivas son similares a los anteriores.

Existe otro camino que sale de Las Peras y traspone el Cordón de Lampasillos en dirección este, llegando directamente a Potrero de Payogasta siguiendo un recorrido de aproximadamente 10 kilómetros. Según informantes locales, esta vía ya no es utilizada por ellos, pero se conserva todo el trazado y, en algunas partes, es visible el camino antiguo que posee muros laterales y marcados zigzag (figura 1).

De Cortaderas a Las Capillas

Hyslop (2014: 291) en su descripción comenta que no logró observar el camino entre Cortaderas y Potrero de Payogasta. Nuestras investigaciones lo ubicaron 4 kilómetros al norte de

Cortaderas, sobre la margen derecha (hacia el oeste) del río Potrero. Se trata de una senda apenas marcada con un ancho máximo de 1 metro y una longitud de 3,2 kilómetros hasta llegar a Potrero de Payogasta. Todo el trayecto está fuertemente antropizado debido a las actividades agrícolas-ganaderas actuales y posiblemente históricas. Este camino ingresa por el sector sur del sitio Potrero de Payogasta y luego de atravesarlo por su parte central prosigue en dirección norte hasta Ojo de Agua. Hyslop no ubica el Camino Inka en este sector de 8 kilómetros (Hyslop 2014 [1984]: 291), durante las prospecciones realizadas logramos localizar este camino en las lomadas situadas al este del sitio. Desde el extremo norte de Potrero de Payogasta, la vía cruza el río y asciende unos 100 metros de altura para luego proseguir por la parte alta de las lomas, sobre la margen izquierda (este) del río. El camino es de tipo despejado y frecuentemente presenta

muros laterales, su ancho es de 1,5 metros en promedio. Durante el recorrido se pudieron observar sitios dispersos y una gran cantidad de cerámica tardía (*Santa María*) así como del estilo *Yavi-Chicha* (Avila 2009; Sprovieri 2014), además de instrumentos líticos correspondientes a morteros, palas, núcleos, lascas, etcétera, todos relacionados con el Período Tardío e Inka (Vitry *et al.* 2007). Sobre las laderas próximas al río Potrero, se observaron segmentos de canales de riego en ambas márgenes y también de caminos con muros laterales (foto 2).

A partir de Ojo de Agua, donde hay un puesto actual ubicado sobre un área arqueológica, el camino prosigue por la margen izquierda del río y Hyslop lo documenta en su obra. En este segmento hasta Las Capillas hemos observado numerosas apachetas en las partes altas y al menos cuatro plataformas de aproximadamente 1 metro por cada lado y escasa altura que no supera los 20 centímetros (foto 3). Este tipo de ras-



Foto 2. Izquierda: Imagen satelital en la que se indica el recorrido del camino inka entre Potrero de Payogasta y Ojo de Agua (© Google Earth, abril 2020). Derecha, arriba: cerámica en superficie localizada en varios sectores del trayecto de 8 kilómetros; abajo: muro lateral colapsado de un segmento de camino.

go es frecuente en numerosos caminos del NOA, se localizan sobre lomadas suaves próximas a la vía y otras veces en abras cerca de las apachetas. El camino atraviesa el paraje de Las Mesadas, en cuyas proximidades hay un sector con numerosas manifestaciones de arte rupestre, luego el derrotero prosigue por una vía bien marcada y se llega al paraje de Las Capillas. Otro rasgo llamativo en este segmento de camino es el hecho de que los muros laterales fueron hechos por lo general con rocas blancas, lo cual les brinda una gran visibilidad tanto de día como de noche; lo mismo ocurre con las apachetas del Abra Blanca (foto 3).

SECTOR NORTE O DE LA CUENCA DE LA QUEBRADA DEL TORO

De Las Capillas al Abra de Ingañan

La quebrada de Las Capillas se emplaza a una altura promedio 3300 metros, su sector pro-

ductivo abarca una distancia de unos 7 kilómetros en sentido norte-sur, es muy estrecha y tiene relativamente pocos espacios para el cultivo, los cuales fueron utilizados en forma eficiente. El río Las Capillas cuenta con agua durante todo el año y en buena cantidad, las cuales provienen principalmente del Nevado de Acay (5716 m s. n. m.) ubicado a poco más de 20 kilómetros al noroeste, montaña que posee restos arqueológicos del período Inka en su cima y laderas, así como una larga historia vinculada con la actividad minera tanto prehispánica como de la época colonial (Beorchia Nigris 1985; Vitry 1997; Mignone 2014).

En este sector hemos registrado varios nuevos segmentos de caminos y evidencias arqueológicas que ponen en relieve la importancia que tuvo este lugar para el Tawantinsuyu desde el punto de vista productivo y en lo que a estrategia geopolítica se refiere. Existe una gran inversión puesta en la construcción de vialidades, canales de riego, aterrazamientos,



Foto 3. a. Una de las plataformas cuadrangulares observadas asociadas al camino Calchaquí-Tastil; b. Apacheta del Abra Blanca; c. Muros laterales del camino construidos con rocas blancas (fotos b y c gentileza del doctor Luis Alberto Matos López).

corrales y cuadros para cultivos, cuya superficie productiva abarca 102 hectáreas, sin contar algunas quebradas tributarias que poseen sectores de cultivos pequeños que son inferiores a una hectárea. Registramos dos segmentos de canales de riego de muy buena factura arquitectónica, llegando a alcanzar una de sus paredes cerca de 5 metros de altura. Respecto a su longitud, uno de ellos tiene 495 metros y el otro recorre 1,5 kilómetros, con un ancho constante de 1 metro (figura 3), también se observan en superficie herramientas líticas relacionadas con las labores agrícolas (foto 5).

Con relación a los caminos, hemos registrado dos variantes. Una que se dirige al sector norte de la quebrada, que es donde hemos observado las últimas parcelas de tierra pro-

ductiva a una altura de 3600 m s. n. m. (figura 3). El camino tiene una longitud de 2,5 kilómetros, presenta un ancho constante de 1 metro y posee muros laterales (foto 4).

El camino de la variante sur, al igual que el anterior, proviene de una bifurcación del camino principal que desciende desde el Abra de Ingañan (figura 3), tiene una longitud de 4,5 kilómetros y se dirige directamente al sur de la quebrada donde se emplaza el sitio inkaico de Las Capillas, caracterizado por contar con una *kallanka* y dado a conocer por Hyslop (2014: 299). Tiene un ancho constante de 1 metro y, debido a que la pendiente de la ladera es pronunciada, posee muros laterales en la mayor parte del trayecto, llegando en algunas ocasiones a tener estos muros una altura de 3 metros (foto 4).



Figura 3. Imagen satelital que muestra el sector comprendido entre Las Capillas y el Abra de Ingañan, donde se registraron dos nuevos segmentos de caminos, canales de riego y una concentración de manifestaciones de arte rupestre. La fotografía muestra el canal de riego que llega a tener muros de 5 metros de altura (© Google Earth, abril 2020).



Foto 4. Izquierda: camino de la variante norte; derecha: camino de la variante sur que se dirige a la *kallanka* de Las Capillas. En ambos casos el ancho del camino es de 1 metro.

Foto 5. Arte rupestre en Las Capillas. La imagen pequeña de la esquina superior corresponde a “La Bailarina” de Tastil y la otra a un dibujo que guarda cierta similitud con el de Tastil, al igual que otros glifos de los restantes bloques. Abajo a la izquierda una herramienta lítica observada en el sector de Las Capillas.



Arte rupestre asociada al camino

En el tramo Calchaquí-Tastil hemos reconocido tres tipos de manifestaciones de arte rupestre: a. Petroglifos, b. Cúpulas y c. Rocas con “efecto llipi”, que desarrollaremos a continuación.

a. Petroglifos

John Hyslop (2014) mencionó en dos ocasiones la presencia de petroglyphos, uno en las proximidades del sitio Las Capillas y otro una roca pequeña con motivos de camélidos en la

Apacheta de Ingañan, aunque no muestra fotografías en su obra. Como resultado de nuestras investigaciones en el área se han localizado –además de los citados por Hyslop– otras dos áreas de petroglyphos, una ubicada sobre la variante sur del camino (figura 3) y otra sobre un afloramiento rocoso próximo a la Apacheta de Ingañan. En el primer caso hemos registrado ocho bloques con grabados, los cuales guardan ciertas similitudes con los petroglyphos de Tastil, particularmente uno que es afín a la “Bailarina de Tastil”, nombre acuñado por Raffino (1967). Los restantes bloques poseen motivos antropomorfos, zoomorfos, serpentiniformes y abstractos.

En el Abra de Ingañan, a 4400 m s. n. m. hemos observado sobre una de las dos apachetas el petroglypho mencionado por Hyslop (2014: 301) con diseños de camélidos, el cual,

por tratarse de una roca transportable, podría no ser autóctono del sitio (foto 6). Sin embargo, a 300 metros de distancia en dirección sureste, sobre un afloramiento rocoso, registramos una plancha de roca con escasos motivos geométricos (cuadrangular, oval, circular y un punto) que estimamos corresponden al período Inka. Desde este lugar se tiene una amplia visibilidad hacia ambas vertientes de las estribaciones del Nevado de Acay (foto 6).

b. Cúpulas

Pero el arte rupestre no solo se manifiesta a través de los petroglyphos, también hemos observado siete rocas junto al camino que poseen numerosas oquedades pequeñas de forma semiesférica, escasa profundidad y un diámetro que oscila entre los 3 y 7 centíme-



Foto 6. Arte rupestre en el Abra de Ingañan, en primer plano se aprecia la Peña desde donde se observa una estructura de forma rectangular del abra y al fondo el Nevado de Acay (5716 m s. n. m.). El petroglypho de los camélidos es el descrito por Hyslop. Abajo: detalles de los motivos geométricos grabados en la Peña.

tros (foto 7), en la bibliografía estas oquedades aparecen mencionadas como “cúpulas” (también tacitas, hoyos, hoyuelos y morteros pequeños), poseen carácter escultórico y se les atribuye connotaciones simbólicas (Bednarik 2008; Ponzio 2018).

c. Rocas con “efecto *llipi*”

El tercer tipo de manifestaciones de arte rupestre registrado es lo que denominamos “efecto *llipi*”, sobre este venimos trabajando hace algunos años en el sector norte del valle Calchaquí² y nos interesa particularmente debido a que lo hemos propuesto como una nueva categoría. Se trata de una abrasión o lijado antrópico producido por el frotamiento de otra roca de igual o mayor dureza, la que des-

gasta los primeros niveles más oscuros de la roca, también conocida como pátina o corteza de oxidación. Así, el *llipi* se presenta como una superficie mucho más clara y lisa –por lo tanto reflectante de la luz– y el brillo que produce, su principal característica (aunque no excluyente), otorga a esa parte de la roca (normalmente las partes más altas) una mayor visibilidad respecto del entorno (foto 8).

Llipi, *quespi* e *illa* son términos quechuas que definen variantes de la relación entre diversas superficies y su modo de reaccionar frente a la luz. *Llipi* define lo reluciente, flamante como el oro y la plata, los espejos o superficies espejadas y pulidas. *Quespi* se relaciona con lo vítreo, lo que trasluce, el agua transparente, el hielo, el diamante, las esmeraldas y turquesas, etcétera. *Illa* alude al true-



Foto 7. Tres ejemplos de rocas con “cúpulas” asociadas al Camino Inka en la quebrada de Las Capillas.

² Los resultados de estos trabajos fueron presentados en el Tercer Congreso Nacional de Arte Rupestre de Argentina organizado por el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, evento realizado los días 5 a 8 de noviembre de 2019 en la Universidad Maimónides, Buenos Aires (Cornejo *et al.* 2021).

no y al rayo, el resplandecer de la luz, los rayos del sol o la primera luz del alba (González Holguín 1952 [1608]: 214; Farrington 2017: 248). Elegimos el término *llipi* para nombrar este efecto blanquecino. Por lo tanto, *llipi* sería una “intervención antrópica por abrasión y percusión que produce una coloración blanquecina reluciente y brillante detectada en las crestas de las rocas” (Cornejo *et al.* 2021: 145), ya se presentarían estas últimas aisladas o en conjuntos y exhibieran o no signos grabados; un caso similar es señalado por Farrington (2017: 259) en los Andes Centrales, se trata de una gran roca pulida localizada en el palacio de Quespiwanka en cuya superficie la luz del sol se reflejaba, esta poseía connotaciones sagradas y rituales.

En casi todo el tramo Calchaquí-Tastil hemos observado rocas con *llipis* asociadas a la vialidad. Se ha registrado además que en algunos casos, los menos representativos, los *llipis* se hallaban en rocas con petroglifos, los cuales, a juzgar por el color de la pátina, eran anteriores al efecto *llipi* visible sobre su parte alta. Tras varios recorridos por esos caminos, hemos podido establecer cierta equidistancia visual entre las rocas con *llipis*, asimismo se ha logrado reconocer que muchos de ellos se localizan en lugares geográficos o viales de importancia, ya se trate de cambios de pendiente, curvas pronunciadas, desvíos importantes y otros, adquiriendo dichas rocas una connotación geosimbólica, entendida esta como una huella identitaria que marca a determinados lugares que expresan significados (Bonnemaison 1981: 249, 256-257). Este jalonnemento asociado a caminos fue observado por Pablo Cruz en el Altiplano boliviano, concretamente en el Cerro Cuzco –entre los 4500 y 5400 metros– donde aparecen una serie de manifestaciones rupestres y un camino jalo-

nado por mojones, *saywas* y rocas grabadas que conforman un derrotero de carácter ceremonial por dirigirse al *apu* (Cruz 2015: 54). En el caso del tramo mencionado no tenemos la certeza que posea un sentido ceremonial, sin embargo, en todo el recorrido atraviesa cuatro apachetas de las que sabemos que poseen connotaciones rituales (Hyslop 1984; Vitry 2002a). Las rocas con *llipis* observadas en relación con el camino, tal como lo hemos mencionado, poseen una conexión visual que, cuando uno presta atención, resulta muy notoria. Uno observa una roca con *llipi* a la distancia y cuando llega a la misma ya empieza a ver la siguiente y así sucesivamente durante kilómetros (figura 3 y foto 8).

Del Abra de Ingañan a Corralito y Tastil

En este segmento de camino destacamos como aporte nuevo al trabajo inicial de Hyslop el hallazgo en el Abra de Cruz de cerámica inka y de un petroglifo con el dibujo de un rectángulo abierto en su lado menor (el cual tiene la misma forma de la estructura en U del Abra de Cruz), además de un sector de viviendas con arquitectura no inka localizado en las inmediaciones.

Otro aporte interesante es la localización en el sitio Corralito de una estructura en celda u ortogonal tabicada de 130 por 16 metros, no observada por Hyslop, la misma que se ubica 750 metros al suroeste del sitio. Además, se registró una estructura de planta rectangular con técnica constructiva inkaica y evidencia de cerámica tardía e inka en La Aguadita, sitio ubicado en el lugar donde el camino, luego de dejar atrás al sitio Corralito, hace una inflexión y se dirige a Tastil (figura 1). El estudio de estos nuevos sitios se encuentra en curso, razón por

Foto 8. Rocas con “efecto *llipi*” asociadas al camino, la figura superior posee una combinación con “cúpulas” en la misma matriz.



la cual no incluimos mayores detalles. En la actualidad, el camino que prosigue hacia Tastil es poco visible debido al impacto antrópico; de hecho hace cuarenta años, cuando Hyslop lo recorrió, no había huella vehicular ni caminos de las torres de alta tensión, sino sendas de animales que en gran parte se superponían con el Qhapaq Ñan. En lo que respecta al sitio arqueológico de Tastil, será abordado en el apartado de discusión y conclusiones.

Una variante en el camino Calchaquí-Tastil

El camino hacia Huaico Hondo

Estudiamos este camino el año 2005, cuando se realizó por segunda vez el recorrido del tramo Calchaquí-Tastil, 25 años después de las investigaciones realizadas por Hyslop (Vitry 2005a; Vitry *et al.* 2007).³ En aquella ocasión,

al llegar a Corralito, seguimos el camino más marcado y terminamos saliendo por error al paraje El Alfarcito, ubicado unos 8 kilómetros al sureste de Tastil (figuras 1 y 4). El camino en cuestión posee todos los rasgos que lo definen como inka. El ancho es constante y oscila entre 1,5 a 2 metros, posee muros laterales en las laderas montañosas, y en las partes planas es del tipo despejado y despejado y amojonado. En las abras hay apachetas y en una en particular observamos nuevamente las plataformas o mesas de 1 metro de lado aproximadamente, además de una roca-huaca alargada con un pircado en su base, donde registramos ofrendas tanto antiguas (cerámica y rocas blancas de cuarzo) como modernas, consistentes en lanas, hojas de coca, botellas, entre

otros elementos (foto 9). Asimismo, observamos sitios de enlace (González y Vitry, en prensa), pero estos se encuentran en proceso de investigación, por lo que no estamos en condiciones de atribuirles la categoría específica de *tampu*, *corpawasi*, *chasquiwasi* o *chuclla*. La longitud total del camino es de 15,34 kilómetros, sin embargo, siguiendo desde Corralito hacia Tastil por 1,3 kilómetros en dirección noreste, se llega a una bifurcación de la vía. Siguiendo un segmento de camino de 4,29 kilómetros se llega a un empalme desde el cual uno puede dirigirse hacia el Abra de Ingañan, realizando un recorrido de 6,75 kilómetros; el otro segmento desde la bifurcación va a salir a la quebrada de Huaico Hondo y a El Alfarcito, realizando un recorrido de 11 kilómetros (figura 4).



Figura 4. Imagen satelital que muestra en la parte superior el Qhapaq Ñan relevado por Hyslop y en la inferior una variante que sale por la quebrada de Huaico Hondo hasta el paraje El Alfarcito, ubicado 8 kilómetros al sureste de Tastil (©Google Earth, abril 2020).

³ La prospección fue realizada en julio de 2005 y estuvo integrada por los arqueólogos Silvia Soria, Reinaldo Moralejo y Christian Vitry, la geóloga Gabriela Pitzzú y el arriero Walter Tolaba; se contó con la colaboración del Museo Arqueológico de Cachi, a través de su director Antonio Mercado.



Foto 9. Arriba izquierda: detalle del camino con su muro lateral; centro: roca-huaca con un pircado en su base donde se depositan ofrendas; derecha: plataforma de rocas de 1 metro de lado ubicada en el abra junto a la roca-huaca. Abajo: Vista general del Qhapaq Ñan en la quebrada de Huaico Hondo.

Discusión y conclusiones

En los últimos cuarenta años, como es de suponer, las investigaciones arqueológicas avanzaron de manera significativa, tanto en la cantidad de evidencias como en la calidad y profundidad de las propuestas teóricas y metodológicas, particularmente en el valle Calchaquí y cuenca de la Quebrada del Toro que es nuestro objeto de estudio. En 1980, cuando John Hyslop realizó el relevamiento del tramo Calchaquí-Tastil dio a conocer 65,7 kilómetros de camino inka y, en lo que a extensión se refiere, nuestro trabajo ha sumado 60,8

kilómetros de nuevos segmentos de caminos y numerosos sitios arqueológicos, sin contar los tramos que se dirigen hacia Las Cuevas y todos los de la Quebrada del Toro que se articulan con Tastil (Vitry 2000, 2005b), con los cuales la cifra se cuadruplicaría (figura 1). Si bien Hyslop había advertido la importancia de este tramo y esbozó algunas propuestas sobre su articulación regional a nivel hipotético, hoy, con datos empíricos y mayor bagaje de información estamos en condiciones de dimensionarlo, pese a que todavía quedan muchos kilómetros de caminos arqueológicos sin relevar (figura 1).

Al observar la red vial y teniendo en cuenta la distribución espacial de los asentamientos inkaicos en el área norte del Calchaquí y la cuenca de la Quebrada del Toro, cuyos datos hace cuarenta años no existían, nos lleva a retomar una propuesta realizada por Alberto Rex González en la misma época que Hyslop daba a conocer el tramo Calchaquí-Tastil.

González (1982: 648) planteó que la provincia de Chicoana debió ser muy amplia y que posiblemente incluía a la Quebrada del Toro. Este hecho, a la luz de los conocimientos actuales sobre la presencia inka en la cuenca de la Quebrada del Toro (Vitry 2000, 2005b y otros) posee total sentido y nos permite dimensionar la importancia de este tramo de camino entre Calchaquí y Tastil. La zona productiva de Tastil es enorme y es justamente donde los inkas se instalaron y potenciaron, posiblemente utilizando *mitmas* del Calchaquí, hecho que justificaría la abundante presencia de cerámica santamariana en Tastil y sitios aledaños. Por otra parte, ya hemos hecho referencia en otros trabajos al despoblamiento de Tastil ocasionado aparentemente por los inkas (Vitry 2002b, 2003), que se contraponen a lo expuesto por Eduardo Cigliano y su equipo en la década de 1970 (Cigliano y Calandra 1973).

Al respecto, Hyslop realizó una observación crítica a este equipo de investigadores que no tomaron en cuenta los datos relacionados a la vialidad inkaica que atraviesa el sitio aportados por Boman (1991 [1908], I) y Strube Erdmann (1941, 1943 y 1958), y se refirió a este tema en los siguientes términos: “Es curioso que los investigadores de la Universidad Nacional de La Plata, no hayan citado estos trabajos, ni hayan intentado probar o refutar lo planteado en ellas. El camino pasa por el extremo noroeste del sitio, a lo largo del lado este del sector de unidades individuales (sector de unidades

simples) (figura 11.11). Está señalado en una fotografía aérea (Cigliano 1973: 118, figura 26)” (Hyslop 2014 [1984]: 305).

Por otra parte y refiriéndose a la cerámica de superficie observada en Tastil menciona que “...cuando se observaron fragmentos de superficie, los cuales en los sitios del valle Calchaquí hubieran sido clasificados como Inka, decidimos realizar una recolección de superficie” (Hyslop 2014 [1984]: 306). De esta recolección Hyslop da cuenta de tipos cerámicos negro sobre rojo como *Tilcara*, *La Poma* u *Hornillos* y diseños reticulados, aludiendo que todos estos podrían adscribirse tanto a momentos preinkaicos como inkaicos, sin embargo, centra su atención y crítica a los fragmentos pulidos de color rojo oscuro, “... en particular los cuencos, son muy similares a las que se encuentran casi universalmente en los sitios Inka del sur del lago Titicaca. Hemos recuperado fragmentos de estos cuencos en numerosos sitios de Perú, Chile, Bolivia y Argentina” (Hyslop 2014 [1984]: 306).

Respecto a los datos presentados por Hyslop referentes al camino y a la cerámica, coincidimos plenamente y fueron constatados en el terreno durante nuestras numerosas campañas, a lo dicho queremos aportar la observación de cerámica *Yavi-Chicha* que también aparece relacionada con la mayoría de los sitios con ocupación inkaica en el NOA y sur boliviano (foto 10). Pensamos que se trata de la que Cigliano y Calandra (1973: 125) clasificaron como del tipo *Tastil borravino sobre naranja*, de la cual lamentablemente no publicaron fotografías. Además de la cerámica *Yavi-Chicha* se puede mencionar un fragmento cerámico y un plato ornitomorfo que forma parte de la colección del sitio que se encuentra en el Museo de Antropología de Salta (foto 10). Si bien queda claro que no se trata de una pieza inka, si

se puede decir que intenta reproducir el concepto los plato pato introducidos por el Tawantinsuyu en la región; finalmente, una serie de fragmentos de cerámica negro sobre rojo, rojo pulido, borravino sobre naranja y otras naranja con diseño reticular podrían ser adscriptos al momento inkaico (foto 10).⁴

La circulación de cerámica inka por los territorios conquistados se relacionaba con las actividades políticas y, en cierta manera, representaba un emblema del dominio imperial enfatizando la importancia del Estado como benefactor simbólico y físico (Williams 2004: 228), no obstante, su presencia puede indicar

Foto 10. Diversidad de fragmentos cerámicos hallados en superficie en el sitio arqueológico Tastil, los cuales se corresponden con los que se encuentran tanto en el valle Calchaquí como en la Quebrada de Humahuaca para los períodos de Desarrollos Regionales e Inka.



⁴ La arqueóloga Claudia Macoritto Torcivia es la responsable del estudio cerámico en nuestro equipo. Debido a la cuarentena preventiva y obligatoria por el COVID 19, los trabajos se interrumpieron y el análisis cerámico quedó inconcluso; en futuras publicaciones precisaremos mejor las filiaciones de los diversos fragmentos de la colección de Tastil.

tanto circulación de objetos a través del área andina, como también, presencia de *mitmas* o colonos trasladados que producían localmente, tal es el caso de la cerámica de estilo *Yavi Chico Policromo*, que se encuentra en toda la región que abordamos en el presente trabajo, incluyendo a Tastil (Avila 2009; Sprovieri 2014).

Desde el punto de vista de la arquitectura podemos agregar que en el sector noroeste del sitio, muy próximo al Camino Inka, hay edificios de planta rectangular con ángulos rectos en sus esquinas, una plaza con una larga banqueta y también se observaron algunas rocas similares a los gnomon astronómicos y rituales observados en el norte de Chile y otros lugares del Tawantinsuyu (Sanhueza 2004, 2012), es justamente en este sector donde se observaron fragmentos cerámicos del tipo rojo pulido (foto 11). No se pretende decir que la arquitectura es inka, pero sí que muchos elementos poseen rasgos que denotan una fuerte influencia, lo cual, sumado a la evidencia cerámica, el camino y la articulación de sitios inkas en la región, nos lleva a reafirmar y concluir en este tema diciendo como hipótesis de trabajo que los inkas habrían realizado una ocupación efectiva de Tastil y toda la región circundante a través de sus *mitmas* chichas, reduciendo posiblemente a un mínimo necesario la población del centro urbano de Tastil, para trasladar la mano de obra a las zonas de producción agrícola, ganadera y minera localizada en la Quebrada del Toro y el valle Calchaquí, generando una ocupación efectiva al 100% y una estrategia de control territorial en este espacio, que debió formar parte o estar estrechamente vinculado con el *wamani* de Chicoana (González 1982: 648; D'Altroy 2002: 258; Vitry 2005: 11).

Desde la etnohistoria Lorandí (1991) se refiere a los *mitmas* del altiplano que fueron trasladados por los inkas a los valles mesotermiales argentinos, al respecto comenta: "Juan

Colque Guarache, curaca de los *asanaques* que habitaban la puna meridional, afirma en una probanza de méritos que eleva a las autoridades coloniales, que sus indios acompañaron a Tupa Inka a la conquista del Tucumán". Por otra parte, y reforzando esta mención hace referencia a la presencia de alfarería de estilo *Chicha* o *Yavi* en los sitios inkaicos del valle Calchaquí y hasta Potrero Chaquiago que traspone los límites geográficos de la región del Calchaquí-Yocavil. (Lorandí 1991: 222).

Por otra parte, Zanolli destaca la importancia de los chichas como *mitmas* y "orejones" del Inka, no solo protegiendo la frontera oriental sino también en el proceso de expansión del Tawantinsuyu, desempeñando además "...funciones económicas y particularmente de control social de otros pueblos vecinos del sur" (Zanolli 2003: 56). Este dato etnográfico fue constatado en numerosos sitios arqueológicos ubicados en el NOA (Avila 2009), tales como Moreta, ubicado en la Puna de Jujuy (Angiorama *et al.* 2017) y también en el valle Calchaquí y Yocavil (Calderari y Williams 1991; Sprovieri 2014, entre otros). Es notable que en el valle Calchaquí los estilos alfareros foráneos estén fuertemente vinculados a momentos inkaicos "...ya que el 90,66% poseen rasgos inkaicos y/o se encuentran asociados a contextos con materiales inkaicos" (Sprovieri 2014: 352).

Las estrategias seguidas por el Estado para la expansión territorial no fueron uniformes y estuvieron sujetas a los habitantes de cada región, variando desde alianzas hasta sangrientas confrontaciones. La integración de Tastil al nuevo panorama geopolítico implantado por los inkas debió estar lejos de una aceptación libre y voluntaria y las relaciones de poder debieron ser violentas y coercitivas (Vitry 2005: 16). Los inkas se asentaron en los alrededores de Tastil, siendo el sitio más próximo el de Las

Cuevas, que está sobre la misma quebrada a poco más de 10 kilómetros (figura 1). Se trata de un posible centro administrativo de pequeña escala, que posee una estructura en celdas u ortogonal de 120 por 14 metros con tabiques cada 10 metros aproximadamente, además de otros cinco recintos de planta rectangular, uno de los cuales, por sus medidas, podría ser una *kallanka* (foto 11). Sobre la superficie se puede apreciar cerámica de estilo *Inka Provincial, Yavi-Chicha* y también del período Formativo, ya que el mismo está sobre un sitio de esta época (Raffino 1973, 1988; De Feo 2010, 2011).

Pensamos que los inkas se asentaron en los alrededores de Tastil y la ocupación efectiva del sitio pudo haber estado dada por los *mitmas* chichas, quienes desde allí distribuían la mano de obra a los diferentes lugares. Las Cuevas y Tastil están unidas por un camino que pasa por el extremo noroeste de Tastil (figura 1) y es justamente el lugar donde se aprecian algunos rasgos arquitectónicos que podrían tener influencia inkaica (foto 11) y donde se ha hallado la mayor concentración de cerámica de posible filiación inka (foto 10).



Foto 11. Arriba: imagen satelital del sitio arqueológico inkaico de Las Cuevas donde se puede apreciar la gran estructura en celdas que supera el centenar de metros junto a otros edificios de este posible centro administrativo (©Google Earth, abril 2020). A la derecha dos rocas alargadas que suponemos pueden tratarse de gnomon astronómicos. Abajo: fragmentos cerámicos del sitio Las Cuevas y de Tastil, y estructuras del sector noroeste de Tastil donde se aprecian algunos rasgos con influencia inkaica como la planta rectangular y la banqueta.

Hyslop en su obra da a conocer los sitios Corral Blanco y Corralito, los cuales forman parte de la arquitectura planificada inka (Hyslop 2014 [1984]: 298-299, 303-304) y a modo de hipótesis sugiere que estas construcciones alargadas y tabicadas podrían haber servido para el almacenaje. No estaba tan errado en sus apreciaciones, pues en las últimas décadas se avanzó concretamente sobre ese tipo de edificios, los cuales recibieron diferentes nombres, tales como: estructuras para propósitos especiales, tipo celdas, variante de *kancha* en damero regularizado (De Hoyos y Williams 1994, 2017), como también el de estructuras ortogonales (Casaverde y López 2013); dichas investigaciones pudieron comprobar la hipótesis de Hyslop y claramente ampliarla, existiendo un registro de centenares de estas estructuras en todo el ámbito andino y habiéndose realizado interesantes avances sobre la funcionalidad (De Hoyos y Williams 2017). Nuestras investigaciones sobre el tema (aún inéditas) sugieren que dichas estructuras se vinculan con la gran red vial y formaron parte del proceso expansivo del Tawantinsuyu, integrándose y articulándose, asimismo, con el paisaje sacralizado debido a sus orientaciones hacia *huacas* y *apus*.

En el área de estudio, además de estas dos, hemos sumado otra en Corralito de 130 por 16 metros; la del sitio Las Cuevas de 120 por 14 metros; el sistema de ortogonales de la Laguna El Toro constituido por tres, una de 110 por 12 metros, otra de 100 por 12 metros y cuatro de 80 por 12 metros que juntas forman un gran celda de 80 por 50 metros. Estas últimas se encuentran a 23 kilómetros de Las Cuevas y a 31 kilómetros de Tastil (figura 1).

Si esto lo sumamos a toda la infraestructura del tramo Morhuasi - Incahuasi con más de una treintena de asentamientos de enlace en solo 70 kilómetros y las otras redes transver-

sales, notaremos que Tastil queda totalmente integrado a la planificación espacial geopolítica inkaica (Vitry 2000, 2003, 2005b). Se sabe que la ocupación inka en el NOA fue particularmente intensa, pero se manifestó a través de bolsones o islas en áreas productivas estratégicamente ubicadas (Williams y D'Altroy 1998), como es el caso de todas las localidades anteriormente mencionadas, las cuales a la postre resultan ser las más productivas en un contexto semiárido, formando además parte de la dinámica socio espacial preinkaica de Tastil.

Agradecimientos

Expreso mi agradecimiento a los miembros de las comunidades locales representadas a través de las Unidades de Gestión Local del Qhapaq Ñan Salta: UGL Tastil; UGL La Poma-El Rodeo y UGL Potrero de Payogasta. A la Subsecretaría de Patrimonio Cultural a cargo del licenciado Diego Ashur que a través de sus gestiones hizo posible gran parte de este trabajo. Esta investigación está enmarcada en el Proyecto N° 2523 del Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta. A mis amigos y colegas Luis Alberto Martos López y Mariano Cornejo por sus aportes.

Un agradecimiento especial a los organizadores y amigos del Perú que hicieron posible la realización del III Taller Internacional en torno al Sistema Vial Inkaico *QHAPAQ ÑAN III* y por todas las cordialidades recibidas.

Referencias citadas

FUENTES DIGITALES

- Ponzio, Arabela
2018 "Rocas con cúpulas en el sur de la Sierra de Comechingones. Una revisión bibliográfica",

Revista Sociedades de Paisajes Áridos y Semiáridos [Río Cuarto], 11, pp. 78-95 [en línea]. Disponible en: <http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/spas/article/view/693> [10 de marzo de 2022].

Vitry, Christian
2004 "Camino de los diaguitas y del Inga en Escoipe. Intersecciones entre la Historia y la Arqueología", *Revista Escuela de Historia* [Salta], 1(3) [en línea]. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/638/63810314.pdf> [10 de marzo de 2022].

FUENTES DOCUMENTALES

De Feo, María Eugenia
2010 *Organización y uso del espacio durante el Período Formativo en la Quebrada del Toro (Pcia. de Salta)*. Tesis de Doctorado. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Martos López, Luis Alberto; Christian Vitry, Bernardo Cornejo Maltz y Mariano Cornejo
2019 *Los petroglifos del sistema Huaca Yaku, Cachi, Salta, Argentina. Resultados preliminares*. Ponencia presentada en el Tercer Congreso Nacional de Arte Rupestre de Argentina (CONAR III). Evento organizado por el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.

Sanhueza Tohá, Cecilia
2012 Las 'sayhuas' del Inca. Territorio, frontera, geografía sagrada y 'cartografía' oral en el desierto de Atacama. Tesis de Doctorado. Programa de Estudios Andinos, Escuela de Posgrado, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Vitry, Christian; Silvia Soria y Gabriela Pitzzú
2007 "La vialidad Inka Calchaquí - Toro, nuevos aportes". Ponencia presentada en el XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Evento organizado por la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy y el Centro Regional de Estudios Arqueológicos (CREA), San Salvador de Jujuy.

FUENTES IMPRESAS

Angiorama, Carlos Ignacio; María Josefina Pérez Pieroni y María Florencia Becerra
2017 Moreta, "pueblo de yndios chichas y tambo del Ynga" (puna de Jujuy, Argentina), *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 55, pp. 163-181.

Avila, Florencia
2009 "Interactuando desde el estilo. Variaciones en la circulación espacial y temporal del estilo alfarero Yavi", *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 37, pp. 29-50.

Bednarik, Robert
2008 "Cupules", *Rock Art Research* [Melbourne], 25(1), pp. 61-100.

Beorchia Nigris, Antonio
1985 *El enigma de los santuarios indígenas de alta montaña*. San Juan: Centro de Investigaciones Arqueológicas de Alta Montaña - Universidad Nacional de San Juan - Instituto de Investigaciones Arqueológicas, Mendoza [Revista del Centro de Investigaciones Arqueológicas de Alta Montaña, 5].

Boman, Eric
1991 [1908] *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*. 2 Tomos. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy (Colección Arte-Ciencias).

Bonnemaison, Joël
1981 "Voyage autour du Territoire", *L'Espace Géographique* [Paris], 4, pp. 249-262.

Calderari, Milena y Verónica Williams
1991 "Reevaluación de los estilos cerámicos incaicos en el Noroeste Argentino", *Comechingonia. Revista de Arqueología* [Córdoba], 2(9), pp. 73-96 [Número temático: *El imperio Inka. Actualización y perspectivas y registros arqueológicos y etnohistóricos*].

Casaverde Ríos, Guido y Segisfredo López Vargas
2013 "Estructuras ortogonales en el Tawantinsuyu", *Cuadernos del Qhapaq Ñan* [Lima], 1, pp. 58-91.

Cigliano, M. Eduardo
1973 "Las ruinas arqueológicas", en Eduardo M. Cigliano (director), *Tastil: una ciudad preincaica argentina*, pp. 65-120. Buenos Aires: Museo de la Universidad Nacional de La Plata - Ediciones Cabargón.

Cigliano, M. Eduardo y Horacio A. Calandra
1973 "Capítulo IV: Cerámica", en Eduardo M. Cigliano (director), *Tastil: una ciudad preincaica Argentina*, Buenos Aires: Museo de la Universidad Nacional de La Plata - Ediciones Cabargón, pp. 121-162.

Cornejo, Mariano; Christian Vitry, Luis Alberto Martos López y Bernardo Cornejo Maltz
2021 "El efecto 'llipi' en petroglifos del Valle Calchaquí norte (provincia de Salta, Argentina)", *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* [Buenos Aires], 30(1), pp. 145-150.

Cruz, Pablo
2015 "Tatala Purita o el influjo del Rayo: arte rupestre anicónico en las altas tierras surandinas (Potosí, Bolivia)", *Boletín del Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia* [La Paz], 29, pp. 51-70.

D'Altroy, Terence N.
2002 *The Incas*. Malden: Blackwell Publishers.

De Feo, María Eugenia
2011 "Arqueología de la Quebrada de Las Cuevas (Salta, Argentina) treinta años después: excavaciones en el sitio formativo Las Cuevas V", *Revista del Museo de Antropología* [Córdoba], 4(1), pp. 99-112.

De Hoyos, María y Verónica Williams
1994 "Un patrón de asentamiento estatal para propósitos especiales", *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* [Mendoza], 13, pp. 196-199.
2017 "Abran kancha... Una variante de recinto perimetral compuesto en el Noroeste Argentino", *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 55, pp. 109-134.

Díaz, Pío Pablo
1977 "Sitios arqueológicos del Valle Calchaquí", *Estudios de Arqueología* [Salta], 2, pp. 93-104.

Farrington, Ian
2017 "Aspects of the sacred and kingship at the Inka palace of Quespiwanka", *Time and Mine* [Abingdon-on-Thames], 10(3), pp. 237-276.

González Holguín, Diego
1952 [1608] *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua Qquichua o del Inca*. Lima: Ediciones del Instituto de Historia - Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

González, Alberto Rex
1982 "La provincia y la población incaica de Chichoana", en Eldo S. Morresi y Ramón Gutiérrez (editores), *Presencia hispánica en la arqueología argentina*. Volumen II, pp. 633-674. Resistencia: Museo Regional de Antropología "Juan A. Martinet" - Instituto de Historia - Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste.

González Godoy, Carlos y Christian Vitry (en prensa) "Consideraciones arqueológicas y etnohistóricas sobre instalaciones camineras del Tawantinsuyu" a publicarse en *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama].

Hyslop, John
1984 *The Inka road system*. New York: Academic Press.
2014 [1984] *Qhapaq Ñan. El sistema vial inkaico*. Lima: Petróleos del Perú - Ediciones Copé.

Hyslop, John y Pío Pablo Díaz
1983 "El camino incaico Calchaquí - Tastil (N. O. Argentina)", *Gaceta Arqueológica Andina* [Lima], 1(6), pp. 6-8.

Lanza, Matilde
2010 "El diablo: grabados rupestres en el Valle Calchaquí Norte", en Fernando Oliva, Nélida de Grandis y Jorge Rodríguez (compiladores), *Arqueología argentina en los inicios de un Nuevo Siglo*. Tomo III, pp. 535-543. Rosario: Escuela de Antropología - Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario - Laborde Libros Editor.

Leibowicz, Iván; Alejandro Ferrari, Cristian Jacob y Félix Acuto
2015 "Petroglifos en el valle Calchaquí Norte (Salta, Argentina): camélidos, montañas y la apropiación

- ción inkaica del paisaje local”, *Chungara. Revista de Antropología Chilena* [Arica], 4(47), pp. 575-587.
- Lorandi, Ana María
1991 “Evidencias en torno a los mitmaquna incaicos en el N.O. argentino. [Seguido de un apéndice sobre tecnología cerámica a cargo de Beatriz Cremonte]”, *Anthropologica* [Lima], 9(9), pp. 211-243.
- Mignone, Pablo Ignacio
2014 “Fuentes para la localización y el estudio de las minas históricas del Nevado de Acay, departamento La Poma. Salta, Argentina”, *Memoria Americana* [Buenos Aires], 22(1), pp. 65-92.
- Raffino, Rodolfo A.
1967 “Los petroglifos del “Abra Romero”, Santa Rosa de Tastil”, *Anales de Arqueología y Etnología* [Mendoza], 22, pp. 53-76.
1973 “Agricultura hidráulica y simbiosis económica demográfica en la Quebrada del Toro. Salta, Argentina”, *Revista del Museo de La Plata* [La Plata], 7(49), pp. 297-332.
1988 *Poblaciones indígenas en Argentina: urbanismo y proceso social precolombino*. Buenos Aires: Tipográficas. Editora Argentina.
- Sanhueza Tohá, Cecilia
2004 “Medir, amojonar, repartir: territorialidades y prácticas demarcatorias en el camino incaico de Atacama (II Región, Chile)”, *Chungara. Revista de Antropología Chilena* [Arica], 36(2), pp. 483-494.
- Sprovieri, Marina
2014 “La circulación interregional en el valle Calchaquí [Provincia de Salta, Noroeste argentino]: una visión integral desde nuevas y viejas evidencias”, *Revista Española de Antropología Americana* [Madrid], 44(2), pp. 337-366.
- Strube Erdman, León
1941 “Antiguos fortines y fortalezas indígenas en el N.O. argentino”, *Boletín del Instituto de San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta* [Salta], 2(8), pp. 356-377.
1943 “Los pucaros del N.O. argentino son de filiación inkaica”, en *Actas del Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro*. Tomo I, pp. 270-296. Córdoba: Editorial Litvack.
1958 “La ruta de Don Diego de Almagro en su viaje de exploración a Chile. *Homenaje jubilar a Monseñor Doctor Pablo Cabrera*”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* [Córdoba], Número especial, primera parte, pp. 269-293.
1963 *Validad imperial de los incas*. Córdoba: Instituto de Estudios Americanistas - Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba [Serie Histórica, 33].
- Tarragó, Myriam N.
1984 “El contacto hispano-indígena: la provincia de Chicoana”, *Runa* [Buenos Aires], 14, pp. 145-186.
- Tarragó, Myriam y Luis González
2003 “Los Graneros: un caso de almacenaje incaico en el noroeste argentino”, *Runa* [Buenos Aires], 24, pp. 123-149.
- Vitry, Christian
1997 “Arqueología de alta montaña. Argentina”, *Yachayruna Revista de Divulgación Científica* [Salta], 1, pp. 16-23.
2000 *Aportes para el estudio de caminos incaicos. Tramo Morohuasi - Incahuasi. Salta, Argentina*. Salta: Gofica Editorial.
2002a “Apachetas y mojones, marcadores espaciales del paisaje prehispánico”, *Revista Escuela de Historia* [Salta], 1(1), pp. 179-191.
2002b “Aportes sobre el despoblamiento de la localidad arqueológica de Tastil”, *Revista Escuela de Historia* [Salta], 1(2), pp. 243-264.
2003 “Control territorial a través de puestos de observación y peaje en el camino del Inca. Tramo Morohuasi - Incahuasi, Salta - Argentina”, *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* [San Salvador de Jujuy], 20, pp.151-172.
2005a “Descubrimiento de un nuevo tramo de camino inka”, *Informes de Salta, la nuestra* [Salta], 44, pp. 10-11.
2005b “Ocupación inka en la Quebrada del Toro. Salta, Argentina”, *Xama* [Mendoza], 15-18, pp. 5-19.
2018 “El paisaje ritual en el camino inca”, en Luis Flores Blanco (editor), *Lugares, monumentos, ancestros: arqueologías de paisajes andinos y lejanos*, pp. 179-198. Lima: Avqi Ediciones.

- Williams, Verónica
2004 “Poder estatal y cultura material en el Kollasuyu”, *Boletín de Arqueología PUCP* [Lima], 8, pp. 209-245 (número temático: *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas* (tercera parte), editado por Peter Kaulicke, Gary Urton e Ian Farrington).
2005 “Provincias y capitales. Una visita a Tolombón, Salta, Argentina”, *Xama* [Mendoza], 15-18, pp. 177-198.
- Williams, Verónica y Terence N. D’Altroy
1998 “El sur del Tawantinsuyu: un dominio selectivamente intensivo”, *Tawantinsuyu* [Canberra], 5, 170-178.
- Zanolli, Carlos E.
2003 “Los chichas como mitimaes del Inca”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* [Buenos Aires], 28, pp. 45-60.



Atajos inkas: caminos, GIS y modelos de menor costo en el Valle Calchaquí, Salta, Noroeste argentino

VERÓNICA ISABEL WILLIAMS
MARÍA CECILIA CASTELLANOS

INSTITUTO DE LAS CULTURAS DE LA
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES,
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS,
ARGENTINA

ELISA BENOZZI

UNIVERSITY OF GIBRALTAR,
MISSIONE A. RAIMONDI,
MUSEO DELLE CULTURE (MILANO),
ITALIA

SONIA L. LANZELOTTI
LUIS V. J. COLL

INSTITUTO DE LAS CULTURAS DE LA
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES,

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS,
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LUJÁN,
ARGENTINA

KEVIN LANE

INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA Y
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES,
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS,
ARGENTINA

CAROLINA ORSINI

MUSEO DELLE CULTURE (MILANO),
ITALIA

Introducción

La dominación estatal en los Andes del Sur o Meridionales presenta varias situaciones que ameritan ser analizadas con mayor profundidad. En ciertas regiones, como la que aquí presentamos, el Noroeste Argentino (en adelante NOA), la ocupación inka se ve reflejada en diferentes gradaciones en el registro arqueológico acorde a la situación poblacional previa. En este trabajo nos centramos en un sector del Collasuyu, en los Andes Meridionales; más precisamente en el valle Calchaquí medio del Noroeste Argentino, analizando e interpretando la presencia inka a partir del entramado del Qhapaq Ñan.

En las cuencas de Angastaco y Molinos, en el sector medio del valle Calchaquí en la provincia de Salta, los datos procedentes de imágenes satelitales y de prospecciones pedestres nos han permitido reconocer, hasta el momento, unos siete asentamientos con arquitectura inka, todos conectados por caminos. Las localizaciones cubren tanto las barrancas del valle troncal del río Calchaquí como el piso de puna, disminuyendo la visibilidad de los sitios estatales en las quebradas altas o quebradas intermedias. Como hemos mencionado en publicaciones anteriores (Williams 2010; Williams *et al.* 2009), observamos un rasgo recurrente en la zona: la disposición de los sitios estatales es distinta a la de los sitios locales. Los primeros se encuentran separados espacialmente de los asentamientos locales correspondientes al Período Intermedio Tardío (en adelante PIT) o Período de Desarrollos Regionales (en adelante PDR), lo que nos permite señalar diferencias entre lo local y lo estatal (Gallardo *et al.* 1995; Villegas 2014; Williams 2015).

En esta oportunidad, el objetivo principal del trabajo es incorporar nueva información al conocimiento sobre la ocupación del Estado Inka en el sector medio del valle Calchaquí, a partir del modelado de caminos de menor coste que unan sitios inkas y de momentos previos utilizando como variable crítica la pendiente del terreno.

Buscamos aportar datos que permitan entender la relación entre el Estado y las poblaciones locales, y especialmente el papel que jugó el Qhapaq Ñan en la estrategia de expansión y administración en este sector del Noroeste Argentino (en adelante NOA). Nos enfocamos en el estudio de la interacción y las relaciones intersociales como parte de la dinámica expansionista (Williams 2000; Williams *et al.* 2009). Pensamos la noción de camino, en este caso el Qhapaq Ñan, desde la propuesta de Hyslop (1984) y González Godoy (2017), y planteamos a la interacción no en el sentido estrictamente económico sino como una práctica que crea un entramado de múltiples espacios de circulación, abierto a cuestiones de ejercicio de poder y construcción de identidades (Berenguer 2001; Haesbaert 2007, 2013).

Los inkas en el NOA

La incorporación de territorios y poblaciones a la política estatal varió regionalmente y las estrategias empleadas debieron ajustarse a las condiciones sociopolíticas y naturales de cada zona (Mulvany 2003; D'Altroy *et al.* 2007; Santoro *et al.* 2010).

Por ejemplo, no solamente las incursiones militares pudieron haber sido usadas como estrategias de expansión. En muchas partes el control se sostuvo gracias al establecimien-

to de lazos personales de adhesión o alianzas entre el Inka y los jefes locales; esta forma de relacionarse exigía reafirmar los lazos continuamente por medio de variados sistemas (Pärsinnen 2003). Se ha sugerido, por ejemplo, que estos líderes pusieron al servicio del Estado parte de la infraestructura y fuerza de trabajo comunitario, ligados a su prestigio y experiencia organizacional (Williams *et al.* 2009: 617).

Para el Collasuyu, la parte más meridional del Tawantinsuyu, se plantea que los intereses del Estado Inka estuvieron asociados a la explotación minera (Raffino 1981), al aprovechamiento de la mano de obra para la producción minero-metalúrgica y agrícola (González 2010), y al sostenimiento del sistema administrativo (Williams 2000; Mulvany 2003). Investigaciones en el norte chileno concuerdan en que la principal motivación de la expansión inka en la región fue la explotación minera acompañada del desarrollo agrícola para sustentar dicha producción, lo que se ha denominado un **sistema agrominero** (Berenguer y Salazar 2017). Este habría implicado el despliegue de infraestructura de caminos así como de asentamientos administrativos, ceremoniales y productivos. También se puede pensar que la explotación minera tuvo que estar acompañada por una expansión en los recursos pastoriles, esencialmente de las llamas empleadas para transportar estos bienes (Lane 2021). Bajo esta propuesta, las grandes planicies puneñas del Collasuyu habrían sido idóneas para la cría de llamas, de modo tal que el sistema agrominero podría denominarse, más verosímelmente, **sistema minero-agropastoril**.

Específicamente para el NOA se han sugerido diversas estrategias de expansión y dominio que incluyen el conflicto, la diploma-

cia con una negociada articulación pacífica, la conquista ritual y la incorporación de nuevos símbolos y significados, todas no excluyentes (Lorandi 1988; Acuto 1999; Nielsen y Walker 1999; González y Tarragó 2005; Williams *et al.* 2009; Hoyos 2011).

Varias investigaciones arqueológicas y antropológicas han aportado información sobre la intensa explotación minera en el NOA desde tiempos prehispánicos (González 2010; Spina *et al.* 2017). Precisamente muy cerca de la zona de estudio, en la cuenca de Ratones, al sur de la Puna de Salta y hacia el noroeste del valle Calchaquí, las investigaciones en los sitios Abra de Minas y Cueva Inca Viejo evidencian una intensa explotación minera prehispánica de turquesa y minerales de cobre, además de prácticas rituales y procesos de interacción macrorregional (López y Coloca 2015, 2019; López *et al.* 2018). Las evidencias presentes en Cueva Inca Viejo han llevado a sugerir la apropiación simbólica y efectiva de este espacio por parte del Estado Inka (López y Coloca 2019: 184).

En lo que respecta específicamente a la vialidad inka, Hyslop (1984) presentó la complejidad de la red de caminos existentes en el NOA, cuya función estuvo vinculada a la expansión y administración del Estado imperial; estudios posteriores han abordado cuestiones puntuales sobre la vialidad inka en distintos puntos del NOA y desde diferentes enfoques (entre ellos Vitry 2000; Moralejo y Gobbo 2015).

Área de estudio

El valle Calchaquí, en la actual provincia de Salta, presenta una orientación norte-sur, limitando hacia el oeste con el ambiente de

puna y hacia el este con cordones montañosos de menor altura de la Cordillera Oriental. Con un recorrido de casi 220 kilómetros, conforma un sistema integrado de dos valles sucesivos pero con cuencas hídricas independientes; por un lado, hacia el norte, el río Calchaquí y, hacia el sur, el Yocavil (Lorandi y de Hoyos 1995: 386). El área en que trabajamos comprende sectores de las cuencas de Angastaco y Molinos, en la porción media del valle, donde se pueden diferenciar distintos pisos altitudinales que van desde los 1800 m s. n. m., en fondo de valle, hasta los 3400 m s. n. m., en el inicio del piso de puna (Paoli *et al.* 2011) (figura 1).

Por su localización geográfica, el valle Calchaquí fue una ruta privilegiada en las comunicaciones, conectando la Quebrada de Humahuaca, la puna de Salta y Catamarca, y el valle de Santa María y las zonas bajas orientales (Williams y Villegas 2017). La vinculación entre el valle Calchaquí, la puna y las yungas ha sido referida en las fuentes históricas y en datos etnográficos (Strube Erdmann 1963; García *et al.* 2002; Abeledo 2014), además de haberse registrado a partir de investigaciones arqueológicas (Sprovieri 2013; Martel 2014; Martel *et al.* 2017; Williams y Villegas 2017).

Hacia el norte del valle Calchaquí los sitios inka se encuentran ubicados en los dos tramos principales del camino, en puntos estratégicos que permiten conectar el valle con la puna, las quebradas del Toro y de Humahuaca. Una de las propuestas es que los inkas se establecieron en este sector en espacios donde no había ocupación local previa, construyendo asentamientos multifuncionales como Cortaderas y Potrero de Payogasta, asociados a una serie de tambos sobre una ruta que lleva a la Quebrada del Toro y desde aquí al valle de Lerma (Hyslop 1984; Vitry 2000; Williams *et al.* 2009).

Antecedentes arqueológicos

En el presente apartado realizaremos una breve reseña sobre el estado de las investigaciones y la descripción de los sitios arqueológicos correspondientes al Período de Desarrollos Regionales y a la época Inka (ver tabla 1).

Para PDR se postula que en las quebradas altas del valle Calchaquí (entre los 2600 y 3400 m s. n. m.), el modo de habitar sería de carácter rural con áreas agrícolas asociadas a pequeños poblados y a asentamientos en altura o pucarás (Baldini y Villamayor 2007: 37; Williams y Villegas 2013; Williams 2011). A diferencia de lo que sucedía hacia el fondo de valle del río Calchaquí, donde los asentamientos eran de gran tamaño y de tipo conglomerado como los conocidos sitios de La Paya, Guitián y El Churcal, entre otros (Baldini 2003).

Para el presente trabajo se presenta el análisis de tres pucarás ubicados en lugares estratégicos y con muy buena visibilidad que están asociados a espacios de tránsito (figura 2). Esta posición también pudo haber estado vinculada con el control de la circulación y la interacción entre ambientes o pisos altitudinales, ya que las quebradas altas del Calchaquí constituyen un eje de conexión entre el valle y la puna (Villegas 2014).

Nos interesa mencionar en particular los pucarás de Luracatao, Tacuil y Gualfín (foto 1). El primero se encuentra en el valle homónimo, a 2700 m s. n. m. y en directa conexión, hacia el sur, con las quebradas altas. El pucará presenta tres líneas de murallas defensivas, a diferentes alturas, sobre las laderas oeste y sudoeste, y un número de cincuenta estructuras circulares y subrectangulares en la cima. Desde aquí se cuenta con una excelente visibilidad hacia todo el valle tanto de la llanura aluvial del río como del abra de los Diablillos que co-



Figura 1. Ubicación geográfica del Valle Calchaquí Medio en los Andes Meridionales.

Tabla 1. Fechados radiocarbónicos correspondientes a los sitios analizados en este texto (Williams 2019).

Sitios muestreados	Edad radiocarbónica convencional (AP)	Edad calibrada 2 sigma (95,4% probabilidad) cal DC
Tambo de Angastaco	570 ± 70	1292 - 1482
Tambo de Angastaco	300 ± 60	1460 - 1938
Tambo de Angastaco	420 ± 60	1436 - 1637
Tambo de Angastaco	590 ± 60	1305 - 1491
Pucará de Angastaco	660 ± 40	1293 - 1403
Compuel RPC	430 ± 25	1445 - 1621
Corralito IV despedres	700 ± 40	1282 - 1393
Corralito V despedres	480 ± 40	1407 - 1615
Gualfín 2 despedres	820 ± 40	1187 - 1290
Pucará de Tacuil	630 ± 25	1311 - 1413
Tacuil Recintos Bajos	590 ± 30	1290 - 1420
Tacuil Recintos Bajos	760 ± 30	1210 - 1290
Tacuil Recintos Bajos	610 ± 30	1290 - 1410
Pucará de Gualfín	830 ± 25	1213 - 1279
Fuerte Gualfín Recintos Bajos	460 ± 25	1434 - 1610
Fuerte Gualfín trompeta	480 ± 40	1407 - 1615
Corralito IV recintos	630 ± 25	1311 - 1413

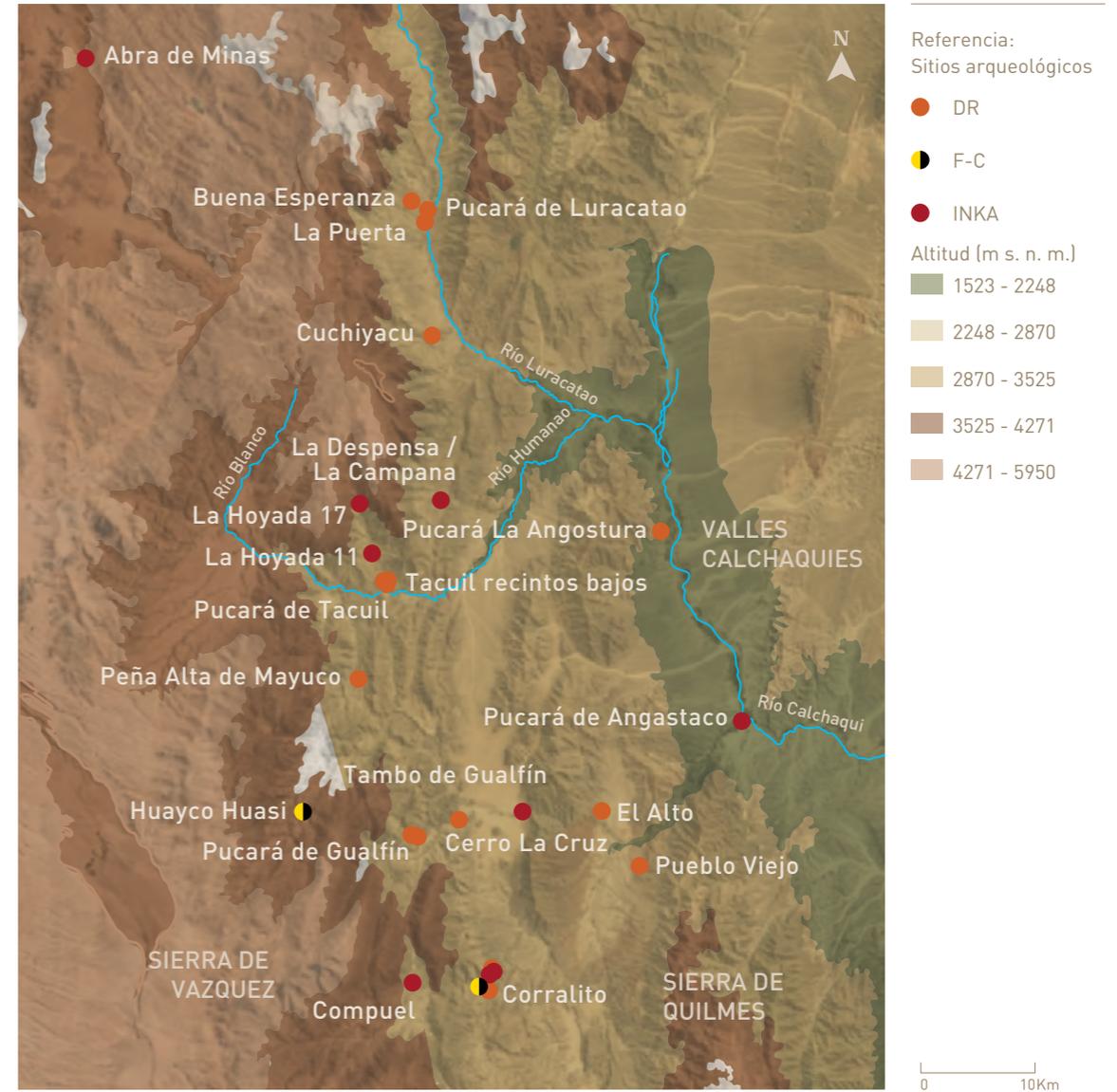


Figura 2. Localización de sitios arqueológicos mencionados en el texto, clasificados por marco cronológico.

comunica con la puna (Williams *et al.* 2014). Sobre el pie de este sitio se encuentran grandes áreas agrícolas que dan cuenta del alto potencial productivo de este valle (Baldini y De Feo 2000; Williams *et al.* 2014).

El Pucará de Tacuil se ubica 35 kilómetros hacia el oeste del actual pueblo de Molinos y se encuentra construido sobre un farallón de ignimbrita, asociado a un pequeño poblado bajo. En la cima del farallón existen recintos circulares y rectangulares que presentan evidencias de ocupación doméstica (Williams 2015: 70). Al pie se emplaza un poblado semiconglomerado compuesto por, al menos, cincuenta y cuatro estructuras de diferente morfología; entre ellas, recintos circulares en falsa bóveda localizados de a pares que interpretamos como tumbas. Las investigaciones arqueológicas permiten considerarlo como un espacio habitacional donde también se realizaban actividades vinculadas a la producción

de objetos de metal (Castellanos *et al.* 2020). El Pucará de Tacuil también está en estrecha asociación con un área extensa de campos y terrazas agrícolas prehispánicas conocido como La Hoyada que se extienden desde la franja norte del sitio.

El pucará y los recintos bajos de Gualfín se encuentran 50 kilómetros al sudoeste de la actual localidad de Molinos, a 2984 m s. n. m. y están asociados al Pucará Cerro La Cruz y a asentamientos agrícolas. En este pucará las construcciones se distribuyen sobre un promontorio de difícil acceso con concentraciones de estructuras sobre la cima y los faldeos norte y oeste. Se identificaron restos de murallas semiperimetrales de trazado discontinuo junto con barbacanas rectangulares sobre los faldeos y el aprovechamiento de los afloramientos del cerro, integrando el entorno natural al paisaje construido (Raviña *et al.* 1983; Villegas 2014). Los fechados radiocarbónicos obteni-

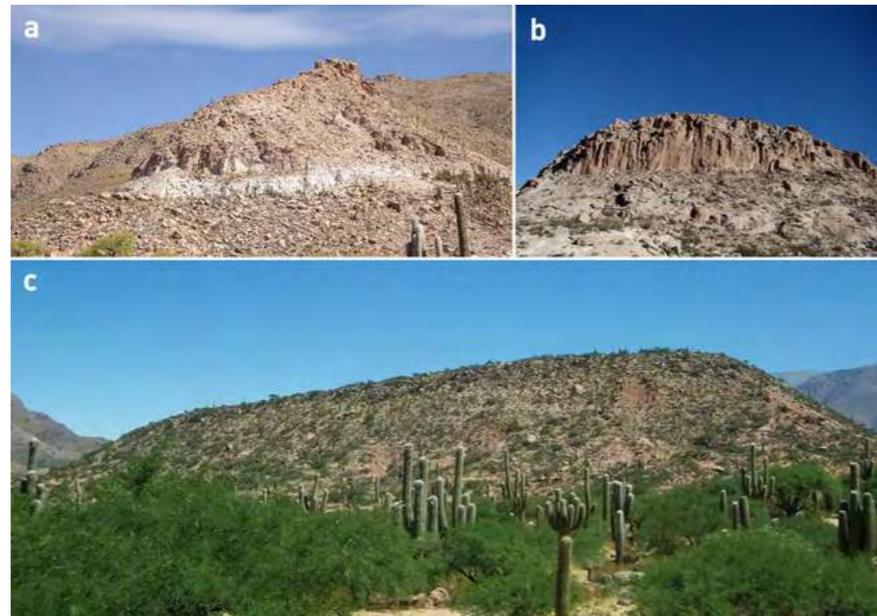


Foto 1. a. Pucará de Luracatao; b. Pucará de Tacuil; c. Pucará de Gualfín.



Foto 2. a. Compuel; b. Pucará de Angastaco; c. Tambo de Gualfín.

dos en este asentamiento datan su ocupación durante el PDR (Williams 2015, ver tabla 1).

Los asentamientos inkas registrados en este sector se ubican tanto en las barrancas del valle troncal del río Calchaquí como en el piso de puna, disminuyendo su frecuencia a medida que nos trasladamos a las quebradas altas o quebradas intermedias. Como rasgo recurrente, los sitios estatales se encuentran en lugares muy visibles, y a veces cercanos a grandes campos agrícolas (por ejemplo, Compuel y Corralito), también separados espacialmente de los asentamientos locales siguiendo posiblemente una lógica espacial que diferencia lo local (Villegas 2014; Williams 2015).

El sitio estatal de mayor envergadura es Pucará de Angastaco (foto 2b) ubicado sobre la margen derecha del río Calchaquí, a 1862 m s. n. m., y a la vera del camino inka que corre en sentido norte-sur (actual Ruta 40). Este pucará fue mencionado por Diego de Almagro en 1535,

durante su paso por el Calchaquí con dirección Chile, señalándolo como: "...fortaleza del Inka y frontera del valle de Gualfín y el puesto primero que ocupan los indios de sicha..." (Strube 1958). Podría haber constituido una defensa contra poblaciones locales hostiles, como un recordatorio constante de la presencia y poderío inka (Williams *et al.* 2005). El asentamiento presenta una planta subcuadrangular que comprende 4,5 hectáreas y se halla rodeado por una muralla perimetral con bastiones cuadrangulares (Raffino y Baldini 1983; Williams *et al.* 2005). Asociado a este se encuentra un conjunto arquitectónico interpretado como un tambo, conservando actualmente solo un par de estructuras rectangulares (Williams *et al.* 2005; Williams 2015). La ubicación que presenta permite un control y un acceso tanto hacia el norte como hacia el sur, así como al primer tramo de la quebrada de Angastaco, vía de comunicación hacia el interior de las quebradas altas y la puna (Williams *et al.*

2005), espacio donde se localizan los pucarás, áreas agrícolas y poblados del PDR.

En las quebradas al oeste de Angastaco se encuentran los asentamientos con arquitectura inka de los sitios tipo celdas u ortogonales de Gualfín 1 y 2, y Tambo de Gualfín (foto 2c) (Villegas 2014). En el sector alto de la quebrada del río Gualfín, en una quebrada que conecta directamente con la puna catamarqueña, se emplaza el sitio de Compuel, a 3384 m s. n. m. A este último se accede desde el este (Gualfín) por un posible tramo de camino antiguo (inka o anterior) que se continúa con el que une el Tambo de Gualfín con el Pucará de Angastaco (Villegas 2014; Williams y Villegas 2017).

En Compuel se destacan estructuras ortogonales o de tipo celdas de gran tamaño (Hoyos y Williams 2017), una *kancha* y un pequeño sitio habitacional (foto 2a) (Villegas 2014). La localización estratégica de este sitio lo posiciona en el cruce de caminos que comunican zonas como el sector sur del Salar de Atacama o el Alto Loa, la puna catamarqueña y los valles mesotermiales de Angastaco-Molinos (Williams y Villegas 2017), ubicación que además permite ingresar, hacia el oeste, al espacio puneño donde se emplazan volcanes y montañas sagradas, *apus* que albergan santuarios, ofrendatorios de altura y sitios estatales (Olivera 1991).

Todos los sitios inkas de las quebradas altas mencionados se encuentran vinculados por algunos tramos de caminería, que corresponden a los tipos empedrado (Compuel), despejado (Tambo de Gualfín), y con talud y muro de contención (Pucará de Angastaco, Gualfín, Corralito) (Williams y Villegas 2017).

Hasta el momento habíamos venido sugiriendo una aparente circulación en sentido norte-sur, siguiendo un camino principal sobre fondo de valle, y un trayecto en sentido este-oeste (y viceversa) que conectaría el pucará y tambo

de Angastaco con los asentamientos estatales del interior de las quebradas altas, como Tambo de Gualfín, Corralito y, ya en el piso de puna, Compuel (Williams y Villegas 2017). Nuevas investigaciones realizadas al noroeste de Tacuil, en la quebrada de La Hoyada que conecta sitios del PDR como Tacuil con la puna, abren la posibilidad de plantear una ocupación inka en la zona. Aquí se han registrado una serie de asentamientos estatales que consisten en un tramo troncal del camino con dos *chasquiwasi* y dos tambos (Lane 2016; Benozzi 2018).

Otros sitios muestran una continuidad en el uso del espacio a lo largo del tiempo. Cercano a Gualfín, hacia el sur, se encuentra el área agrícola de Corralito (foto 3b), a 2788 m s. n. m., abarcando una extensión mayor a las 80 hectáreas cultivables, con arquitectura que incluye canchones, estructuras de estabilización de la pendiente, canales y estrechos andenes separados por grandes despedres perpendiculares a la pendiente (Williams *et al.* 2010). Este asentamiento agrícola se localiza 6 kilómetros hacia el este del sitio inka de Compuel. Los fechados radiocarbónicos procedentes de muestras de sedimentos de la base de los despedres permiten sugerir una continuidad en el uso de este espacio agrícola desde el PDR hasta, por lo menos, la primera mitad del siglo XVII, en el caso de Corralito V (Korstanje *et al.* 2010).

Un segundo sitio que muestra continuidad en el uso del espacio es Huayco Huasi (foto 3a), alero emplazado en un abra conectada con la puna de Antofagasta de La Sierra (Catamarca) donde se han plasmado escenas pintadas y algunas grabadas, compuestas por figuras antropomorfas, camélidos, cérvidos, felinos, rehdos y equinos. Se trata de un espacio altamente sacralizado, lo que se ve confirmado por su continua ocupación desde el Formativo hasta la Colonia temprana (Martel 2016).

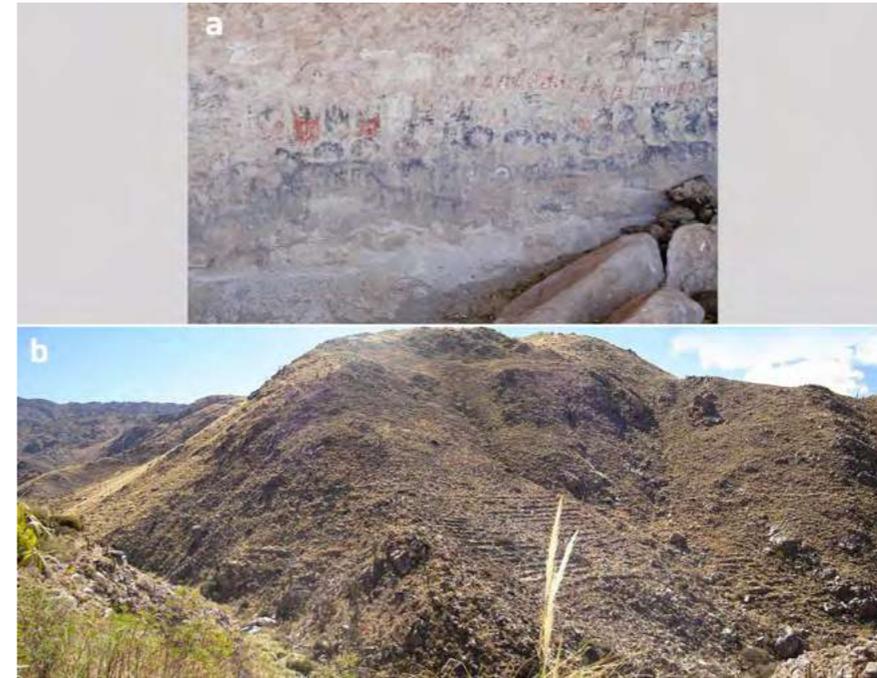


Foto 3. a. Huayco Huasi; b. Corralito.

Metodología de trabajo

Para este trabajo se optó por la realización de modelados que permitieran inferir potenciales lugares de circulación óptimos (caminos).¹ Desde el punto de vista técnico, para establecer o modelar el recorrido óptimo entre dos puntos (Tomlin 1990) se consideran una o varias variables espaciales (por ejemplo, la pendiente). Este modelado consiste en el cálculo de valores acumulativos de las celdas que conforman la matriz numérica de la base de datos raster (López Romero 2005), las mismas que se reclasifican para luego realizar un mapa de coste. Esto representa la fricción que posee cada celda que es cruzada desde un punto de partida hasta llegar a destino. El producto de este modelado es un mapa de recorrido que

conecta dos puntos considerando el mapa de fricción (Conolly y Lake 2009). En resumen, los elementos necesarios para realizar este modelado son:

- Un punto de salida
- Un punto de llegada
- Un mapa de coste

En nuestro caso particular dicho modelado fue efectuado con el programa *ArcGis 10.6* y georreferenciado en el sistema de coordenadas de UTM 18S (*datum* WGS84). En cuanto a los puntos de salida y de llegada, se consideraron distintos sitios arqueológicos del PDR siempre asociados a alguno de afiliación inka, preferentemente sitios arqueológicos administrativos y/o residenciales. Por ello, en esta

¹ Un modelo similar fue adoptado previamente por Go Matsumoto para estudiar un tramo del camino inka en el Perú (2008).

oportunidad se efectuaron catorce modelados de senda del menor coste. Se conectaron sitios de filiación temporal PIT con otros de filiación Inka, Inka con Inka, e Inka con ocupación

prolongada en el tiempo desde Formativo hasta período colonial. Los sitios que fueron utilizados para los modelados de las sendas de menor coste son los siguientes (tabla 2):

N° SMC	Punto de origen	Punto de destino	Filiación temporal de sitios arqueológicos	Kilómetros
1	Tambo de Gualfín	Tacuil	Inka - PDR	29,22
2	Tacuil	Pucará de Angastaco	PDR - Inka	43,09
3	Tacuil	Huayco Huasi	PDR - Formativo a Colonial	26,84
4	Tacuil	Compuel	PDR - Inka	44,15
5	Compuel	Huayco Huasi	Inka - Formativo a Colonial	22,02
6	Abras de Minas	Tacuil	Inka - PDR	63,69
7	Abras de Minas	Pucará de Luracatao	Inka - PDR	50,18
8	Compuel	Tambo de Gualfín	Inka - Inka	25,28
9	Compuel	Corralito	Inka - Formativo a Colonial	10,00
10	Compuel	Pucará de Angastaco	Inka - Inka	49,20
11	Tambo de Gualfín	Pucará de Angastaco	Inka - Inka	28,82
12	Tambo de Gualfín	Corralito	Inka - Formativo a Colonial	18,83
13	Abras de Minas	Pucará de Angastaco	Inka - Inka	96,83
14	Abras de Minas	Compuel	Inka - Inka	108,73

Tabla 2. Sitios arqueológicos con su filiación temporal utilizados para la creación de las trazas del modelado óptimo.

- Período PIT o PDR: Pucará de Luracatao, Pucará de Tacuil y Pucará de Gualfín.
- Período Inka: Abra de Minas, Pucará de Angastaco, Tambo de Gualfín y Compuel.
- Sitios con ocupación continua desde el Formativo hasta Colonia Temprana: Alero Huayco Huasi y Corralito.

Para crear el mapa de fricción se procedió a seleccionar como factor o variable de complejidad de desplazamiento las pendientes de terreno, siendo preferible para circular la topografía con grados de pendientes no abruptas. Esta información se obtuvo del modelado de pendiente adquirido de un SRTM (*Shuttle Radar Topography Mission*) de 30 metros por 30 metros, disponibles en <https://earthexplorer.usgs.gov/>, producto del modelado del recorrido óptimo se obtuvo como resultado distintos mapas con las rutas entre los sitios con filiación PDR-Inka e Inka-Inka.

Resultados

En este apartado se presenta la información obtenida de los modelados de caminos de menor coste o recorrido óptimo. Para organizar la exposición se ordenan por punto de inicio y destino de las distintas afiliaciones de sitios analizados.

MODELADOS SENDERO MENOR COSTE ENTRE SITIOS PDR E INKA

Partiendo de Abra de Minas hacia Tacuil y hacia el Pucará de Luracatao, los caminos resultantes coinciden en un mismo trazo emplazado en una zona más abierta ubicada en la puna, pero a medida que se acerca al valle se separan ambos tramos modelados ingresando a zonas

de quebradas cerradas. El tramo Abras de Minas a Pucará de Luracatao se bifurca hacia la zona más alta y quebradas más abruptas donde se emplaza el cerro de Luracatao (espacio que divide la puna del valle). Mientras que hacia el Pucará de Tacuil el tramo ingresa por Quebrada de La Hoyada. En este último tramo se observan varios sitios en las cercanías de la ruta modelada.

Otros modelados unen Tacuil con Pucará de Angastaco, con Tambo de Gualfín, con Huayco Huasi y con Compuel. En los dos primeros tramos se observa que discurren por zonas de valles abiertos salvo pequeñas secciones. Mientras que los dos últimos se ubican en zonas de quebradas más abruptas y presentan sitios en sus cercanías.

Por último, otro tramo que se emplaza por un área de quebradas abruptas es el que une Huayco Huasi con Compuel, compartiendo parte del recorrido al sur con el tramo de Tacuil con Compuel.

En síntesis, los senderos que comunican sitios inkas con los del PDR se emplazan en su mayoría en zonas de topografías abruptas, a excepción de los modelados desde Tambo de Gualfín a Pucará de Tacuil y el modelado desde Pucará de Tacuil a Pucará de Angastaco (figura 3).

MODELADOS SENDERO MENOR COSTE ENTRE SITIOS INKA

Saliendo de Abra de Minas hacia Pucará de Angastaco y hacia Compuel, los senderos resultantes coinciden en un mismo tramo emplazado en una zona más abierta ubicada en la puna y parte de la quebrada que comunica con el valle (figura 4). Luego ambos modelados se bifurcan, el primero hacia el sudeste y el segundo hacia el sur. A pesar del cambio

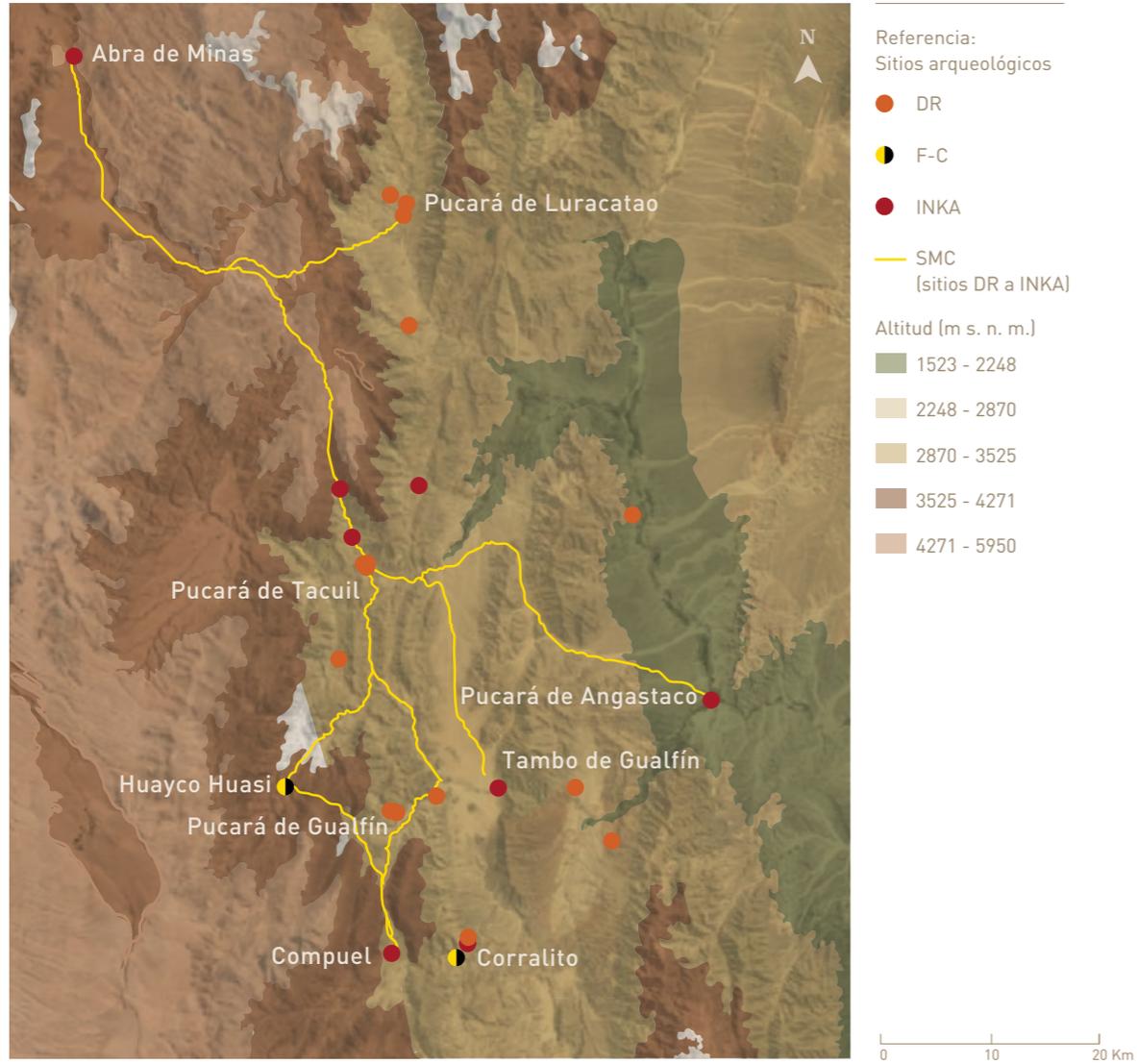


Figura 3. Modelados de caminos de menor coste entre sitios del PDR e inkas.

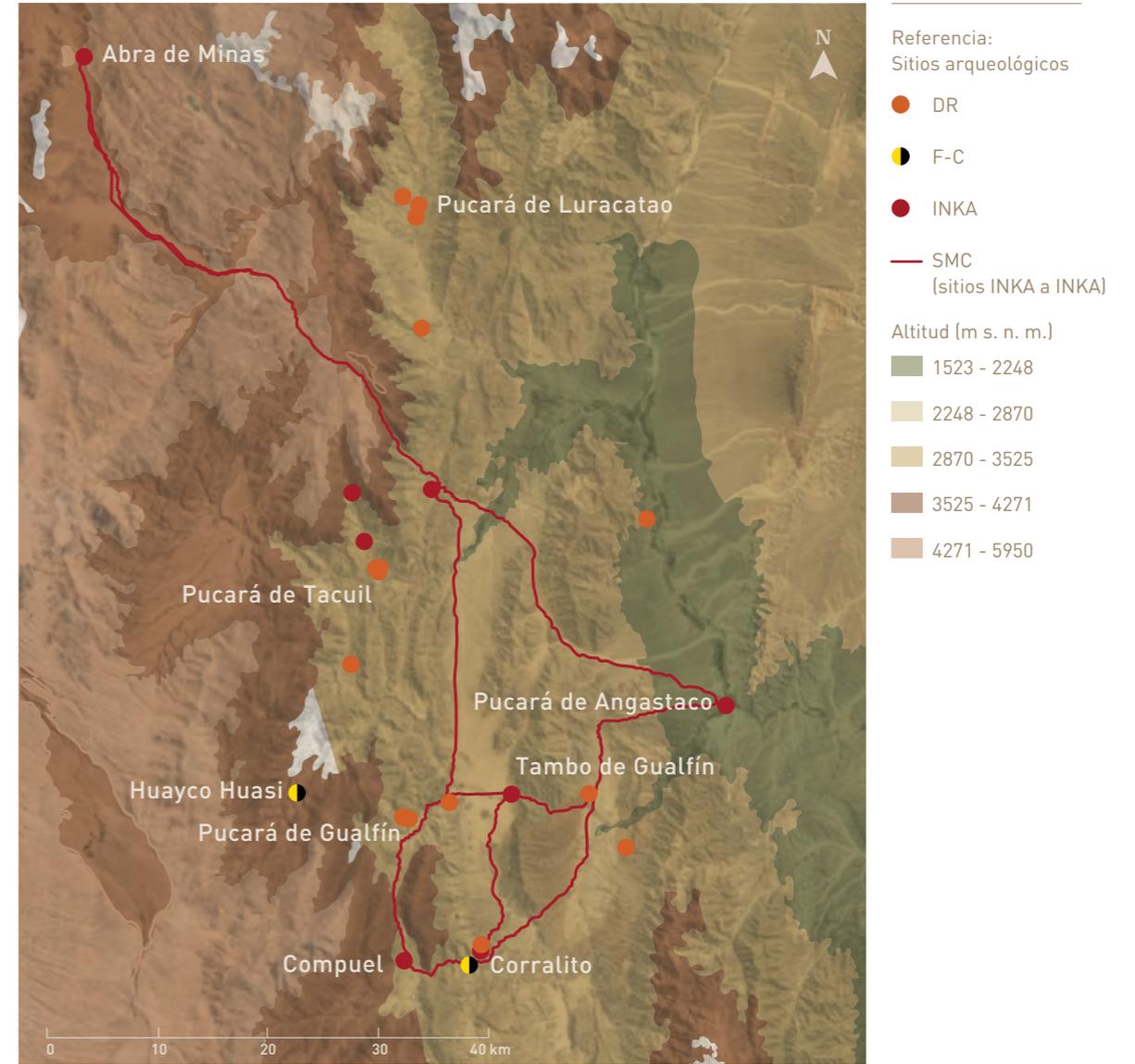


Figura 4. Modelados de caminos de menor coste entre sitios inkas.

de dirección estos tramos discurren por zonas de valles abiertos, con excepción a pequeñas secciones del modelado que ingresan por quebradas abruptas.

En cuanto a los tramos que unen Compuel con Tambo de Gualfín, Pucará de Angastaco y Corralito, están emplazados en la mayor parte de sus traza en zonas menos abruptas y de valle, con excepción del tramo Compuel-Corralito y Compuel-Tambo de Gualfín que se discurren por una quebrada más cerrada. Cabe destacar la coincidencia espacial en el tramo que une Compuel con Corralito, para luego continuar hacia el Pucará de Angastaco.

Respecto del camino que une Tambo de Gualfín con Corralito y con el Pucará de Angastaco, en ambos sentidos el modelado discurre por zonas poco abruptas y valles.

En síntesis, en su mayoría, los senderos que conectan sitios inkas entre sí se localizan en áreas de topografías suaves del paisaje.

Discusión

Los modelados presentados anteriormente muestran una buena correlación con la evidencia empírica relevada previamente por el equipo de trabajo (Villegas 2014; Lane 2016; Williams y Villegas 2017; Benozzi 2018).

La figura 5 compara los caminos que conectan sitios de filiación PDR-Inka e Inka-Inka. Aquí se puede observar que los tramos de la segunda filiación se desplazan hacia el este por relieves menos abruptos y de zonas más abiertas. Mientras que los senderos modelados PDR-Inka se discurren en relieves más

abruptos y quebradas más cerradas. Esta variable, el relieve, puede vincularse con una estrategia de visibilidad y visibilización tanto de los sitios (como fue mencionado por Villegas 2014) como de los caminos, que es lo que observamos aquí.

La baja y alta visibilidad entre el fondo de valle y quebradas entre los pucarás y los sitios inkas, fue uno de los criterios que permitió plantear la idea que los sitios del PDR se encuentran mimetizados en el paisaje de las quebradas altas, controlando la circulación y el acceso a espacios y recursos naturales. Caso contrario, los sitios inkas son visibles desde varias direcciones y altitudes (Villegas 2014; Williams 2015). Los caminos muestran una lógica similar, es decir, los caminos que conectan sitios del PDR con un sitio inka serían menos visibles que los caminos que unen sitios netamente inkas. Los modelados que unen los sitios inkas de Abra de Minas con Pucará de Angastaco y Pucará de Angastaco con Compuel, atraviesan en su recorrido grandes asentamientos agrícolas como La Despensa (Abra de Minas - Pucará de Angastaco) y Corralito (Compuel - Pucará de Angastaco). En el caso de los modelados entre sitios inka, se observa asimismo una simplificación de las trazas², en el sentido que los recorridos atraviesan varios sitios productivos y administrativos. Esto estaría indicando una posible estrategia de optimización de la logística y mantenimiento de los centros administrativos y de explotación de recursos del Estado Inka. Aunque no debemos olvidar también la cuestión simbólica involucrada en dicha estrategia.

² Esto mismo fue observado anteriormente por Victor von Hagen en el Perú, quien lo resume en el concepto de *directional straightness* (Hagen 1955: 214), concepto remarcado en tiempos recientes por Schexnayder y sus colegas (2015).

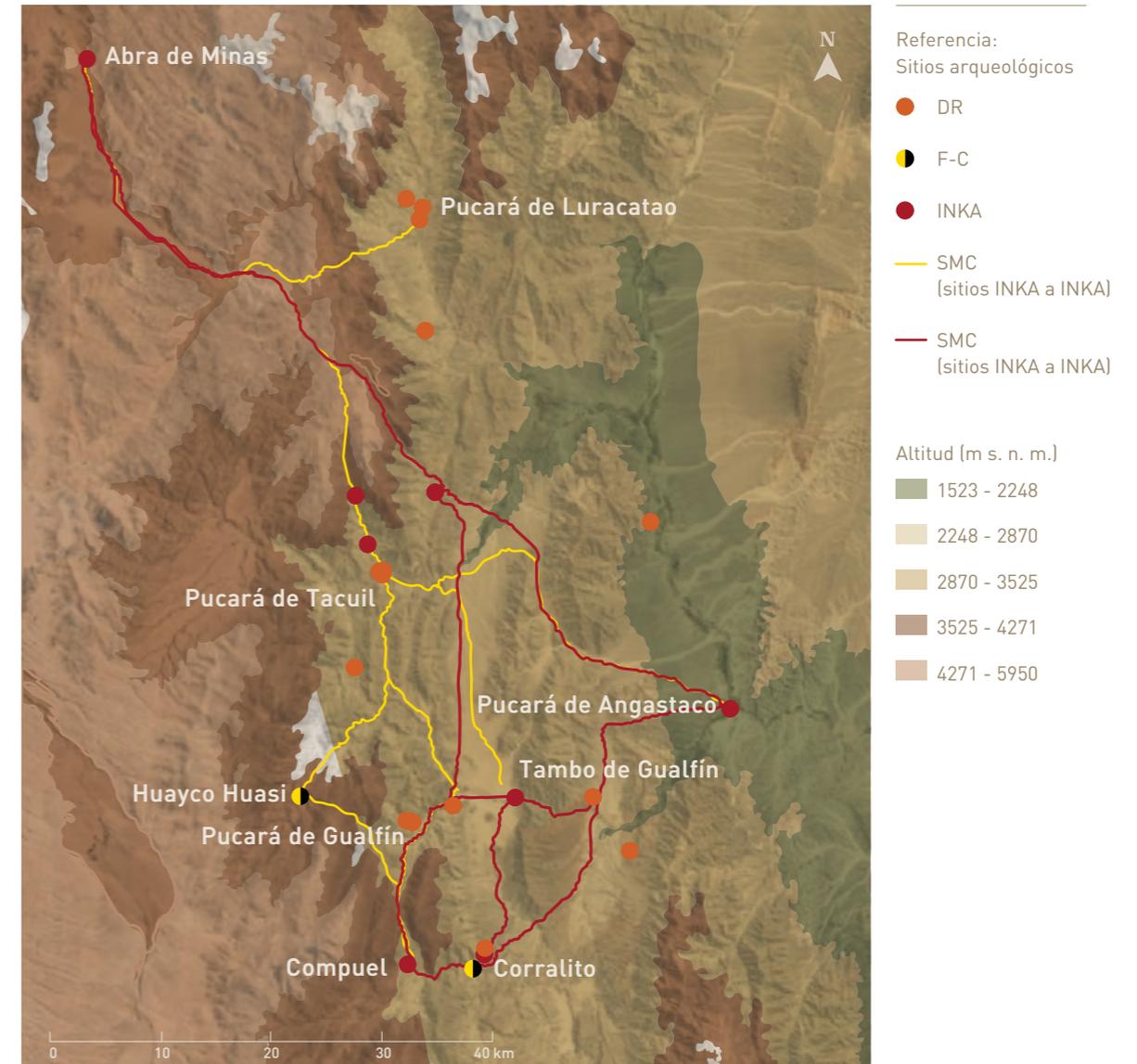


Figura 5. Modelados de caminos de menor coste entre sitios del PDR e Inka, y entre sitios Inka.

Comprendiendo que dichos caminos modelados presentan un correlato material con secciones del Camino Inka o Qhapaq Ñan, observamos que en el trazado de estos caminos hay una intención de brindarles a sí mismo un acceso sencillo y alta visibilidad para las poblaciones locales. A diferencia de los de los PDR-Inka, que muestran que no se dejan de utilizar posibles caminos previos. Podríamos entonces proponer que la dominación inka en las quebradas altas del valle Calchaquí incluyó cambiar la lógica de circulación respecto de las poblaciones locales. Siguiendo la propuesta de Gallardo y sus colegas (1995), estaríamos frente a las estrategias de asociación y exclusión también en el caso de los caminos. Asociación porque se continúan utilizando vías de circulación previas, y exclusión porque también se construyen nuevos y diferentes caminos.

Conclusiones

En este trabajo hemos procurado aportar nuevos datos que permitan entender la expansión del Estado Inka en el Collasuyu, particularmente en el valle Calchaquí medio, enfocándonos en el Qhapaq Ñan. Los modelados de caminos de menor coste que hemos presentado para nuestra área de estudio constituyen una herramienta útil para la predicción de posibles rutas de circulación del pasado, para evaluar propuestas nuevas y generar nuevas hipótesis.

En primer lugar, hemos observado que varios sectores modelados ya cuentan con validación empírica dada por trabajos previos, si bien resta contrastar gran parte con nuevos trabajos de campo. Los resultados de los análisis indicaron una lógica diferencial entre la circulación planteada para conectar sitios locales preexistentes, respecto de la circulación

planteada para conectar los nuevos sitios de filiación inka. Por un lado, los caminos que conectan con poblados locales suelen discurrir por relieves mayormente abruptos y de poca visibilidad. Por otro lado, los caminos que vinculan sitios de filiación Inka entre sí, discurren por nuevos emplazamientos, mayormente amplios y con mayor visibilidad y visibilización. Hemos propuesto que esto responde a una estrategia premeditada de “asociación” y “exclusión” similar a lo observado en diferentes tipos de materialidad en una amplia distribución de sitios del Collasuyu.

Futuros trabajos permitirán profundizar en las implicancias sociopolíticas de estas observaciones.

Agradecimientos

A Gabriel López, Federico Coloca, Domingo Fabián y María Paula Villegas. A las Bases territoriales de Tacuil y Gualfín (UPNDS). Al Director y personal del Museo de Antropología de Salta.

Financiamiento - Proyectos: PIP-CONICET 2015-2020 (Argentina). PICT 0042 (Argentina). PUE 2017 0002 (Argentina). Museo de las Culturas (MUDEC, Milán, Italia). Ministerio de Relaciones Exteriores, Direzione Generale per la promozione del sistema Paese, Oficina VI, Arqueología (Italia).

Referencias citadas

FUENTES DIGITALES

Castellanos, María Cecilia; María Florencia Becerra y Verónica Williams
2020 “Aproximación a la tecnología cerámica y metalúrgica en las quebradas altas del No-

roeste Argentino: el caso de Tacuil, valle Calchaquí medio, Salta”, *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 66, pp. 129-153 [en línea]. Disponible en: <https://www.scielo.cl/pdf/eatacam/n66/0718-1043-eatacam-issn-0718-1043-2020-0040.pdf> [11 de junio de 2022].

García, Silvia P.; Diana Rolandi, Mariana López y Paula Valeri
2002 “Viajes comerciales de intercambio en el departamento de Antofagasta de la Sierra, Puna meridional argentina: pasado y presente”, *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales* [Barcelona], 2 [en línea]. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=93100205> [11 de junio de 2022].

Paoli, Héctor; Hernán Helena, Jesús Mosciaro, Fernando Ledesma y Yanina Noe
2011 *Caracterización de las cuencas hídricas de las provincias de Salta y Jujuy. Cuenca Alta del río Juramento* [en línea]. Disponible en: https://inta.gob.ar/sites/default/files/script-tmp-inta_arias_arenales.pdf [29 de abril de 2020].

FUENTES DOCUMENTALES

Benozzi, Elisa
2018 *Informe de actividades de campo realizadas en la Quebrada de La Hoyada, Tacuil, Molinos, provincia de Salta*. Informe técnico, Salta.

Lane, Kevin
2017 *Proyecto Arqueológico Tacuil: Río Blanco. Informe de trabajo de campo*, Salta.

Martel, Álvaro R.
2016 *Informe preliminar. Campaña 2015. Arte rupestre del sitio Huaico Huasi (Barrancas, Dto. Molinos, Salta). Descripción general y consideraciones tecno-morfológicas y cronológicas de las representaciones*.

Matsumoto, Go
2008 *Availability of Least-Cost Pathway Analysis for the Study of Inka Road System*. Póster presentado al 36th Annual Midwest Conference on Andean and Amazonian Archaeology and Ethnohistory, University of Wisconsin, Madison.

Villegas, María Paula
2014 *Del valle a la puna: articulación social y económica entre los poblados prehispánicos Tardíos y los asentamientos inkas en la quebrada de Angastaco (valle Calchaquí medio, Salta)*. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

FUENTES IMPRESAS

Abeledo, Sebastián
2014 “Pastoreo trashumante a comienzos de un nuevo siglo: su vigencia en Santa Rosa de los Pastos Grandes (departamento de Los Andes, Salta)”, *Andes. Antropología e Historia* [Salta], 25(2), pp. 377-406.

Acuto, Félix
1999 “Paisaje y dominación: la constitución del espacio social en el Imperio Inka”, en Andrés Zarrankin y Félix Acuto (editores), *Sed non satiata. Teoría social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*, pp. 33-75. Buenos Aires: Ediciones del Tridente.

Baldini, Lidia
2003 “Proyecto arqueología del Valle Calchaquí Central (Salta, Argentina): síntesis y perspectivas”, en Per Cornell y Per Stenborg (editores), *Local, regional, global: prehistoria en los Valles Calchaquíes*, pp. 219-239. Göteborg: Instituto Iberoamericano - Universidad de Göteborg.

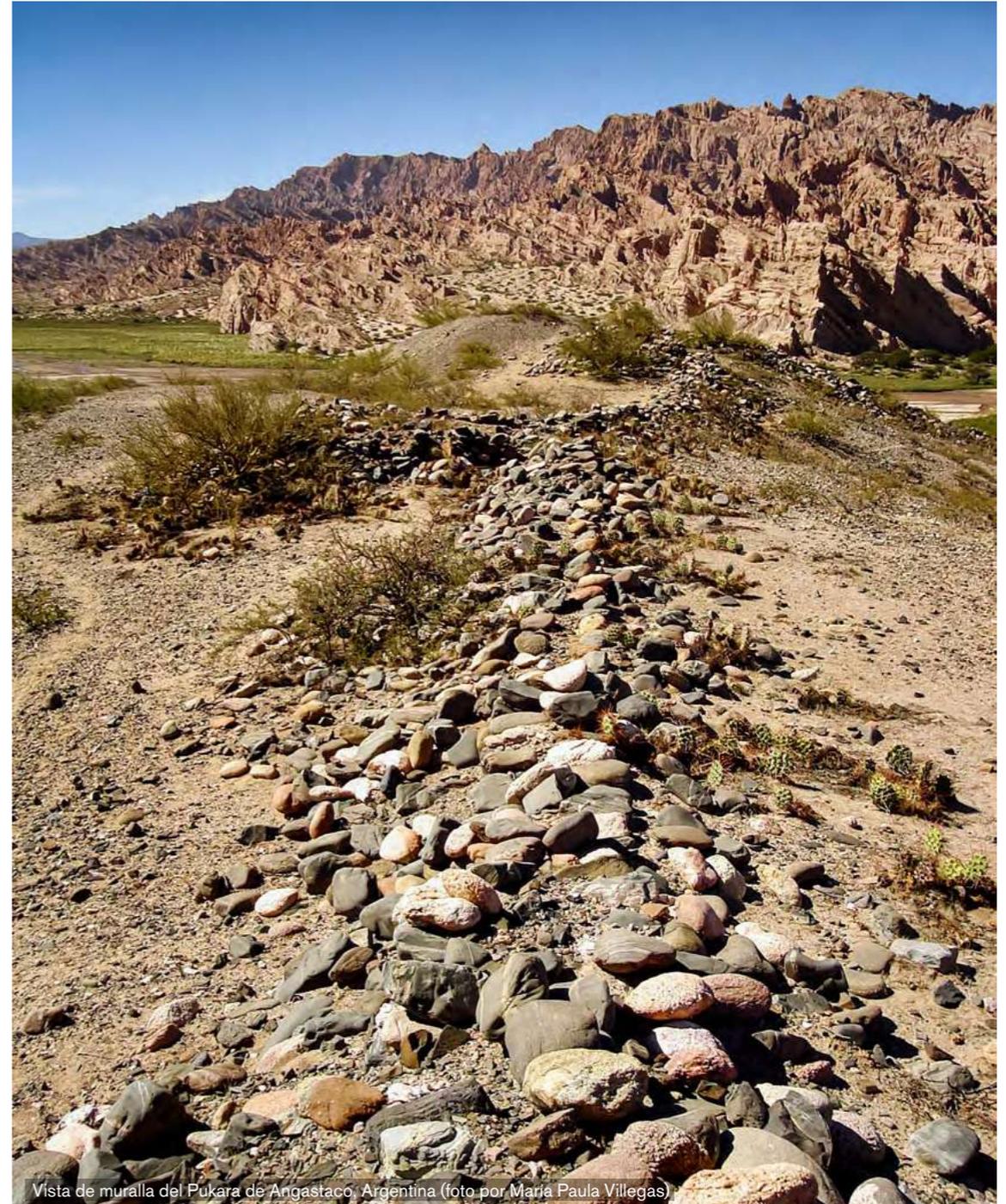
Baldini, Lidia y Carlos De Feo
2000 “Hacia un modelo de ocupación del Valle Calchaquí Central (Salta) durante los Desarrollos Regionales”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* [Buenos Aires], 25, pp. 75-98.

Baldini, Lidia y Virginia Villamayor
2007 “Espacios productivos en la cuenca del río Molinos (Valle Calchaquí, Salta)”, *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* [San Salvador de Jujuy], 32, pp. 35-51.

Berenguer, José
2001 “Couvre-chefs, identité et interaction dans le désert chilien, avant et après la chute de Tiahuanaco”, *Dossiers de l'Archeologie* [Quetigny], 262, pp. 66-77.

- Berenguer, José y Diego Salazar
2017 "Territorialización del modelo minero inkaico en el Río Salado: una aglomeración productiva entre Lipez y San Pedro de Atacama", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(1), pp. 51-69.
- Conolly, James y Mark Lake
2009 *Geographical Information Systems in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press (Cambridge Manuals in Archaeology).
- D' Altroy, Terence; Verónica Williams y Ana María Lorandi
2007 "The Incas in the South Lands", en Richard L. Burger, Craig Morris y Ramiro Matos Mendieta (editores), *Variations in the Expression of Inca Power. A symposium held at Dumbarton Oaks, 18 and 19 October 1997*, pp. 95-143. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Gallardo, Francisco; Mauricio Uribe y Patricia Ayala
1995 "Arquitectura inca y poder en el Pukara de Turi, norte de Chile", *Gaceta Arqueológica Andina* [Lima], 24, pp. 151-171.
- González Godoy, Carlos
2017 "Arqueología vial del Qhapaq ñan en Sudamérica: análisis teórico, conceptos y definiciones", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(1), pp. 15-34.
- González, Luis
2010 "Fuegos sagrados. El taller del sitio 15 de Rincon Chico (Catamarca, Argentina)", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 15(1), pp. 47-62.
- González, Luis y Myriam Tarragó
2005 "Vientos del sur: el valle de Yocavil (Noroeste argentino) bajo la dominación incaica", *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 29, pp. 67-96.
- Haesbaert, Rogério
2007 "Território e Multiterritorialidade: um debate", *GEographia* [Niterói], 9(17), pp. 19-46.
2013 "Del Mito de la Desterritorialización a la Multiterritorialidad", *Revista Cultura y Representaciones Sociales* [Ciudad de México], 8(15), pp. 9-42.
- Hagen, Victor von
1955 *Highway of the Sun*. Nueva York: Duell, Sloan and Pearce-Little.
- Hoyos, María de
2011 "Guerreros calchaquíes en tiempos del Tawantinsuyu: entre la violencia y la diplomacia", en Lorena B. Rodríguez (compiladora), *Resistencias, conflictos y negociaciones: el Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*, pp. 63-92. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Hoyos, María de y Verónica Williams
2017 "Abran cancha... Una variante de recinto perimetral compuesto en el Noroeste Argentino", *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 55, pp. 109-134.
- Hyslop, John
1984 *The Inka Road System*. New York: Academic Press.
- Korstanje, Alejandra; Patricia Cuenya y Verónica Williams
2010 "Taming the control of chronology in ancient agricultural structures in the Calchaquí Valley, Argentina. Non-traditional data sets", *Journal of Archaeological Science* [Dorchester], 37(2), pp. 343-349.
- Lane, Kevin
2021 *The Incas*. London: Reaktion Press.
- López, Gabriel; Federico Coloca, Mariana Rosenbusch y Patricia Solá
2018 "Mining, macro-regional interaction and ritual practices in the South-Central Andes: the first evidence for turquoise exploitation from the Late Prehispanic and Inca periods in North-Western Argentina (Cueva Inca Viejo, Puna of Salta)", *Journal of Archaeological Science: Reports* [Dorchester], 17, pp. 81-92.
- López, Gabriel E. J. y Federico I. Coloca
2015 "El sitio Abra de Minas: nuevos aportes para la caracterización de las ocupaciones Tardío/Incas en las tierras altas del noroeste argentino", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* [Lima], 44(1), pp. 141-149.
- 2019 "Prácticas rituales Incas en el Noroeste argentino: hallazgo de un monolito en una estructura ceremonial en Cueva Inca Viejo, puna de Salta, Argentina", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* [Buenos Aires], 44(1), pp. 179-186.
- Lorandi, Ana María
1988 "La resistencia y rebeliones de los diaguita-calchaquí en los siglos XVI y XVII", *Cuadernos de Historia* [Santiago de Chile], 8, pp. 99-122.
- Lorandi, Ana María y María de Hoyos
1995 "Complementariedad económica en los Valles Calchaquíes y del Cajón, Siglos XV-XVII", en Laura Escobari de Querejazu (coordinadora), *Colonización agrícola y ganadera en América siglos XVI-XVIII: su impacto en la población aborigen*, pp. 385-414. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Martel, Álvaro R.
2014 "Aguas Calientes. Evidencias directas de tráfico caravanero entre la puna meridional y el valle Calchaquí", *Estudios Sociales del NOA* [Tilcara], 13, pp. 103-124.
- Martel, Álvaro R.; Diego Zamora y Matías Lépori
2017 "Tráfico y movilidad caravanera en la puna catamarqueña. Una mirada intermodal", *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 56, pp. 197-223.
- Moralejo, Reinaldo Andrés y Diego Gobbo
2015 "El Qhapaq Ñan como espacio de poder en la política incaica", *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 50, pp. 131-150.
- Mulvany, Eleonora
2003 "Control estatal y economías regionales", *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* [San Salvador de Jujuy], 20, pp. 173-197.
- Nielsen, Axel E. y William H. Walker
1999 "Conquista ritual y dominación política en el Tawantinsuyu. El caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina)", en en Andrés Zarankin y Félix Acuto (editores), *Sed non satiata. Teoría social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*, pp. 153-169. Buenos Aires: Ediciones del Tridente.
- Olivera, Daniel
1991 "La ocupación inca en la Puna meridional argentina", *Revista Comechingonia* [Córdoba], 9, pp. 33-72.
- Pärsinnen, Martti
2003 *Tawantinsuyu: el estado inca y su organización política*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos - Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú - Embajada de Finlandia.
- Raffino, Rodolfo A.
1981 *Los Inkas del Kollasuyu. Origen naturaleza y transfiguraciones de la ocupación Inka en los Andes Meridionales*. Buenos Aires: Ramos Americana Editora.
- Raffino, Rodolfo A. y Lidia Baldini
1983 "Sitios arqueológicos del valle Calchaquí medio (Depto. Molinos y San Carlos)", *Estudios de Arqueología* [Cachi], 3-4, pp. 6-36.
- Raviña, María Gabriela; Anahí lácona y Ana María Albornoz
1983 "Nota preliminar sobre una nueva fortaleza en el Valle Calchaquí: el Pukara de Gualfín", en *Presencia hispánica en la Arqueología Argentina*. Volumen 2, pp. 863-874. Entre Ríos: Museo Regional de Antropología e Instituto de Historia - Facultad de Humanidades - Universidad del Nordeste.
- Santoro, Calógero M.; Verónica Williams I., Daniela Valenzuela, Álvaro Romero y Vivien G. Standen
2010 "An Archaeological Perspective on the Inka Provincial Administration of the South-Central Andes", en Michael A. Malpass y Sonia Alconini (editores), *Distant Provinces in the Inka Empire: Toward a deeper understanding of Inka imperialism*, pp. 44-74. Iowa City: University of Iowa Press.
- Schexnayder, Cliff; Christin Fiori y Gerardo Chang
2015 "Engineering the Inka Road", en Ramiro Matos Mendieta y José Barreiro (editores), *The Great Inka Road: Engineering an Empire*, pp. 109-112. Washington, D.C.: National Museum of American Indian - Smithsonian Institution.
- Spina, Josefina; Marco Giovannetti y Edgardo Ferraris
2017 "Interrogantes de la metalurgia prehispánica Andina: nuevas propuestas desde los hornos de Quillay (Catamarca, Argentina); Universidad de Tarapaca", *Chungara, Revista de Antropología Chilena* [Arica], 49(3), pp. 327-342.

- Sprovieri, Marina
2013 *El mundo en movimiento: Circulación de bienes, recursos e ideas en el valle Calchaquí, Salta (Noroeste Argentino). Una visión desde La Paya.* Oxford: British Archaeological Reports - Archaeopress (BAR International Series, 2487).
- Strube Erdmann, León
1958 "La ruta de don Diego de Almagro en su viaje de exploración a Chile", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* [Córdoba], número especial, pp. 270-293.
- 1963 *Vialidad imperial de los Incas. Desde Colombia hacia Chile central y sur de Mendoza (Argentina) con inclusión de sus proyecciones orientales.* Córdoba: Instituto de Estudios Americanistas (Serie Histórica, 33).
- Tomlin, C. Dana
1990 *Geographic Information System and Cartographic Modelling.* New Jersey: Prentice-Hall.
- Vitry, Christian
2000 *Aportes para el estudio de caminos incaicos. Tramo Morohuasi-Inkahuasi. Salta, Argentina.* Salta: Gofica Editora.
- Williams, Verónica I.
2000 "El Imperio Inka en la Provincia de Catamarca", *Intersecciones en Antropología* [Olavarría], 1, pp. 55-78.
- 2015 "Formaciones sociales en el noroeste argentino. Variabilidad prehispánica en el surandino durante el Periodo de Desarrollos Regionales y el estado Inca", *Revista Hucaypata. Investigaciones arqueológicas del Tahuantinsuyo* [Lima], 4(9), pp. 62-76.
- 2019 "Nuevos datos sobre las Quebradas altas del Calchaquí medio, Salta, noroeste de Argentina (NOA). Reproducción local entre los siglos XI a XV", *Revista del Museo de La Plata* [La Plata], 4(1), pp. 183-208.
- Williams, Verónica I.; María Paula Villegas, María Soledad Gheggi y María Gabriela Chaparro
2005 "Hospitalidad e intercambio en los valles mesotermiales del Noroeste Argentino", *Boletín de Arqueología PUCP* [Lima], 9, pp. 335-373 (número temático: *Encuentros: identidad, poder y manejo de espacios públicos*, editado por Peter Kaulicke y Tom D. Dillehay).
- Williams, Verónica I.; Calógero M. Santoro, Álvaro Romero, Jesús Gordillo, Daniela Valenzuela y Vivien G. Standen
2009 "Dominación inka en los valles occidentales (sur del Perú y norte de Chile) y el Noroeste Argentino", *Andes. Boletín del Centro de Estudios Precolombinos de la Universidad de Varsovia* [Varsovia], 7, pp. 615-654 (número temático: *Arqueología del Área Centro Sur Andina. Actas del Simposio Internacional 30 de junio - 2 de julio de 2005 (Arequipa, Perú)*, editado por Mariusz S. Ziótkowski, Justin Jennings, Luis Augusto Belan Franco y Andrea Drusini).
- Williams, Verónica I.; Alejandra Korstanje, Patricia Cuenya y María Paula Villegas
2010 "La dimensión social en la producción agrícola en un sector del Valle Calchaquí medio", en María Alejandra Korstanje y Marcos Nicolás Quesada (editores), *Arqueología de la agricultura. Casos de estudio en la región andina Argentina*, pp. 178-207. Tucumán: Ediciones Magna.
- Williams, Verónica I.; Carolina Orsini, Elisa Benozzi y María Cecilia Castellanos
2014 "Primeros resultados de las investigaciones en Brealito y Luracatao (departamento Molinos, Salta)", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* [Buenos Aires], 39(2), pp. 539-549.
- Williams, Verónica I. y María Paula Villegas
2013 "Colonización estatal en las cuencas de Angastaco-Molinos (Salta, Argentina)", en Verónica I. Williams y Beatriz Cremonte (compiladoras), *Al borde del Imperio. Paisajes sociales, materialidad y memoria en áreas periféricas del Noroeste Argentino*, pp. 221-252. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- 2017 "Rutas y senderos prehispánicos como paisajes. Las quebradas altas del valle Calchaquí medio (Salta)", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(1), pp. 71-94.



Vista de muralla del Pukara de Angastaco, Argentina (foto por María Paula Villegas)



Nota sobre avances de nuestras investigaciones de la dominación inkaica en el centro oeste de Argentina¹

J. ROBERTO BÁRCENA

INSTITUTO DE CIENCIAS HUMANAS,
SOCIALES Y AMBIENTALES,
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS,
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA RIOJA,
ARGENTINA

Las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas han permitido realizar avances en los estudios de la dominación inka en el Centro Oeste Argentino, concretamente en las actuales provincias de Mendoza, San Juan y La Rioja.

Los estudios de la presencia inka en los distintos sitios e instalaciones, la vialidad, los artefactos, entre otros, facilitan algunas conclusiones que nos orientan sobre la planificación estratégica y sus resultados para un dominio efectivo. Surgen así consideraciones sobre las características de este, sobre la relación con las poblaciones del tardío local y con respecto a las supervivencias en la temprana gestión colonial hispana, incluso, aunque no se trate particularmente aquí, permiten estimar, con una proyección espacial para los siguientes siglos, persistencias en la logística implicada en los derroteros andinos.

A la vez que agradecemos la invitación para exponer en este taller internacional, estimamos que en el marco del mismo puede incorporarse una nota de síntesis como la presente, regional y no exhaustiva, indicando avances propios, relacionando en parte con los de colegas, teniendo en cuenta que abordamos el área de la máxima expansión austral del Tawantinsuyu. Por lo que, tratándose de su extremo suroriental, merece estar representada con una contribución, en el conjunto de aportes de colegas de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina.

Introducción

Como ya lo hemos adelantado, desarrollamos investigaciones arqueológicas y etnohistóricas

en el centro oeste de Argentina, consideración geográfica que, *sensu lato*, comprende las provincias de Mendoza, San Juan y La Rioja.

Principalmente, trabajamos en el oeste y centro oeste de esas provincias, por lo que en nuestra labor quedan comprendidos, entre otros espacios, los propios de las Sierras Pampeanas, de la Precordillera, y de las cordilleras Frontal y del Límite, con valles intermontanos, pasos, pedimentos altos de la planicie oriental y zonas bajas hacia los grandes colectores del este del área.

Múltiples son los temas que hemos abordado y sobre los que logramos resultados, muchos de los cuales ya han sido editados, dedicándonos principalmente, por último, a la temática inkaica en relación con las poblaciones preexistentes a los inkas, del período indígena tardío o de los Desarrollos Regionales.

Esto también implica considerar desarrollos posteriores, propios de la conquista y colonización hispánica temprana, a lo que sumamos atender las evidencias materiales de la movilidad andina en los tiempos de la independencia nacional, hasta las postrimerías del siglo XIX, en cuanto a los derroteros que se sostuvieron con el paso del tiempo.

En tan amplio marco, de un área geográfica extensa y amplitud cronológica de siglos a milenios, pudimos aportar sobre las sociedades regionales que soportaron la dominación inka, así como con respecto al estudio de esta, particularmente en lo relacionado con su infraestructura y el Qhapaq Ñan o Sistema Vial Andino. A esto último contribuimos, asimismo, participando en la gestión de su inclusión en la *Lista del Patrimonio Mundial* por la UNESCO (Bárcena 2005a, entre otros).

En la actualidad sumamos aportes para afianzar el conocimiento de la movilidad de personas, animales y objetos, considerando en el área la continuidad en el uso de las antiguas trazas y sus alternativas más recientes -nuevos senderos, huellas y caminos-, reconociendo indicadores de su utilidad en determinados contextos sociales, económicos, políticos y geopolíticos, a partir del ingreso hispánico hasta el siglo XIX.

En particular, abordamos las vías de circulación que permiten alcanzar los valles intermontanos longitudinales y por fin los cordilleros de más altura, por los pasos de montaña que facilitan la comunicación trasandina.

Por mencionar algunas de estas aproximaciones, citamos nuestros estudios en el norte de Mendoza y en San Juan que nos habituaron, por ejemplo, a acceder desde unos 800 m s. n. m. en la ciudad de Mendoza, en el piedemonte oriental de la Precordillera (formación geológica de Mendoza, San Juan y La Rioja), a los 1900-2000 m s. n. m. del valle de Uspallata-Yalguaraz, a través de pasos que desde el oriente, Canota -lugar con grabados rupestres prehistóricos en la quebrada de El Manzano-, permiten traspasarla por alturas que rondan los 3000 m s. n. m., descendiendo por la quebrada de Santa Elena -lugar con grabados prehistóricos- para ingresar a dicho valle.

Igualmente, se accede a la porción norte del valle transitando desde Mendoza a Villavicencio, en la Precordillera, alcanzando por el paso de Paramillos (a unos 3000 m s. n. m.) el área puneña de la vertiente occidental, propicia para la actividad minera, accediéndose a las áreas más bajas con vegetación del monte y, más al occidente, hacia las cordilleras Frontal y del Límite, a áreas de comunidades de vegetación andina.

Por ese extenso valle de Uspallata-Yalguaraz discurren los arroyos del Tigre, Tambillos-Chi-

quero, San Alberto y Uspallata, alcanzando este último hacia el sur el río Mendoza que, procedente del oeste, avanza siguiendo su quebrada cordillerana, recibiendo en su origen aguas de los ríos Tupungato, Vacas y Las Cuevas.

El río Las Cuevas fluye desde el oeste, por las estrechuras de la altura cordillerana, más allá de Punta de Vacas, permitiendo sus terrazas y el tránsito hacia y desde los pasos de la Cordillera del Límite en esta latitud -La Cumbre (Iglesia), Bermejo y otros-.

El referido valle interandino de Uspallata-Yalguaraz también posibilita avanzar al norte, hacia Barreal-Calingasta en San Juan, pudiendo conectarse al oeste por la Cordillera Frontal -Cordón del Espinacito- con valles de altura -como Los Patos- y desde allí con la Cordillera del Límite -quebradas y pasos de Valle Hermoso, La Fría, Honda, Lletas, Teatinos y otros-, para pasar a Chile.

O bien, el itinerario sur-norte permite proseguir por valles interandinos al septentrión sanjuanino, por Rodeo a El Chinguillo y al Parque Nacional San Guillermo -principal reservorio de camélidos, como la vicuña-, o bien pasar al oriente precordillerano, de Rodeo a Jáchal.

Desde estos valles interandinos, localizados más al norte que el mencionado de Los Patos, se puede acceder asimismo a Chile, atravesando pasos cordilleranos como el de Agua Negra, solo por mencionar uno de uso actual.

Hacia el sur de la latitud de la ciudad de Mendoza y en la provincia de este nombre se presentan igualmente otras posibilidades de pasos, incluso de menor altitud, con diversa envergadura de infraestructura pasada y actual para cruzar la Precordillera y Cordillera hacia Chile, los que no mencionaremos aquí, aunque algunos de ellos fueron utilizados en la época inka y posteriores.

¹ Esta nota sigue, parcialmente, una contribución nuestra (Bárcena 2018) realizada en el marco del Simposio Tawantinsuyu 2018 del 56° Congreso Internacional de Americanistas (Salamanca, España).

Por su parte, los del oeste de la provincia de La Rioja y los relacionados con estos, accediendo desde el oeste de la provincia de Catamarca, son objeto de un abordaje particular más adelante.

Al mencionar los grabados indígenas plasmados en rocas ubicadas en el trayecto Canto-Santa Elena hacia Uspallata, en el noroeste de Mendoza, preanunciábamos que serían de indígenas prehistóricos, anteriores a la dominación inka.

Puede estimarse, entonces, que la traza de las huellas que unen el piedemonte oriental de la Precordillera con los valles interandinos en esta latitud fue propia de comunidades de aquella índole, cuyo tránsito representaría la movilidad andina de entonces, en pos de la fauna con concentración estacional en las llamadas pampas altas o en los valles de altura, o bien actuando como trajinantes regionales, entre otras posibilidades de uso de las sendas, cuyo inicio y fin "marcan" las representaciones rupestres, con un significado que se ha dado en llamar "simbolismo del camino" (Schobinger 1999).

De manera tal que no es forzado interpretar que muchas de las sendas-huellas del área considerada, transformadas o no en caminos y estructuradas en sistemas, como el inka o el colonial, y su uso consecuente en las épocas revolucionaria e independiente de la Argentina -v.g. desplazamiento de las columnas del ejército sanmartiniano por varios de los caminos y pasos hacia Chile-, terminaron por alcanzar en muchos casos la vertebración caminera actual y tienen por base aquellos antecedentes prehistóricos, con cientos de años de antigüedad, incluso miles de años en sus inicios más remotos.

De algunos de los tópicos indicados trata nuestra nota, partiendo de las posibilidades de

comunicación terrestre según la logística de época, prestando particular atención a la infraestructura asociada a estos paisajes culturales del centro oeste de Argentina, realizando una síntesis sobre las instalaciones inkaicas de parte de los siglos XV y XVI, para recalcar con algo de detalle en la infraestructura del cruce de cordillera del noroeste de Mendoza y en la propia del oeste de La Rioja.

Síntesis sobre la expansión y derroteros inkas en el centro oeste de Argentina

Nos parece mejor ajustar esta parte de la presentación de antecedentes a una síntesis espacial, ofreciendo hitos y algunas características de la expansión y vialidad inka, a la vez que apuntamos algunas relaciones con las instalaciones preexistentes en esos mismos espacios y con las que les sucedieron en las otras épocas enunciadas (figura 1).

NOROESTE DE LA PROVINCIA DE MENDOZA: INFRAESTRUCTURA INKA EN EL LÍMITE AUSTRAL ORIENTAL DEL COLLASUYU EN EL TAWANTINSUYU

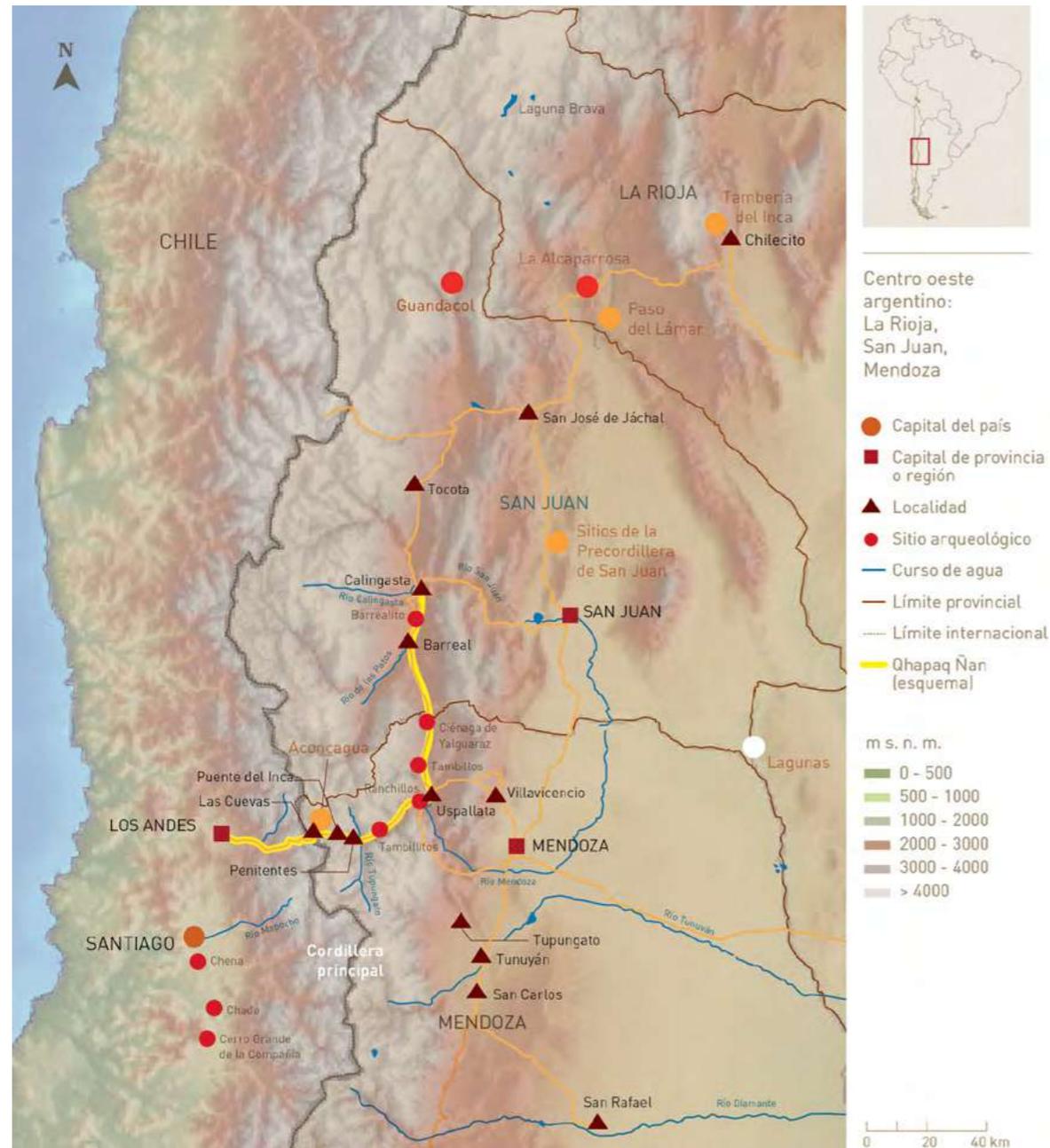
La infraestructura inkaica principal que ha permanecido hasta la actualidad en esta parte del Centro Oeste Argentino se circunscribe al noroeste de la provincia de Mendoza; *sensu lato*, al sector comprendido por los valles de Yalguaraz-Uspallata y cajón andino de los ríos Las Cuevas-Mendoza (figura 2).

El área de valles, incluida en la provincia fitogeográfica del Monte, se halla a unos 2000 m s. n. m. y está enmarcada al oeste por el ambiente alto andino de la Cordillera Frontal o directamente por la Cordillera Principal o del

Figura 1. Esbozo de una parte de la red vial inka, a partir de Hyslop (1984), Raffino (1981, 1986, 1993, 1996), Stehberg (1995), Raffino y Stehberg (1997), Bárcena (2005a)



Figura 2. Área de estudio en las tres provincias del centro oeste de Argentina



Límite, con alturas que sobrepasan los 4000 y 5000 m s. n. m. y llegan a casi alcanzar los 7000 m s. n. m., como es el caso del más alto cerro de los Andes, el Aconcagua.

Por el este, la Precordillera, de ambiente puneño en su vertiente occidental y con una cuña del Cardonal hacia la oriental, se levanta, hasta unos 3500 m s. n. m. en la zona, como un límite al oriente del cual no se ha reconocido infraestructura inka, aunque las fuentes indican que la hubo, siendo claro que la dominación alcanzó por esa parte el valle del río Mendoza, en la actual ubicación de la ciudad homónima.

Este valle, al que los inkas con toda probabilidad aplicaron la denominación quechua Cuyo, fue conocido como Güentota en la lengua huarpe millcayac de los indígenas locales. El control, o al menos la relación inka con las poblaciones locales, se extendía por el sur hasta los valles de Uco y Jaurúa, como lo expresa la crónica regional más antigua (Bibar 1966 [1558]) y lo han demostrado las investigaciones de sitios arqueológicos (Bárcena 1994, 2010a).

Estos últimos ambientes hacia la planicie oriental forman parte de la provincia fitogeográfica del Monte, de estepa arbustiva, con áreas de oasis entre unos 700 y 1200 m s. n. m. y cierta concentración humana prehistórica.

Grandes ríos -Mendoza, Tunuyán y otros-, sostuvieron la agricultura de regadío de la población huarpe, -recolectora a la vez en los montes de algarrobos-, cazadora y domesticadora de camélidos, que se extendió asimismo por un hábitat peculiar de tierras más bajas -c. 500 m s. n. m.-, donde se localizan las lagunas del noreste provincial -humedales actualmente conocidos como el sitio Ramsar-, reservorio acuífero que, entre otros recursos, cuenta con peces y aves, y notable sector de desagüe de

grandes ríos como los citados Mendoza y Tunuyán, además del San Juan.

Son numerosos los hallazgos de materiales, principalmente fragmentos cerámicos de tipos como el *Inka provincial* y *Diaguita inka chilena* (antiguamente denominada Fase III de aculturación inka -Norte Chico chileno-), en sitios del piedemonte oriental de la Precordillera o en las denominadas pampas altas de esta (García 1990). Asimismo, se los ha encontrado en los conos aluviales, en los valles de los ríos mencionados, en la depresión lagunera y en sitios orientales de la planicie mendocina. Incluso, yacimientos con notable impronta inka sobre trayectorias indígenas locales, como pudo ser Agua Amarga, han sido registrados en el valle de Uco (Bárcena 2002; Ots 2002, 2004, 2005, 2007; entre otros).

No obstante, la infraestructura inka de camino y sus construcciones asociadas, como los tambos, solo han sido reconocidas hasta ahora en los citados valles cordilleranos e interandinos de altura, por los que el camino despejado inka, de unos 2,50 a 4 metros de ancho, discurre de sur a norte y por la cota de unos 2200 m s. n. m. Por decenas de kilómetros está bien conservado y cada 22 a 25 de estos se presenta jalonado por asentamientos inkas, como Yalguaraz, próximo al límite de Mendoza con San Juan, y al sur de este, el tambo de Tambillos.

En Yalguaraz se reconocen materiales inka en infraestructura no pircada, de raigambre indígena local, con superposición de eventos de ocupación en sus niveles de sedimentos (Bárcena 1979), mientras que Tambillos es un característico tambo de esta parte del Collasuyu, con plaza intramuros, rectángulos perimetrales compuestos (en adelante RPC) y un sector también pircado separado por decenas de metros del núcleo mencionado, con evidencia de haber servido en fases de la producción

de un tipo de cerámica estatal de distribución regional (Bárcena 1988). Los dos tambos se localizan en las cercanías de fuentes hídricas, Arroyo del Tigre-Ciénaga de Yalguaraz y Arroyo Tambillos respectivamente.

El próximo tambo, Ranchillos, se ubica en la terraza de la margen derecha del arroyo homónimo, sobre el cono de deyección de una quebrada que hasta cierto punto lo protege de incidencias climáticas.² A escala local, presenta mayor envergadura que los anteriores tambos. Cuenta con una plaza intramuros y varios RPC, uno de los cuales destaca por su disposición espacial con respecto a la restante infraestructura y por sus detalles de construcción, ya que exhibe revoques en las paredes pircadas, condiciones particulares que seguramente estuvieron relacionadas con su jerarquía en el conjunto edilicio y, por ende, con sus funciones especiales. Se estima que el tambo pudo ser un centro administrativo local-regional (Aparicio 1940; Rusconi 1940, 1962; Schobinger 1971b; Bárcena 1999b).

Sus instalaciones no permiten suponer fines defensivos y abundan en recintos más allá del núcleo de *kanchas* y *aucaypata*, por lo que, a las funciones mencionadas, se sumarían sus condiciones para la estada más o menos prolongada de personal, previa al cruce de la Cordillera de los Andes. A partir de mayo y prácticamente hasta octubre o noviembre, este cruce presentaría dificultades extremas para el paso (debido a temporales y acumulaciones de nieve), sobre todo en una época como la comprendida entre la segunda parte del siglo XV y la primera del XVI, que ha sido caracterizada como la de mayor frío en la “pequeña edad del hielo” (1340-1640 A.D.) (Villalba 1994).

² Recientemente, una avenida extraordinaria del Arroyo Ranchillos alcanzó el extremo norte del tambo, modificando el entorno, incidiendo en el curso, sus márgenes y en las estructuras pircadas del sector.

Comparado con todos los otros sitios inka conocidos de Mendoza y San Juan, Ranchillos es uno de los que cuenta con mayor factor de ocupación del suelo (FOS), solo superado por Paso del Lámar, en esta última provincia argentina (figura 3).

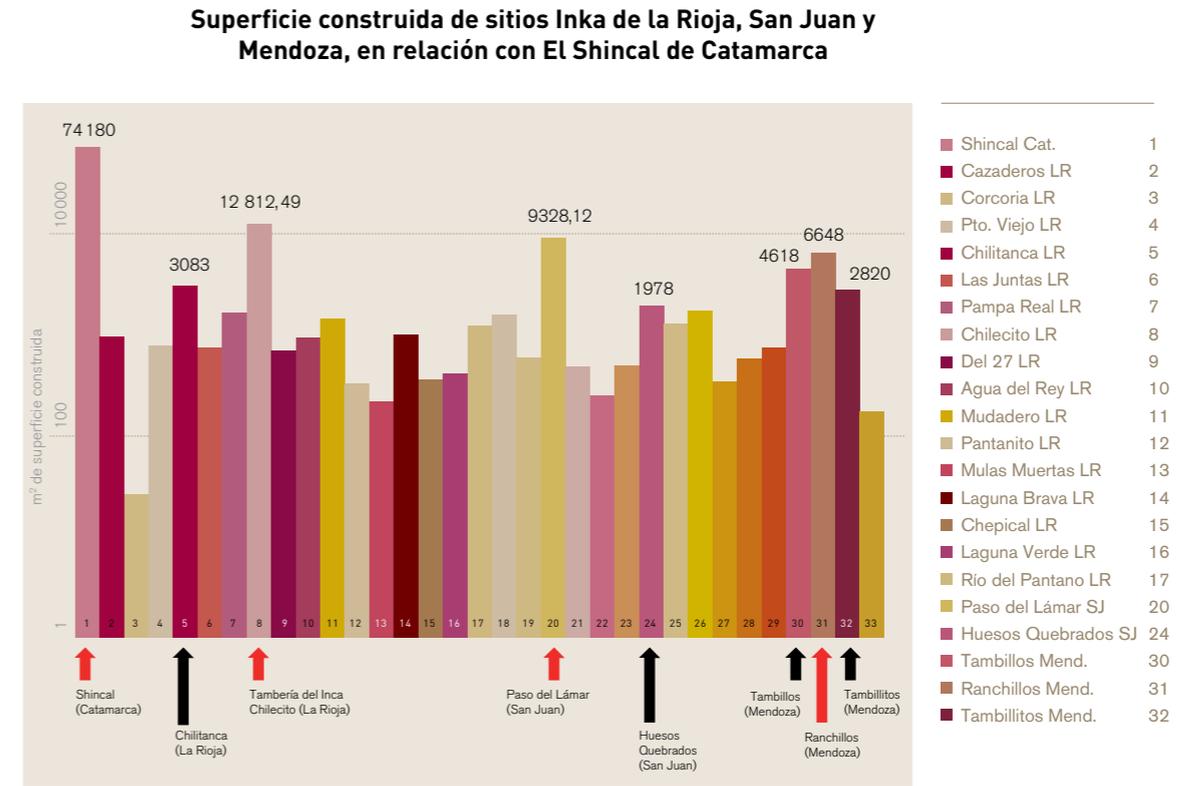
Para alcanzar Ranchillos, el camino inka longitudinal norte-sur se orienta paulatinamente al oeste para tomar, sobrepasado el tambo, neto rumbo transversal occidental, confundiendo en la actualidad parcialmente con la Ruta nacional N°7 que, como otrora la vía inka, discurre por el pedimento alto y por la terraza izquierda del río Mendoza, camino a salvar el paso para acceder a Chile -en rigor, por sendas, hay varias posibilidades de pasos-, descendiendo por la vertiente occidental de la Cordillera Principal.

Por esta última banda cordillerana trasandina prosigue la senda y tambos inka, estudiados principalmente por los colegas chilenos en todo su territorio nacional actual, investigaciones que, junto con las de los científicos de los otros países andinos, es necesario conocer (además de interactuar con esos equipos) en pos de la comprensión contextual del Tawantinsuyu.

Por tratarse de una nota de síntesis de avances locales y por la publicación de las contribuciones de los colegas chilenos en este taller, no mencionamos aquí esos aportes y las relaciones a que dan lugar en el concierto global de la expansión y dominación.

Ubicamos otros sitios inka, como El Chacay (Bárcena *et al.* 2017; Terraza *et al.* 2017), situado próximo a Ranchillos, a una distancia menor a la veintena de kilómetros, y relacionado con el Qhapaq Ñan; los tambos se suceden desde la quebrada de Ranchillos hacia el

Figura 3. En el gráfico -escala logarítmica- se aprecian las relaciones de superficies construidas de tambos del Centro Oeste Argentino, destacando la propia de Ranchillos, que en esta escala está en cuarto lugar, luego de las más notorias superficies de El Shincal -Londres, Catamarca; Tambería del Inca -Chilecito, La Rioja y Paso del Lámar - Jáchal, San Juan.



paso de la cordillera, por las terrazas de los ríos Mendoza y Las Cuevas, manteniendo sus equidistancias como en el caso del próximo Tambillitos, habiéndose perdido otros en las siguientes localidades de altura, como Punta de Vacas y Puente del Inca. De estos tenemos

referencias históricas, incluso vestigios de su cerámica, como los que reconocimos próximos a Punta de Vacas y a Puente de Inca. Otros indicios de época inka los hemos encontrado en ese mismo recorrido en Piuquenes, La Jaula y Las Cuevas, entre otros.³

³ Son numerosos los relatos de cronistas y viajeros que transitaron por el genéricamente denominado Paso de Uspallata-La Cumbre, dejándonos textos cuya edición aporta la descripción del derrotero y de la infraestructura con la que podía contarse en el viaje de Santiago a Mendoza y viceversa, entre los siglos XVI-XVII y XIX, épocas del tránsito pedestre y ecuestre a través de los Andes. Además de las referencias al camino inkaico y más tarde, en la segunda mitad del siglo XVIII, a las “casuchas del rey”, una y otra vez encontramos alusiones a las construcciones pircadas inkaicas, en particular al conspicuo tambo de Tambillitos -a veces llamado Tambillos-. Este se conserva hoy a la vera de la Ruta nacional N°7 y por las limitaciones propias de esta última situación, con implicancias en su preservación, no nos fue aceptada su inclusión en el contexto de los otros del noroeste mendocino que sí integran la *Lista del Patrimonio Mundial*. Ejemplos de las menciones indicadas sobre el camino e infraestructura, incluida la inka del Paso, por citar algunas de los siglos XVI-XVII y XIX, son Lizárraga [1916 [1599]], Darwin [2012 [1839]] y Sarmiento (1896).

Especial referencia merece asimismo la evidencia inka, de índole ceremonial, en cerros altos, como la estructura pircada del Cerro Penitentes -alturas de la margen derecha del río Las Cuevas-, a unos 4300 m s. n. m., o bien la que, enfrentada con este, siguiendo una línea virtual hacia el nor-noroeste, ubica en un contrafuerte (la Pirámide) del cerro Aconcagua.

En este cerro, a unos 5300 m s. n. m., se realizó el hallazgo de los vestigios de una *capacocha*, relicto que hemos estudiado especialmente (Bárcena 2001a; compilación en Schobinger 2001); esta consiste del fardo y ajuar funerario de un niño -cuyo cadáver se conservó por congelamiento- de unos 7 a 8 años de edad al momento de su sacrificio ritual, y del que recientemente pudo determinarse su probable proveniencia peruana serrana, por el ADN mitocondrial y por el cromosoma Y (Gómez Carballa *et al.* 2015; Salas *et al.* 2018).

La referida progresión virtual, que en el terreno objetivaríamos desde la margen derecha del río Las Cuevas, adentrándonos ya por el río Horcones para alcanzar la base del Aconcagua, nos lleva a una encrucijada de derroteros hacia la cima, donde se encuentran algunas pircas -Tambillo de Confluencia- que hemos reconocido como de época inka (Bárcena 2001c).

Esa dirección virtual, recta, alcanza por fin el sitio de la momia en la Pirámide del Aconcagua, lugar al que en la práctica de terreno se llega por uno de los derroteros que, con rumbo a la senda de la subida normal actual al Aconcagua, permite llegar a la Quebrada de Mas y siguiendo esta, que pudo ser un acceso prehistórico, al lugar de la *capacocha* (figura 4).

Como apreciación simbólica de esta parte del paisaje de altura en el cerro más prominente de los Andes, es de destacar la posición de los tres hitos del ceremonial inka, que in-

cluye un aspecto netamente logístico como lo es la infraestructura de apoyo en Confluencia. Asimismo, la cercana estructura natural denominada Puente del Inca - "Bridge of the Incas" en la versión inglesa del *Diario...* de Darwin-, por su relación con el paso del río Las Cuevas y con el Camino Inka, así como por su conformación física y sus aguas termales.

A todas estas condiciones, se suma su conspicua consideración en el acervo patrimonial mendocino, lo que nos llevó a proponerlo en el contexto de los bienes inkaicos del noroeste de Mendoza, siendo aceptada su inclusión en la *Lista del Patrimonio Mundial*.

Estudiamos también los artefactos inka y de las poblaciones locales de aquella época provenientes de nuestras excavaciones arqueológicas o del registro efectuado por otros autores, abordando además, entre otros temas, el de la cronología de los hallazgos. Contamos por ello con resultados radiocarbónicos (en adelante C14) y por termolumiscencia (en adelante TL) que sobrepasan el centenar y que, en general, nos han permitido discutir los alcances de las dataciones (Bárcena 1997, 2007b).

Posteriormente, obtuvimos nuevas dataciones, que en *sensu lato* y por ahora, sin participar en contrastes con hipótesis de colegas, nos limitamos a indicar que colocan preferentemente la presencia inka en este sector austral oriental del Tawantinsuyu, hacia el último tercio del siglo XV y la primera mitad del XVI.

En cuanto a las relaciones inka con las poblaciones locales, hallamos que en el sector de altura, en el área del valle de Uspallata -denominación que proviene del quechua-, el camino y tambos, con excepción de Tambillos y probablemente de Yalguaraz -en cuanto a la relación directa con poblaciones locales-, se circunscriben a la parte occidental del valle, como si se evitara el paso por la parte que

Figura 4. Imagen satelital con la ubicación de los tambos del noroeste de Mendoza, los sitios ceremoniales y la traza del camino inkaico.



Proyecto Pluri Nacional, 6 países andinos, 7 provincias argentinas.

sigue el curso del Arroyo Uspallata que sabemos estuvo poblada en el Período tardío de la Etapa Agroalfarera -por no hablar de poblaciones de los estadios finales del Formativo o de la posibilidad de alcanzar aquellas iniciales y propias de los Desarrollos Regionales-.

Sitios del área, como Barrio Ramos I (Bárcena 1997, 2001b, 2010b), atribuido al tardío

local, albergan materiales que pudieron ingresar con contingentes de la época inka - aunque una de las dataciones absolutas sea de alrededor del 1400 A.D.-, si bien hay otros hallazgos inka en contextos locales de esa época registrados por Rusconi (1962) en el valle en general, además de contarse con aportes de otros autores.⁴ Por esta misma circunstancia ad-

⁴Hace años excavamos el sitio Barrio Ramos I de Uspallata, principalmente un enterramiento de varios individuos con su ajuar funerario. Las dataciones del mismo, sobre materia orgánica (C14) y sobre cerámica (TL), dieron resultados contrastados, I-16636: 470 ± 80 A.P. -1480 ± 80 A.D.- y UCTL-308: 590 ± 60 A.P. -1400 ± 60 A.D.- (Bárcena 1997: 224), que aún sin calibrar refieren al siglo XV, época de los períodos tardío local e inka. Dadas las singularidades, del entierro en su conjunto, de las características de los individuos, de su asociación y de los materiales del ajuar, donde destacan para el área las puntas confeccionadas en hueso, cuya trazabilidad y comparaciones son posibles con las similares de sitios inka o de influencia inka -o no- de la Precordillera sanjuanina, de Talampaya -La Rioja-, del noroeste argentino en general y de Tambería de Guandacol en particular -sitio del tardío local y bajo tutela inka del oeste riojano, que estudiamos sistemáticamente- concluimos hace tiempo que: "Como se aprecia, los instrumentos (la referencia es a las puntas de hueso y su contexto) corresponden al período del tardío regional e incluso a la época de dominio inka por lo que, dado lo característico de estas piezas, podemos colegir su pertenencia a grupos específicos, con relativamente amplia dispersión y que esta pudo estar relacionada en determinado lapso con la ocupación inka, por lo que podría tratarse de inducidas movilizaciones a diferentes destinos, que en el caso que nos ocupa pudo ser el propio Guandacol, en esta parte del Sector I y Secciones A, B y C, claramente de pertenencia inkaica" (Bárcena 2010b: 140-141).

quiere relevancia un sitio particular, La Chanchería, que se halla al este del camino inkaico, en el borde occidental del valle y a unos 9 kilómetros de Ranchillos, con el que pudo estar comunicado por una senda.

La Chanchería, cuyas locaciones han perdido indicios de construcciones posiblemente debido a que sus recintos fueron levantados con materiales perecederos, permitió demostrar, a través de nuestras excavaciones y estudios, una superposición de niveles, con ocupaciones de población netamente local, desde unos 900 años A.P., con continuidad hasta el siglo XV o principios del XVI, época en que se incorporaron los tipos cerámicos del *Inka provincial* y que, sugerimos, tuvieron que ver con un sector de intercambios con la población local (Bárcena *et al.* 2015; Terraza y Bárcena 2017).

En todas las instalaciones inkaicas referidas, con excepción del sitio del Aconcagua, hallamos los tipos cerámicos dichos, de los que resaltamos los correspondientes al *Diaguíta inka chileno* que, distribuidos prácticamente en todos estos sitios y relacionados con lo inka -en ocasiones incluso con su presencia en muy altos porcentajes relativos-, parecen estar vinculados a *mitmas* de esa procedencia. En nuestra área, estos materiales destacan de aquellos que podrían señalar a grupos propiamente cusqueños o de otras etnias trasladadas para la expansión y dominación.

La expansión inka al sector, que se constituyó por entonces en el más austral y oriental del Tawantinsuyu, debió enfrentar no solo las limitaciones ambientales para la producción de alimentos y el relativamente bajo censo poblacional, sino también las condiciones propias de la organización político social de la etnia huarpe, que habría sido del tipo cacicazgo más que el de una jefatura, con una economía limitadamente agrícola pastoril, con desarro-

llos en la recolección silvestre -algarroba por ejemplo- y la caza principalmente de camélidos (Parisii 1995).

Otro factor que condicionaría el desarrollo inka debió ser el lapso entre su arribo al área y la limitada permanencia en ella, habida cuenta que en 1536 A.D. se produce el ingreso de Almagro hasta el valle central chileno, pocos años después, en 1541 tiene lugar la fundación de la trasandina Ciudad de Santiago de Chile, produciéndose en 1551 A.D. el paso de Villagra y sus huestes por el territorio cuyano (Bárcena 1994, 2007b).

Cuyo, finalmente fue la denominación de los territorios de la actuales provincias argentinas de Mendoza, San Juan y San Luis. Pedro del Castillo, que siguió el camino inkaico desde Santiago de Chile al valle de Güentota-Cuyo, fundó en este la ciudad de Mendoza en 1561 y al año siguiente, con la misma proveniencia y vía de comunicación, Juan Jufré avanzó desde el lugar de esta fundación al norte, al valle de Caria, estableciendo la ciudad de San Juan.

Como ya indicamos, dos caminos y pasos transversales fueron utilizados para acceder desde la vertiente oriental de la Precordillera en Mendoza a la occidental en Yalguaraz-Uspallata, sector en que puede retomarse la vía longitudinal inka. Uno, por su sector norte en la provincia, subía por la actual Villavicencio, camino del área minera de Paramillos y del valle citado; el otro, unos kilómetros al sur, permitía acceder a las mencionadas pampas de altura y por la quebrada de Santa Elena al valle de Uspallata.

Estas vías de comunicación, con sendas y sitios ocupados desde la prehistoria (dataciones más antiguas de unos 11 000 años A.P.), relacionados con actividades cinegéticas y de recolección, continuaron en uso durante las épocas colonial y republicana, hasta nuestros

días. Incluso el reconocido Ejército de los Andes utilizó estos derroteros en su camino desde la ciudad de Mendoza hacia Chile, aprovechando en su logística senderos de todas las épocas y en particular el Qhapaq Ñan en su avanzada cordillerana (Bárcena 2017a).

Como adelantamos, cronistas y viajeros de diferentes épocas señalan la presencia inka en San Juan y Mendoza, así como el paso de los Andes en Mendoza por el Camino del Inka, haciéndolo alguno en los primeros tiempos de la conquista hispánica, como Bibar (1966 [1558]) que efectuó menciones sobre indígenas que aun en oportunidad del avance de Villagra estaban “depositados” desde el tiempo de los inkas, o bien como hizo Lizárraga (1916 [1599]), refiriéndose al Qhapaq Ñan en el área.

PRESENCIA INKA EN LA PROVINCIA DE SAN JUAN

El camino longitudinal inka avanza desde Yalguaraz al norte, continuando como una senda despejada, por el ancho mencionado, haciéndolo ya en el actual territorio de la provincia de San Juan.

Esta vez discurre por el valle interandino de Barreal-Calingasta, asimismo con la Cordillera al oeste -la Frontal más inmediata y, con otros valles interandinos como el de Los Patos de por medio, la más occidental, Principal o del Límite- y la Precordillera al este -aquí sobrepasa los 4000 m s. n. m. en la Sierra del Tontal-.

En este trayecto, con trazos del Qhapaq Ñan definidos y otros de traza probable por pérdida de algunos de sus indicios, se suceden instalaciones inkas, que en parte ya no se aprecian. Una de las que ha sobrevivido, también en pirca, que denominamos Tambería del

Leoncito, la reconocimos próxima a las Lomas Bayas y la relacionamos con un probable sitio ceremonial, orientado en el paisaje semidesértico con vista al occidente hacia el distante Cerro Mercedario, que a su vez alberga pircas de altura prácticamente hasta sus algo más de 6700 m s. n. m. de la cima, incluyendo un sitio próximo a la misma, con ofrendas votivas, relacionándose todo el conjunto con la presencia inka (Schobinger 1968; Bárcena 1979; Beorchia 1987).

En otros casos, la toponimia -v.g. Tambería- y los registros de menciones y estudios antiguos -v.g. Debenedetti 1917- indican la sucesión de tambos hacia el norte, que más allá de Calingasta, área de asiento de poblaciones locales desde tiempos muy anteriores a los inkas (Gambier 2000), siguen por los de Villa Nueva (Bárcena 2002, 2007c [2001]) y Tocota (Berberían *et al.* 1981) junto a la senda inka para alcanzar, por el valle de Iglesia, el peculiar sector (hoy Parque Nacional) de San Guillermo, en el extremo noroeste de San Juan.

La complejidad vial y de sitios inka es mayor en San Juan que en Mendoza, pues esta presencia alcanza con instalaciones y caminos buena parte de la actual provincia, interesándonos destacar también la mayor proliferación de sendas por las que se accede a los pasos trasandinos (figura 5).

Una de ellas, que asimismo siguió la columna principal del Ejército de los Andes (1817 A.D.), es la que por el Paso del Espinacito -más de 4500 m s. n. m.- en el cordón homónimo de la Cordillera Frontal, permite acceder desde Yalguaraz o Barreal-Calingasta, al Río de los Patos superior y al valle homónimo para finalmente, por pasos como Llaquetas, La Honda, La Fría o Valle Hermoso, de no tanta altura (unos 3500 m s. n. m. en Valle Hermoso), cruzar a la vertiente occidental de la Cordillera Principal.

Precisamente en el paso de Valle Hermoso, próximo al límite internacional actual y del lado argentino del mismo, reconocimos estructuras pircadas inka, "tambillo", a las que dimos el nombre del Paso, datando su ocupación en el lapso ya dicho, registrando cerámica *Inka provincial* y *Diaguita inka chilena* [Bárcena 2002, 2007c [2001]].

Al norte de estos pasos hemos prospectado otros como el de Los Teatinos, con indicios de presencia humana al menos desde 8000 años A.P., mientras que algunos colegas han realizado estudios arqueológicos en el Cerro Mercedario -con evidencia de pircas inka en sus faldas, las que prácticamente llegan a su

cima, como adelantamos-, alcanzando los pasos próximos al cerro, aberturas de Las Ojotas o de El Pachón, a unos 4000 m s. m. n., registrando evidencia inka, incluso un tambo en el Río de la Carnicería del área de El Pachón [Beorchia 1987; Juan Schobinger, comunicación personal de la década de 1990].

Desde el mencionado Tambo de Villa Nueva hay conexión de época inka por el río Castaño Viejo y los afluentes de su cuenca, ríos Atutia, Melchor, San Francisco y otros, para alcanzar los pasos del Portillo, Barahona y otros (unos 4000 a 4500 m s. n. m.) y por estos las nacientes del río Hurtado ya en la vertiente occidental chilena de la Cordillera Principal,

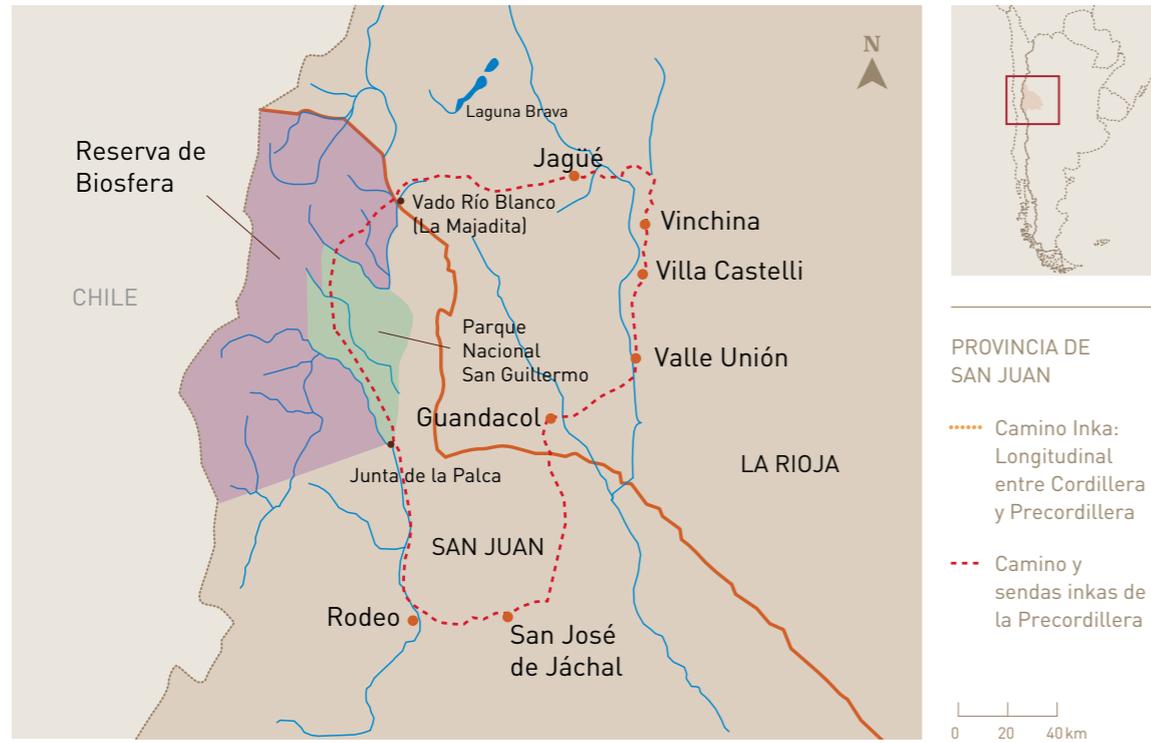


Figura 5a. Sitios ceremoniales inka de altura, tambos y caminos en San Juan.

Figura 5b. Sitios ceremoniales inka de altura, tambos y caminos en San Juan.

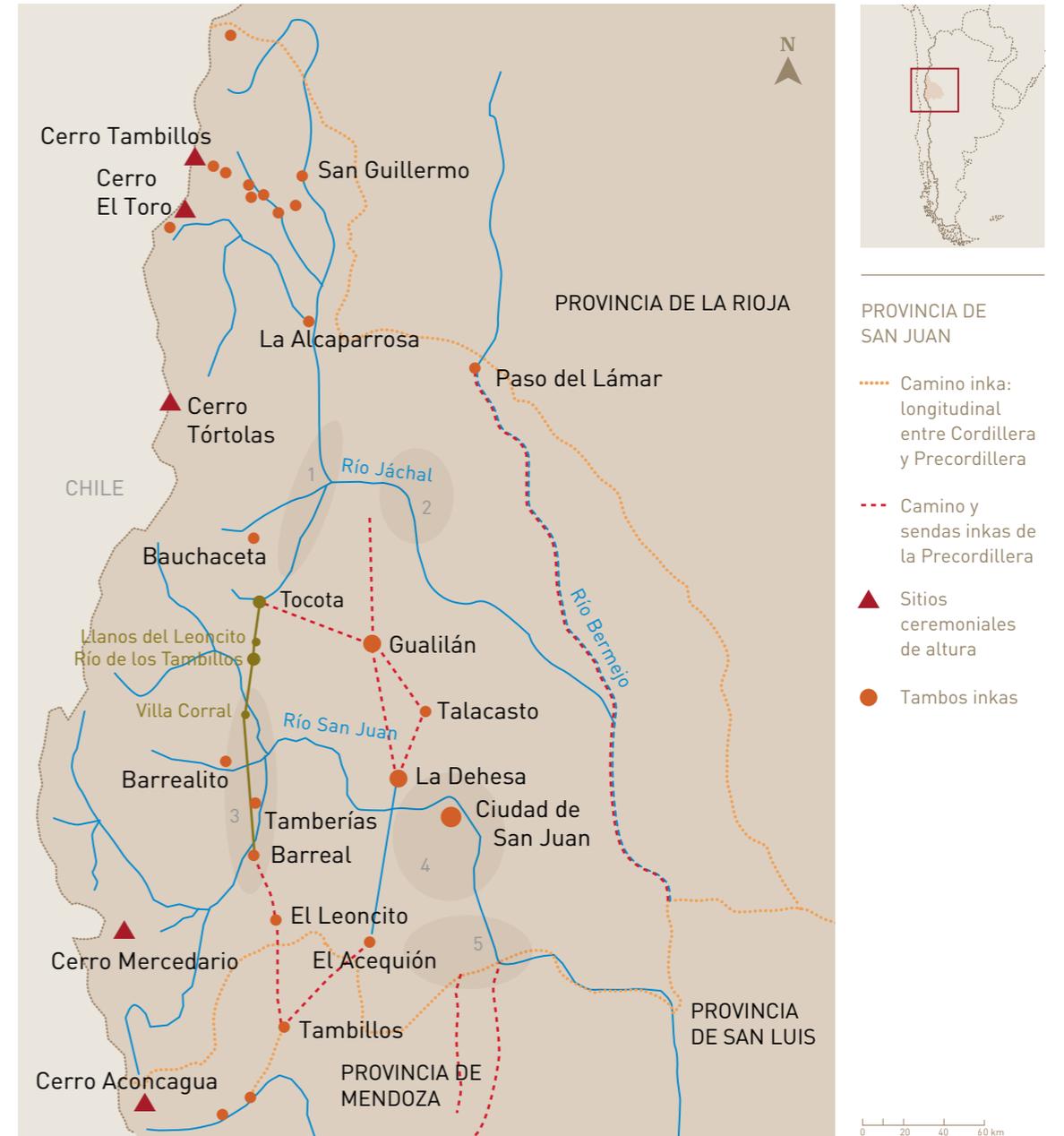
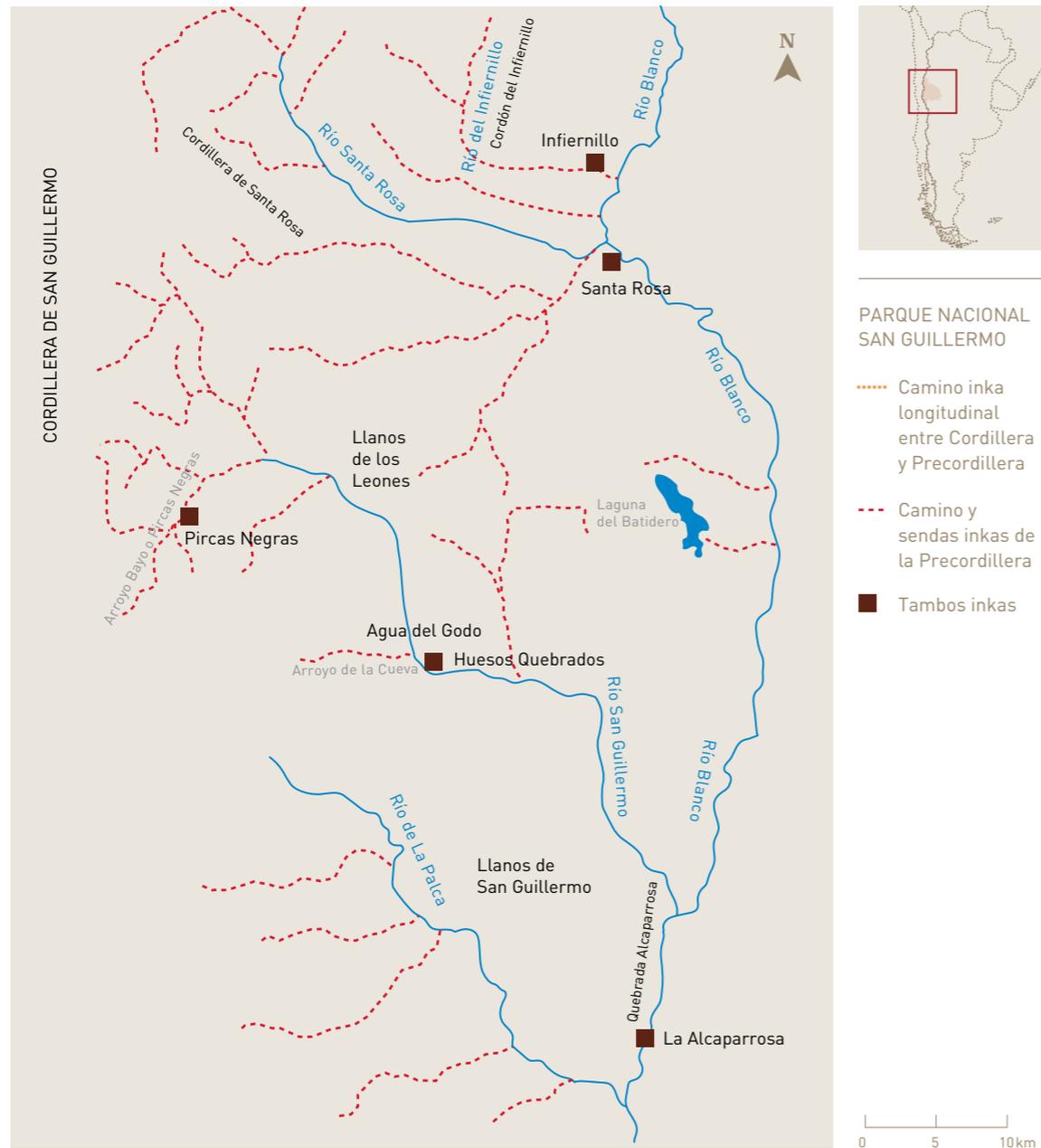


Figura 5c. Sitios ceremoniales inka de altura, tambos y caminos en el Parque Nacional San Guillermo.



área que hemos prospectado hace años con los colegas Juan Schobinger, Hans Niemeyer, Rodolfo Raffino y Rubén Stehberg, reconociendo, entre otras, evidencia inka de esa parte, que puede seguirse en los trabajos de los colegas chilenos.

Por citar otras evidencias notables de la Cordillera Principal en San Juan y sus conexiones con el lado chileno, pasamos a mencionar el Paso de las Tórtolas -cerca de 5000 m s. n. m.- y el cerro homónimo, de unos 6200 m s. n. m., que alberga evidencia inka, como pircas y elementos votivos que permiten categorizarlo como un sitio ceremonial o santuario de altura (Beorchia 1987). Desde Argentina se accede al mismo por Tudcum y el sector de la quebrada de Conconta, con evidencia inka, alcanzando el valle del río Cura.

Más al norte, otro paso de esta cordillera es el de Chollay, por encima de los 4500 m s.n. m. Se halla próximo al cerro El Toro -de unos 6200 m s. n. m.- que albergó casi en su cima los restos de una *capacocha*, consistente en el sacrificio ritual de un joven de unos veinte años, cuyo cuerpo se ha conservado por congelamiento, y habría sido muerto por asfixia. Su edad y, entre otros elementos, su vestimenta, le otorgan un estatus diferente al de otras momias halladas en santuarios de altura andinos de la época inka (Schobinger 1963, 2008; Beorchia 1987; Beorchia y Vitry 2016).

Si aún proseguimos con dirección norte, alcanzamos pasos más altos que cuentan con denominaciones sugestivas como, entre otros, el Paso del Inca (sobre los 4800 m s. n. m.), al que se accede por el Río del Macho Muerto, lugar de una relevante instalación inka (Bárcena 2007a).

Más nórdico aún y todavía en el área de Cordillera del Límite, en la provincia de San Juan, se halla el Macizo del Potro. Próximo a

los 6000 m s. n. m., alberga asimismo evidencia inka (Moyano 2009; Ceruti 2010) en un área que, desde aproximadamente la posición del citado cerro El Toro hasta el Macizo del Potro, se ubica al oeste del actual Parque Nacional San Guillermo. Este último reúne relevante evidencia arqueológica prehistórica desde, al menos, unos 8000 A.P. destacando las instalaciones inkas de los siglos XV-XVI A.D.

En cuanto a la Precordillera de San Juan, al este del recorrido cordillerano precedente se ve constituida por varios cordones longitudinales, sur-norte en nuestra progresión, como la aludida Sierra del Tontal y las sierras del Tigre, de Talacasto o de Villicum, que delimitan valles, espacios de vegetación de monte y zonas de aridez tipo desértica con oasis bajo riego como el de Ullum, de alturas menores -unos 1800 a 4000 m s. n. m. en sus cerros y unos 750 m s. n. m. en sus localidades bajas-, con respecto a los cuales se ha propuesto una determinada articulación inka, que aún necesita de más estudios de campo y de precisiones (García 1999; Michieli 2000; Bárcena 2002, 2007c [2001]).

Por nuestra parte, relevamos el Tambo La Deheza, en el área próxima a Ullum, al mogote El Indio y a la Sierra de La Deheza (Bárcena 2007c [2001]). Se trata de una instalación con un característico RPC o *kancha*, con paredes de pirca, más otros recintos que en conjunto tienen, en escala relativa, un bajo factor de ocupación del suelo y están claramente relacionadas con una senda inka que puede ser conectada con el sector de la Sierra de la Invernada, donde registramos un área con presencia inka (Bárcena 2002, 2005a, 2007c [2001]) y un sitio inka (García *et al.* 2015).

Asimismo puede relacionarse con el sector de Talacasto, donde existe una instalación mínima que puede asociarse con lo inka, y

con Gualilán, que actualmente es un área de médanos, donde registramos evidencia de poblaciones indígenas de diferentes tiempos, ceramistas, sumando indicios de presencia inka (Gambier 2000; Bárcena 2002).

Hacia el sur del amplio sector indicado, en el límite de Mendoza con San Juan, se halla el sitio de El Acequión, en un área con evidencias arqueológicas múltiples donde destaca una estructura adjudicada a la presencia inka y que podría ser la que fuera señalada en la crónica como propia del Acequión, sin más precisión, como no fuera la de que se trataba de un cerrillo fuerte del inka. (Bárcena 1994; García 2007).

También en el límite entre estas provincias argentinas actuales, al este de la Precordillera y ya en conexión con la planicie hacia las tierras más bajas, del área lagunera mencionada, se hallan vestigios de época inka en relación con asentamientos de poblaciones locales, los que han sido estudiados con resultados novedosos en cuanto al uso del espacio y la movilidad de las poblaciones de entonces (Cahiza y Ots 2005).

Como se aprecia, debió existir, una estructura vial de comunicaciones precordilleranas y seguramente, en nuestra opinión, una interconexión de la misma con los sitios y el camino longitudinal de los valles cordilleros que pudo ser, por citar una de las posibilidades -claramente con caminos modernos y sendas aún en la actualidad-, la que unía El Acequión-Santa Clara de abajo con Yalguaraz, la cual hemos recorrido a pie y con diferentes medios varias veces.

Por citar algunas conexiones más, está clara la que por Jáchal en San Juan, por el oeste de las sierras Negras y del Volcán, incluso de La Punilla -que marca el límite con La Rioja en esa parte-, remonta el mencionado río Jáchal

y en relación con su curso y con el río Blanco que le da origen, se adentra en pos de la conexión con San Guillermo, pasando por localidades con destacables vestigios de arquitectura en tierra del tardío local, época de los Desarrollos Regionales y de organizaciones asimilables a las de jefaturas -"diaguitas" en sentido muy amplio-, como son los yacimientos de Angualasto y Carrizalito, entre otros (Gambier 2000).

Ya más al norte, y según esta progresión longitudinal, por el Blanco se alcanza su afluente, el río de La Palca, lugar de un tambo inka, arribándose finalmente, en lo que respecta a nuestra exposición, al hoy Parque Provincial Laguna Brava en la provincia de La Rioja.

Esta de Jáchal hacia el noroeste no es la única conectividad inka posible, pues prosiguiendo al norte, al este de la Sierra del Volcán, por la Pampa de Panacán se alcanza el río Gualcamayo y, entre otros, un tambo de allí, lo que nos coloca a las puertas de la tambería de Guandacol del oeste riojano (Bárcena 2010b; Frigolé 2010- 2012).

Peculiar situación y proyección tiene otra interconectividad, esta vez netamente precordillerana, con las tierras más bajas de la depresión del río Bermejo, enmarcadas al este por parte de las Sierras Pampeanas occidentales, Sierra Morada, del Valle Fértil y de la Huerta, mientras en su porción sur y por el occidente, siempre dentro de la provincia de San Juan, se halla la Sierra Pie de Palo, notable por las representaciones rupestres que alberga, y las otras sierras de la Precordillera, ya mencionadas.

El río Vinchina (Vinchina-Bermejo) se forma por aportes níveos de altos cerros cordilleros del suroeste de la provincia de Catamarca y noroeste de la provincia de La Rioja

(cerros Pissis, Nacimiento del Jagüé, Bonete Grande y Bonete Chico).

Discurre por el oeste riojano, prácticamente en forma longitudinal de norte a sur y recibe aportes por ambos márgenes, estando relacionada su cuenca, en lo que aquí nos interesa, con las localidades de Jagüé, Vinchina, Villa Castelli, Villa Unión y Guandacol en esta provincia, buscando alcanzar su máxima depresión, a la que llega ya con el nombre Bermejo y, más abajo, prosigue con el de Desaguadero o Bermejo. Este arribo final a su nivel de base, depresión de Guanacache, en el límite interprovincial de Mendoza-San Juan-San Luis, lo hace hoy con su caudal muy menguado.

Como se ha dicho, en el área del Vinchina-Bermejo, "se identifican las ecorregiones Estepas de la Puna, Monte y Cardonales de la Prepuna (subregión de los cardonales de la Prepuna) y Pastizales y Bosques Serranos, según la clasificación de Daniele y Natenzon (1994), revelando las condiciones de aridez dominantes" (Lupano 2008).

Justamente, donde el río Bermejo, en su itinerario norte-sur, abandona la provincia de La Rioja, haciéndolo por un trecho con dirección suroeste para adentrarse en San Juan, tras salvar por una quebrada la Sierra Morada (sistema orográfico de las Sierras Pampeanas), alcanza el área de encuentro con su subsidiario río Guandacol o de La Troya, lugar del notable Tambo de Paso del Lámar.

Sito en la margen izquierda del río Bermejo, antes de la desembocadura del Guandacol, el Tambo de Paso del Lámar representa la instalación inka con mayor valor FOS de Mendoza y San Juan, solo superada en la región, considerando sitios inka de La Rioja y Catamarca, por la Tambería del Inca en Chilecito y por El Shincal en Londres, respectivamente (Raffino 2004, 2007; Martín 2018).

Este tambo cuenta, entre otros, con varios RPC, *kallanka*, posible *ushnu*, cerrito ceremonial con escalinata y un pucará que domina el sector y, hasta donde hemos podido comprobar, corresponde a la época de instalación inka (Bárcena 2005b).

El lugar está relacionado a campos de cultivo, aprovechados modernamente (Debenedetti 1917), como puede comprobarse por las evidencias de poblados de los siglos XIX y principios del XX A.D.; asimismo, se encuentra vinculado a vestigios del extenso poblamiento por indígenas locales, probablemente organizados en jefaturas, "diaguitas" en sentido amplio, con toda probabilidad de la etnia capayán, que espacialmente alcanzaban por el norte el valle del río Guandacol, lugar de la tambería homónima, y el río Bermejo en el área de la actual Villa Unión, y el río Bermejo hacia el sur (yacimiento de Puesto El Quemado).

La cerámica local es la denominada *Sanagasta* (o *Angualasto*) y la propiamente inka es la *Inka provincial* y la *Diaguita inka chilena*.

Las excavaciones, los análisis de materiales y las numerosas dataciones (C14 y TL) que obtuvimos para estos sitios demuestran que en el sector hubo instalaciones precedentes, al menos desde el Formativo (siglo VII A.D.), el Período de Integración Regional (c. siglo X A.D.), el de los Desarrollos Regionales (siglo XIV al XVI A.D.) y el Inka (cronología desde mediados del siglo XV al XVI A.D.) (Bárcena 2005b).

El área cuenta asimismo con manifestaciones rupestres cuyos motivos grabados pueden relacionarse con las poblaciones del tardío local -Desarrollos Regionales-, incluso con los inkas, sin descartar que algunas figuras sean propias de períodos anteriores (Schobinger 1964; Bárcena 2005b).

El Tambo Paso del Lámar se aprecia inconcluso, es decir su construcción parece haber

estado en desarrollo cuando por alguna razón debió detenerse.

A la hipótesis del conflicto por el aprontamiento de un pucará, cerro fortificado que domina las instalaciones de las terrazas del Bermejo, sumamos el hecho de que los inkas formalizaron este establecimiento en tierras más bajas (a unos 950 m s. n. m.), constituyendo probablemente un enclave de control al oriente de los Andes, quizás frontera en el interfluvio que al noroeste y al noreste conducía a los sitios locales con mayor densidad relativa de población.

Estos son los sitios de Guandacol y de Pa-gancillo-Villa Unión respectivamente, mientras que por el sur de Paso del Lámar, se abre el acceso a las tierras más bajas de la depresión de Guanacache, cuyos recursos humanos y naturales pudieron ser un aliciente para la expansión (hay vestigios de artefactos inka en la otrora zona de plenitud lagunera).

En cuanto al mencionado Parque Nacional San Guillermo, área de ambiente puneño y de alturas por sobre los 3000 m s. n. m. del noroccidente sanjuanino, tiene por cursos fluviales de mayor o menor envergadura y de norte a sur, los afluentes del río Blanco, arroyos o ríos Cajón de la Brea, del Infiernillo, Santa Rosa, San Guillermo, Alcaparrosa y de La Palca, entre otros.

El sector, al igual que el de Laguna Brava, que le continúa por el norte y en La Rioja, alberga una variada fauna, permanente o estacional, como los flamencos - principalmente en Laguna Brava-, guanacos y especialmente vicuñas, que hoy se cuentan por miles en ambas reservas naturales protegidas y que deben reflejar la situación imperante en la prehistoria. De allí que los sitios inka de San Guillermo y la evidencia de sus caminos se encuentren relacionados con la explotación de esos camé-

lidos, principalmente por su apreciable pelo (Gambier y Michieli 1992), sin duda una de las fibras de manejo estatal inka.

La hipótesis es sugestiva y puede sostenerse con la evidencia de nuestras excavaciones de sitios inka de San Guillermo, en las que se hallaron huesos de vicuña, empleados como artefactos y constituyendo restos de alimentación, además de relictos de pelos del animal. Igualmente, la disposición de los sitios inka, "tambos" y "tambillos", en la desembocadura de los afluentes del río San Guillermo y la de este y los otros ríos y arroyos en el río Blanco, parecen contrastar bien la hipótesis.

No obstante, nuestros registros y excavaciones en los tambos denuncian una situación espacial más compleja al integrarse, por ejemplo, los resultados correspondientes al Infiernillo, Santa Rosa y Alcaparrosa, o incluso los de La Palca, en esas intersecciones fluviales con el río Blanco (Bárcena *et al.* 2008).

Asimismo, orientan para fundar hipótesis en torno a la interpretación de esa complejidad espacial y su significado, los estudios que efectuamos en el Tambo de Pircas Blancas, en los afluentes de las nacientes del San Guillermo, incluida su conexión con el cercano Tambo de Pircas Negras, con los Llanos de los Leones, con las alturas cordilleranas mayores y con el área del Nevado de Los Tambillos, cerro de la Cordillera del Límite con más de 5700 m s. n. m. en cuya cima se hallaron vestigios inka relacionados con santuarios de altura (Beorchia 1987).

A ello se suma la conectividad occidental con los pasos andinos (de la Mina de la Sal, de las Flecha, del Inca, del Macho Muerto, entre otros) y sin duda la nórdica, interrelacionada con la cuenca de altura de la margen izquierda (riojana) del río Blanco, con la Laguna Brava en sentido amplio y con el área más oriental, a través de la Sierra de la Punilla. Las insta-

laciones inkaicas al interior de San Guillermo como la de Huesos Quebrados sobre el río San Guillermo, entre otras, o incluso los indicios de esa época hallados en las alturas del cercano Cerro Imán (c. 5450 m s. n. m.), marcan igualmente una particular estructuración espacial inka que incluye y excede la particular motivación del manejo de vicuñas.

PRESENCIA INKA EN LA PROVINCIA DE LA RIOJA

Hemos dedicado años de labor a la arqueología y etnohistoria riojana, referida a los tiempos de los períodos de Integración y Desarrollos Regionales, al Inka, a momentos coloniales tempranos y a la movilidad humana con fines de comercio pecuario trasandino, de la segunda mitad del XIX y primeras décadas del XX A.D. En conexión con lo último reseñado para San Juan, prospectamos al norte de San Guillermo y al norte y oeste de la Cordillera de La Brea, la mayor parte de los pasos de la Cordillera del Límite, desde La Ollita por el sur, pasando por los de Peña Negra y Come Caballos, al igual que sus desechos -así se denominan los pasos próximos alternativos-, hasta alcanzar el nórdico de Pircas Negras (figura 6).

Registramos el Tambo de La Paila, en la desembocadura del río homónimo en la margen izquierda del Blanco y remontamos el arroyo o río de la Peña Negra desde esa misma margen, reconociendo en ambas de sus márgenes sitios con recintos de paredes de pircas, muchas veces conformados como parapetos, con materiales de los períodos de Integración y Desarrollos Regionales.

La cerámica de los mismos es asimilable con tipos *Aguada*, aunque sobre todo con los propios de *Sanagasta*, con cronología por C14

y TL, que parte de la centuria VIII a IX A.D. y alcanza la XV A.D., sin que esto obste para que en el área haya vestigios de industria lítica, cuya tipología permite asimilarlos a cazadores recolectores de unos 8000 A.P.

Algunos de esos sitios con estructuras de piedra fueron luego acondicionados, incluso como plantas asimilables con RPC, en época Inka, por lo que los hemos denominado como tambos y asignado números correlativos en su progresión de ascenso al paso de Peña Negra (unos 4400 m s. n. m.), lugar donde registramos una pirca rectangular claramente inkaica, con cerámica de la variante *Inka provincial* y *Diaguita inka chilena*, cuya datación corresponde al período (Bárcena 2015).

La subida por el curso del Peña Negra lleva también a un afluente de su margen derecha, que llamamos arroyo Cerro Verde -localizado en el camino que lleva al macizo El Potro-, el cual remontamos para hallar a poco andar un tambo, nuevamente sobre estructuras pircadas del tardío local modificadas y con nuevas implantaciones de modelo inka que, incluso, suman una plataforma, probablemente ceremonial, que domina el conjunto.

Excavamos el Tambo Minero, como lo designamos por su proximidad con actividades actuales de este tenor y en sus cercanías, reconociendo niveles superiores modernos, con materiales de los arrieros de ganado del siglo XIX y principios del XX A.D., por debajo de los cuales aparecen los vestigios de época inka, con cerámica *Inka provincial*, *Diaguita inka chilena* y con tipos asimilables al *Copiapó negro sobre rojo*, propio de grupos humanos del tardío de la otra banda cordillerana, ya en la región de Atacama chilena. Igualmente están presentes los tipos que se asimilan con los *Sanagasta*, del tardío de esta parte del Centro Oeste-Noroeste Argentino.

PROVINCIA DE LA RIOJA



Figura 6. Croquis. La Rioja: Pasos cordilleranos. Caminos y sitios inka.

Por último, remontando el cercano arroyo La Ollita, tributario también de la margen derecha del Peña Negra, accedemos a un área ubicada al pie del paso de La Ollita -a unos 4500 m s. n. m.-, donde hallamos un tambo estructurado desde su base con planta inka. A este tambo, el más notable del área, lo hemos denominado empleando el mismo nombre del paso y arroyo.

Desarrollado en dos sectores, próximo a una vega de relativa envergadura y a un conglomerado de recintos pircados del tardío local, presenta varios RPC y al menos una *kancha*; además, aguas arriba y notoriamente al pie del paso, cuenta con un tercer sector, con una estructura de grandes piedras en sus paredes pircadas que conforman un rectángulo dividido internamente. Esta última, cuyo longitud supera la decena de metros, es muy característica de algunos sitios inka, como Paso del Lámar u otros del Noroeste Argentino. Completa esa parte otra estructura con recintos pircados, en la que percibimos escalones hacia un espacio central superior, conjunto que bien pudo ser un *ushnu*.

Otro de los pasos, al norte de La Ollita-Peña Negra, es el de Comecaballos a unos 4300 m s. n. m.

Hemos trabajado en la quebrada del arroyo homónimo, remontándolo desde el río Salado, -afluente por el norte del río Blanco-, hasta el límite internacional. Entre otros, reconocimos

dos instalaciones con recintos de paredes pircadas, propias del tardío local, modificadas y reutilizadas por los inkas (Comecaballos I y II).

Como en los otros casos, los materiales remiten a los tipos *Inka provincial* o *Diaguita inka chileno*, y a los otros tipos del tardío regional, sumándose la evidencia del uso para el pernocte de los arrieros modernos.

Sobre esta última evidencia, agregamos que al institucionalizarse en el siglo XIX el apoyo al tránsito trasandino del ganado en pie, con destino a Copiapó y sectores de Atacama, el gobierno argentino sufragó gastos para construir refugios y corrales de paredes de piedra, que aún persisten y hemos registrado en su totalidad en el oeste de La Rioja, uno de los cuales se encuentra próximo a Comecaballos II.

Por otra parte, una serie de amontonamientos de piedra, especie de "túmulos" en la subida al paso de Comecaballos, nos llamaron la atención, por lo que despejamos algunos de ellos, excavándolos. En uno hallamos partes de un esqueleto humano, cuya datación C14-AMS- lo ubicó en la centuria VIII a IX A. D.

Finalmente, en esta relación de pasos, el de Pircas Negras - a unos 4200 m s. n. m.-, propio hoy del tránsito por una carretera con control internacional⁵, cuenta con vestigios de una instalación y parte de un camino inka prácticamente destruidos por las acciones modernas, cuyos tipos cerámicos y cronología

⁵ Una ley argentina, la N°25.229/1999, establece la relación binacional Argentina-Chile para los controles integrados de frontera y, en el caso que nos ocupa, es válida para el manejo del paso de Pircas Negras durante su apertura al tránsito internacional, de noviembre a marzo-abril, en cada temporada apta para el acceso vehicular de altura. La ley prevé en su artículo 16 [Capítulo VII] la situación de quien desee transitar por la ruta [Ruta nacional N°76] sin abandonar el país. Lamentablemente, por razones que estimamos deben ser de infraestructura, los controles de Aduana, Migraciones y Fitozoosanitario -este solo chileno- se instalan en Barrancas Blancas, varios kilómetros antes de la frontera y en territorio argentino. Por esta situación y la burocracia extrema, es que hemos reclamado ante las instituciones argentinas correspondientes y a Presidencia de la Nación Argentina, pues los viajeros -turistas, deportistas, científicos, entre otros- que no desean salir del país, lo mismo deben someterse a controles y cumplimentar formularios de ambos países o solicitar autorizaciones especiales, para solo transitar por la Ruta nacional N°76 con destinos dentro de La Rioja, como son los sectores que estudiamos.

cerámica son propiamente inka, al igual que lo refirma la cronología por TL.

Pasos y sendas de altura estuvieron en servicio desde tiempos remotos y fueron mejor salvados con el apoyo de instalaciones, al menos, desde el Período de Integración, y mejor solventadas en el de Desarrollos Regionales. Modificadas, reutilizadas o con implantaciones nuevas en el período Inka, pasaron de su funcionalidad, seguramente relacionada con actividades cinegéticas y de procura de cueros y pelos de vicuña principalmente (en lapsos de primavera a otoño cada año), a estructurarse en un sistema de la organización estatal que reaprovechó lo mismo, a la vez que aseguraba los pasos y establecía un control por ambas vertientes de la cordillera.

Este sistema es el que, asimismo, aprovecharon los avances de la conquista y colonización hispana en esta área, en una época temprana -1536 A.D. -, para el paso de Diego de Almagro con sus huestes, incluidos dignatarios como el Inka Paullu (Bárcena 2017b).

Si avanzamos hacia el este por estos ambientes andinos y puneños, hasta alcanzar Laguna Brava -a unos 4200 m. s. n. m.-, las sendas y sitios de diferentes épocas se multiplican, correspondiendo una parte relevante a la presencia inka.

Por citar algunos hitos, reconocimos sitios del tardío e inka en Río del Carnerito, Laguna del Veladero, Laguna Verde, Fandango, Salinas del Leoncito, El Chaparro y Mulas Muertas, destacando el establecimiento inka de la margen noroeste de Laguna Brava, complejo con evidencia de la época en cerros por encima del mismo (Beorchia 1987, 2001; Bárcena 2005a, 2017a).

Asimismo, en varias locaciones alrededor del espejo de agua de Laguna Brava localizamos, y en algunos casos excavamos, sitios inka como El Chepical, entre otros (Bárcena *ibid.*).

Claramente, la laguna, presidida por cerros de más de 5000 m s. n. m. como el Veladero, que en la altura alberga evidencia de época inka, es un ámbito notable, donde a los recursos ya mencionados, como aquellos derivados de los flamencos y las vicuñas, se suma su imponente paisaje, seguramente con connotaciones particulares en la percepción inka (Bárcena *ibid.*; Beorchia *ibid.*; Cerutti 2003).

En la progresión desde el este hacia la Laguna Brava y el área de pasos al oeste de la misma, hemos reconocido sendas y tambos hasta aproximarnos a Jagüé-Vinchina, como los de Leoncito, de Mudaderos (Bárcena *ibid.*; Schobinger 1971a; De la Fuente 1973) o los propios del Río Grande de Valle Hermoso, o bien para acercarnos a Guandacol-Villa Unión, como los de La Junta, Tambillos, Río del Pantano, Pagancillo, entre otros (Bárcena 2010b).

En esta zona este del centro oeste riojano afrontamos una complejidad de formaciones precordilleranas (Sierra de la Punilla y otras) y pampeanas occidentales (sierras de Famatina, de Velasco y otras), que delimitan valles longitudinales y posibilitan conexiones transversales recorridas por sendas y caminos de distintas época, destacando los propios de la inka y sus establecimientos asociados.

En uno de esos recorridos de un camino inka transversal, que por la mencionada Punilla -Paso del Conejo- permite relacionar el área de Guandacol con la Salina del Leoncito, reconocimos un tambo, el del Chaparro, con estructuras pircadas modificadas para transformarlo en un puesto de pastores que aún presenta en superficie cerámica *Inka provincial* y *Diaguíta inka chilena*, cuya cronología por TL la coloca en el período correspondiente.

También es de destacar para la región y hacia el noreste del sector descrito, la Tambería del Inca en Chilecito, instalación que incluye

un *ushnu*, sita entre las sierras de Famatina y Velasco, por la que pasa el camino inka norte-sur que avanza desde Tinogasta en Catamarca y conecta más al norte con El Shincal de Quimivil.

A su vez, si se avanza al oeste desde Chilecito puede lograrse el paso por el Famatina, haciéndolo, por un camino transversal, para acceder en la vertiente occidental al sitio de Las Pircas y al valle de Vinchina, registrándose establecimientos de altura como Pampa Real y vestigios inka que alcanzan a los nevados de más de 6000 m s. n. m. de esta sierra (Greslebin 1940; Shobinger 1966b; Raffino 1981; Hyslop 1984; Martín 2005, 2017, 2018).

Entre los sitios del sur occidente riojano destaca Tambería de Guandacol, con toda probabilidad el más estudiado del sistema, que reúne en un área extensa de instalaciones del tardío regional, probablemente de la etnia capayán, cerámica de los tipos *Sanagasta* y recintos con paredes de tierra distribuidos en relación con campos de cultivo que, seguramente, en la época inka estuvieron controlados por una instalación de este origen.

Esta instalación inkaica fue establecida en un sector del sitio con planificación arquitectónica característica, de estructuras relacionadas con una plaza -*aukaipata*-, pero cuya construcción de paredes de piedras y adobes remiten a la tradición constructiva local (De la Fuente 1973; Callegari *et al.* 2007-2008; Bárcena 2010b; Carosio e Iniesta 2010; entre otros).

Los hallazgos en esta instalación, que espacialmente se diferencia y domina a las otras al interior de la tambería, corresponden al *Inka provincial*, al *Diaguíta inka chileno* y, a semejanza con sitios tardíos o claramente inka de Uspallata y la Invernada, a elementos como puntas de proyectil en hueso que recuerdan las del tardío, Desarrollos Regionales, de otros

sitios del Noroeste Argentino y que podrían estar denunciando la participación de otros grupos en la movilidad étnica generada por los inkas (Bárcena 1997, 2001a, 2010b).

Tambería de Guandacol guarda conexión con el camino inka que por el sur orienta hacia Paso del Lámar, mientras continúa al norte por Tambillos y La Junta, entre otros sitios inka.

Al sur, por el Vinchina-Bermejo, el Camino Inka alcanza la conexión vial a Paso del Lámar, por el accidente de este nombre en la Sierra Morada, lugar del tambillo del Bermejo (Bárcena 2005b).

El sector de Guandacol permite una agricultura intensiva y la producción minera, existiendo pruebas del aprovechamiento de ambas; probablemente fue, asimismo, escenario de domesticación faunística desde tiempos prehistóricos.

Como en las otras áreas, en esta también hallamos manifestaciones rupestres, incluso relacionadas con la senda inka, cuyos motivos grabados son propios de los períodos de Integración, Desarrollos Regionales e Inka.

En este amplio contexto de sendas, caminos y sitios, inka y de otras épocas, relevados y registrados por nosotros en La Rioja, indicamos por último los avances que tienen relación con trabajos propios más recientes, en pos de las evidencias de las comunicaciones del área de Mudaderos-Jagüé-Vinchina con el sur de Catamarca, sectores de Chaschuil-Tinogasta.

Los derroteros que fuimos evidenciando, relacionados con el suroeste de Catamarca -área de trabajos de algunos colegas- y que guardan conexión con localidades como Tinogasta, Watungasta, Chaschuil y Ciénaga Grande, nos permitieron, desde esta última área, reconocer, registrar y datar tres instalaciones inkas (Tambería y las que denominamos Tambillos 1 y Tambillos 2) (figuras 7a-c).

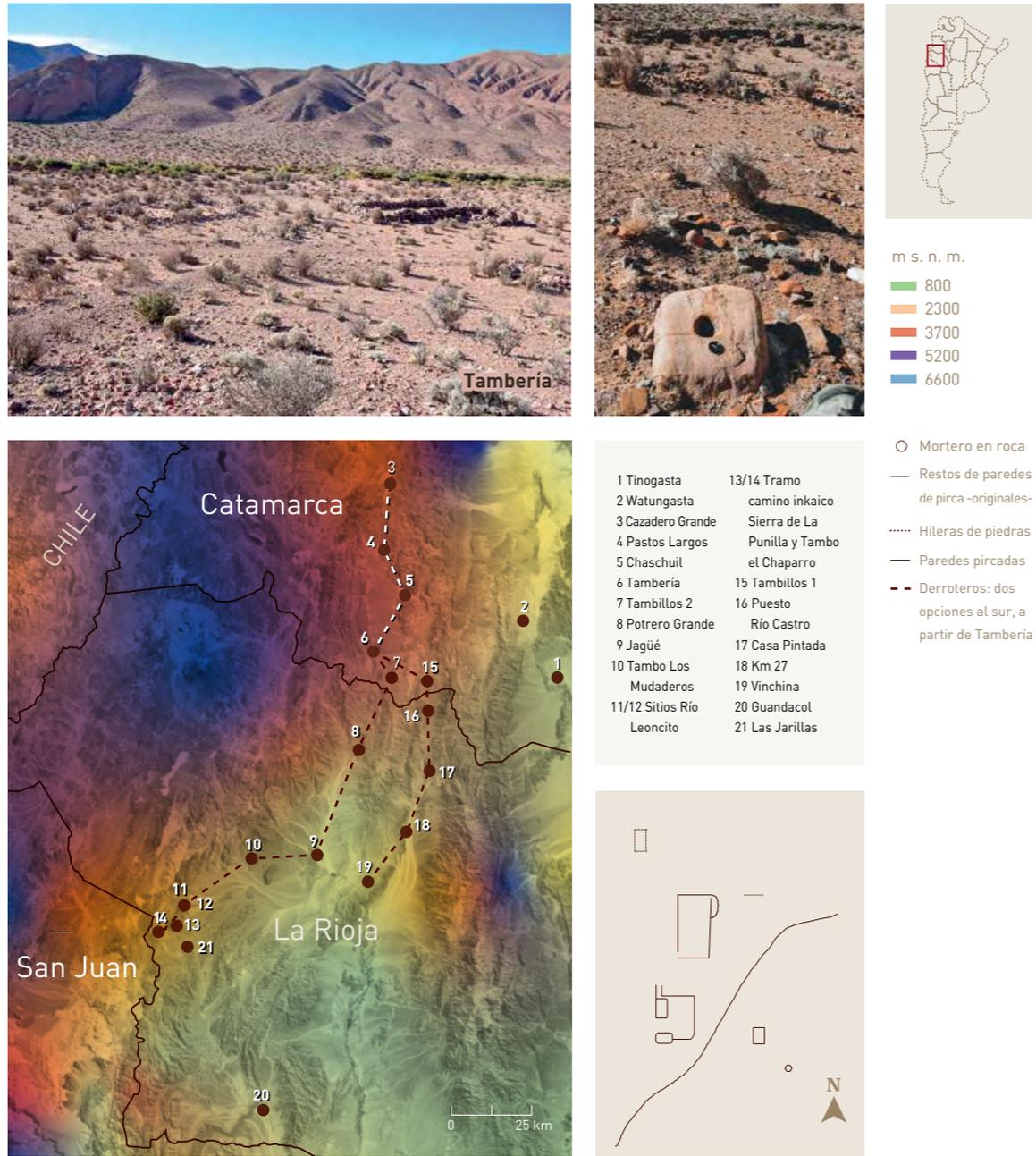


Figura 7a. Croquis de la instalación inka de Tambería en el área limítrofe suroccidental de Catamarca con La Rioja.

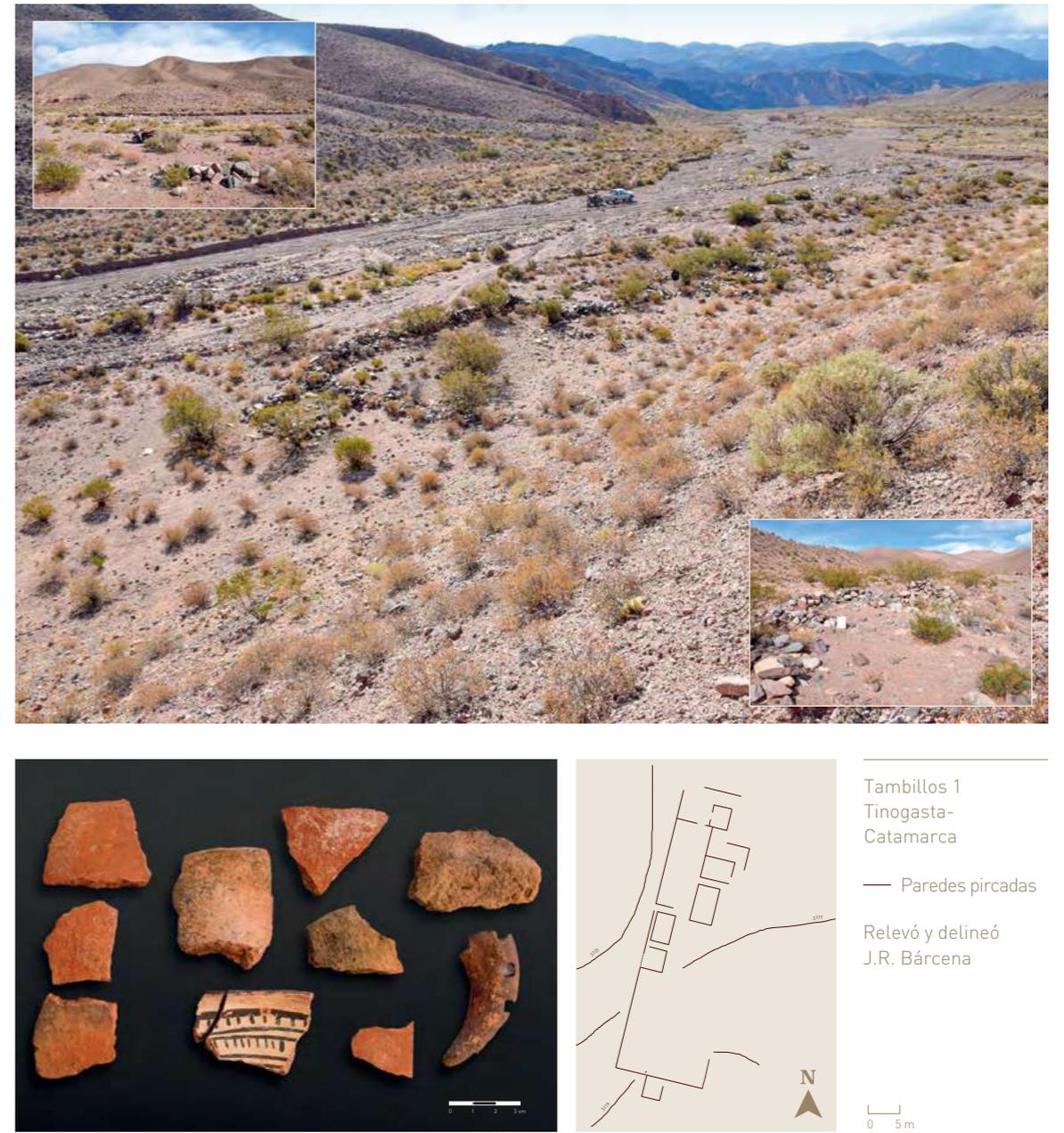


Figura 7b. Croquis de la instalación inka de Tambillos 1 en el área limítrofe suroccidental de Catamarca con La Rioja.

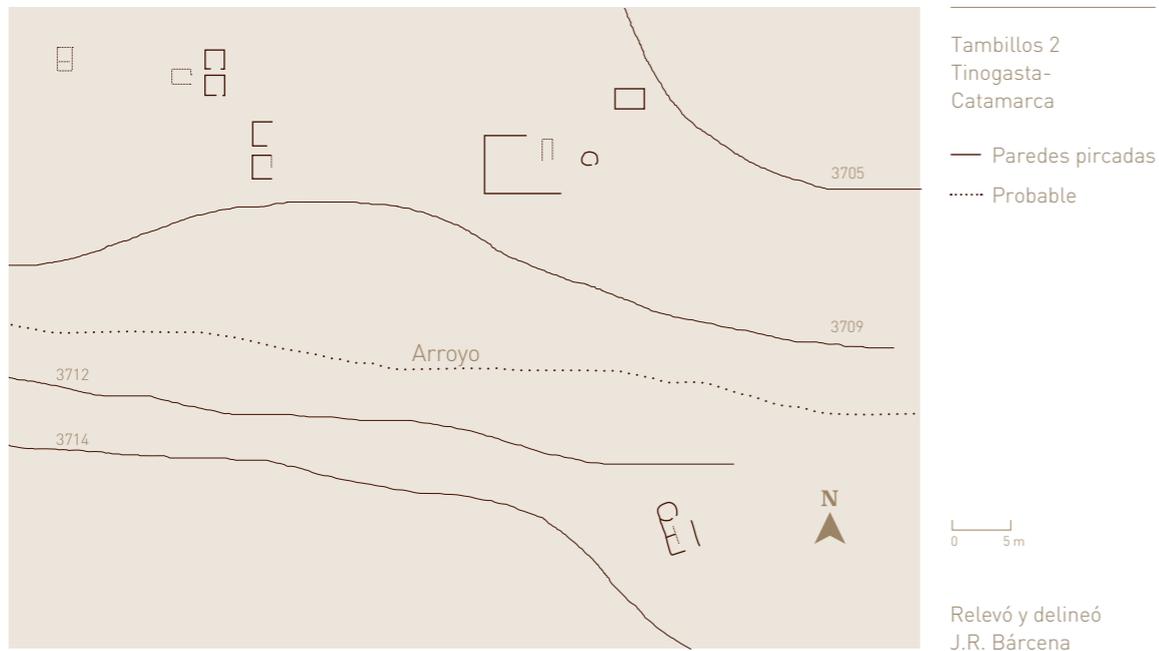


Figura 7c. Croquis de la instalación inka de Tambillos 2 en el área limítrofe suroccidental de Catamarca con La Rioja.

Los avances son de interés pues permiten establecer que a partir de Tambería, en el límite Catamarca-La Rioja, se abre hacia el sureste -por Tambillos 1- un derrotero que avanza hacia Puesto Río Castro, Casa Pintada y el Tambo de Valle Hermoso ("Tambillos o del km 27", Bárcena 2005b) para acceder a Vinchina.

De esta, y por el ya reconocido camino inkaico que avanza al sur y por el este del río Bermejo, el derrotero -que a su vez permite por Las Pircas y hacia el este trasponer el Famatina hacia Chilecito- progresa jalonado por tambos (v.g. Río del Pantano) (Bárcena 2005b), permitiendo acceder por el suroeste a la Tambería de Guandacol y, siguiendo su orientación austral, a la de Paso del Lámar.

Asimismo, desde el sur de Tambería, se abre otra conexión austral por Tambillos 2, avanzando por Quebrada del Ingenio - río del Potrero Grande, a Potrero Grande, el Tambo de Agua del Rey, Jagüé, el Tambo de Los Mudaderos y desde este, hacia el noroeste, por el Tambo de Pantanito a Laguna Brava. O bien, progresando de Mudaderos al oeste, se alcanzan los sitios con presencia inka del río Leoncito y Salina del Leoncito, los tramos del camino inkaico de Sierra de la Punilla y el Tambo del Chaparro, este ya en el límite con San Juan.

Por su parte, desde el sector del Paso del Conejo en la Sierra de la Punilla, puede avanzarse al sur, por Las Jarillas, para alcanzar la localidad de Tambillos, el Tambo de La Junta y Guandacol (Bárcena 2005b, 2019) (figura 8).

Por lo tanto, itinerarios que pueden referirse a un amplio lapso en las comunicaciones, por ejemplo, terminan alcanzando nodos como los de Jagüé con su próximo tambo de Los Mudaderos, para desde allí ramificarse en varias posibilidades de caminos como el que por río Leoncito-Las Jarillas, traspasa la Sierra de la Punilla por el Chaparro, con rum-

bo al sistema de comunicaciones por Salinas del Leoncito en La Rioja y por el área del río Blanco y cuencas relacionadas, al sector que en buena parte abarca el Parque Nacional San Guillermo en San Juan.

Claramente, de las comunicaciones terrestres de todos los tiempos se conservan hitos de antiguos derroteros, con evidencias de superposiciones de infraestructura y usos hasta nuestros días, siendo más notables las de época de los Desarrollos Regionales, Inka y aquellas de itinerarios de arrieros, sin desconocer las propias de época independiente a la actualidad.

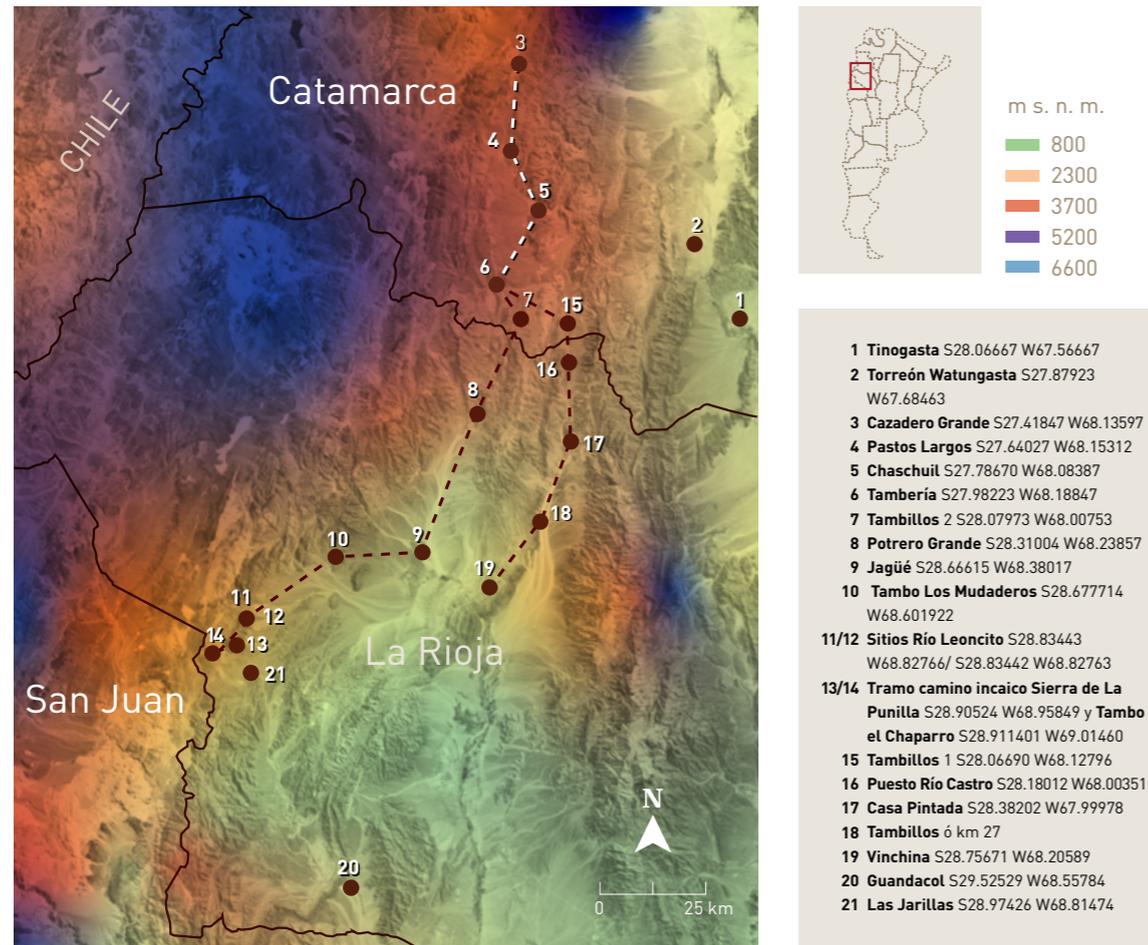
Asimismo, reutilizadas o establecidas en época inkaica, sendas y caminos, cuyo estudio avanzamos, permiten continuar completando el complejo mapa de itinerarios de ese lapso de dominación en el actual territorio riojano (Bárcena 2005b; Bárcena y Martín 2009 [2005]; Martín 2005; entre otros) y de los tiempos que le siguieron (Bárcena 2017a, 2018 ms, 2019; entre otros) (figura 9).

Corolario de la semblanza regional precedente

La síntesis precedente permite apreciar la distribución espacial de caminos e instalaciones inkaicas y relacionarlas en parte con los establecimientos de las poblaciones locales, específicamente con las del tardío local.

La situación en las actuales tres provincias del centro oeste de Argentina es diferente con respecto a la presencia inka, lo que está claramente relacionado con el censo - áreas con mayor o menor densidad de población y producción de alimentos-, la geografía física y ecosistemas regionales, el lapso efectivo de la

Figura 8. Croquis con la ubicación de los sitios inka de Tambería, Tambillos 1 y Tambillos, en relación con derroteros hacia el norte en Catamarca y progresando al sur en La Rioja.



dominación y la más pronta o tardía incidencia hispana, entre otros.

En Mendoza está claro que el Camino Inka con sus instalaciones asociadas remite a asegurar la circulación longitudinal norte-sur y paso transversal trasandino, por valles interandinos, salvando todo lo posible el pasar por poblaciones locales, estableciendo conexiones indirectas, casi sin infraestructura característi-

ca, relacionada con todos los valles productivos, incluso de la vertiente oriental de la Precordillera, hasta el sector centro sur donde la agricultura y el censo mengua, dando paso a etnias como la puelche, con mayor movilidad territorial y sustentadas principalmente por la caza, la recolección y el intercambio, o el litigio, con respecto a los otros grupos huarpe más norteños.

En Mendoza, el establecimiento inka conocido de mayor envergadura es el Tambo de Ranchillos, con arquitectura que denota su prevalencia jerárquica sobre las restantes instalaciones estatales del área, siendo asimismo prevalente en el sistema al sur de la tambería de Paso del Lámar.

Hasta donde hemos podido comprobar, en Mendoza no existen estructuras inka defensivas, a excepción de las pocas menciones en documentos, incluidas un par de ellas posiblemente localizadas al oriente de la Precordillera; respecto a la cronología, dentro de sus límites metodológicos, parece ofrecer las dataciones más tardías en el conjunto inka del centro oeste de Argentina.

Por su parte, la parafernalia ceremonial parece constreñirse en su máxima expresión al área del cerro Aconcagua, que si bien es un hito del paisaje que se aprecia en muchos kilómetros a la redonda, tiene mayor visibilidad espacial por sus flancos, desde Chile y San Juan.

En San Juan se aprecia una mayor complejidad relativa de caminos e instalaciones inka, incluso con dataciones que irían sumando antigüedad a medida que avanzamos hacia el norte, donde, a la continuidad vial por los valles interandinos con dirección nórdica, a sus conexiones trasandinas y a los sitios ceremoniales de altura, se suma la vinculación con el sector de los valles precordilleranos, con



Figura 9. Croquis con la ubicación, en el oeste de La Rioja, de pasos trasandinos, sitios inka, de los Desarrollos Regionales y refugios utilizados por los arrieros del siglo XIX.

tambos y sendas, conectándose el conjunto por una parte con la notable área de ambiente puneño de San Guillermo, sus tambos, santuarios de altura y caminos inka, mientras que por la otra, la evidencia muestra un avance sobre las tierras más bajas, con un hito relevante como es la citada tambería de Paso del Lámar.

La expresión de Bibar sobre los indígenas que aún estaban “depositados” del inka en 1551-1552, cuando la expedición de Villagra transitó el área sanjuanina, es un indicio de la persistencia de usos de la dominación (Bibar 1966 [1558]).

Las instalaciones inka, en relación con los asentamientos de arquitectura más o menos relevante de los grupos humanos del tardío local, probablemente de la etnia capayán, que ocuparon prácticamente sin solución de continuidad el área del Guandacol al Bermejo, extendiéndose más al sur de la confluencia de estos, denotan asimismo, como en Paso del Lámar, una prevención defensiva que llevó a la fortificación de un cerro. Evidencia que podría sustentar hipótesis de conflicto, cuando no confrontaciones efectivas, con las organizaciones complejas en lo socio económico y político, como pudieron ser las indicadas del tardío local, cuya manifestación arqueológica más reconocida es su cerámica del tipo *Sanagasta* o *Angualasto*, que contrasta con otras sureñas, como la denominada *Viluco* que, según distintas variantes y consideraciones cronológicas, se relaciona con los huarpes.

Por su parte, en La Rioja, asistimos a una complejidad mayor en los usos espaciales e implementación de un sistema de instalaciones con distintas funcionalidades, que abarcan el oeste y centro de la actual provincia.

Lo primero que llama la atención, dada su geografía recortada por la Cordillera, las sierras de la Precordillera y las Sierras Pampeanas, siguiendo trayectorias con orienta-

ción aproximadamente norte sur, es el hecho de que las comunicaciones por sus valles interandinos e interserranos debieron ser múltiples, siguiendo esas orientaciones, y al mismo tiempo interconectando los valles mediante conexiones transversales, además de la vertiente occidental andina a través de los pasos cordilleranos.

Todo esto se cumple, pues hemos comprobado la existencia de una red vial inka que sobrepasa el millar de kilómetros y que, a las vías longitudinales del oeste cordillerano y precordillerano, con sus trayectos transversales, suma las longitudinales y transversales de las Sierras Pampeanas al oeste de la Sierra de Velasco.

Si bien aún no se han reconocido *capacochas* como en San Juan y en Mendoza, todo el sistema participa de sitios inka ceremoniales de altura, principalmente reconocidos en las sierras precordilleranas y pampeanas, como es el caso del cerro Veladero, del área de Laguna Brava, o del Negro Overo y otros, de la Sierra de Famatina.

Peculiar situación presenta, asimismo, una instalación inka en un yacimiento de población local, en Tambería de Guandacol, característica de una posición simbólica y de directo control sobre esos grupos humanos, hecho que contrasta, al igual que la instalación de un pucará en el Lámar -a tan solo unos 30 kilómetros de Guandacol-, con la carencia de evidencia similar en los otros sectores tratados, lo que denotaría respuestas particulares para la resolución de problemas puntuales en la organización estatal de esta parte del Collasuyu.

Mención aparte merecen los derroteros que vinculan, por sendas e instalaciones inkas, áreas como la suroccidental catamarqueña con la aledaña riojana, sumando con estas conexiones, a las ya mejor conocidas y de mayor complejidad en infraestructura de caminos y sitios,

otras de menor envergadura, que parecen establecidas no solo para asegurar comunicaciones sino también para controlar accesos.

Es destacable, asimismo, que las instalaciones inka de mayor envergadura en la región investigada, es decir, la Tambería del Inca-cuya delimitación perimetral podría o no tener un principio defensivo y que se ubica hacia la vertiente oriental del Famatina-, el Tambo de Paso del Lámar -en la vertiente occidental de la Sierra Morada- y el Tambo de Ranchillos -en la vertiente oriental de la Cordillera Frontal-, con las precauciones del caso y considerando sus particularidades arquitectónicas, ecosistemas y poblaciones en relación, estarían marcando hitos en los tiempos de la expansión y de alguna manera, por distintas causas, la frontera provisoria.

Caminos e instalaciones inkaicas también sirvieron en el primero y en los sucesivos ingresos hispánicos, como el de Diego de Almagro. Asimismo, como parte de esos caminos reconocen sendas precedentes, muchas veces fueron instalados sobre ellas, constituyendo frecuentemente las únicas posibilidades de paso por medios pedestres, con recuas de animales y en cabalgaduras; incluso, continúan siendo el soporte de los rumbos y trazas de las carreteras actuales (Bárcena 2018).

En el contexto regional, avanzamos en la resignificación patrimonial, según indicadores sobre la preservación y valorización del patrimonio cultural develado, en relación con itinerarios y paisajes culturales, atendiendo los alcances del Programa, nacional e internacional, Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino.

Agradecimientos

Realizamos nuestra labor contando con subsidios del Consejo Nacional de Investigaciones

Científicas y Técnicas (CONICET), la Agencia Nacional de promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación (ANP-CyT), la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado (SECTyP) de la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo) y con aportes personales.

Las autoridades de las instituciones provinciales y nacionales que gestionan el patrimonio cultural autorizan nuestra labor.

Todos estos apoyos comprometen nuestro agradecimiento, al igual que reconocemos la eficiente colaboración de los miembros de nuestro equipo de investigaciones y la ayuda de los pobladores de las áreas en que trabajamos.

Referencias citadas

FUENTES DIGITALES

Bárcena, J. Roberto
2017a “Caminos y pasos andinos del Centro oeste argentino: vías y tránsito de todos los tiempos”, *Los Andes* [Mendoza], 26 de febrero de 2017 [en línea]. Disponible en: <https://www.losandes.com.ar/sendas-incas-caminos-y-pasos-andinos-del-centro-oeste-argentino/> [18 de junio de 2022]

Bárcena, J. Roberto; Vanina Victoria Terraza y Juan Pablo Aguilar.
2017 “El Chacay: nuevo sitio incaico en el QhapaqÑan a Chile”, *Los Andes* [Mendoza], 9 de diciembre de 2017 [en línea]. Disponible en: <https://www.losandes.com.ar/el-chacay-nuevo-sitio-incaico-en-el-qhapaq-nan-a-chile/> [18 de junio de 2022].

Gómez-Carballeda, Alberto; Laura Catelli, Jacobo Pardo-Secco, Federico Martín-Torres, Lutz Roewer; Carlos Vullo y Antonio Salas
2015 “The complete mitogenome of a 500-year-old Inca child mummy”, *Scientific Reports* [London], 5 (16462) [en línea] Disponible en: ht-

tps://www.nature.com/articles/srep16462.pdf [20 de junio de 2022].

Lupano, Carla F.
2008 *Carta del Río San Juan*. Cuenca N°54 [en línea]. Disponible en: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/54_nueva.pdf [16 de junio de 2022].

Martín, Sergio E.
2018 "Nuevos aportes al conocimiento del Qhapaq Ñan: detección y registro del camino inca más ancho al sur del Kollasuyu (Chilecito, La Rioja, Argentina)", *Arqueología Iberoamericana* [Zaragoza], S2, pp. 19-22 [en línea]. Disponible en: <https://www.laiesken.net/arqueologia/pdf/2018/AIS2> [22 de junio de 2022].

Michieli, C. Teresa
2000 "Tambos incaicos del centro de San Juan: su articulación regional", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* [Barcelona], 70 [en línea]. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-70.htm> [22 de junio de 2022].

FUENTES DOCUMENTALES

Bárcena, J. Roberto (coordinador científico)
2005a *Programa Qhapaq Ñan. Camino Principal Andino*. Secretaría de Cultura. Presidencia de la Nación, Buenos Aires.

Bárcena, J. Roberto
2019 *De la prehistoria a la actualidad: sendas, caminos y sitios arqueológicos del noroeste de La Rioja (Argentina)*, ponencia presentada en el Simposio Tawantinsuyu 2019 del XX Congreso Nacional de Arqueología Argentina (17 de julio de 2019), Córdoba.

García, Alejandro; Anabel Rodríguez, Nadia Rodríguez y Ana Eguaburo
2015 "Avances en el estudio de la ocupación incaica de la precordillera sanjuanina", en *Libro de resúmenes y cronograma. VI Jornadas Arqueológicas Cuyanas (29, 30 Sep. y 01 de Oct. 2015)*, pp. 31-32. CTDR-Los Reyunos. San Rafael, Mendoza.

Ots, María José
2007 *La presencia inca en el Valle de Uco, Mendoza*. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

FUENTES IMPRESAS

Aparicio, Francisco de
1940 "Ranchillos: tambo del Inca en el camino a Chile", *Anales del Instituto de Etnografía Americana* [Mendoza], 1, pp. 245-253.

Bárcena, J. Roberto
1979 "Informe sobre recientes investigaciones arqueológicas en el NO de Mendoza—Argentina (valle de Uspallata y zonas vecinas) (Con especial referencia al período incaico)", en *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile (Altos de Vilches, 27 de octubre al 1° de noviembre de 1977)*. Volumen II, pp. 661-692. Santiago de Chile: Sociedad Chilena de Arqueología - Sociedad Arqueológica del Maule - Ediciones Kultrun.

1988 "Investigación de la dominación incaica en Mendoza. El tambo de Tambillos, la vialidad anexa y los altos cerros cercanos", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria* [Madrid], 1, pp. 397-426.

1989 "Pigmentos en el ritual de la momia del C° Aconcagua (Provincia de Mendoza, República Argentina)", *Xama* [Mendoza], 2, pp. 61-116.

1994 "Datos e interpretación del registro documental sobre la dominación incaica en Cuyo", *Xama* [Mendoza], 45 [1991-1992], pp. 9-53.

1997 Arqueología de Mendoza. Las dataciones absolutas y sus alcances. Mendoza: Editorial Universidad Nacional de Cuyo (Serie Manuales, 19).

1999a "Contribución a los estudios interdisciplinarios, arqueológicos y etnohistóricos, sobre la dominación inca en el centro-oeste argentino", en Cristina Diez Marín (editora), *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo I, pp. 163-178. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

1999b "El Tambo Real de Ranchillos. Mendoza. Argentina", *Xama* [Mendoza], 6-11 [1993-1998], pp. 1-52.

2001a "Estudios sobre el santuario incaico del cerro Aconcagua", en Juan Schobinger (compilador), *El santuario incaico del cerro Aconcagua*, pp. 117-170, 281-301, 302-331. Mendoza: Editorial Universidad Nacional de Cuyo.

2001b "Prehistoria del Centro-oeste argentino", en Eduardo E. Berberlián y Axel E. Nielsen (editores), *Historia argentina prehispánica*. Tomo II, pp. 561-634. Córdoba: Editorial Brujas.

2001c "La infraestructura arquitectónica incaica en relación con el sitio ceremonial de altura del Cerro Aconcagua: el caso de las estructuras de pirca del cerro Penitentes y de Confluencia", en Juan Schobinger (compilador), *El santuario incaico del cerro Aconcagua*, pp. 361-375. Mendoza: Editorial Universidad Nacional de Cuyo.

2002 "Perspectivas de los estudios sobre la dominación inka en el extremo austral oriental del Kollasuyu", *Boletín de Arqueología PUCP* [Lima], 6, pp. 277-300 (número temático: *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas* (primera parte), editado por Peter Kaulicke, Gary Urton e Ian Farrington).

2005b "Avances 2002-2003 sobre el conocimiento arqueológico y etnohistórico de la dominación inka en el Centro Oeste argentino, extremo austral oriental del Tawantinsuyu", *Xama* [Mendoza], 15-18, pp. 119-149.

2007a "Avances 2005-2007 sobre Arqueología y Etnohistoria de la dominación inka del Centro Oeste argentino: arquitectura y vialidad en La Rioja, Mendoza y San Juan", *Revista Pacarina* [San Salvador de Jujuy], N° especial (III), pp. 493-499.

2007b "El Período Inka en el Centro-Oeste y Noroeste argentino: aspectos cronológicos en el marco de la dominación del Kollasuyu", en Verónica I. Williams, Beatriz N. Ventura, Adriana B. M. Callegari y Hugo D. Yacobaccio (editores), *Sociedades precolombinas surandinas: temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes centro-sur*, pp. 251-281. Buenos Aires: Taller Internacional de Arqueología del NOA y Andes Centro-Sur.

2007c [2001] "Aportes 2000-2001 al conocimiento de la dominación incaica del Centro Oeste argentino", en Fernando Oliva, Nélida de Grandis y Jorge Rodríguez (compiladores), *Arqueología argentina en los inicios de un nuevo siglo. Publicación del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Rosario, 17 al 21 de septiembre de 2001)*. Tomo I, pp. 131-142. Rosario: Universidad Nacional de Rosario - Laborde Editor.

2010a "Dataciones por radiocarbono en el sector con grabados rupestres del Arroyo Campos Borbarán (Estancia Tierras Blancas, Departamento de San Carlos, Provincia de Mendoza)",

en J. Roberto Bárcena (editor), *Arqueología del Centro Oeste argentino*, pp. 17-46. Mendoza: Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Serie Monografías Xama, 2).

2010b "Investigaciones arqueológicas en la "Tambería de Guandacol" (Departamento Felipe Varela, Provincia de La Rioja)", en J. Roberto Bárcena (editor), *Arqueología del Centro Oeste argentino*, pp. 121-151. Mendoza: Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Serie Monografías Xama, 2).

2015 "Investigaciones en los Pasos cordilleranos de La Rioja y San Juan: sitios inca de Comecaballos, La Ollita y Santa Rosa. Arqueología, Patrimonio Cultural y Minería", en J. Roberto Bárcena (editor), *Arqueología y etnohistoria del Centro Oeste argentino. Aportes desde las V Jornadas Arqueológicas Cuyanas*, pp. 199-232. Mendoza: Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Serie Monografías Xama, 5).

2017b "Los pasos andinos de La Rioja (Argentina): la dominación inca y el derrotero de Diego de Almagro", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22(2), pp. 153-179.

2018 "La dominación incaica en el extremo austral oriental del Tawantinsuyu. Infraestructura inka y de las poblaciones de los Desarrollos Regionales en el centro oeste argentino", en Manuel Alcántara, Mercedes García Moreno y Francisco Sánchez López (coordinadores), *Arqueología. Memoria del 56° Congreso Internacional de Americanistas* (Salamanca, 2018), pp. 492-510. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca - Aquilafuente.

Bárcena, J. Roberto; Pablo A. Cahiza, Jorge García Llorca y Sergio E. Martín

2008 *Arqueología del sitio inka de La Alcaparrosa: Parque Nacional San Guillermo, Provincia de San Juan, República Argentina*. Mendoza: Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Serie Monografías Xama, 1),

- Bárcena, J. Roberto y Sergio Martín
2009 [2005] "Modelos complementarios de la red vial inka en La Rioja. Nuevos Aportes para la dominación incaica del Centro Oeste argentino", en Antonio Austral y Marcela Tamagnini (compiladores), *Problemáticas de la arqueología contemporánea*. Tomo III, pp. 83-90. Córdoba: Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Bárcena, J. Roberto; Vanina Victoria Terraza; María Lourdes Iniesta
2015 "Estudios tecnoestilísticos y de dataciones TL de materiales cerámicos del sitio La Chancharía (Valle de Uspallata, Noroeste de Mendoza, Argentina)", en J. Roberto Bárcena (editor), *Arqueología y etnohistoria del Centro Oeste argentino. Aportes desde las V Jornadas Arqueológicas Cuyanas*, pp. 95-117. Mendoza: Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas [Serie Monografías Xama, 5].
- Beorchia Nigris, Antonio
1987 "El enigma de los santuarios indígenas de alta montaña", *Revista del Centro de Investigaciones Arqueológicas de Alta Montaña* [San Juan], 5, pp. 1-410.
- 2001 "La saga del Veladero", *Revista del Centro de Investigaciones Arqueológicas de Alta Montaña* [San Juan], 6 [1987-1999], pp. 215-230.
- Beorchia Nigris, Antonio y Christian Vitry.
2016 *Entre nieves y huacas. A 50 años del fabuloso hallazgo de la momia del nevado El Toro*. San Juan: Papiro S.R.L.
- Berberián, Eduardo E.; Juana Martín de Zurita y J. Dussan Gambetta
1981 "Investigaciones arqueológicas en el yacimiento incaico de Tocota [Prov. de San Juan, Rep. Argentina]", *Anales de Arqueología y Etnología* [Mendoza], 32-33 [1977-1978], pp. 173-210.
- Bibar, Gerónimo de
1966 [1558] *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*. Transcripción de Irving A. Leonard. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- Cahiza, Pablo A. y María José Ots
2005 "La presencia inca en el extremo sur-oriental del Kollasuyo. Investigaciones en las tierras bajas de San Juan y Mendoza y en el Valle de Uco -Rca. Argentina-", *Xama* [Mendoza] 15-18, pp. 217-228.
- Callegari, Adriana Beatriz y María Elena Gonaldi
2007-2008 "Guandacol. Estructuras arquitectónicas tardías del sudoeste de la provincia de La Rioja", *Arqueología* [Buenos Aires], 14, pp. 173-187.
- Carosio, Sebastián A. y M. Lourdes Iniesta
2010 "Avances en los estudios ceramológicos de la Tambería de Guandacol (Dpto. Felipe Varela, Provincia de La Rioja)", en J. Roberto Bárcena (editor), *Arqueología del Centro Oeste argentino. Aportes desde las IV Jornadas Arqueológicas Cuyanas*, pp. 153-169. Mendoza: Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas [Serie Monografías Xama, 2].
- Ceruti, María Constanza
2003 "Santuarios de altura en la región de la Laguna Brava (provincia de La Rioja, Noroeste Argentino). Informe de prospección preliminar", *Chungara. Revista de Antropología Chilena* [Arica], 35[2], pp. 233-252.
- 2007 "Panorama de los santuarios inca de alta montaña en Argentina", *Arqueología y Sociedad* [Lima], 18, pp. 211-228.
- 2010 "El Toro, El Potro y el Baboso: prospecciones arqueológicas en montañas con glaciares de la cordillera de San Juan y La Rioja", en J. Roberto Bárcena (editor), *Arqueología del Centro Oeste argentino. Aportes desde las IV Jornadas Arqueológicas Cuyanas*, pp. 187-200. Mendoza: Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas [Serie Monografías Xama, 2].
- Daniele, Claudio L. y Claudia E. Natenzon
1994 "Las regiones naturales de la Argentina: caracterización y diagnóstico", en Claudio L. Daniele, Rodolfo Burkart, Lucía del Valle Ruiz, Claudia E. Natenzon y Fernando Ardura, *El sistema nacional de áreas naturales protegidas de la Argentina. Diagnóstico de su patrimonio y su desarrollo institucional*, pp. 1-34. Buenos Aires: Administración de Parques Nacionales.

- Darwin, Charles
2012 [1839] *Los viajes del Beagle. Diario y observaciones (1832- 1836)*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires (Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo).
- Debenedetti, Salvador
1917 *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan*. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación (Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional de Buenos Aires), 15).
- De la Fuente, Nicolás
1973 "El yacimiento arqueológico de Guandacol, provincia de La Rioja", *Revista del Instituto de Antropología* [Córdoba], 4, pp. 151-167.
- Frigolé, Cecilia y Rosa Moyano
2010-2012 "Primera caracterización del conjunto cerámico proveniente del Tambillo de Gualcamayo", *Anales de Arqueología y Etnología* [Mendoza], 65-67, pp. 39-57.
- Gambier, Mariano
2000 *Prehistoria de San Juan*. San Juan: Ansilta Editora.
- Gambier, Mariano y C. Teresa Michieli
1992 "Formas de dominación incaica en la provincia de San Juan, Argentina", *Publicaciones* [San Juan], 19, pp. 11-19.
- García, Eduardo Alejandro
1990 "Investigaciones arqueológicas en las Pampas Altas de la Precordillera mendocina (1984-1989). Inserción en el panorama prehistórico del Centro Oeste Argentino", *Revista de Estudios Regionales* [Mendoza], 5, pp. 7-34.
- 1999 "Alcances del dominio incaico en el extremo suroccidental del Tawantinsuyu, Argentina", *Chungara. Revista de Antropología Chilena* [Arica], 29[2], pp. 195-208.
- 2007 "El control incaico del área del Acequián (sur de San Juan)", en *Actas XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo II, pp. 487-491. Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Greslebin, Héctor
1940 *Arqueografía de la Tambería del Inca de Chilecito (La Rioja, Argentina). Un ensayo de urbanismo*

prehispánico que auspicia la Sociedad Central de Arquitectos. Buenos Aires: Sociedad Central de Arquitectos.

- Hyslop, John
1984 *The Inka Road System*. New York: Academic Press.
- 1990 *Inka Settlement Planning*. Austin: University of Texas Press.
- Lizárraga, Reginaldo de
1916 [1599] *Descripción colonial [Descripción breve del reino del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile]*. 2 tomos. Edición de Ricardo Rojas. Buenos Aires: Editorial La Facultad [Biblioteca Argentina, 13-14].
- Martín, Sergio E.
2005 "Camino incaicos 'principales' y 'secundarios' en la sierra de Famatina (La Rioja, Argentina): actualización y revisión conceptual", *Xama* [Mendoza], 15-18 [2002-2005], pp. 21-35.
- 2017 "El Qhapaq Ñan en Famatina (La Rioja-Argentina): ritualidad y manifestaciones sagradas inkas en una wak'a interregional al sur del Kollasuyo", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago de Chile], 22[2], pp. 181-198.
- Moyano, Ricardo
2009 "El adoratorio del cerro El Potro: arqueología de alta montaña en la cordillera de Copiapó, norte de Chile", *Estudios Atacameños* [San Pedro de Atacama], 38, pp. 39-54.
- Ots, María José
2002 "Prospección arqueológica de la cuenca del río de Las Tunas (departamentos de Tupungato-Tunuyán, Mendoza)", en *Libro de resúmenes de VII Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (San Salvador de Jujuy, 9 al 11 de octubre de 2002)*, pp. 393-394. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- 2004 "La presencia inka en el extremo sur-oriental del Kollasuyo: Investigaciones en la cuenca del río De las Tunas (Valle de Uco, Mendoza, Argentina)", en *Publicación de resúmenes del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina: arqueología e integración conceptual, fronteras del conocimiento [Río Cuarto, 20 al 25 de septiembre de 2004]*, p. 94. Río Cuarto: Universidad Nacional de Río Cuarto.

- 2005 "Prospección arqueológica de la cuenca del río de las Tunas (Dptos. Tupungato-Tunuyán, Mendoza)", *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* [San Salvador de Jujuy], 29, pp. 43-60.
- Parisii, Mónica Graciela
1995 "Aportes documentales y nuevas perspectivas sobre las organizaciones sociopolíticas prehispánicas en el norte y centro oeste de Mendoza", *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* [Buenos Aires], 16, pp. 121-152.
- Raffino, Rodolfo A.
1981 *Los Inkas del Kollasuyu. Origen naturaleza y transfiguraciones de la ocupación Inka en los Andes Meridionales*. Buenos Aires: Ramos Americana Editora.
- 2004 "Capítulo II. El Descubrimiento. Diego de Almagro y la invasión española", en Rodolfo A. Raffino (editor), *El Shincal de Quimivil*, pp. 45-67. San Fernando del Valle de Catamarca: Editorial Sarquís.
- 2006 "El Capricornio Inka: la unificación política", en Ángel Cabeza, María Isabel Hernández, Lautaro Núñez y Mario Vázquez (editores). *Las rutas del Capricornio andino. Huellas milenarias de Antofagasta, San Pedro de Atacama, Jujuy y Salta*, pp. 69-77. Santiago de Chile: Consejo de Monumentos Nacionales.
- Raffino, Rodolfo A. y Rubén Stehberg
1997 "El Tawantinsuyo y sus fronteras", en Hernán Amat Olazabal y Luis Guzmán Palomino (editores), *Actas y trabajos científicos. XI Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina "Augusto Cardich"*. Tomo I, pp. 338-361. Huánuco: Universidad Nacional "Hermilio Valdizán".
- Rusconi, Carlos
1940 "Alfarería de tipo peruano en Mendoza", *Anales de la Sociedad Científica Argentina* [Buenos Aires], 129, pp. 88-96.
- 1962 *Poblaciones pre y posthispanicas de Mendoza*. Volumen III: Arqueología. Mendoza: Imprenta Oficial.
- Salas, Antonio; Laura Catelli, Jacobo Pardo-Seco, Alberto Gómez-Carballa, Federico Martín-Torres, Joaquín Roberto Bárcena y Carlos Vullo
2018 "Y-chromosome Peruvian origin of the 500-year-old Inca child mummy sacrificed in Cerro Aconcagua (Argentina)", *Science Bulletin* [Beijing], 63(22), pp. 1457-1459.
- Sarmiento, Domingo Faustino
1896 *Obras de D. F. Sarmiento*. Tomo X: Legislación y progresos en Chile. Edición de Augusto Belín Sarmiento. Buenos Aires: Imprenta y Litografía "Mariano Moreno".
- Schobinger, Juan (editor)
1966a *La "momia" del Cerro El Toro: investigaciones arqueológicas en la cordillera de la provincia de San Juan (República Argentina)*. Suplemento al tomo XXI de los *Anales de Arqueología y Etnología* [Dedicado al 37º Congreso Internacional de Americanistas]. Mendoza: Instituto de Arqueología y Etnología – Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo – Editorial Taller Gráfico Fasanella.
- 2008 *La momia del Cerro El Toro (segunda edición revisada, corregida y ampliada)*. Mendoza: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Colección Cumbre Andina).
- Schobinger, Juan
1964 "Investigaciones arqueológicas en la provincia de San Juan (Argentina). Informe preliminar", en *Actas del XXXV Congreso Internacional de Americanistas (México, 1962)*. Tomo 1, pp. 615-619. México, D.F.: Editorial Libros de México.
- 1966b "Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Famatina (La Rioja)", *Anales de Arqueología y Etnología* [Mendoza], 21, pp. 139-196.
- 1968 "Ruinas incaicas en el Cerro Mercedario, 6770 mts.: informe sobre la expedición de Alta Montaña de 1968", en *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses (Stuttgart-München, 12 bis 18 August 1968)*. Tomo I, pp. 429-434. München: Klaus Renner.
- 1971a "Actividades del Instituto de Arqueología y Etnología, 1966-1970", *Anales de Arqueología y Etnología* [Mendoza], 24-25, pp. 279-284.
- 1971b "Arqueología del valle de Uspallata. Provincia de Mendoza (sinopsis preliminar)", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* [Buenos Aires], 5(2), pp. 71-84.
- 1986 "La red de santuarios de alta montaña en el Contisuyo y el Collasuyu: evaluación general, problemas interpretativos", *Comechingonia*

- Revista de Antropología e Historia* [Córdoba], número especial, pp. 295-317.
- 1999 "Los santuarios de altura incaicos y el Aconcagua: aspectos generales e interpretativos", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* [Buenos Aires], 24, pp. 7-27.
- Schobinger, Juan (compilador)
2001 *El santuario incaico del cerro Aconcagua*. Mendoza: Editorial Universidad Nacional de Cuyo.
- Schobinger, Juan y María Constanza Ceruti
2001 "Arqueología de alta montaña en los Andes argentinos", en Eduardo E. Berberian y Axel E. Nielsen (editores), *Historia argentina prehispánica*. Tomo II, pp. 523-559. Córdoba: Editorial Brujas.
- Terraza, Vanina Victoria y J. Roberto Bárcena
2017 "Los estilos tecnológicos cerámicos de La Chanchería como indicadores de modos de hacer y de producir de las sociedades tardías del valle de Uspallata (NO de Mendoza)", *Revista del Museo de Antropología* [Córdoba], 10(1), pp. 129-136.
- Terraza, Vanina Victoria; J. Roberto Bárcena y Juan Pablo Aguilar
2019 "Primeros resultados de las investigaciones arqueológicas en el sitio inca El Chacay (Uspallata, N.O. de Mendoza)", *Anales de Arqueología y Etnología* [Mendoza], 74(1), pp. 73-98.
- Villalba, Ricardo
1994 "Tree-ring and glacial evidence for the medieval warm epoch and the little ice age in southern South America", *Climatic Change* [Berlin], 26, pp. 183-197.



**Qhapaq Ñan
en Bolivia**



Reflexiones sobre los caminos inkas en Pocona y sus implicaciones

MARÍA DE LOS ANGELES MUÑOZ COLLAZOS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS Y MUSEO
ARQUEOLÓGICO DE LA UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN SIMÓN
(COCHABAMBA), BOLIVIA

La relación entre el accionar de los imperios y la geografía es un complejo fenómeno; las conquistas y expediciones implicaban –entre otros–, el establecimiento de infraestructura administrativa y caminera. En el caso de Incallajta y los valles de Pocona, el asunto de caminos es un tema que no había recibido atención suficiente, por lo que para entender Incallajta y la ocupación inka desde una perspectiva regional, los caminos y su rol son temas fundamentales que son tratados en este trabajo a partir del análisis de los resultados de las investigaciones en la zona, considerando la importancia de que, en un tiempo relativamente corto, los inkas construyeron una sofisticada infraestructura caminera. Si bien pudieron haberlo hecho sobre rutas previas, seguramente las rutas y caminos de la época inka no tuvieron las mismas implicaciones, reforzando la idea de comunicación, control del paisaje y acceso a recursos como uno de los aspectos más recurrentes relacionados a su poder en el Collasuyu. Todo ello incita a una reflexión que permita profundizar una comprensión cada vez más objetiva del Qhapaq Ñan desde una perspectiva actual, no solo de Incallajta y Pocona, sino de nuestras realidades.

Introducción

Incallajta constituye un complejo arqueológico de alrededor de 30 hectáreas de extensión, cuyas estructuras se emplazan en una plataforma natural inclinada. Se encuentra ubicado en el municipio de Pocona, tercera sección de la provincia Carrasco del departamento de Cochabamba, Bolivia (figura 1), aproximadamente a 140 kilómetros de la ciudad capital del departamento.

Figura 1. Mapa físico de Cochabamba que denota la ubicación estratégica de Pocona.



El sitio se encuentra emplazado en el cañadón de Machajmarca, a 2950 m s. n. m., en una elevación sobre el río del mismo nombre, entre dos quebradas (al este y oeste) (foto 1). Este río se origina algunos kilómetros de distancia al oeste del sitio, pasa por la parte sur del mismo y continúa hacia el este, uniéndose luego con otros ríos que posteriormente alcanzan el piedemonte y el trópico cochabambino y boliviano. El valle de Machajmarca, uno de los tantos valles en la región, constituye así una ruta de acceso hacia esa zona. Tal ubicación geográfica sitúa a Incallajta cerca de lo que se conocía –y era insistentemente repetido por varios autores– como la frontera oriental del Imperio Inka.

Incallajta ha impresionado a observadores por cientos de años; cronistas, historiadores, arqueólogos y otros han ofrecido acercamientos preliminares de la función probable del

sitio, basándose exclusivamente por un lado en el área central grande que contiene la *kallanka*, la plaza, el muro zigzag y otras estructuras importantes, así como en el tamaño y el carácter defensivo del sitio.¹ Sin embargo, se han excluido las estructuras pequeñas y los silos (*collcas*) presentes en el propio sitio, así como numerosos e importantes sitios y rasgos inkas cercanos, los centros de almacenamiento, caminos, terrazas y la geografía local, ignorando acercamientos que podrían explicar mejor la función del sitio y el rol del Imperio Inka en esta región. Ante la falta de contexto y de una perspectiva regional, la relación entre Incallajta y los sitios inkas de Pocona no había sido determinada aún, por ello –con el objetivo de dilucidar estas relaciones y para obtener

resultados que nos acerquen más a la explicación del rol del propio sitio–, los consideramos como un todo integrado, como una cadena de espacios semióticos que co-ocurren y dan significados de acción social.

El asunto de los caminos y el acceso al sitio es otro tema que ha recibido atención insuficiente. Los estudios previos no habían identificado un camino que llegue al sitio de Incallajta o que, incluso, ingresara al valle del río Machajmarca donde se localiza el sitio, esto pese a los estudios de caminos inkas en la región efectuados por el equipo del Museo de la Universidad Mayor de San Simón, en Cochabamba (Pereira 1982). Más bien, los estudios se focalizaron en los caminos que conectaban el cercano centro administrativo inka de Pocona con



Foto 1. Vista general de Incallajta y el cañadón del río Machajmarca [abajo derecha].

¹ Con anterioridad se ha destacado el patrón urbano inka en Incallajta y su relación con Cusco (Ellefsen 1973; Lavayén 2004). Considerando los objetivos concretos del presente trabajo, aquí se toman en cuenta estas y otras características, que no han sido analizadas previamente, desde el punto de vista arqueológico.

otros sitios y centros en la zona, como Vacas, Mizque y Koari (Coben y Muñoz 2000). De modo que, los caminos y rutas de acceso al sitio y un análisis espacial y funcional de este y los otros, quedaban como cuestiones por resolver.

Por otra parte, se observa la ausencia de una crítica a las fuentes etnohistóricas y una tendencia a su extrapolación directa hacia el plano arqueológico. En el caso de Incallajta, estas fuentes han conducido a que principalmente se le asigne la función de fortaleza y frontera. Sin embargo, las prospecciones realizadas, el análisis del sitio, la cantidad de rutas y caminos –no reportados previamente– sugerían la pregunta de si Incallajta fue o no una fortaleza y realmente una frontera y, si

de serlo, sería una frontera rígida, aunándose además la cuestión –en el caso de los caminos–, de si solamente los inkas habrían utilizado estas rutas, o si las habrían compartido con los grupos asentados en Pocona.²

Asimismo, las fuentes referentes a lo inka para Cochabamba, asignan –como justificación para la expansión y el establecimiento del Imperio– una importancia muy grande a la producción de maíz. La zona de Incallajta es muy rica en variados recursos (especialmente coca y maíz) y su ubicación reviste importancia excepcional, ya que está próxima a los valles centrales, a los valles bajos del Sur, al piedemonte y como punto intermedio hacia los llanos amazónicos (foto 2). Si bien las prospec-



Foto 2. Vista general de los valles de Pocona.

² Cuando hablamos de las fuentes etnohistóricas para Cochabamba y Pocona –allí donde no se citan específicamente–, nos referimos básicamente a fuentes originales, como la “Visita a Pocona [1557]”, de María Ramírez (1970) y el “Repartimiento de tierras por el Inca Huayna Capac” de 1556 de Adolfo de Morales (1977), y a fuentes secundarias publicadas por etnohistoriadores como Mercedes Del Río (especialmente 2004), Raimund Schramm y su obra sobre Pocona y Mizque (1999), el “Memorial de Charcas” publicado en 1969 por Waldemar Espinoza, “Los mitimaes del valle de Cochabamba: la política de colonización de Wayna Capac” de 1981 por Nathan Wachtel, y la *Historia de la coca: los yungas de Pocona y Totora (1550-1900)* por Fanor Meruvia (2000), quienes han realizado extensas investigaciones de fuentes tempranas primarias del área.

ciones arqueológicas revelan una alta concentración de sitios y modos de almacenamiento, terracerías y andenes inkas en las alturas y valles de Pocona, que muestran su enorme importancia agrícola y el usufructo por parte de los inkas, nuevamente las investigaciones cuestionan la preponderancia del maíz en el caso de Pocona y sugieren la pregunta si más bien no habría sido la coca el producto que más interés generó la arremetida inka en la zona.

El Proyecto Incallajta ha llevado a cabo varias temporadas de campo, incluyendo meses de prospecciones arqueológicas sistemáticas extensivas en la zona de Incallajta, los valles y alturas de Pocona y sus alrededores. Se han registrado más de ciento noventa sitios arqueológicos nuevos, lo que ha permitido contar con un inventario bastante completo de ellos y el acercamiento a los patrones de asentamiento de los mismos, así como conocer con mayor claridad las características de la ocupación inka en la zona. En la región se ha efectuado escasa investigación arqueológica sistemática, constituyendo la que aquí presentamos la primera prospección de cobertura total. De esta forma, se cuenta con sitios que, en términos generales o tradicionales, corresponderían al periodo Formativo (1000 a.C. - 350 d.C.). Para el Horizonte Medio (350 - 1100 d.C.), se cuenta con sitios que en su generalidad incluyen también la presencia de más de un estilo cerámico, como *Tiwanaku* y *Omereque*. Para finales del Horizonte Medio y el Intermedio Tardío (1100 - 1300 d.C.), se registraron también varios sitios, muchos de los cuales parecen conformar un sistema de *orkhos* (cerros altos que permiten visibilidad entre sí), que posiblemente constituyen cementerios correspondientes a la época tardía.

En nuestro tema, la ocupación inka (c. 1400-1500 d.C.) conllevó una alta concentra-

ción de sitios, medios de almacenamiento y rasgos a lo largo de la región que se encuentran en las cimas (y cumbres) de las serranías con una posición estratégica, con total visibilidad no solo entre sí, sino de todos los valles (foto 3), pudiéndose afirmar que los inkas definitivamente se asentaron más en las alturas y hacia el piedemonte (como mostrarán los caminos más adelante), donde seguramente tuvieron un enorme área de influencia. Esto último permite hoy una mejor contextualización de Incallajta, que previamente había sido considerada como si se tratara de un sitio aislado.

De los sitios importantes reportados previamente, podemos mencionar Pajahuasi (Pucara), por encima del Tambo de Pocona y cerca del camino inka a Vacas, precedido por unas murallas ciclópeas. Este sitio contiene varias estructuras grandes y pequeñas, así como *collcas*, y se extiende hasta la cúspide de la montaña ofreciendo una vista impresionante de Pocona y algunos de los valles circundantes.

Si bien varios de los sitios cuentan con áreas de almacenamiento, las prospecciones arqueológicas revelan también una alta concentración de sitios y modos de almacenamiento específicos, con silos (*collcas*) en cantidad considerable, como Incarracaycito (o Tambo de Pocona), que presenta una serie de estructuras rectangulares (largas y angostas) en hilera y un gran corral o patio cerrado. La adyacencia de este sitio y el anterior al camino a Vacas puede concordar asimismo con el tambo inkaico descrito en documentos, como un importante vínculo entre el Tambo de Mizque, Pojo y Arani (mencionado en la “Visita a Pocona”). El sitio de Jatun Mokho, con la particularidad de tener *collcas* cuadrangulares, dieciséis recintos en una sola fila según las curvas de nivel (las únicas *collcas* de esta



Foto 3. Los sitios de Qaqa Huasi, C'uchu o Pajahuasi (arriba izquierda) y Tumuyo (arriba derecha), en las alturas de Pocona, dominando el paisaje.

forma en Cochabamba). Tumuyo con cien silos o *collicas*, que se encuentran –como otras– en una altura óptima para ventear los granos y libre de insectos y, en ubicación parecida, Colquehuayrachina, un sitio al ingreso del cañadón que lleva a Incallajta, que presenta cien silos, unos con bancales y otros sin bancales y un puesto de vigía.

Además de los sitios indicados y, obviamente, de Incallajta, en las prospecciones se han registrado –como ya se mencionó– varios sitios y rasgos que presentan patrones típicos de *kanchas* inkas, corrales, terrazas agrícolas, andenes, así como restos de caminos y rutas inkas, puestos de control de acceso a sitios y de acceso al agua, etcétera, todo lo cual con seguridad permitió una expansión del Imperio a escala todavía inimaginable.

Un sitio importante que cabe destacar es Molle Pujru, conjunto inka atípico, que pre-

senta una estructura con muros de buena factura, que forman una especie de *kancha* sin cerrar y en el que, según los pobladores de Pocona, al efectuar un oleoducto habrían encontrado una momia. De hecho, por encima de esa estructura y en la ladera del cerro, siguiendo las curvas de nivel, se tiene rastros de varias estructuras, una de las cuales fue excavada, tratándose de plataformas piramidales –desconocidas hasta hoy en los Andes para lo inka–, que rematan en una cista funeraria en la cima. Su importancia radica en que tanto la estructura como la cista son de factura inka, pero el patrón de asentamiento o disposición de las plataformas y cista, parecen venir de la tradición de los *orkhos* del Intermedio Tardío. Ello nos ha llevado a plantear con anterioridad, que se trataría de una influencia de los habitantes de Pocona hacia lo inka (ver Muñoz 2012 y 2018).

Poder e imperios

El eje que nos mueve en este trabajo es el poder. Para ello –y bajo la premisa de que lo que Pizarro y sus hombres invadieron fue un imperio–, retomamos los rasgos y elementos recurrentes en los imperios para el caso que nos ocupa: la capacidad de mantener control a distancia (Barfield 2001: 31); la territorialidad (Schreiber 2001: 74); las políticas expansivas, la incorporación de otras comunidades, la capacidad de reorganizar economías y de manejar esa diversidad, el comercio, la reorganización del paisaje natural, cultural, social y político, la construcción de infraestructura administrativa, los eficientes sistemas de transporte, caminos, redes de información y comunicación; en fin, toda una ingeniería para fines políticos. El control es uno de los rasgos más importantes del poder, así como la alteración del paisaje, allí es importante la red caminera y los puestos de control; recordemos que la extensión de la red caminera de un imperio es una excelente medida de su tamaño.

Arqueología del paisaje

Asimismo, nos centramos en la arqueología del paisaje. Este enfoque se mueve bajo la premisa de que cada cultura desarrolla su propio lenguaje para establecer las relaciones espaciales, lo cual permite construir un modelo del espacio, particular, cultural, dependiendo del contexto local que pueden haber tenido las sociedades en el pasado, bajo una concepción no euclidiana, sino topológica (y colectiva) del espacio, por lo tanto cualitativa, no uniforme, incierta y variable, pero concretamente objetivada, donde son fundamentales las concepciones de espacio y tiempo. El *paisaje* es

considerado tomando en cuenta la dimensión cultural que conlleva, “se refiere a los espacios constituidos simbólicamente y concebidos solamente a través de la experiencia existencial” (Iwaniszewski 2001: 219). Así, tenemos al paisaje como la unión de la construcción simbólica del espacio (la dimensión mental o imaginaria) con su construcción real o material. Nos referimos a un espacio social y contextual. El paisaje es producto del “vivir” de un grupo humano, es una dimensión de la vida social, a la cual, son los hombres los que le confieren significados y, como prácticas del “habitus”, las estructuras implantadas en el paisaje nos hablan de las prácticas, del quehacer humano.

A este punto, es necesaria la consideración del *espacio*, pues es en este precisamente en el que –fuera de la fantasía nativa y de la ilusión etnológica (o del investigador diríamos)– subyace la realidad, es decir “la organización del espacio y la constitución de lugares son, en el interior de un mismo grupo social, una de las apuestas y una de las modalidades de las prácticas colectivas e individuales” (Augé 1992: 57). Y al hablar de un espacio, lo consideramos en términos de “espacialidad social”, en tanto el espacio forma una parte integrante de las prácticas o procesos sociales, mismos que están situados en espacio (y tiempo).

Así, si el espacio percibido es la representación de lo que construimos en nuestro intelecto en relación a lo que nos rodea, se puede entender que cada cultura desarrolla su propio lenguaje para captar estas relaciones espaciales, y que ello le permite construir un modelo del espacio, pensado como algo colectivo, es decir, con “acuerdo común” en términos de Stanislaw Iwaniszewski (2001: 219), aceptado como intersubjetivamente válido.

Visto de esta manera entonces, el paisaje tiene potencialidades para analizar la implican-

cia también en la creación y reproducción de las estructuras de poder y esta es precisamente la vertiente que se quiere reflejar aquí, a través de la ocupación del Imperio Inka en la zona de Pocona. Recordemos que un elemento importante, en tanto supremacía como parte estructural de la hegemonía, es la modificación/alteración del paisaje en términos generales.

Específicamente en nuestro caso, el control del paisaje y la demostración de la intención de un control hegemónico, se vislumbran a través de la modificación/alteración del paisaje o distribución espacial macro de los asentamientos inkas de la zona de Pocona, donde indudablemente –comparando con la ocupación previa–, los inkas llegaron para establecerse estratégicamente en los cerros más altos, que solo mirados desde la básica psicología cognitiva (relación alto/bajo) ya hablan de la intención inka a este respecto. De acuerdo a Terence D’Altroy (2001: 221), el gusto de los inkas al modificar/planear espacios y estructuras es uno de los rasgos más distintivos de su acercamiento al diseño de los estados.

Susan Alcock (2001: 327) ha señalado que los monumentos pueden hablar de cambios en las prácticas conmemorativas. La estabilidad o disrupción en el paisaje pueden puntualizar condiciones favorables tanto para la conservación como para la pérdida de memorias. Así, los monumentos, patrones de asentamiento, organización urbana y santuarios constituyen buenos indicadores en arqueología, ya que proveen evidencia para el análisis económico, social y de dimensiones rituales del control imperial y la respuesta de la provincia. Lo importante no es cómo ciertos lugares y espacios fueron usados y transformados, sino ponderar el impacto que tales transformaciones pudieron haber tenido en las memorias acomodadas en su interior.

Por su parte, Katharina Schreiber (2001: 86) afirma que la presencia de instalaciones e infraestructura imperial provee evidencia de una inversión de recursos y personal por parte del imperio para establecer y mantener su control sobre la región y que, mirando los efectos de control imperial sobre cada región, se pueden elucidar cambios en la organización política, económica e ideológica a nivel local y llegar al sentido de soberanía desarrollado por el imperio sobre sus súbditos.

Al respecto, manifestamos la preferencia teórica de Pierre Bourdieu sobre el poder simbólico y, dado que metodológicamente lo correcto es evidenciar cómo se relaciona este con nuestras otras categorías, como el paisaje, se propone para nuestro caso, su tratamiento a través de la violencia simbólica, entendiendo que: “Todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza” (Bourdieu y Passeron 1977: 44), sin obviar la institucionalización/legitimación tanto del propio poder como de sus instituciones (que para nuestro caso previamente eran ajenas a la zona).

Por su parte, en nuestras consideraciones sobre el paisaje contemplamos justamente, más que una violencia física –e incluso desde la psicología cognitiva–, esta violencia simbólica reflejada tanto en la apropiación del espacio (las cumbres más altas), en la arquitectura monumental, como en todos los elementos que evocan el poder inka, tratados desde la multivocalidad.

A fin de demostrar que Incallajta sirvió a los intereses del Imperio Inka y sus metas económicas e ideológicas, y que estaba dise-

ñada para su para lograr su legitimación ante la gente conquistada de Pocona, son varios los indicadores que se toman en cuenta, uno de ellos son los caminos.

Para Greg Woolf (2001: 318), la relación entre imperialismo y geografía es un fenómeno complejo; las conquistas y expediciones militares traían nueva información y el establecimiento de infraestructura administrativa, caminos, fronteras y provincias en las fronteras, este es el caso de Incallajta.

Se sabe también que los emperadores inka participaban activamente en la planificación de ciudades y en la decisión de sus trazos urbanos, y que estas funciones eran prerrogativas de la élite (Morris y Covey 2003: 134); nuevamente se hace presente el tema ideológico en la reproducción de los esquemas imperiales, que en gran parte incluían la administración y las estructuras y barrios dedicados a ella, lo que prácticamente se ve reflejado en todo el sitio de Incallajta, especialmente en los caminos.

Schreiber (2001: 71-72) indica que para estimar el tamaño y la diversidad de un imperio, se deben tomar en cuenta la estandarización de la arquitectura, el patrón inka y la cultura material, así como la infraestructura. Las guarniciones y puestos militares y su extensión espacial reflejarían aproximadamente la extensión del control imperial (ver también D’Altroy 2001: 210). Además, señala que los imperios mantienen un ejército en pie y soberanía sobre toda la gente y territorio en sus dominios, y que para evaluar la inversión imperial y la extensión de su poder, se debe evaluar también la construcción de capitales regionales y centros administrativos, siendo los caminos parte indudable de ello (Schreiber *op. cit.*).

Por su parte, Sabine MacCormack (2001: 420) sugiere que podrían establecerse algunos paralelos con el sistema calendárico inka, que

fue al mismo tiempo un método de mapeo del reino y de su geografía que integraba tiempo, geografía y reino, a través de las tierras controladas por el Inka, con ideas, ideas que emanaban del Cusco.

Como hemos visto, los inkas privilegiaron los lugares más altos en la zona de Pocona, al parecer de manera topológica, colectiva y cualitativa, escogiendo los grandes cerros y sus cimas como la vista espacial simbólica privilegiada de manera factual y conductual. Estamos hablando de un sistema relativo de representar las relaciones espaciales, en el cual, los espacios particulares se proyectan desde el sujeto (los inkas) y su posición social; los inkas habrían ordenado el paisaje desde su perspectiva, con afanes de poder y control, bajo el supuesto básico y convencional de que, quien está más arriba, tendría más poder.

Así, en el caso que nos ocupa, la sociedad inka, había construido su propio modelo del espacio, demostrativo de su poder, irrumpiendo en el paisaje previo de los valles de Pocona, instalando estratégicamente en las cimas y cumbres desde donde podía tener todo el control de los valles, e implementando el mayor emplazamiento dedicado a la organización y control de esa parte del territorio: Incallajta.

Como se dijo, el control es uno de los aspectos más recurrentes relacionados al poder, que en este caso no se limita al control del paisaje, sino también de recursos y de excedentes. Indudablemente en este punto es imprescindible tomar en cuenta y entrar de lleno en la red caminera y los puestos de control instalados en ella (que simbolizan la restricción), ya que no solo constituyen indicadores de control, sino también de centralización e imposición.

Recordemos que nuestra meta aquí, es la de detectar las posibles funciones de Incallajta tomando en cuenta el contexto regional,

donde el análisis de los caminos y del acceso al sitio, y hacia el piedemonte, son datos sumamente importantes.

Caminos

El principio de los caminos aquí aplicado, es que se los considera evidencia tangible de la organización estructural de las sociedades a través del espacio geográfico. Siguiendo a Trombold (1991: 1), se identifican regularidades y peculiaridades para ver si en sus propios términos es posible utilizarlos como un indicador de complejidad social. Ello, partiendo de que ciertos puntos (y no otros) fueron expresamente conectados por los caminos, en relación a la complejidad de las sociedades para las cuales estos tenían un valor asignado en esa época (es decir, reflejando su composición interna, su sistema de valores y el modo de adaptación cultural y natural al medioambiente).

Asimismo, según Schreiber (2001: 72) y D'Altroy (2001: 210), los caminos constituyen un elemento importante en la infraestructura imperial y, si bien son difíciles de fechar, unen sitios que sí son fechables; en nuestro caso, los caminos se encuentran asociados a apachetas (lugares sagrados rituales en la cumbre del paso de uno a otro valle), a tambos, corrales y puestos de control (simbólico) inkas. Este es el caso prácticamente de todos los caminos que veremos a continuación.

Camino doble

En los alrededores próximos a Incallajta, durante las prospecciones, se ha detectado un camino que presenta cualidades únicas: es un "Camino Real", con dos ramales paralelos. Se

trata de un camino doble apenas perceptible a la mirada, separado por aproximadamente 30 metros, midiendo el ancho de cada ramal de 1,5 a 4 metros (foto 4 y figura 2). El camino presenta evidencia clara de arquitectura formal inka, siendo aún visibles hasta cuatro o más hileras superpuestas en varios sectores, mientras que en las partes planas de pampa, cada rama del camino es marcada en las orillas por filas de piedras grandes. Se recorrieron más de 10 kilómetros continuos del camino prehispánico y otros discontinuos, encontrándose varios elementos asociados; algunos de



Foto 4. Camino doble hacia Incallajta.

estos últimos, por su importancia, pasamos a describirlos. Desde donde ha sido posible rastrearlo, es decir desde las alturas de Vacas (varios kilómetros al oeste de Incallajta), el primer elemento que puede mencionarse es el Sitio AN-13 Chullpa Ch'utu, localizado en el propio Vacas; por sus estructuras tardías, es posible que esté directamente vinculado al camino. Siguiendo en las alturas al norte de Vacas viniendo hacia Iskay Huasi, es decir de oeste a este, se tienen algunos tramos asociados a material disperso. Bajando levemente a Mishka Mayu Alto se encuentra el sitio Ti-8 Lari Jarana, cuyo nombre curiosamente significa "descanso de hombres"; ubicado 100 metros al norte del camino, se trata de un sitio constituido por estructuras circulares/corrales (¿tal vez incluso un pequeño tambo?) disturbadas por una ocupación colonial posterior.

Siguiendo hacia el este, buena parte del camino se localiza en las laderas de las serranías que constituyen las alturas de Iskay Huasi. Cerca de una de las quebradas que atraviesa el camino observamos una estructura que

podría haber servido como el basamento de un extremo de un posible puente; también se encontraron remanentes de pequeñas estructuras en asociación con el camino.

En la cumbre que constituye el paso entre dos valles muy altos, en el extremo oriental de Iskay Huasi y el extremo occidental de las pampas de Churu, donde ambas ramas del camino se unen, se registró una estructura rectangular así estratégicamente ubicada, que parece corresponder a un "puesto de control" (Mamahuasi K'asa). Dicha estructura está asociada a dos estructuras circulares de aproximadamente 2,5 metros de diámetro y presentó cerámica diagnóstica inka con engobe rojo. Pasando el puesto de control, las dos ramas del camino nuevamente se dividen, desapareciendo completamente en las pampas aproximadamente 100 metros al este de la estructura.

Hacia la parte más baja de las pampas se encuentran dos grandes corrales circulares de aproximadamente 15 metros de diámetro. De allí se dirige hacia Incallajta, atravesando el sitio Inca Huayco (foto 5), que se emplaza en



Foto 5. Inca Huayco, puesto de control del agua.

un paso estrecho en los inicios del cañadón y constituye la naciente de la vertiente que llega varios kilómetros adelante a la cascada de Incallajta, evidenciando también el control del agua hacia el sitio. Por último, llega al propio muro zigzag de Incallajta, el cual tiene una entrada principal y otras dos internas.

El camino descrito previamente posee varias características especiales, siendo este el único camino doble en la región, dualidad que no es funcional a la accesibilidad en diferentes estaciones, dada su altura en las laderas y su paralelismo en las pampas. Popularmente se sugiere que estas sendas dobles podrían indicar estratificación, donde el Inka y otros personajes reales utilizaban una de las sendas, mientras que las personas de nivel inferior (e incluso los animales) se desplazaban por la otra. Lo cierto es que, consideramos que estaríamos frente a un camino real.

En nuestra opinión, la importancia del camino doble estriba en el puesto de control, que

restringe simbólica y físicamente el acceso en dirección al valle más bajo ya que, analizando la amplitud del paisaje, no tendría sentido hacer tal unión y no conocemos ninguna otra estructura en esta región que se construya para un camino y físicamente lo bloquee. Más bien, la ruta parece diseñada para que cualquier persona, al buscar o requerir el acceso a Incallajta desde el oeste, deba atravesar obligadamente esta estructura. De hecho, un examen del camino y el paisaje sugiere que este acceso puede constituir un espacio ritual, una apacheta en una ruta de peregrinación a Incallajta (Coben y Muñoz 2000).

Es difícil rechazar de antemano la sugerencia de que el muro escalonado en la cima de Incallajta podría haber tenido una función defensiva (foto 6). Primero, porque el muro solo se construyó en el lado norte de la cumbre del sitio, que sin su existencia sería fácilmente accesible; a su vez, la pared acaba donde la colina se corta abrupta y peligrosamente,



Foto 6. Muro zigzag en la cima de Incallajta y vista de escala (abajo derecha).



Foto 7. Vista de los grandes bloques de piedra en el acceso a Incallajta por la cima del sitio, donde finalizaría el camino doble.

haciendo su ascenso difícil sino imposible. Segundo, porque en la parte interna del muro se encuentran grandes cantidades de cantos rodados (¿boleadoras?) que parecen indicar un uso defensivo real, pudiendo haberse construido también para ese propósito.

Sin embargo, siguiendo a Coben y Muñoz (*op. cit.*), se tiene conocimiento de la existencia de un acceso diferencial y cada vez más restringido a los sitios sagrados inkas, ¿sería Incallajta un sitio ritual importante? El análisis de estas cualidades únicas en el camino, en contraste con los otros caminos y sitios de la región, el paso por apachetas, las restricciones y puestos de control que seguramente permitían el acceso al mismo solo a ciertos personajes, sugieren tratarse de una senda ritual y que Incallajta podría haber jugado un papel muy importante en la religión inka y en la proyección de poder al que estaba asociado. En este punto, recordemos también el papel que juega el peregrinaje (Stanish y Bauer 2007: 45), como un ejemplo del rol del poder en la manipulación ideológica.

Por otra parte, si pensamos que “un grupo arquitectónico o simples elementos arquitectó-

nicos, alcanzan la connotación sacra por contener o recitar en su interior –o simplemente servir de marco, receptáculo o apoyo– a un objeto natural o manufacturado sagrado” (Zecena-ro 2001), podemos mencionar que el muro escalonado al que llega el camino doble es visible desde varias partes del camino y que la posibilidad de que Incallajta cumpliera una función ritual y simbólica importante, y que la cumbre del sitio especialmente sea sagrada, puede verse reforzada precisamente por las características arquitectónicas del muro: mientras que el total del muro muestra la cara externa de piedra canteada mediana unida con argamasa de barro, en el sector del acceso, fungiendo el muro como marco, se presenta un rasgo sorprendente, a manera de “letrero”, formulado mediante tres enormes bloques de piedra de más de un metro de alto por sesenta centímetros de ancho (foto 7), completamente diferentes de toda fachada no solamente del muro escalonado, sino del monumento en su integridad.

No existe otro sector con estas características, ni tampoco en la zona, lo que nos hace pensar en la “llegada y fin” de la senda ritual. Un

fenómeno similar se presenta en Samaipata, un sitio altamente ritual, donde en la cima de la roca esculpida, se construyó un muro inka de piedra canteada que forma meandros y es visible desde todas partes; por lo tanto, no es de extrañarse que esta característica esté presente en todos los sitios inkas sagrados a lo largo del Tawantinsuyu, ya que este muro de Incallajta también recuerda a Ollantaytambo y, por supuesto, a Sacsayhuaman en Perú, indudables representaciones de la arquitectura de poder inka.

En conclusión, sugerimos que este camino doble inka podría estar marcando la ruta de peregrinación ritual al sitio de Incallajta, originándose por lo menos por el oeste en Tiraque, y en el propio valle de Cochabamba viniendo por Sacaba (y no necesariamente como se había pensado anteriormente, por el valle alto) y que el muro zigzag podría representar el ingreso a un espacio ritual. Si bien esta “senda ritual” sugiere que por lo menos la cumbre del sitio sería particularmente sagrada, esto no debe parecer incoherente con la apariencia

defensiva ya que, alternativamente, podría haberse realizado el uso militar de un sitio ritual.

Otros caminos

Observemos ahora, los otros caminos y rutas en el área de Pocona. Sabine MacCormack (2001: 422) indica que Cusco se erigió como el centro de una red de caminos que iban a las cuatro partes del Imperio y que una situación similar tenía lugar en las provincias lejanas, tal como se presenta en nuestra zona de estudio.

Las prospecciones realizadas en la zona muestran que en los alrededores de Incallajta se encuentra una recurrencia de caminos y rutas cada ciertos tramos de la cordillera, la mayoría de los cuales van hacia el piedemonte cercano a Pocona, sin lugar a dudas (figura 2). Entre los caminos formales, se cuenta –además de otros y en orden de izquierda a derecha– con el de Toldo K’asa entre Tiraque y el Chapare (foto 8), el de las alturas de Tiraque



Foto 8. Camino de Toldo K’asa, asociado a tambo (arriba izquierda) y corral (abajo izquierda).

Figura 2. Imagen que muestra los caminos registrados en la zona y la recurrencia de ingresos hacia el piedemonte.



(foto 9), el de Tiraque-Calvario (foto 10), el de Ch’ago, el de Infiernillos llamado Cuchi Yan con su tambo de Cayarani (foto 11), el Iskay Ñan de Koari mencionado anteriormente (foto 12), la ruta de Capillitayoj que llega hasta T’oqo Cueva en Huasa Mayu en plena zona de neblina del piedemonte (foto 13), el de Sehuencas, la ruta de Inca Perq’a desde una cantera (foto 14) y el de Tiraque Chico, con su Tambillo (foto 15), la mayoría de ellos asociados a tambos o corrales. Por otra parte, se cuenta con caminos y rutas de ingreso por Chaupiloma y por Epizana. Asimismo, tenemos referencias de sitios y caminos que van hacia y mucho más adentro en el piedemonte, a los cuales lamentablemente hasta ahora no hemos podido llegar, sin embargo contamos con datos de informantes y por imágenes satelitales.

A través de las prospecciones realizadas y de la perspectiva regional priorizada, ras-

treando tanto los diferentes sitios, rasgos, su uso, jerarquización y su función (tambos, terrazas agrícolas, andenes y especialmente lugares de almacenamiento, silos o *collcas*), logramos obtener la esfera de acción de Incallajta que está reflejada en la figura 3 (abajo) y que da cuenta de la enorme importancia agrícola de los valles de Pocona y el interés y usufructo por parte de los inkas (no está de más recordar aquí, que el avance del imperio –este u otro–, era definitivamente por su ambición por los recursos existentes en diversas zonas y Pocona no fue la excepción), así como los caminos y rutas establecidos, que se encuentran en la zona y los elementos asociados a estos.

Ahora bien, todos los caminos mencionados se sitúan en el paisaje de manera que unen sitios y rasgos inkas, por lo que nos parece relevante tener una imagen de los caminos con la ubicación de Incallajta en relación a los sitios y centros de servicio inkas cercanos



Foto 9. Camino en alturas de Tiraque y detalle (abajo izquierda).

Foto 10. Camino de Tiraque-Calvario en el pueblo mismo de Tiraque, al parecer reutilizado en la época colonial.



Foto 11. Camino "Cuchi Yan" en Infiernillos y detalle (arriba izquierda) más su tambo de Cayarani (abajo derecha).

Foto 12. Iskay Ñan en Koari, posible inicio del camino doble hacia Incallajta por esta zona.



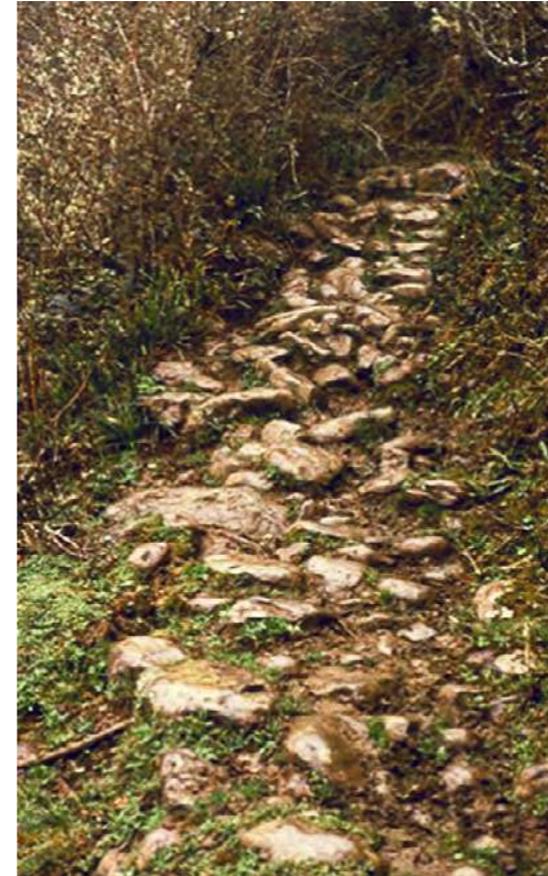


Foto 13. Capillitayoj (izquierda) y muro (derecha) en la ruta a Toq'o Cueva.



Foto 14. Ruta y sitio de Inga Perga y cantera de piedra (abajo izquierda).

Foto 15. Camino Tiraque Chico a Tambillo en plena yunga.



a la zona, allí se puede comprobar, claramente, que el sitio se ubica en el centro de todo el movimiento y, definitivamente, con intencionalidad hacia el piedemonte (figura 3).

El interés inka por ingresar a las zonas de cultivo de coca y por la coca como producto, se ve sugerido arqueológicamente por esta recurrente presencia de caminos y rutas –cada ciertos tramos en la cordillera– que ingresan

hacia el norte y el oriente (hacia el pie de monte y la Amazonía), así como por los importantes tambos localizados a orillas de los mismos y los diferentes tipos de silos registrados en los valles de Pocona.

En términos generales, la expansión incaica se habría visto motivada por las potencialidades y variados recursos (especialmente coca y maíz) existentes en la región, y por su –ya remarcada al inicio– ubicación geográfica excepcional.

Reflexiones finales

El panorama previo de Pocona se muestra muy distinto al del momento del arribo inka a la zona. A nivel de historia cultural, podemos decir que en la región de estudio la mayor concentración y frecuencia de sitios importantes de los periodos Formativo y Horizonte Medio tiene lugar –por contraposición con los asentamientos inkas– en las zonas bajas (sur y este) de los valles de Pocona. Esto lleva a pensar en las relaciones que la gente de estos valles habría mantenido con los valles bajos del sur y, por tanto, con culturas de Omereque, Mojo-coya y Río Julpe (que constituye una entrada natural hacia Pocona) desde muy temprano, al mismo tiempo y después de Tiwanaku, curiosamente más que con el valle alto cochabambino y Mizque –al menos en esos períodos–, con patrones de asentamiento en las partes de valle, laderas y colinas de mediana altura. Mientras que hacia el norte, oeste y alrededores de Incallajta, en Chiuchi, Mama Huasi, Mataral e indudablemente hacia el piedemonte, los sitios son básicamente tardíos-inka, inka y coloniales, se presentan en menor frecuencia y especialmente con patrones de asentamiento –como vimos en el caso inka– en las alturas y cumbres más altas de los cerros.

Figura 3. Imagen que muestra la ubicación de Incallajta y la distancia en relación a sitios y centros de servicio.



Consideramos entonces que, en su modelo de expansión hacia Pocona, los inkas vieron otros paisajes con implicancias físicas y económicas, como la productividad de los valles y yungas, además de la ambición por el poder y el control de los recursos, en fin, sus intereses personales, grupales o de élite, construyendo –como se afirmó–, su propio modelo del espacio y aventurándose por la coca al Machu Yunga indómito, más allá de su entorno inmediato conocido.

Si bien dos de los sitios que se constituyen como importantes elementos de esta presencia en el valle central, directamente relacionados con Incallajta, son Incarracay y Cotapachi (especialmente este último que con sus 2500 *collicas* o silos fue la instalación más grande de almacenamiento estatal que se conoce), las investigaciones realizadas, la cantidad de silos inkas existentes en Pocona, y los caminos y rutas que dan cuenta del interés del ingreso inka

a zonas de cultivo de coca y hacia el oriente, llevan a plantear que los productos almacenados en Cotapachi (básicamente maíz) iban directamente al Cusco a través de Paria, como lo indican las fuentes escritas coloniales, mientras que los productos obtenidos en Pocona servían para abastecer los ejércitos y para la expansión inka hacia el oriente y que la coca y no el maíz (o más que este). Probablemente esta fue una de las razones fundamentales para el establecimiento inka y el sustento para la magnitud de la expansión del Imperio. Es decir, Incallajta no funcionaba como una periferia, sino –a la vez– como un “centro” con su propia periferia hacia el piedemonte y hacia los llanos.

De igual manera, las recientes investigaciones etnohistóricas apuntan a la intencionalidad del establecimiento principalmente por la coca, al control y almacenamiento de la misma y al relacionamiento inka con los gru-

pos que tenían el control previo de los cocales (ver Muñoz 2012). Recordemos, asimismo, la importancia de la producción de la hoja de coca, que en la época española habría continuado realizándose incluso a mayor escala “en el importante (previo, ya existente) enclave cocalero en los yungas de Pocona, con su almacenamiento en Tiraque que –según las fuentes– previa llegada inka estuvo a cargo de los caciques Cotas y seguramente los inkas la mantuvieron con ellos allí por su experiencia previa (que los inkas precisaban) en el manejo de los cocales en los yungas de Oma y que habrían continuado (lo que implica que ya se daba y a una escala considerable) los turnos rotativos (mita de la coca)...” (Del Río 2004). Si consideramos esta información procedente de fuentes escritas podemos deducir, por un lado, que Pocona se encontraba habitado por distintas etnias y que sus pobladores podrían haber tenido sus propios caminos y rutas antes de la presencia inkaica, y que seguramente también utilizaron la vialidad inka; por otro lado, que los inkas tuvieron la capacidad y experiencia del manejo de esta diversidad étnica y económica.

Referente al tema de caminos, y reforzando la idea de que la relación entre imperios y geografía implicaba infraestructura administrativa y caminera, ya vimos –a través de la ocupación del espacio– cómo fue la llegada inka a Pocona y los cambios con el periodo previo. Veamos ahora algunas consideraciones más sobre los caminos inkas, las implicaciones y el rol que jugaron, que fueron fundamentales para entender Incallajta y el establecimiento y aprovechamiento inka en Pocona.

En nuestro caso, es importante la consideración de que en poco tiempo los inkas construyeron una sofisticada infraestructura caminera con rutas troncales, a manera de “red”, y secundarias así como elementos asociados a

ellas. La corta duración de la ocupación inka en la zona se encuentra sustentada tanto por la profundidad de depósitos que se observa en las excavaciones, como por los fechados inkas que se han logrado en los últimos años, c. 680 AP (ver Muñoz 2012), los mismos que corroboran lo que recurrentemente muchos estudiosos han repetido no solo para Cochabamba sino para toda la expansión inka en los Andes, en el sentido de que el Imperio Inka habría logrado una avanzada a muy gran escala en un periodo relativamente corto de tiempo.

Aunque no sabemos con exactitud si nuestro camino doble forma parte de los *ceques* mencionados por los cronistas como existentes en la zona, sugerentemente este se encuentra a medio camino entre dos centros sagrados inkas, el lago Titicaca y “El Fuerte” de Samaipata.

Si bien los inkas pudieron haber configurado su red vial utilizando rutas antiguas (las cuales en la topografía de los Andes hacia los valles, son casi las rutas “naturales”), como apuntan las investigaciones, podemos deducir que de ninguna manera sus rutas mantuvieron las implicancias previas; las suyas reforzaban la idea de comunicación y control de su poder en el Collasuyu, ya que implicaron un gran despliegue de ingeniería con impacto en todo el Imperio.

Ahora bien, la perspectiva regional y los fundamentales caminos estudiados nos ayudan también para evaluar y determinar el carácter de fortaleza y frontera adjudicados a Incallajta.

Al inicio se abrió la pregunta de si Incallajta era solo una fortaleza y una frontera, estos temas los hemos tratado en otros artículos (Muñoz 2012, 2018), habiendo podido establecer a través de excavaciones y la observación del sitio, que se trató de la ciudadela más grande e importante del Collasuyu o “el otro Cusco”

y –rebatando a las fuentes y anteriores aseveraciones– que cumplió diversas funciones, no únicamente como fortaleza. En este punto, recordemos que la arquitectura construida por los gobernantes inkas para propósitos administrativos, de colecta, religiosos y militares, tiene como rasgo más frecuente la repetición, tanto en forma como en disposición; esta similitud resultaría de una intención consciente de duplicar el modelo considerado representativo de una función dada.

Esta actitud se veía fortalecida cuando era auspiciada e impuesta por el Estado, porque en la repetición del modelo se identificaba uno de los rasgos de la cultura dominante en los territorios conquistados. No solo ello, en el caso de Incallajta y de los sitios de Pocona, podemos percatarnos, además de la repetición del modelo, del efecto que debió tener sobre los habitantes y su memoria la hegemonía del poder inka, reflejada no solamente en la ubicación de los sitios sino también en su tamaño y la magnitud de su arquitectura monumental, con sus estructuras que se registran como “arquitectura de poder” ante la gente conquistada, cuya magnitud y sola presencia allí era motivo de sobrecogimiento e interrogante. Nótese además la ubicación clave de Incallajta en relación a los centros de servicio.

En cuanto al tema de frontera y el análisis de los caminos, ya vimos que aquellos registrados en las prospecciones del Proyecto Incallajta dan cuenta de los varios ingresos a piedemonte en una zona pequeña, como se observa en la figura 3 arriba citada. A esto se une el hecho de que se tienen referencias sobre la existencia de grandes sitios inkas tanto en el piedemonte, muchos más alejados que Incallajta, como hacia el oriente; un claro ejemplo lo constituye Pucara de Pasorapa. Sobre la base de esa evidencia arqueológica,

reforzamos la idea de que Incallajta no fue una frontera para la época inka.

Por otra parte, tanto las estructuras del complejo como las excavaciones efectuadas evidencian que ocurrieron dos periodos de ocupación inka en el sitio, sin haberse encontrado un evidente horizonte de destrucción hasta el momento. Es probable, sin embargo, que hubiera existido una corta ocupación de grupos de tierras bajas, ya que se conoce por fuentes históricas que Incallajta fue destruida por los chiriguano y se menciona recurrentemente, no solo para esta zona sino también para áreas incluso más hacia el sur, el ataque intermitente de grupos de tierras bajas. Por el momento, este supuesto se ve fundamentado principalmente en las fuentes coloniales. De cualquier manera, resulta evidentemente que Incallajta no fue una frontera para la época inka. Lamentablemente, la zona de yungas es demasiado peligrosa en la actualidad y no se han podido registrar los sitios arqueológicos que tenemos reportados por diversas fuentes, pero esta arremetida hacia la zona habla de la magnitud del área de influencia que seguramente lograron los inkas.

Asimismo, las fuentes etnohistóricas dejan entrever las relaciones de los inkas con los señores de la zona, que les ayudaron a construir las fortalezas en las zonas de frontera (ver Muñoz 2012). En este punto debemos asumir que las etnias que venían ocupando los valles de Pocona no vivían aisladas y que seguramente mantenían relaciones antiguas con sus vecinos de zonas cercanas, las que los inkas también debieron aprovechar, implicando “que la frontera inkaica no fue simplemente una impenetrable línea militar marcada por fortalezas, sino un borde bastante más amplio, de relaciones complejas, límites difusos y políticamente inestables” (Del Río 2004), lo que

también hace suponer que en tiempos de guerra pudo haber funcionado como frontera pero en tiempos de paz esto se hacía flexible.

Retornando a Incallajta, el análisis del sitio, las relaciones con otros sitios y centros de servicio inka, y todo aquello que hemos podido detectar a través del análisis de los caminos, refuerza nuestra posición de que lo más probable es que el sitio hubiera jugado un rol simbólico de reproducción del poder inka, relevante en toda la región, dentro de los esquemas generales de poder y cosmovisión que desarrollaron los inkas en todo su imperio. Se trataría de una ciudadela con una enorme esfera de acción, reflejada desde la perspectiva de investigación regional a través de las prospecciones realizadas, donde los caminos jugaron un rol fundamental no solo para los inkas sino también para las presentes investigaciones, ayudando a entender mejor el propio rol de Incallajta y la ocupación inka en Pocona.

Así, al mismo tiempo de refutar la idea de que Incallajta constituía una simple fortaleza o “la frontera oriental inka”, debemos señalar que podría ser comparada, prácticamente, a cualquier decápolis romana. De hecho, consideramos que –en dirección hacia el oriente y sureste– fue el centro de difusión de una ideología ampliamente extendida por gran parte de Sudamérica, ya que la inka es considerada una de las principales culturas del continente y del mundo, alcanzando este desarrollo en menos de cien años.

A manera de reflexión final desde el presente, nos toca decir que a partir de la perspectiva desarrollada a través de todo este artículo, hemos demostrado que los caminos jugaron un rol primordial en la arremetida inka a Pocona; si bien actualmente nos brindan luces sobre su ocupación de la región y permiten una

mejor comprensión de Incallajta, queda claro que en su momento tuvieron implicancias muy fuertes para los pobladores que venían habitando estos territorios, para el paisaje como tal y para el paisaje político, económico y social de la zona. Entonces, surge la pregunta sobre ¿cuál es el sentido de la reivindicación actual del Qhapaq Ñan, si en tiempos inkas sus caminos jugaron el rol que jugaron y funcionaron para la expansión económica e ideológica del Imperio?, su rol –al presente menos mal olvidado– ¿a qué intereses sirve hoy?

A manera de ejemplo, no está de más mencionar que fue en Incallajta donde se preparó el expediente para su postulación como Patrimonio de la Humanidad ante UNESCO con la participación total de las comunidades y autoridades de la zona, bajo la coordinación del Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón en Cochabamba, el mismo que fue enviado el año 2004 para su evaluación, con la consiguiente respuesta unos años después de que esta postulación quedaba diferida “hasta que salga el Qhapaq Ñan”, lo cual desencadenó el descontento especialmente de las comunidades y su renuencia a que Incallajta pudiera ser incluida, posteriormente, únicamente como un apéndice del mismo. De hecho, cuando el Qhapaq Ñan fue declarado patrimonio mundial, el 21 de junio de 2014, esta zona no fue ni remotamente considerada dentro del mismo. Por otra parte, observamos que mientras el Perú invierte mucho tiempo y recursos en el Proyecto Qhapaq Ñan, y en el trabajo con las comunidades aledañas al mismo, en Bolivia y probablemente en otros países que forman parte de este sistema vial, la realidad es totalmente diferente y las posibilidades... nulas. Quedan las preguntas.

Referencias citadas

FUENTES DOCUMENTALES

Coben, Lawrence y María de los Angeles Muñoz
2000 *Inkallakta: A regional perspective*. Ponencia presentada al 65th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Philadelphia.

Del Río, Mercedes
2004 *Reflexiones sobre el Umasuyu: Pocona y Totora en el siglo XVI*. Ponencia presentada en el Seminario-Taller "Incallajta, despertar al mundo", Cochabamba.

Lavayén, Carlos
2004 *Arquitectura y urbanismo de Incallajta*. Ponencia presentada en el Seminario-Taller "Incallajta, despertar al mundo", Cochabamba.

Muñoz, María de los Angeles
2012 *Representaciones del poder político y administrativo inca en el Collasuyo, a través de un sitio monumental: Incallajta*. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.

FUENTES IMPRESAS

Augé, Marc
1992 *Los no lugares: espacios del anonimato*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Alcock, Susan E.
2001 "The reconfiguration of memory in the eastern Roman empire", en Susan E. Alcock, Terence N. D'Altroy, Kathleen D. Morrison y Carla M. Sinopoli (editores), *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, pp. 323-350. Cambridge: Cambridge University Press.

Barfield, Thomas J.
2001 "The shadow empires: Imperial state formation along the Chinese-Nomad frontier", en Susan Alcock, Terence D'Altroy, Kathleen Morrison y Carla Sinopoli (editores), *Empires*.

Perspectives from Archaeology and History, pp. 10-41. Cambridge: Cambridge University Press.

Bourdieu, Pierre y Jean Claude Passeron
1977 *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: Editorial Laia.

D'Altroy, Terence N.
2001 "Politics, resources, and blood in the Inka empire", en Susan Alcock, Terence D'Altroy, Kathleen Morrison y Carla Sinopoli (editores), *Empires. Perspectives from Archaeology and History*, pp. 201-226. Cambridge: Cambridge University Press.

Ellefsen, Bernardo
1973 "El patrón urbano incaico según el profesor Zuidema y su relación con Incallajta", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* [Lima], 2(4), pp. 29-34.

Espinoza Soriano, Waldemar
1969 "El Memorial de Charcas: crónica inédita de 1582", *Cantuta. Revista de la Universidad Nacional de Educación* [Lima], 4, pp. 117-152.

Iwaniszewski, Stanislaw
2001 "Astronomía, materialidad y paisaje: reflexiones en torno a los conceptos de medio ambiente y horizonte", *Boletín de Antropología Americana* [México, D.F.], 37, pp. 217-240.

MacCormack, Sabine
2001 "Cuzco, another Rome?", en Susan Alcock, Terence D'Altroy, Kathleen Morrison y Carla Sinopoli (editores), *Empires. Perspectives from Archaeology and History*, pp. 419-435. Cambridge: Cambridge University Press.

Meruvia Balderrama, Fanor
2000 *Historia de la coca: los yungas de Pocona y Totora (1550-1900)*. La Paz: Plural Editores - Centro Regional de Educación Superior - Alcaldía de Totora.

Morales, Adolfo de (editor)
1977 *Repartimiento de tierras por el Inca Huayna Capac (testimonio de un documento de 1556)*. Cochabamba: Departamento de Arqueología y Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón.

Morris, Craig y R. Alan Covey
2003 "La plaza central de Huánuco Pampa: espacio y transformación", *Boletín de Arqueología PUCP* [Lima], 7, pp. 133-149 (número temático: *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas* (segunda parte), editado por Peter Kaulicke, Gary Urton e Ian Farrington).

Muñoz, María de los Angeles
2018 "El Rol y la Organización del Imperio Inca en Pocona, a través de Incallajta", en Izumi Shimada (editor), *El Imperio Inca*, pp. 549-585. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Pereira Herrera, David
1982 *La red vial incaica en Cochabamba (estudio arqueológico y etnohistórico)*. Cochabamba: Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo de la Universidad Mayor de San Simón (Cuadernos de Investigación Universidad Mayor de San Simón, 1).

Ramírez Valverde, María
1970 "Visita a Pocona (1557)", *Historia y Cultura* [Lima], 4, pp. 269-308.

Schramm, Raimund
1999 *Pocona und Mizque: Die Umgestaltung einer indianischen Gesellschaft im kolonialen Peru (Charcas)*. Wien: Böhlau Verlag Köln Weimar (Lateinamerikanische Forschungen, 27).

Schreiber, Katharina
2001 "The Wari empire of Middle Horizon Peru: The epistemological challenge of documenting and empire without documentary evidence", en Susan E. Alcock, Terence N. D'Altroy, Kathleen D. Morrison y Carla M. Sinopoli (editores), *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, pp. 70-92. Cambridge: Cambridge University Press.

Stanish, Charles y Brian Bauer
2007 "Pilgrimage and the Geography of Power in the Inka Empire", en Richard L. Burger, Craig Morris y Ramiro Matos Mendieta (editores), *Variations in the Expression of Inka Power. A Symposium at Dumbarton Oaks 18 and 19 Oc-*

tober 1997, pp. 45-79. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Trombold, Charles D. (editor)
1991 *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wachtel, Nathan
1981 "Los mitimaes del valle de Cochabamba: la política de colonización de Wayna Capac", *Historia Boliviana* [Cochabamba], 1(1), pp. 21-57.

Woolf, Greg
2001 "Inventing empire in ancient Rome", en Susan E. Alcock, Terence N. D'Altroy, Kathleen D. Morrison y Carla M. Sinopoli (editores), *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, pp. 311-322. Cambridge: Cambridge University Press.

Zecenarro Benavente, Germán
2001 *Arquitectura arqueológica en la quebrada de Thanpumach'ay*. Cusco: Municipalidad del Cusco.

3
P A R T E

**Qhapaq Ñan
en Colombia**



Entre “caminos reales” y “caminos de herradura”. Reflexiones sobre el estudio de los caminos en Colombia

ALEJANDRO BERNAL VÉLEZ

EQUIPO DE ARQUEOLOGÍA, CAMPO LA CIRA-INFANTAS
(BARRANCABERMEJA, SANTANDER),
COLOMBIA

Introducción

Reconstruir la historia de los caminos es una forma heurística de aproximarse a la historia de las relaciones socioculturales, y un análisis de las dinámicas históricas que crean y le dan sentido a los espacios. Acorde con algunas propuestas y experiencias en el estudio de la historia y la arqueología de caminos en Colombia y otros contextos suramericanos (Cardale de Schrimppff 1996, 2000a; Erickson 2000; Jiménez 2002, 2009; Jiménez *et al.* 2004; Botero 2006, 2007a; Martínez 2009; Carreño 2010a, 2010b; González 2017; Vitry 2017; Serrano 2019), los trazados, rutas, empedrados, zanjas y demás medios físicos o simbólicos que se definen como caminos ponen en contacto a un punto con otro. Estas referencias bibliográficas señalan, además, que adicionalmente al hecho de la necesidad de conexión entre dos puntos, los caminos son agentes materiales que hacen parte de la creación y transformación de los espacios. Asimismo, en tanto artefacto que comunica o relaciona espacios, un camino hace parte de un entramado mayor compuesto por viajeros, mercancías, saberes, conocimientos y comunidades.

Sin duda alguna, las apreciaciones anteriores son solo un esbozo en el que breve y sucintamente se plantean algunas cuestiones que resaltan la importancia de los caminos como objetos de estudio. Con el ánimo de contribuir al III Taller internacional sobre el Qhapaq Ñan, el presente escrito tiene como objetivo presentar algunas experiencias arqueológicas e historiográficas que se han dado en Colombia sobre el tema caminero, dentro de las cuales el Sistema Vial Andino es una parte importante de estas, pero ciertamente no la única. A diferencia de otros artículos incluidos en el presente volumen, no se presentarán detalles

técnicos o constructivos sobre caminos. Principalmente, se busca resaltar que existe un interesante panorama de casos regionales a partir de los cuales es posible proponer algunos puntos de discusión sobre las relaciones de las vías de comunicación con la articulación espacial, con modelos de poblamiento y una historia de los paisajes y los territorios.

Los estudios históricos

Los caminos como tema central de textos y publicaciones académicas hacen su aparición en el ocaso del siglo XX, cuando en el país habían madurado las relaciones de la historia con las otras ciencias sociales. No obstante, sería injusto el desconocer que con anterioridad a la década de 1990 se cuenta con referencias importantes sobre el tema de la vialidad y los caminos escrita desde distintos ámbitos de la producción historiográfica nacional. Principalmente, se destacarían los aportes asociados a una historiografía escrita en el contexto de las academias de historia de cada región y departamento, y desde luego, de la Academia Colombiana de Historia.

La producción historiográfica de corte académico predominó en el escenario intelectual colombiano hasta la década de 1960. Es importante resaltar que esta vertiente de la investigación y la escritura de la historia fue elaborada en su gran mayoría por mujeres y hombres con afición por la historia y con especialización en otras profesiones y oficios, generalmente derecho, medicina, la milicia y el clero, si bien hay notables excepciones a esta regla. En buena medida esto se relaciona con un escaso desarrollo de reflexiones teóricas explícitas sobre la función de los caminos, las vías y las comunicaciones y su relación con el espacio. En general,

se trata de relatos lineales centrados sobre algún personaje de importancia, abundantes en citas textuales y largas referencias directas a las fuentes, y en donde hay poco espacio a la crítica o la discusión entre teoría, metodología y realidad empírica. Sin embargo, dado que en muchos casos trabajaron con archivos hoy en día inexistentes o de difícil acceso para el público general, como es el caso de los fondos documentales de las órdenes religiosas o los archivos familiares, estos textos serán siempre una extensa e inagotable veta de información para la historia de los caminos.

Tal vez el mejor ejemplo de este tipo de historiografía académica es la erudita obra del vallecaucano Víctor Manuel Patiño (1991) en su colección *Historia de la Cultura Material en la América Equinoccial*, cuyo tercer volumen estuvo dedicado a las “vías, transportes y comunicaciones”. Se trata de una obra escrita por un agrónomo y botánico que, tal vez debido a la formación de su autor, presenta una taxonomía y descripción pormenorizada de muchos temas y subtemas relacionados con la historia de los caminos y transportes terrestres de varias regiones de Colombia y otras partes tropicales de Centro y Sudamérica. Alternó indistintamente la información de crónicas coloniales, descripciones de viajeros y documentos de archivo para presentar detalles de la existencia de vías, el estado de las mismas en un momento determinado, el sistema de cargueros y otras estructuras relacionadas con los caminos como puentes y posadas. Cubrió además un abanico cronológico amplio que llega hasta el siglo XX. En lo que respecta al período prehispánico, no empleó documentación arqueológica, y para escribir el relato de épocas anteriores a la invasión española se concentró en la presentación de testimonios de la época de la conquista e incluso de viajeros más tar-

díos. En resumen, con todos los defectos que se le puedan encontrar a la luz de las teorías y métodos actuales de la investigación, la obra de Patiño es una fuente obligada de consulta para iniciar el trabajo sobre caminos en muchas regiones de Colombia.

Otro ejemplo a destacar dentro de esta corriente historiográfica para el tema de los caminos es Roberto Velandia (1993) quien, a diferencia del anterior autor y a pesar de su formación como filósofo, tuvo una relación más estrecha con el quehacer historiográfico e hizo de la historia su oficio de vida. Su libro *Descubrimiento y caminos de los Llanos Orientales* se encuentra orientado a entender el origen y evolución de los caminos que comunicaban al centro político del país, en la Cordillera Oriental, con las extensas sabanas y bosques tropicales que se extienden hacia el oriente y la Orinoquía. En especial, se destaca la génesis de las comunicaciones y la apertura de vías en función de la fijación de una frontera del espacio colonial español con los territorios portugueses. El estudio está sustentado sobre una base documental mucho más selectiva y sistemática que en el caso de Patiño. Adicionalmente, habría también que mencionar que Velandia participó en la década de 1990 en la elaboración de una obra colectiva sobre caminos reales en Colombia que se comentará más adelante, en esta trata de los caminos coloniales en la región central de la Real Audiencia de Santafé, espacio que en el período borbónico se convertiría en el Virreinato de la Nueva Granada. En ambos casos, Velandia detalla rutas, trayectos y los cambios que se fueron dando en el uso y abandono de algunos caminos. Se trata entonces de un autor de referencia obligada sobre el tema caminero de las regiones mencionadas.

Otras obras sobre el tema de los caminos que fueron escritas por esta historiografía de

corte académica (Cruz Santos 1973; Montezuma Hurtado 1983) tienen una utilidad más limitada dado que la información presentada tiene pocos detalles descriptivos, sin una debida contextualización y, en muchos casos, con una escala espacio-temporal demasiado amplia.

Igualmente, resulta pertinente mencionar que una de las vertientes de la historia de corte academicista en la que podemos encontrar información valiosa sobre el tema de los caminos es la historiografía de las misiones y la evangelización. Estos escritos han aportado valiosos datos sobre el momento en el que un tramo o ruta fue construido, las condiciones en las que esto se hizo y las necesidades que llevaron a abrir vías de comunicación entre lugares y regiones que estaban separadas. Incluso, en algunos casos presentan mapas en los que se puede apreciar la red de vías y caminos que daban sentidos particulares a esos espacios. Al respecto, se pueden resaltar como ejemplos los textos de fray Gregorio Arcila Robledo (1950) y del padre Juan Manuel Pacheco (1959), que permiten entender la importancia de los caminos en las conexiones espaciales en los focos misionales de los Llanos Orientales, el piedemonte y la alta Amazonía colombiana, así como entre estos y las ciudades del interior andino colombiano.

Evidentemente, estos dos estudios no están focalizados en el tratamiento específico de los caminos, aquí la apertura y adecuación de vías son un fenómeno anexo a las historias generales de las órdenes religiosas franciscana y jesuita. Se hace alusión a estas obras con la intención de señalar cómo una historia de los caminos puede estar conectada o relacionada con otros temas, en este caso el de las misiones y la evangelización, y con otras de las principales narrativas historiográficas de buena parte del siglo XX. Es decir, que la búsqueda

de referentes e información sobre caminos no puede quedar relegada exclusivamente a textos centrados sobre vías y comunicaciones.

A partir de las décadas de 1960 y 1970 se desarrolló en Colombia la llamada Nueva Historia, en esencia, una historiografía económica y social que fue escrita por profesionales en la historia y otras ciencias sociales, con formación en la investigación, producción y discusión de textos históricos en universidades, y con un contacto más sistemático y consistente con las teorías de las ciencias sociales que se discutían en ese entonces. En particular, la Nueva Historia siguió algunas de las directrices de la escuela francesa de los Anales mezcladas con elementos y conceptos del materialismo histórico. Desafortunadamente, esta historiografía no se focalizó en el estudio de los caminos en particular y no produjo publicaciones específicas o monográficas sobre la materia. El tema se abordó como una cuestión de infraestructura económica dentro de escritos más amplios o generales sobre historia colonial o republicana. El historiador de esta corriente que mayor atención prestó al tema de los caminos es Jorge Orlando Melo.

En su texto *La evolución económica de Colombia, 1830-1900*, publicado en la colección *Manual de Historia de Colombia* sin duda, la publicación más icónica de la Nueva Historia, Melo (1984) vislumbra algunas ideas que son de gran utilidad para entender la posterior evolución de los estudios historiográficos sobre caminos de la Colonia y el siglo XIX, en particular para proponer puntos de reflexión sobre las relaciones entre vías y entidades espaciales. En el citado escrito, se resalta el hecho que en el siglo XIX la nueva república se estructuró territorial y políticamente sobre un modelo de poblamiento que surgió durante la

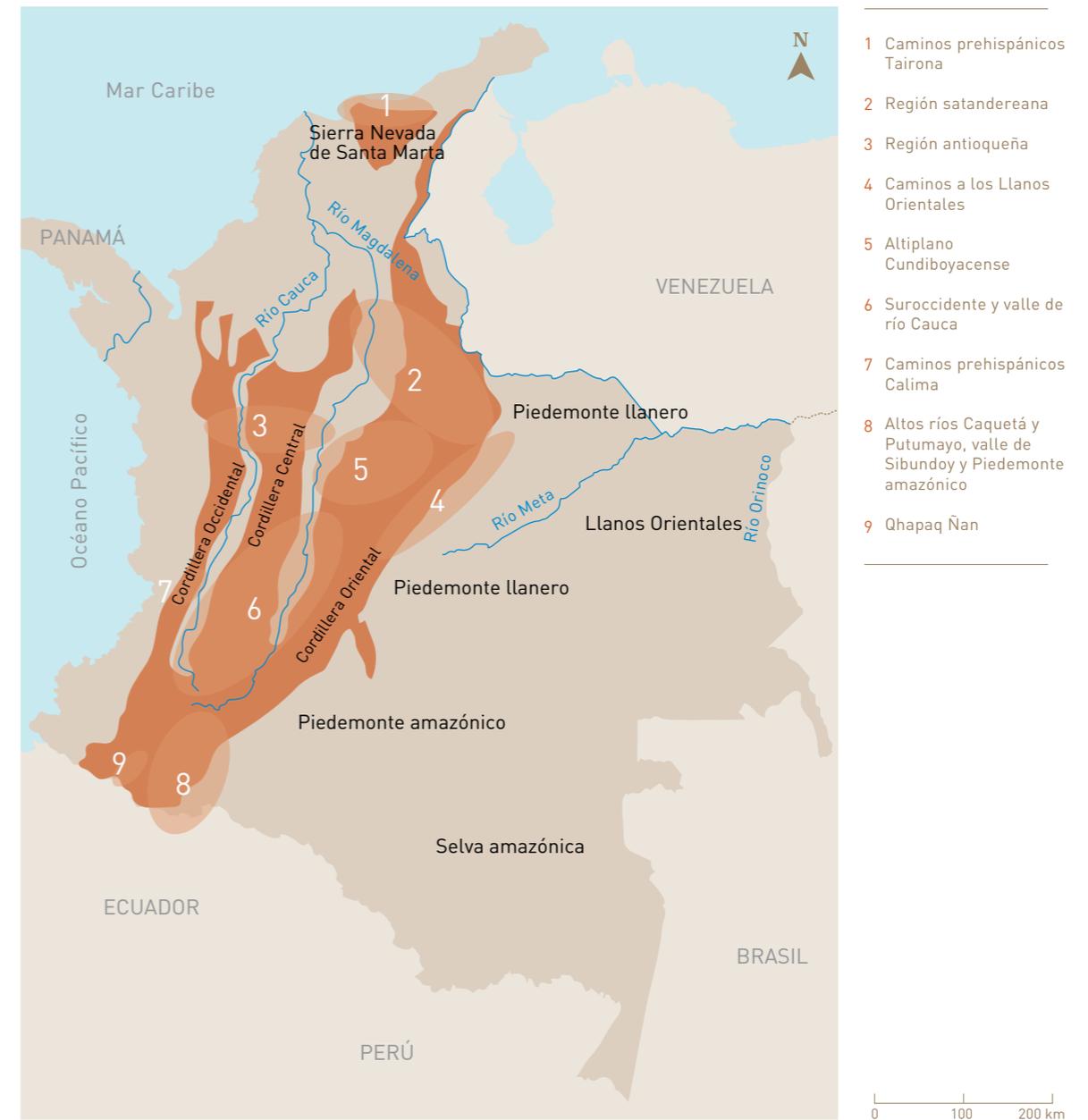


Figura 1. Regiones y caminos mencionados en el texto (elaborado por Alejandro Bernal).

conquista española y se consolidó a lo largo de los siguientes siglos.

Básicamente, el modelo propuesto por Melo consiste en unos centros de población ubicados en el interior andino del país (Pasto, Popayán, Bogotá, Santafé en el período colonial, Tunja, Vélez, Socorro, Santafé de Antioquia, entre otros), y por tanto, salvo el caso de Cartagena, alejados de las costas del Caribe o el Pacífico. En estas ciudades se consolidó el mundo colonial español (instituciones, sociedad, economía, etcétera) y fueron los epicentros desde los cuales irradió el control de las autoridades españolas y posteriormente republicanas, así como el punto de expansión de los sucesivos procesos de colonización interna, especialmente durante el siglo XIX. El origen de este tipo de poblamiento se debería a que se trataba de las poblaciones indígenas más numerosas y densas de las cuales se extraía un importante contingente laboral para la economía colonial temprana, especialmente destinada a la minería.

Adicionalmente, las variadas y difíciles condiciones geográficas, climáticas y ecológicas, cambiantes entre una región y otra, determinaron que los espacios regionales que gravitaban sobre estos centros urbanos en los andes colombianos fueran más o menos autárquicos, autónomos y autosuficientes. Solo algunos pocos productos salían de sus regiones de origen y la búsqueda de una producción de artesanías, manufacturas, explotación minera, y productos agrícolas que sobrepasara la demanda local y regional, estaba dirigida al mercado externo. Esta disposición espacial de las ciudades y regiones retardó la conformación no solo de un mercado verdaderamente nacional, sino también de una integración política del territorio. En este modelo cobran especial relevancia las consideraciones sobre

las comunicaciones, el transporte y, desde luego, los caminos. En palabras de Melo:

Esta situación hacía de extraordinaria importancia los problemas de transportes, que son simplemente la otra cara del mismo fenómeno. El aislamiento entre las diversas regiones se reforzaba por la ausencia de un sistema adecuado de comunicaciones, así como la relativa autarquía de cada comarca, que constituía para la mayoría de los productos una especie de mercado cerrado y hacía difícil materializar las ventajas del desarrollo de caminos o ferrocarriles, que no parecían poder disponer de carga suficiente para justificarlos. Dicho de otro modo, el escaso volumen del tráfico no estimulaba el mejoramiento o la apertura de vías de comunicación, mientras que la ausencia y mala calidad de éstas reforzaba la tendencia de cada zona a producir dentro de sí misma la mayoría de los productos que podía consumir, con excepción únicamente de aquellos para los que existía una absoluta imposibilidad climática y de los que provenían del mercado internacional (Melo 1984: 16).

Otro punto resaltado por Melo (1984: 18) se relaciona con el hecho de que todos los caminos, ya fueran heredados del período colonial o construidos en el siglo XIX, buscaron la llegada a un puerto fluvial. Por consiguiente, existiría una disposición de las vías y es posible que a partir de esta se pueda encontrar un punto de reflexión y comparación de la historiografía sobre los caminos coloniales y republicanos en Colombia de los últimos treinta años: mientras los ejes del transporte y de las comunicaciones en sentido sur-norte eran fluviales, los ejes transversales, en sentido este-oeste u oeste-este, eran terrestres y compuestos por

los caminos, y posteriormente, por los ferrocarriles. De hecho, el movimiento por uno de los ejes se realizaba en función del acceso al otro.

Ahora bien, este esquema es válido y pertinente para la porción central y norte de la región andina colombiana donde los ríos Cauca y Magdalena, principalmente este último, comunican las ciudades y regiones interiores con el Mar Caribe. En términos geohistóricos, el Magdalena ha constituido la arteria que estructuró el poblamiento del interior serrano del país. Igualmente, puede ser parcialmente válido con la historia de los caminos que conectaban el altiplano cundiboyacense con los Llanos Orientales para buscar el río Meta, y por medio de este llegar al río Orinoco y salir al océano Atlántico en el nororiente de Sudamérica. En este caso hay un solo eje de comunicación que discurre solo en sentido oeste-este, y en el cual la parte terrestre comunicaba las ciudades de la Cordillera Oriental con el piedemonte llanero y los llanos más occidentales, y su continuación era fluvial. Sin embargo, es muy poco lo que se ha explorado sobre el esquema de articulación entre caminos terrestres y el uso de los ríos en la parte meridional de los Andes colombianos, y que históricamente tienen una relación mayor con los caminos de la sierra norte del Ecuador, es decir articulados con Quito, con el océano Pacífico y con la alta Amazonía.

Por último, un aspecto interesante señalado por Melo que guarda relación con las continuidades y cambios de los caminos que se han estudiado de manera más arqueológica, tiene que ver con el diseño de los caminos y los mecanismos de uso y transporte que se daban en estos:

Una parte notable de las dificultades del sistema existente provenía de que, dada la utilización general de la mula como medio

de transporte, el diseño de los caminos buscaba las diversas poblaciones siguiendo las líneas más cortas posibles, aunque estas implicaran pendientes elevadísimas. De este modo, el trazo tradicional de los caminos coloniales y de buena parte de los abiertos durante el siglo XIX impedía su transformación eventual en caminos de ruedas, no importa qué mejoras se hicieran a su pavimento (Melo 1984: 20).

Algunas posturas arqueológicas sobre la tipología y cronología de caminos que se comentarán más adelante, centran parte de sus reflexiones en la forma como se definían los trazados de los caminos, y especialmente en las implicancias que tuvieron técnicas como el empedrado y el uso de escalinatas para el tránsito de personas o de mulas.

A partir de la década de 1980 la historiografía colombiana se abrió a nuevas corrientes e influencias de las ciencias sociales. El acercamiento con la geografía, por ejemplo, trajo consigo la investigación en escalas espaciales diferentes a la nación, como sería el caso de la reconstrucción de trayectorias históricas regionales, el desarrollo de intereses investigativos sobre procesos particulares de colonización interna desde el siglo XIX, y las dinámicas de movimiento y fluctuación de las fronteras que dichos procesos fueron creando. Adicionalmente, se comenzaron a hacer visibles los abordajes de algunos problemas en perspectivas de larga duración y no solo detenidos en siglos o cronologías segmentadas. Relacionado con el tema de los caminos, es en este estado del desarrollo de la disciplina histórica en Colombia, en el ocaso del siglo XX, cuando los trazados, las rutas y las vías aparecen como objetos de análisis en una publicación focalizada en esta temática.

En efecto, en 1995 aparece publicado el libro *Caminos reales de Colombia* editado por Mariano Useche. En general, el volumen constituye un compendio de varios textos sobre diferentes tipos de caminos antiguos en Colombia, con una cronología que abarca desde el período prehispánico hasta el siglo XX, y con un amplio abanico de experiencias históricas regionales. Además, los textos fueron escritos por especialistas provenientes de un variado espectro de tendencias profesionales, disciplinares, e investigativas. Tomando en consideración que este libro reúne un conjunto relativamente articulado de ideas sobre caminos históricos escritas desde distintas ópticas y perspectivas, puede afirmarse que constituye un importante hito en el estudio historiográfico del tema por varios aspectos.

En primer lugar, el tratamiento de los caminos y las vías va más allá de los puntos de vista puramente económicos, centrados sobre los productos que se movían, la dirección de sus movimientos, el costo de los viajes, y su relación con los mercados nacional y mundial. Muchos de los trabajos incluidos en *Caminos reales de Colombia* abordan consideraciones más sociales y presentan con mayor énfasis los distintos actores que se relacionaban con los caminos (cargueros, arrieros de mulas, viajeros, constructores, etcétera).

En segundo lugar, el espacio deja de ser el escenario geográfico o natural en donde ocurren los “hechos históricos” y pasa a ser visto como un producto creado y construido mediante relaciones sociales y culturales. En otras palabras, los caminos y las vías comenzaron a ser analizados como artefactos claves en las dinámicas territoriales durante algún período específico. En relación a este aspecto, los casos y ejemplos descritos en el volumen son tratados de forma regional, y se concen-

tran en el hecho que la historia de los caminos forma parte indisoluble de las historias regionales y que, en muchos casos, fueron estas vías las que permitieron la creación y consolidación de ciertas áreas geográficas como una región, en el sentido cultural, económico y social, más allá de las diferencias internas que las mismas podrían haber tenido en un contexto ecológico y fisiográfico.

En tercer lugar, se trabaja el problema de las continuidades o interrupciones entre cronologías. Si bien el libro está dedicado a los caminos reales del período colonial y a aquellos construidos entre la Independencia y 1930, la primera parte del libro se focaliza en el período prehispánico. Se hizo evidente que en muchas regiones existió una continuidad en el uso de caminos o, cuando menos, de algunas rutas y trayectos; por consiguiente, se detectaron algunas permanencias en las articulaciones espaciales. Al respecto, el capítulo del libro *Caminos reales de Colombia* que mejor refleja estas consideraciones es el elaborado por María Clemencia Ramírez de Jara y Beatriz Alzate (1995) sobre los caminos entre los Andes, el piedemonte y la selva amazónica del suroriente de Colombia y nororiente de Ecuador. En la misma perspectiva se dirigen los casos mostrados por Héctor Llanos (1995) del macizo colombiano que conectaban el piedemonte amazónico por el alto río Caquetá con la cuenca del alto río Magdalena. En otras situaciones descritas en la primera parte del libro, como sería el caso de la Sierra Nevada de Santa Marta trabajada por Carlos Alberto Uribe (1995), una significativa red de caminos y calzadas empedradas de origen prehispánico que impresionaron a los españoles fue abandonada luego del período de la conquista, parte por la resistencia indígena, parte por la imposibilidad de tránsito de caballos y mulas

que usaban los españoles. Algunos autores (Langebaek 1995a, 1995b; Melo 1995), si bien reconocen que hay buenos ejemplos que demuestran que el mundo colonial español empleó las rutas que usaban los aborígenes antes de la conquista en sus intentos de entrar y controlar un territorio, descartan que dentro de las sociedades prehispánicas existiese una tradición de construir caminos de envergadura o claramente formalizados que excediesen el ámbito puramente local. En especial, la perspectiva de Carl H. Langebaek (1995a: 43) señala que “[...] muchos caminos prehispánicos tenían un carácter más ceremonial que práctico. Además, aquellos caminos prehispánicos que no se pueden clasificar como ceremonial generalmente no comunicaban regiones apartadas ni servían redes de intercambio a larga distancia”. Sobre esta apreciación se volverá más adelante cuando se hable de las cuestiones arqueológicas.

En lo que respecta a la producción historiográfica sobre caminos que se ha escrito en la presente centuria, se cuenta con aportes significativos centrados en casos regionales concretos. En el presente escrito se tomará como ejemplo de los trabajos regionales referentes a caminos el caso santandereano. En la actualidad esta región corresponde a los departamentos de Santander y Norte de Santander, en el período federal al Estado Soberano de Santander, y en el período colonial a varias provincias, como Socorro, Vélez, Pamplona y Ocaña, por solo mencionar algunas de las que integraban esta región ubicada al norte de los Andes orientales colombianos. En los últimos años, el foco principal ha estado en la apertura de vías durante el predominio del federalismo, en la segunda mitad del siglo XIX. Algunas de esas vías, principalmente las ubicadas en las cuencas de los ríos Carare, Opón, Sogamoso

y Lebrija, buscaron acceder al río Magdalena, y otras, a comunicar Santander con el oriente de Boyacá y los Llanos Orientales para buscar el río Meta. La función de los caminos era brindar una conexión a los centros urbanos y productivos de la región localizados en las montañas y mesetas andinas, como Socorro, Vélez y, posteriormente, Bucaramanga, para facilitar la exportación de artesanías manufacturadas y productos agrícolas, y la importación de bienes europeos. Dentro de esta línea, se puede mencionar los trabajos de la historiadora Clara Inés Carreño (2009, 2010a, 2010b, 2011, 2012), así como los de esta autora junto a Jesús Bohórquez (Bohórquez y Carreño 2009) y en coautoría con Cintya Alexandra Maldonado (Carreño y Maldonado 2009).

Estas publicaciones muestran cómo las elites de empresarios, políticos y otros actores locales, provinciales y regionales intentaron solventar la situación de la integración a la nación y el mercado mundial por medio del mejoramiento de los caminos y las vías. En especial, Carreño y sus colaboradores subrayan que la apertura, adecuación y mantenimiento de caminos formó parte de las agendas políticas, y que los intereses en las vías estuvieron insertos dentro de los entramados de poder regional. En esta producción bibliográfica, destacan personajes como el general Solón Wilches, figura cardinal de la vida política de la región, y el singular comerciante alemán Geo Von Lengerke, ejemplos de los agentes interesados en impulsar la construcción y adecuación de caminos en Santander durante la segunda mitad del siglo XIX. No en vano, en la actualidad, existe en las cercanías de las poblaciones santandereanas de Guane y Barichara una red de caminos empedrados conocidos entre la población como “los caminos de Lengerke”.

Otra línea de trabajos referentes a la región de Santander durante el siglo XIX plantea cómo la construcción de caminos que condujeran al Magdalena formaba parte de las agendas de políticos y empresarios, pero se concentran fundamentalmente en la formación de una frontera agraria y de colonización. En especial, se resalta el hecho que la construcción y mantenimiento de las vías fuera uno de los vectores de dichos procesos expansivos de la frontera, del movimiento de colonos, la apropiación de tierras baldías y la transformación de los bosques de las vertientes santandereanas del valle del Magdalena a partir de la explotación de la corteza del árbol de la quina y de la tagua, la introducción del cultivo del café y el tabaco, y la fundación de hatos ganaderos. Entre los textos que manejan la temática de los caminos en relación a la colonización del occidente santandereano, figuran los aportes de Aristides Ramos (1998, 2000) y Daniel Alfonso León (2009).

Todos los textos citados en los párrafos precedentes referidos a la región de Santander, revisten de una enorme utilidad para un abordaje amplio de los caminos ya que señalan cómo la proyección y planeamiento de caminos permite apreciar el sentido que diferentes agendas y actores le daban a espacios particulares, y la manera en que los caminos se implementaban en función de los desarrollos urbanos y de sus disputas por obtener la supremacía en la región. En el caso santandereano, la predilección por ciertas vías tuvo lugar tomando en consideración el desarrollo de Bucaramanga y su éxito sobre otras ciudades como Socorro o Vélez. La historia caminera también sirve para entender la formación y consolidación de otras ciudades, tal sería el caso de Barrancabermeja, ubicada sobre el río Magdalena, que se constituyó en el punto final

al que llegaron, o planeaban llegar, algunas de las vías de ese período histórico. Igualmente, estas publicaciones ilustran cómo las vicisitudes y dinámicas políticas y económicas, así como las condiciones ambientales, condicionaron en muchos casos el abandono o continuidad de tramos y rutas particulares.

Debido a los límites de extensión del presente escrito, y solo con el fin de ubicar aquellas referencias bibliográficas sobre la historia caminera colonial y republicana de Colombia que pudieran ser de utilidad para futuras investigaciones, mencionaremos de una manera general los trabajos realizados durante las últimas décadas en algunas regiones, indicando ciertos puntos de interés sugeridos por cada caso.

Con referencia a la región antioqueña, destacan los trabajos de Orián Jiménez, en ocasiones acompañado de otros investigadores (Jiménez 2002, 2009; Jiménez y Gutiérrez 2005; Jiménez *et al.* 2009). Estas publicaciones han acercado los caminos a temáticas de la historia cultural, y en ese sentido, el tema ha sido relacionado tanto con el consumo y circulación de objetos e ideas, como con el hecho que los caminos son un importante elemento de la cultura material. Otros aportes sobre caminos de Antioquia provienen de la publicación de *Caminos reales de Colombia*, tal es el caso de Germán Ferro (1995), quien además desarrolla en otra publicación el tema de los cargueros y arrieros de mulas (Ferro 1994). Una importante contribución sobre los caminos en Antioquia ha sido desarrollada, asimismo, por Sofía Botero (2006, 2007a, 2007b, 2019; Botero *et al.* 2000), trabajos que serán comentados en el acápite sobre arqueología. Los casos antioqueños son interesantes por cuanto este espacio fue predominantemente minero en tiempos coloniales con un epicentro en la ciudad de

Santafé de Antioquia y, posteriormente, en la vida republicana del siglo XIX, se transformó en uno más cafetero y comercial centrado en la ciudad de Medellín. En ambos momentos, los centros urbanos donde se concentraba la población y el comercio, y sus áreas mineras, agrícolas o caficultoras de Antioquía, ubicadas en las cordilleras Central y Occidental, estaban articulados tanto al eje fluvial del Magdalena como al del Cauca.

Los caminos que comunicaban el altiplano central de la Cordillera Oriental con los Llanos Orientales han sido tratados con detenimiento por el ya comentado Roberto Velandia (1993), así como por Carl H. Langebaek (1995b) y Miguel García (1995) en el volumen sobre los caminos reales. A nivel de tesis académicas, estos caminos al piedemonte también han recibido atención por parte de Mayra Cuéllar (2009), cuyo estudio se enfocó en la comunicación con los llanos de Casanare, al norte de los llanos del río Meta. Los caminos al Casanare también fueron trabajados por Langebaek en compañía de otros investigadores (Langebaek *et al.* 2000).

En lo concerniente a uno de los epicentros políticos coloniales y posteriormente de la nación, el altiplano cundiboyacense, donde se ubican las ciudades de Bogotá (antigua Santafé) y Tunja, Roberto Velandia (1995) hace una relación de caminos, destacando entre estos el que conducía a Honda y al río Magdalena, y precisando cómo dicha vía desplazó la importancia y el uso de otras ubicadas en la Cordillera Oriental durante el período colonial y la época de la independencia. En los últimos años el tema del Camino Real a Honda en el período borbónico (siglo XVIII), así como de otros de menor importancia que servían para la comunicación de la capital del virreinato de la Nueva Granada, ha sido ampliado

en la tesis de Fabián Andrés Lancheros (2017). La historia de los caminos de esta región, si bien señala la preponderancia de una salida al Magdalena, indica también las constantes búsquedas de rutas que comunicaran con los Llanos Orientales.

Desplazándose hacia el suroccidente y al sur andino del país, la historiografía ha destacado las dificultades que tenían los caminos, los caminantes y el movimiento de mercancías para sortear las difíciles condiciones geográficas de la Cordillera Central, proporcionalmente la más alta de los andes colombianos, que separa los valles del Magdalena y Cauca. Igualmente se han trabajado las vicisitudes para construir, mantener y usar los caminos coloniales dispuestos en el Macizo Colombiano, área de una compleja geografía dado que ahí se separan los tres ramales de las cordilleras andinas colombianas. Los aportes más relevantes para esta región provienen de Francisco Zuluaga (1995) y Guido Barona (1995). Se vislumbra, por ejemplo, la importancia del “Paso del Quindío” como uno de los puntos neurálgicos de las conexiones entre las audiencias de Quito y Santafé, y de las regiones que componían las porciones nororiental y suroccidental del territorio colombiano. Al igual que en muchos de los trabajos publicados como parte de la producción historiográfica sobre caminos de las últimas décadas, se incluyen consideraciones referentes al tipo de economías regionales que conectaban los caminos, y sobre cómo los virajes y ciclos productivos se relacionan con las decisiones políticas para la construcción y adecuación de los caminos. Miguel Borja (2009) muestra la importancia estratégica que adquirieron los caminos en el ámbito cronológico del siglo XIX y de las guerras civiles que ocurrieron en esta centuria. Los distintos actores bélicos bus-

caban controlar un medio técnico estratégico que les permitía moverse fácilmente entre las regiones andinas de Colombia, principalmente las vías que daban acceso y salida a la rica región del valle del Cauca. En lo que respecta al sur andino y las provincias que componían el territorio donde se dispone el actual departamento de Nariño, región con profundas conexiones históricas con los andes ecuatorianos, el Pacífico y el piedemonte amazónico, se cuenta con el estudio de Guillermo Sosa (2003), donde se trabaja con las impresiones de varios viajeros, agentes estatales y comerciantes del siglo XIX sobre los caminos.

Por último, se han desarrollado trabajos historiográficos sobre los caminos que conectaban el suroriente andino colombiano con el piedemonte amazónico y la Amazonía. La producción de textos sobre esta área se ha focalizado preferentemente en la relación de los caminos con la colonización y los diversos actores que configuraron espacios de frontera (indígenas, misioneros, caucheros, comerciantes de quina, etcétera). Las distintas oleadas y dinámicas de colonización se desarrollaron sobre los ejes de las cuencas altas de los ríos Caquetá y Putumayo, ambos afluentes del río Amazonas que nacen en los andes colombianos. Por esta razón, los caminos articularon el piedemonte y la selva, donde estaban los frentes de evangelización y de explotación económica (quina y caucho), con las ciudades andinas, principalmente Pasto, Popayán y Neiva. Se destacan en esta producción bibliográfica el trabajo de Augusto Gómez y Camilo Domínguez (1995) y el de María Clemencia Ramírez de Jara y Beatriz Alzate (1995). Recientemente, Giovanni P. Arteaga (2016) exploró documentación sobre la apertura de un camino de comienzos del siglo XX en estas zonas; asimismo, se cuenta con la investigación documental

de la historia de algunos caminos en el Putumayo presentada por Gustavo Adolfo Gonzáles en el III Taller del Qhapaq Ñan.

Los estudios arqueológicos

Las referencias arqueológicas más importantes y significativas sobre caminos aparecen entre mediados y finales de la década de 1990, y el tema ha tenido muy poco desarrollo en el transcurso de la presente centuria. El exhaustivo inventario de caminos prehispánicos, o con posible cronología prehispánica, de los andes colombianos que elaboró Marianne Cardale de Schrimpff (2000b) hace veinte años ha cambiado muy poco. Hasta la actualidad, solo una minúscula fracción de éstos ha sido trabajada arqueológicamente. Una de estas excepciones es sin lugar a dudas el tramo colombiano del Qhapaq Ñan localizado en el sur andino del país.

Como una de las explicaciones al escaso desarrollo de la arqueología caminera en Colombia, se ha argumentado que el enfoque esencialmente prehispanista de la arqueología nacional ha retardado el interés por problemas de investigación relacionados con temporalidades coloniales o republicanas, y en este sentido, resultarían muy escasas las referencias de relevamientos o las investigaciones arqueológicas sobre caminos de períodos posteriores a la conquista.

También es probable que dentro de la arqueología prehispánica colombiana desarrollada desde mediados del siglo XX se hubiese seguido una idea sobre las articulaciones espaciales y territoriales paralela o similar a la que construyó la historiografía colombiana para los períodos colonial o republicano, que presenta a las sociedades y estructuras polí-

ticas precolombinas como unidades discretas y auto-contenidas, ubicadas en regiones relativamente aisladas y sin muchas conexiones entre sí. Se manejaba la idea que, a diferencia de los Andes Centrales o de Mesoamérica en donde las distintas formaciones estatales fueron mecanismos de integración socio-política, los Andes Septentrionales y del Extremo Norte fueron un mosaico de pequeños universos regionales autárquicos en lo económico y lo político que compartían algunos rasgos culturales comunes. Al respecto, quizás el estudio de Gerardo Reichel-Dolmatoff (1997) sea una de las mejores fuentes para entender esta construcción sobre la geografía y el territorio anterior a la llegada de los españoles en el área que hoy en día ocupa Colombia. Al respecto, son acertadas las críticas hechas por Marianne Cardale de Schrimpff (2000a:48) y Sofía Botero (2006: 267-268; 2007a: 345-346), en que ese tipo de visiones ha repercutido fuertemente en el desinterés de la arqueología colombiana en buscar y seguir la traza de redes de caminos y rutas que conectaran a gran escala regiones y sociedades antes de la invasión europea del siglo XVI.

En la década de 1990 se desarrolló un debate sobre el tipo de caminos arqueológicos que se conocían o se esperaba encontrar, la extensión o amplitud de las redes viales precolombinas, y la función que pudieron haber cumplido. Independientemente de cuál argumento tendría la razón, la importancia de esta discusión radica en que visibilizó la existencia de caminos arqueológicos en Colombia. Lo que entró en disputa fue su función, extensión y, principalmente, el contexto cultural o económico sobre el cual han de centrarse los argumentos concernientes a su importancia. Por un lado, Marianne Cardale de Schrimpff y Leonor Herrera (Cardale de Schrimpff 1996, 2000a, 2000b; Cardale de Schrimpff y Herrera

1995; Herrera y Cardale de Schrimpff 2000a) acercaron las vías a mecanismos que permitieron la circulación de una serie de símbolos y objetos de prestigio que materializaban la interacción cultural y los vínculos extraregionales. Por otro, Carl H. Langebaek (1995a, 1995b; Langebaek *et al.* 2000) vinculó los caminos al tema del intercambio de bienes de importancia económica y al de la integración espacial de unidades políticas que controlaban territorios con ecologías diferentes pero dentro de regiones acotadas y definidas.

En el primer caso, las autoras construyeron sus argumentos sobre la base de una exploración arqueológica de tramos y evidencias de caminos prehispánicos en la región de Calima, ubicada en la Cordillera Occidental, en el actual departamento de Valle del Cauca. Se trata de la documentación sistemática de evidencias arqueológicas en una región que da cuenta de transformaciones importantes del paisaje para la formalización de senderos para caminar. Igualmente, utilizaron otros elementos arqueológicos como los “canasteros”, una representación en cerámica de posibles comerciantes y especialistas en intercambios a larga distancia. Plantearon que las áreas y territorios del suroccidente de Colombia y el norte de Ecuador estuvieron articulados entre los años 2500 y 1500 a.p. Pruebas de dicha articulación serían una serie de elementos formales, estilísticos y tecnológicos comunes de orfebrería y alfarería. Los tramos de caminos encontrados en la región de Calima constituirían entonces evidencias de una red de caminos que articuló todo este gran espacio geográfico hasta, por lo menos, los comienzos del segundo milenio de nuestra era.

En el caso de Langebaek, el rastreo de los caminos y las vías siguió una metodología más documental e historiográfica, y las evidencias

arqueológicas de caminos prehispánicos son indirectas. Si bien sus argumentos son pensados para todo el ámbito de los andes colombianos, se enfoca principalmente en el altiplano cundiboyacense en la Cordillera Oriental de Colombia y en sus vínculos tanto con el piedemonte llanero, al oriente, como con el valle del Magdalena, al occidente. El argumento de Langebaek se centra en una cronología más tardía dentro del período prehispánico, y la idea básica es que las comunicaciones del período prehispánico estaban en función de relaciones económicas y productivas; al evaluar su importancia, entonces, debería sopesarse el tipo de productos y bienes a los que se accedía con el establecimiento de estos vínculos. Por tanto, la existencia, formalización y longitud de caminos habría estado supeditada a la necesidad de establecer intercambios que básicamente permitieran la obtención de productos escasos, no producidos o accesibles entre los grupos y unidades sociopolíticas de una región o zona altitudinal determinada. La inexistencia de grandes redes de caminos, las cortas distancias que presentaban los escasos caminos prehispánicos conocidos hasta la década de 1990, y los relativamente bajos niveles de formalización de los caminos arqueológicos mediante calzadas y trazados regulares, fueron los elementos preponderantes en el razonamiento de Langebaek para expresar que los intercambios de largas distancias no fueron importantes en el desarrollo prehispánico de los andes colombianos. Tanto Cardale de Schrimppff (2000a:48) como posteriormente Sofía Botero (2006:267-268, 2007a:345-346), criticaron la posición economicista de este autor, que resta importancia a cuestiones culturales o sociales.

Entrando a inventariar las escasas contribuciones al tema caminero en la arqueología colombiana, el estudio de la red de caminos

prehispánicos en la región de Calima (Cordillera Occidental, departamento del Valle del Cauca) por Cardale de Schrimppff (1996) es prácticamente la investigación fundacional de una arqueología de los caminos, propiamente dicha en el país, y bajo los parámetros de lo que por dicho término se entiende en la actualidad. El estudio, además de visibilizar un importante elemento patrimonial del período precolombino, contribuyó sustancialmente al establecimiento de pautas metodológicas para estudiar los caminos prehispánicos y establecer una posible cronología, o al menos el cómo diferenciarlos de caminos más recientes construidos en los últimos siglos.

Se destaca también la publicación de Leonor Herrera y Marianne Cardale titulada *Caminos precolombinos, las vías, los ingenieros y los viajeros*. Los textos incluidos en este volumen corresponden a algunas de las ponencias presentadas en un simposio sobre caminos realizado en el marco del 49 Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Quito (Ecuador) en 1997, en este evento se desarrollaron experiencias investigativas y reflexiones sobre el tema de los caminos en varias partes de Sudamérica. En dicha publicación se llamó la atención sobre la necesidad de inscribir el tema de los caminos como parte fundamental de una arqueología del paisaje. Desafortunadamente, y a pesar de lo fructífero que puede resultar la perspectiva del paisaje para analizar las relaciones espaciales entre distintos sitios y contextos arqueológicos o la construcción de territorios, esta idea no ha sido muy desarrollada en el ámbito nacional, lo cual repercute aún más en que el tema caminero siga pasando desapercibido. En las escasas oportunidades en la que se ha emprendido una arqueología del paisaje se ha resaltado la importancia del tema vial y caminero como sería

el notable caso de la reciente publicación de Rocío Salas (2017) sobre la región de Calima y el Valle del Dorado.

Cabe destacar, como otro estudio pionero en el tema del estudio arqueológico de los caminos, el reporte documentado por parte de Héctor Salgado y David Stemper (1995) del hallazgo de una serie de caminos, algunos prehispánicos y otros coloniales, que comunicaban la región de Calima con el Pacífico en la cuenca del río Dagua. La importancia de este trabajo radica en que los caminos se inscribieron dentro de un estudio arqueológico regional en la vertiente oeste de la Cordillera Occidental, lo cual permitió a los autores contextualizar espacial y culturalmente los hallazgos. Adicionalmente, Salgado y Stemper realizaron un estudio detallado de los tramos de caminos recorridos, y en especial, habría que mencionar que hicieron cortes arqueológicos para entender la cronología y las características constructivas de algunos de los caminos.

En la perspectiva de las continuidades y rupturas de conexiones culturales entre regiones diferentes desde el período prehispánico que se pueden evaluar a través del estudio de los caminos, se cuenta con el estudio de Héctor Llanos y Jorge Alarcón (2000) sobre el "camino de Santa Rosa" en el Alto Caquetá. El interés central de los autores en la publicación era un reconocimiento arqueológico destinado a establecer relaciones cronológicas y espaciales entre componentes de la cultura material, como la estatuaria y la cerámica, pero una serie de rutas y caminos se visibilizaron a través de mapas y recorridos físicos. Al igual que otros casos camineros y viales del suroriente andino de Colombia, los autores señalan que esta ruta fue usada desde tiempos precoloniales hasta bien entrado el período republicano. Estas vías comunicaban la Amazonía con la

región andina del Alto Magdalena y, especialmente, el área de San Agustín con el piedemonte amazónico. En este trabajo se plantea que los caminos habrían aprovechado la vía natural entre ambas regiones formada por el curso del alto río Caquetá, y que esta ruta fue empleada como un medio para permear fronteras culturales. Es importante señalar que los caminos mencionados por Llanos y Alarcón habían sido reseñados previamente en el estudio de Juan Friede (1974 [1953]) sobre los andakíes y en un reconocimiento arqueológico realizado en la bota caucana por Luis Manuel Salamanca (citado en Llanos y Alarcón 2000).

Una región con importantes descripciones y análisis de caminos prehispánicos estudiados a partir de la década de 1990 es la Sierra Nevada de Santa Marta. Este macizo montañoso, geológica y estructuralmente independiente de los Andes, está ubicado al norte del país y es adyacente al litoral del mar Caribe. La vertiente norte de la sierra es conocida tradicionalmente dentro de la arqueología colombiana como el "Área Tairona", si bien el nombre hace alusión a uno de los diversos grupos que describieron los españoles en el siglo XVI. La arqueología realizada en esta región ha resaltado la existencia de arquitectura monumental, de aldeas y poblados construidos por medio de numerosos aterrazamientos, de muros de contención y otras modificaciones significativas del paisaje, como acequias y desagües, y dentro de todas estas obras se describe una extensa red de caminos. Existe una amplia bibliografía referente a la arqueología de la Sierra Nevada y de la "Región Tairona" que menciona la presencia de caminos, pero las vías prehispánicas como tema central de análisis, con un tratamiento detallado de las técnicas constructivas, trazados y relaciones espaciales a partir de consideraciones arqueológicas, han sido estudiadas

por Augusto Oyuela (1990), Leonor Herrera (2000) y Eduardo Mazuera (2003).

En general, estos autores han propuesto que la función de los caminos prehispánicos de la Sierra Nevada de Santa Marta, independientemente de ciertas variaciones técnicas y constructivas, se relacionaba con las prácticas de intercambio. Las discusiones entre los argumentos se centran sobre el tipo de bienes que circulaban sobre estos caminos, su importancia dentro de las economías políticas de las aldeas y las unidades sociales, y si todos los caminos tuvieron una función puramente económica. Pero en todo caso, se trata del análisis de evidencias que dan cuenta de un amplio y complejo entramado de vías. No hay que perder de vista que esta red caminera, compuesta a su vez por varios conjuntos menores de redes viales, fue desarrollada durante al menos los cinco siglos precedentes a la llegada de los españoles para integrar una amplia variabilidad de espacios económicos, sociales y religiosos ubicados en ambientes y ecologías costeras y de vertiente entre las bahías del litoral caribe hasta las nieves perpetuas, a más de 5.000 metros de altitud. Se trata posiblemente de un caso único en Sudamérica, en el sentido que la distribución de caminos se da en una geografía ecuatorial caracterizada por la existencia en cortos espectros de distancia de econichos tanto secos como húmedos, o muy húmedos. Esto podría marcar una diferencia sustancial con el caso peruano, en donde los caminos prehispánicos que comunicaban la costa con la puna se disponen por largos trayectos de sectores extremadamente áridos o secos, contando con corredores relativamente más húmedos solo en el fondo de los valles.

Otros estudios arqueológicos sobre caminos publicados en el transcurso del siglo XXI han sido el mencionado caso de Carl Lange-

baek y sus colaboradores sobre las vías que comunican el piedemonte llanero y los llanos del Casanare con las tierras altas de la Cordillera Oriental (Langebaek *et al.* 2000), así como los realizados por Sofía Botero en la región antioqueña y el valle de Aburrá, en Antioquía (Botero 2006, 2007a, 2007b, 2019; Botero, *et al.* 2000). En ambos casos, los caminos fueron contextualizados dentro de problemáticas de investigación más amplias como serían las continuidades y rupturas en las comunicaciones entre las tierras altas andinas y las tierras bajas tropicales, en el primer caso, y el poblamiento regional, en el segundo. En los dos estudios se presentan combinaciones de metodologías arqueológicas, historiográficas y etnográficas sobre el uso de los caminos y las múltiples historias que coexisten y se superponen sobre estos.

Un aspecto de la bibliografía que se acaba de mencionar, pertinente para el avance de los estudios arqueológicos sobre la vialidad y la caminería en Colombia, es la discusión planteada por Botero (2006: 268; 2007a: 346) sobre si los caminos empedrados serían una herencia española, que a su vez recogió elementos técnicos y saberes romanos y moriscos, o si en el período prehispánico ya existían redes camineras y vías pedestres que utilizaban esa técnica constructiva. Dentro del argumento de Botero, se menciona que las fuentes españolas coloniales describen lo inadecuado que resultaban las vías empedradas para el paso de los animales europeos y las carretas; sin embargo, en estas fuentes no se afirma la inexistencia de las mismas. Parece, entonces, que el uso de la piedra para adecuar caminos no siempre es útil para precisar la ubicación cronológica de un camino o, al menos, para diferenciarlos como caminos prehispánicos o coloniales.

Otro indicador para la identificación cronológica podría ser, en el caso colombiano, la forma como está dispuesto el trazado. Leonor Herrera (2000: 140) y Marianne Cardale de Schrimpff (1996: 9-10; 2000a: 58) apuntan que los caminos elaborados en la tradición precolombina y aquellos de cronologías más recientes podrían diferenciarse por el hecho de que los primeros tienden a seguir líneas rectas minimizando los tiempos de recorrido entre dos puntos, aun cuando esto implique caminar sobre cuevas más difíciles de subir o bajar. Los caminos posteriores a la conquista española, en cambio, buscaban franquear las cuevas de manera serpenteante, bordeando las laderas mediante senderos de menor inclinación. De ser cierta esta hipótesis, llama la atención que aún a mediados del siglo XIX los viajeros extranjeros, como fue el caso del geógrafo y cartógrafo italiano Agustín Codazzi, mencionaran que los caminos enfrentaban las alturas en línea recta, subiendo "a la parte más elevada de un cerro para bajar y después subir a lo más profundo" en lugar de "faldear" las montañas (testimonio citado en Melo 1995:15).

En opinión de Botero (2006: 269-273; 2007a: 347-348), el intento de inscribir de manera dicotómica y excluyente caminos antiguos en una u otra cronología no tiene mucha utilidad analítica, siendo más productivo entender el tema de las continuidades y rupturas entre ambos períodos analizando de forma detallada las rutas, trazados y lugares en donde los distintos estamentos que componían el sistema colonial español requirieron usar y adaptar los caminos usados por los indígenas. Con justa razón señala Botero que, al fin y al cabo, el sistema colonial tuvo que recurrir a las vías y mano de obra indígena, así como a sus saberes para establecer las comunicaciones entre diferentes regiones, bien sea en la adecuación

y construcción de caminos, o bien como cargueros y portadores que sabían y conocían por donde caminar. Al respecto, coinciden también Leonor Herrera y Marianne Cardale al expresar que:

Los caminos precolombinos existieron por siglos o milenios antes del quiebre histórico representado por la invasión española, y ya para aquella época muchas redes viales habían experimentado su auge o clímax, para luego ser abandonadas, destruidas parcialmente o incorporadas al sistema vial de un pueblo invasor. El ciclo continuó y la penetración española en muchas regiones se facilitó por la existencia de vías de acceso, pero éstas sufrieron por el tránsito de caballos y mulas. Tramos de éstas fueron incorporados al trazado de los caminos reales, luego al de las vías republicanas y los rieles del ferrocarril y recientemente al de las carreteras asfaltadas. Pero aquí y allá el paisaje conserva restos de todos estos momentos (Herrera y Cardale 2000b: 11).

En los últimos años, el tema de los caminos antiguos ha cobrado una nueva relevancia en Colombia gracias al proceso de nominación del Qhapaq Ñan por parte de la UNESCO. El estado actual del proceso de investigación y patrimonialización de los tramos colombianos articulados a la "Red Vial Andina", así como de sus valores científicos, históricos y culturales fue desarrollado en las presentaciones de Ana María Groot y Claudia Afanador en el taller sobre Qhapaq Ñan que se desarrolló en Lima en noviembre de 2019. Información puntual sobre los tramos y trazados colombianos de esta red caminera se encuentra en otras publicaciones (Cortez 2014; Leguizamón *et al.* 2019). El tema del Qhapaq Ñan ha implicado también el retor-

no de preguntas que, en el país, parecían canceladas por décadas: si el mundo prehispánico e indígena de las sierras andinas colombianas pertenece a la órbita cultural de lo que suele llamarse “el mundo andino”, y si estos vínculos con los Andes estuvieron relacionados con la expansión inkaica.

Es muy difícil precisar con los datos disponibles si en el caso colombiano los caminos incluidos dentro del expediente de la UNESCO fueron en realidad parte de un “Camino Inka” en el sentido exacto y preciso del término, es decir, si hacían parte de la red vial imperial a finales del siglo XV y comienzos del XVI. Pero independientemente de lo anterior, es del todo seguro que las vías prehispánicas del sur andino colombiano permitieron por varios siglos una comunicación con otros territorios y comunidades localizadas al sur, allende de la actual frontera con el Ecuador y el altiplano de Carchi, un área que se ha propuesto como el límite máximo de la expansión del Tawantinsuyu en el septentrión andino al comenzar el siglo XVI. Por consiguiente, queda más que despejada la duda sobre su relevancia como integrantes de una red vial andina preinkaica y prehispánica.

Existen algunas cuestiones sobre los caminos prehispánicos en el extremo sur andino de Colombia y de las áreas limítrofes con el Ecuador que vale la pena puntualizar. Por un lado, si se tiene en cuenta el trazado de la porción colombiana incluida en el expediente de nominación, se observa una disposición en sentido longitudinal con respecto a la sierra andina y sobre la cuenca del río Guaitara, es decir, con una dirección preferentemente sur a norte entre Ipiales y Pasto. Este río forma un profundo cañón en medio del altiplano de Ipiales; podría pensarse, entonces, que el camino articulaba espacios cálidos y secos del

fondo del cañón con los ubicados en las partes húmedas y frías de los altiplanos y las zonas superiores de la sierra dentro de un corredor interandino. Esta disposición longitudinal, sumada a una serie de elementos arqueológicos comunes en los ámbitos de la alfarería, textilería y orfebrería, así como a ciertos elementos culturales que muestra la antropología histórica de la región, invita a pensar en las articulaciones que, al menos desde los siglos IX y X d.C., habrían tenido lugar entre los territorios y grupos étnicos andinos de la zona que abarcaría tanto el sur andino de Nariño, desde la actual ciudad colombiana de Pasto, como las provincias ecuatorianas de Carchi e Imbabura. Las fuentes españolas señalan, en toda la región, la presencia de unos personajes llamados “mindaláes” que, al parecer, eran especialistas en intercambio que recorrían largas distancias para adquirir bienes de prestigio para las élites cacicales. Dentro del conjunto de significados de la palabra “mindalá”, se registra que guarda relación con los actos de “comprar y vender comestibles”, “cargar” y “tocar camino” (Salomon 1980: 165; 1988: 115). La relación de los “mindaláes” con los caminos prehispánicos de los Andes del norte del Ecuador y el sur de Colombia recuerda el mismo tipo de vínculos que proponen Cardale de Schrimppff y Herrera (1995) para el caso de los caminos prehispánicos de la región de Callima y los “canasteros”. Estos objetos, vale la pena recordar, son la posible representación alfarera de caminantes, cargueros y especialistas en el manejo de los intercambios.

De otro lado, la arqueología ha documentado algunas relaciones transversales entre la costa, los andes y la selva, si bien en términos arqueológicos no se han estudiado aún tramos o evidencias de los caminos que conectaban a los Andes con las llanuras selváticas del Pací-

fico o el piedemonte amazónico y la Amazonía. En los trabajos etnohistóricos de María Clemencia Ramírez de Jara (1992, 1996) sobre el valle del Sibundoy, en la cuenca del alto Putumayo, se hace constante mención a los caminos, algunos de ellos con una alta probabilidad de haber sido abiertos y usados desde tiempos prehispánicos. Dichos caminos conectaban los mundos amazónico y andino, en especial la zona serrana donde se ubican Pasto y el altiplano de Ipiales. El mismo razonamiento ha sido utilizado por María Victoria Uribe (1995) al proponer algunas rutas de contacto prehispánico entre las tierras bajas de ambos lados de la cordillera y algunos puntos importantes del corredor interandino central de Nariño y Carchi.

Por lo tanto, hablando en un plano puramente hipotético, se podría pensar que dichas rutas y caminos investigados por la etnohistoria pudieron estar vinculados con un Qhapaq Ñan propiamente dicho y que esto habría facilitado alguna presencia inkaica en el área. El planteamiento de esta hipótesis no es descabellado si se piensa que los caminos inkaicos y los no inkaicos, o al menos no inkaizados, se unieron o acercaron en algún punto del altiplano de Carchi como lo menciona el cronista Cieza de León; además, en el valle de Sibundoy hay una importante presencia de comunidades de habla quechua (los llamados “inganos”). Siguiendo los argumentos de Ramírez de Jara (1992, 1996) no es del todo claro si esta presencia se originó con la expansión inkaica en el norte de los Andes, pero en todo caso pudo servir como un espacio nodal desde el cual los inkas exploraron el territorio. Es posible que el interés de los cusqueños por esta región se relacionara con el hecho que de los bosques del alto Putumayo se ha extraído, al parecer desde antes de la llegada de los españoles, la resina de un arbusto silvestre lla-

mado *mopa-mopa* (*Elaeagia pastoensis*) que se empleaba en la decoración de los *keros* inkai-cos (Gomezjurado 2008).

Conclusiones

El largo recuento de experiencias investigativas en el tema caminero que se presenta en este escrito fue elaborado partiendo de la premisa que uno de los ejes analíticos del tema de los caminos es la posibilidad que ofrece de entender las permanencias y cambios en las maneras de concebir, poblar, habitar y construir el espacio, y cómo las vías son constructos que muestran la complejidad de la relación entre espacio y tiempo. La exposición ha permitido resaltar que en Colombia existe una importante red de caminos históricos cuyas cronologías se encuentran asociadas a los períodos prehispánico, colonial y republicano. Para el momento en el que se dio la conquista e implantación de la dominación española, en el siglo XVI, algunos caminos prehispánicos se encontraban ya abandonados, otros no fueron empleados por quienes representaban el sistema colonial hispánico y, en algunos casos, ocurrieron continuidades entre los caminos de varias temporalidades. Durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, el proyecto de estado-nación implicó igualmente dinámicas de abandono, reacondicionamiento y creación de vías.

En Colombia, una historia de los caminos aparece en las últimas tres décadas aparejada a trayectorias investigativas interesadas en temas espaciales como la configuración de territorios y regiones, relacionadas asimismo al interés de entender la articulación de los mercados regionales a las economías nacional y mundial. En este artículo se ha mostrado que, en líneas generales, estos énfasis historiográficos

ficos han llevado a que las investigaciones se vean enfocadas en el período colonial y en el siglo XIX, y es que la historiografía sobre caminos es construida a partir del estudio documental y bibliográfico. A pesar de otorgar centralidad a alguna vía o camino en particular, o de hacer de ellos un importante elemento dentro de las estructuras y entramados sociales, económicos o culturales de un territorio, los estudios no han sido dirigidos a la comprensión de las condiciones técnicas o constructivas de las vías, de las longitudes de sus tramos y trayectos, o de sus cambios a través del tiempo. Consideraciones sobre la existencia de rutas o vías distintas a aquellas mencionadas en las fuentes escritas son escasamente tratadas, tampoco se han focalizado en resaltar y reconocer directamente sus huellas (o sus ausencias) en el paisaje que puede ser observado actualmente. En otras palabras, las investigaciones historiográficas no han incorporado metodologías propias de la arqueología.

En este artículo hemos señalado que en Colombia, a pesar de los notables esfuerzos individuales, no se ha desarrollado una tendencia sólida en la arqueología de los caminos, tal como se viene haciendo en otros lugares de Sudamérica. El tema del Qhapaq Ñan forma parte importante de estas experiencias, y es muy posible que las temáticas aquí expuestas y las discusiones que se ha intentado abrir o proponer en este estudio de síntesis bibliográfica, contribuyan a ampliar nuestra comprensión de la red vial andina para el caso colombiano. Es importante resaltar que el proceso de nominación del camino andino como parte del patrimonio de la humanidad por UNESCO volvió a poner sobre la palestra la necesidad de hacer una arqueología de los caminos en Colombia, un tema que continúa prácticamente olvidado y ausente en el panorama arqueológico nacional.

Referencias citadas

FUENTES DIGITALES

Arteaga, Giovanni Paolo
2016 "Historia del Tramo "Camino Viejo" en el Putumayo. Importancia, teoría y metodología para abordar el estudio de los caminos", *Historia 2.0, Conocimiento histórico en clave digital* 6(11), pp. 85-104 [en línea]. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5589886.pdf> [10 de Julio de 2019].

Botero Páez, Sofía
2007b *Registro y caracterización de la red de caminos antiguos en el departamento de Antioquia. Palimpsestos: caminos y mapas*. Informe final de investigación Presentado a la Subdirección de Ecosistemas de la Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (CORANTIOQUIA) [en línea]. Disponible en: http://www.corantioquia.gov.co/ciadoc/SUELO/AIRNR_CN_7143_2006.pdf [10 de agosto de 2019].

Melo, Jorge Orlando
1984 "La evolución económica de Colombia, 1830-1900" [en línea]. Disponible en: <http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/Economia1830-1900.pdf> [2 de Julio de 2020].

FUENTES DOCUMENTALES

Carreño Tarazona, Clara Inés
2010a *Las vías de comunicación entre Santander y los llanos: el camino hacia Casanare, segunda mitad del siglo XIX*. Tesis de Maestría. Escuela de Historia, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga.

Cuéllar Sánchez, Mayra Constanza
2009 *El Camino del Pie de Gallo: de Santiago de Las Atalayas a Sogamoso a finales del siglo XVIII*. Tesis de licenciatura. Departamento de Historia, Universidad de los Andes, Bogotá.

Lancheros Herrera, Fabián Andrés
2017 *Caminos coloniales: una historia de las vías de comunicación en la región central del Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII*. Tesis de

Maestría. Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

FUENTES IMPRESAS

Alfonso León, Daniel
2012 "Camino a Barrancabermeja: antecedentes del proceso de colonización en San Vicente de Chucurí 1864-1900", *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* [Bucaramanga], 17(2), pp. 455-479.

Arcila Robledo, Gregorio
1950 *Las misiones franciscanas en Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Ayala Olave, Hernando
1999 *Caminos de historia en el Carare - Opón*. Bogotá: Litográficas Calidad.

Barona Becerra, Guido
1995 "Por el camino de Guanacas. El Camino Santafé - Quito por Guanacas (Tocaima, Neiva, La Plata, Popayán)" en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 181-192. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.

Bohórquez Barrera, Jesús y Clara Inés Carreño Tarazona
2009 "Tiempos y espacios de la circulación: El camino y la ruta en la cuenca del río Sogamoso, una mirada de larga duración", *Revista Historia y Sociedad* [Medellín], 16, pp. 73-93.

Borja, Miguel
2009 "Los caminos de la guerra durante el siglo XIX". *Análisis político* [Bogotá], 67, pp. 182-206.

Botero Páez, Sofía
2006 "Elementos para leer un palimpsesto: indígenas, caminos, piedras, mulas y caballos en Colombia", *Boletín de Antropología de la Universidad de Antioquia* [Medellín], 20(37), pp. 265-287.

2007a "Redescubriendo los caminos antiguos desde Colombia" *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* [Lima], 36(3), pp. 343-352.

2019 "Piedras Blancas" en Laura Paloma Leguizamón (editora), *Áreas arqueológicas protegidas de Colombia*, pp. 28-46. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia - Agencia Nacional de Hidrocarburos.

Botero Páez, Sofía; Norberto Vélez Escobar y Lucas Mateo Guinge Valencia
2000 "Ubicación de la ruta seguida por los conquistadores Robledo y Núñez Pedroso en el descubrimiento de los valles de Aburrá y Rionegro [Antioquia-Colombia]", en Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff (editoras), *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*, pp. 195-219. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Carreño Tarazona, Clara Inés
2009 "Conducir cargas e intercambiar mercancías: los caminos de Lebrija y Sogamoso en la segunda mitad del siglo XIX", *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* [Bucaramanga], 14, pp. 225-244.

2010b "Las vías hacia el Magdalena. Los caminos de Lebrija y Sogamoso en el siglo XIX", *Apuntes* [Bogotá], 23(2), pp.104-117.

2011 "Empresas constructoras de caminos. La Sociedad empresaria del camino de herradura de García Rovira a Casanare". *1860-1880, Revista de Historia Regional y Local* [Medellín], 3(5), pp. 49-72.

2012 "Búsqueda de nuevas rutas comerciales. Solón Wilches y las redes de poder en García Rovira, segunda mitad del siglo XIX", *Historia Crítica* [Bogotá], 46, pp. 180-201.

Carreño Tarazona, Clara Inés y Cintya Alexandra Maldonado Cruz
2009 "¿Espíritu visionario? Geo von Lengerke: proyectos comerciales y de caminos en la segunda mitad del siglo XIX", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* [Bogotá], 3(2), pp.17-40.

Cardale de Schrimppff, Marianne
1996 *Caminos prehispánicos en Calima. El estudio de los caminos precolombinos de la cuenca alta del río Calima, Cordillera Occidental, Valle del Cauca*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.

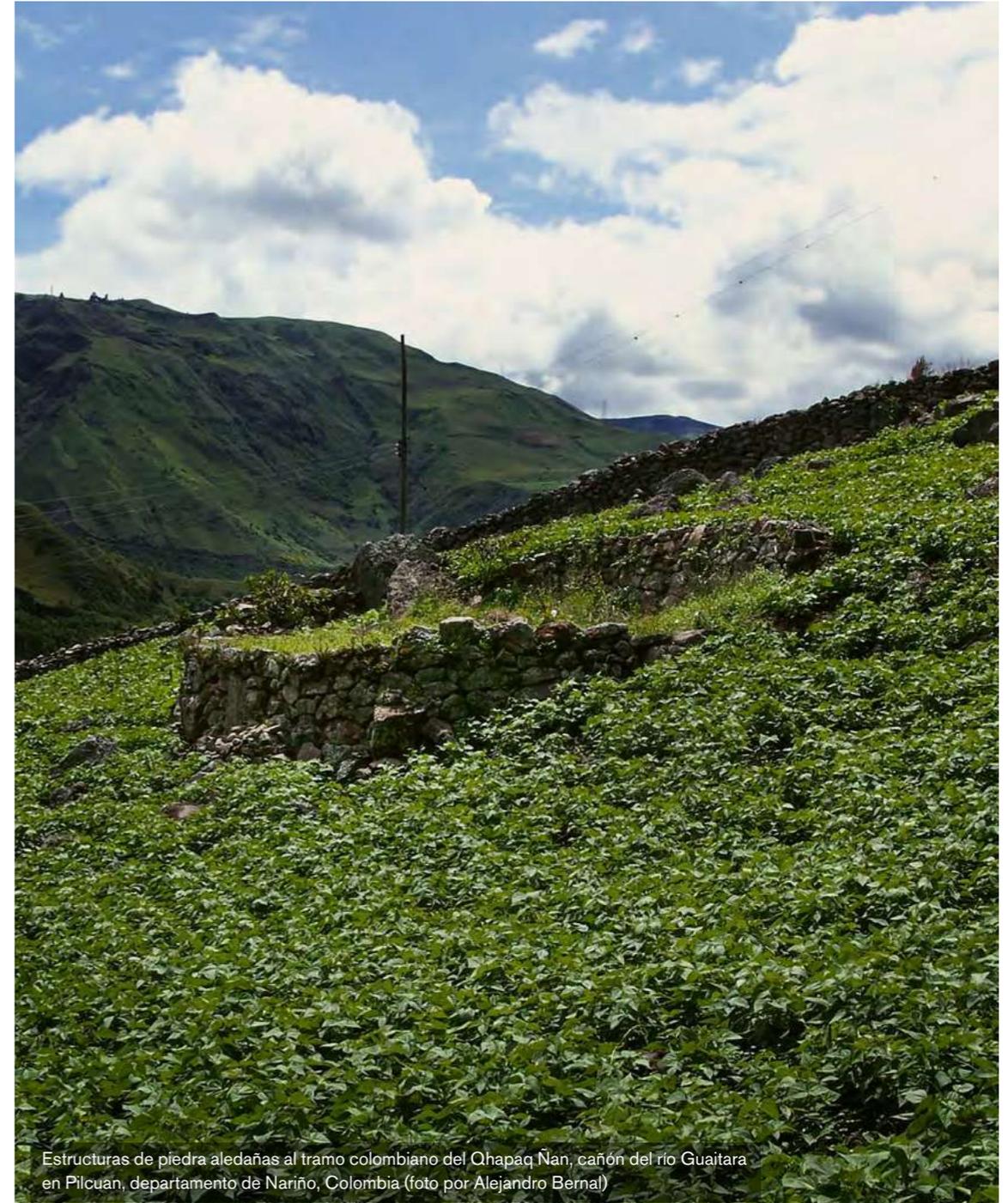
Cardale de Schrimppff, Marianne
2000a "Los caminos al paisaje del pasado", en Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff (editoras) *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*, pp. 43-86. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

2000b "Los caminos precolombinos de las cordilleras de Colombia. Balance y propuestas para

- el futuro”, en Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff (editoras), *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*, pp. 269-299. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Cardale de Schrimppff, Marianne y Leonor Herrera
1995 “Caminos y comerciantes en el suroccidente de Colombia entre 2500 y 1500 AP” en Cristóbal Gnecco (editor), *Perspectivas regionales en la arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte de Ecuador*, pp. 195-222. Popayán: Universidad del Cauca.
- Cortés Martínez, Heimar David
2014 “El Qhapaq Ñan en Colombia, los nuevos caminos del patrimonio”, *Boletín de Historia y Antigüedades* [Bogotá], 101(859), pp. 453-471.
- Cruz Santos, Abel
1973 *Por caminos de tierra, mar y aire: evolución del transporte en Colombia*. Bogotá: Editorial Kelly.
- Erickson, Clark L.
2000 “Los caminos prehispánicos de la Amazonía Boliviana”, en Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff (editoras), *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*, pp. 15-42. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Ferro Medina, Germán
1994 *A lomo de mula*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- Ferro Medina, Germán
1995 “Caminos de arriería. Antioquia, una historia a lomo de mula: por el camino de Nare e Islitas” en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 213-225. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Friede, Juan
1974 [1953] *Los andakí, 1538-1947. Historia de la aculturación de una tribu selvática*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- García Bustamante, Miguel
1995 “A los Llanos de San Juan y San Martín. El camino de San Juan de los Llanos” en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 249-259. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Gómez López, Augusto y Camilo Domínguez Ossa
1995 “Quinerías y caucherías de la Amazonía. Caminos y varaderos de la Amazonía” en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 261-276. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Gomezjurado Garzón, Álvaro José
2008 “El Mopa-mopa o barniz de Pasto, comercialización indígena en el periodo colonial”, *Estudios Latinoamericanos* [Pasto], 22-23, pp. 82-93.
- González Godoy, Carlos
2017 “Arqueología Vial del Qhapaq Ñan en Sudamérica: análisis teórico, conceptos y definiciones”, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago], 22(1), pp.13-32.
- Herrera, Leonor
2000 “¿Por dónde pasan los caminos taironas?”, en Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff (editoras), *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*, pp. 137-165. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Herrera, Leonor y Marianne Cardale de Schrimppff (editoras)
2000a *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Herrera, Leonor y M. Cardale de Schrimppff
2000b “Los caminos de la continuidad y el cambio”, en Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff (editoras), *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*, pp. 6-12. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Jiménez Meneses, Orián
2002 “Rumores, cartas y caminos en la sociedad colonial”, *Revista de Historia y Sociedad* [Medellín], 8, pp. 199-230.
- 2009 “Objetos y cultura. Rituales, flujos y elaboraciones en el Nuevo Reino de Granada”, *Historia Crítica* [Bogotá], 39, pp. 44-61.
- Jiménez Meneses, Orián y Felipe Gutiérrez Flórez
2005 “Caminos, rutas y técnicas: polifonías históricas y posibilidades de indagación”, en Orián Jiménez, Edgardo Pérez y Felipe Gutiérrez (editores), *Caminos, rutas y técnicas: huellas espaciales y estructuras sociales en Antioquia*, pp. 23-124. Medellín: DIME -Universidad Nacional, sede Medellín.

- Jiménez Meneses, Orián; Juan David Montoya Guzmán y Felipe Gutiérrez Flórez
2009 “Provincias y caminos en la Gobernación de Antioquia durante el siglo XVI”, *Anuario Colombiano de Historia Regional y de las Fronteras* [Bucaramanga], 9(1), pp. 3-31.
- Langebaek, Carl Henrik
1995a “Los caminos aborígenes. Caminos, mercados y cacicazgos: circuitos de comunicación antes de la invasión española en Colombia”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 35-45. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- 1995b “Caminos del piedemonte oriental. Sistemas de comunicación prehispánica entre los Andes Orientales y el piedemonte llanero”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 73-82. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Langebaek, Carl Henrik; Santiago Giraldo Peláez, Alejandro Bernal Vélez, Silvia Monroy Álvarez, Carlos Andrés Barragán Romero y Jorge Morales Gómez
2000 *Por los caminos del piedemonte. Una historia de las comunicaciones entre los Andes Orientales y los Llanos. Siglos XVI a XIX*. Bogotá: Ediciones Uniandes [Estudios Antropológicos, 2].
- Leguizamón Pineda, Laura Paloma; Claudia Afanador Hernández y Gerardo Sánchez Delgado
2019 “Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino”, en Laura Paloma Leguizamón (editora), *Áreas arqueológicas protegidas de Colombia*, pp. 288-299. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología – Agencia Nacional de Hidrocarburos.
- Llanos Vargas, Héctor
1995 “Caminos de Guacacallo. Por los caminos del Magdalena”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 47-59. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Llanos Vargas, Héctor y Jorge Alarcón Guevara
2000 “Por los caminos del Alto Caquetá”, *Boletín de Arqueología* [Bogotá], 15(1), pp. 3-60.
- Martínez Martínez, Guadalupe
2009 “Qhapaq Ñan: el Camino Inca y las transformaciones territoriales en los Andes peruanos”, *Revista Eria* [Oviedo], 78-79, pp. 21-38.
- Mazuera, Eduardo
2003 *Caminos prehispánicos del área Tairona: alternativas de su función*. Bogotá: Ediciones Uniandes (Documentos CESO, 43).
- Melo, Jorge Orlando
1995 “Los caminos reales: retratos vivientes de una especie en extinción”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 13-17. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Montezuma Hurtado, Alberto
1983 *Introducción a la historia de los caminos colombianos*. Bogotá: Ediciones Cafam.
- Oyuela Caycedo, Augusto
1990 “Las redes de caminos prehispánicos de la Sierra Nevada de Santa Marta”, en *Ingenierías prehispánicas*, pp. 47-71. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional - Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Pacheco, Juan Manuel
1983 *Los Jesuitas en Colombia*. 3 volúmenes. Bogotá: Editorial San Juan Eudes,
- Patiño Rodríguez, Víctor Manuel
1991 *Historia de la cultura material en la América Equinoccial*. Tomo III: vías, transportes, comunicaciones. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- Ramírez de Jara, María Clemencia
1992 “Los quillacinga y su posible relación con grupos prehispánicos del oriente ecuatoriano”, *Revista Colombiana de Antropología* [Bogotá], 29, pp. 28-61.
- 1996 *Frontera fluida entre Andes, Piedemonte y Selva: el caso del valle del Sibundoy, siglos XVI-XVIII*. Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica (Cuadernos de Historia Colonial, 4).
- Ramírez de Jara, María Clemencia y Beatriz Alzate
1995 “Por el valle de Atriz a Ecija de Sucumbíos”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 277-291. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Ramos Peñuela, Aristides
1998 “Colonos, empresarios y vagos: experiencias fronterizas en el Carare en la primera mitad

- del siglo XIX”, *Fronteras de la Historia* [Bogotá], 2(2), pp. 65-92.
- 2000 *Los caminos al río Magdalena: la frontera del Carare y del Opón 1760-1860*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo
1997 *Arqueología de Colombia: un texto introductorio*. Bogotá: Imprenta Nacional (Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República).
- Salas Medellín, Rocío
2017 *Arqueología del paisaje: colores en el valle de El Dorado. Valle del Cauca - Colombia (100-1550 D.C.)* Cali: Programa Editorial Universidad del Valle.
- Salgado López, Héctor y David Michael Stemper
1995 *Cambios en agricultura y alfarería en el centro del Litoral Pacífico colombiano durante los dos últimos milenios*. Bogotá: Banco de la República, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales - Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas.
- Salomon, Frank V.
1980 Los señores étnicos de Quito en la época de los incas. Otavalo: Instituto Otavaleño de Antropología (Colección Pendoneros, 10).
1988 “Un complejo de mercaderes en el norte andino bajo la dominación de los incas”, *Revista de Antropología* [Bogotá], 4(2), pp. 107-126.
- Serrano, Sthefano
2019 “Los caminos del Este de los Andes Septentrionales del Ecuador: nuevos enfoques desde la etnoarqueología”, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano - Series Especiales* [Buenos Aires], 7(1), pp. 73-88.
- Sosa Abella, Guillermo
2003 “Redes comerciales en las provincias suroccidentales de Colombia. siglo XIX”, *Historia Crítica* [Bogotá], 26, pp. 99-119.
- Uribe Tobón, Carlos Alberto
1995 “Por las montañas taironas. Los caminos de la Sierra Nevada de Santa Marta”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 85-95. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Uribe Alarcón, María Victoria
1995 “Caminos de los Andes del Sur”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 61-71. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Useche Losada, Mariano (editor)
1995 *Caminos reales de Colombia*. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Velandia Rodríguez, Roberto
1993 *Descubrimientos y caminos de los Llanos Orientales*. Bogotá: Colcultura (Colección de Historia de la Biblioteca Nacional).
1995 “Todos los caminos conducen a Santafé. Los caminos reales de Cundinamarca”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 129-155. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.
- Vitry, Christian
2017 “El rol del Qhapaq Ñan y los apus en la expansión del Tawantinsuyu”, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* [Santiago], 22(1), pp. 35-49.
- Zuluaga, Francisco
1995 “Por la montaña del Quindío. El camino real de Santafé hasta Quito, por la montaña del Quindío”, en Mariano Useche (editor), *Caminos reales de Colombia*, pp. 157-179. Bogotá: Fondo de la Financiera Eléctrica Nacional.



Estructuras de piedra aledañas al tramo colombiano del Qhapaq Ñan, cañón del río Guaitara en Pilcuán, departamento de Nariño, Colombia (foto por Alejandro Bernal)



**Entre montaña,
piedemonte y selva.
Caminos antiguos
desde y hacia el
Putumayo (Colombia)**

GUSTAVO GONZÁLEZ

COLOMBIA

Introducción

En los últimos años, el interés por la temática de los caminos y vías de comunicación terrestres ha crecido en Colombia, viéndose esto reflejado en la aparición de estudios y análisis desde diferentes visiones, que abarcan la historia, arqueología, antropología, etnohistoria, entre otras disciplinas (Moreno y Melo 1995; Botero 2005, 2007, 2009; Correa 2000; Herrera y Cardale 2000; Langebaek *et al.* 2000). La zona suroccidental del país, la más cercana al Qhapaq Ñan, ha sido objeto de investigaciones al respecto (Cardale y Herrera 1995; Uribe 1995; Cardale 1996; Ramírez de Jara 1996; Llanos y Alarcón 2000; Galindo y Paredes 2008; Leguizamón *et al.* 2019).

Esto no solo ha permitido conocer nuevas evidencias e interpretaciones en torno a este tipo de patrimonio histórico y arqueológico desde una mirada interdisciplinaria --- antropología, arqueología, geografía, historia, etcétera ---, sino también explorar nuevas regiones donde evidencias similares continúan manifestándose. La zona del piedemonte amazónico, al suroccidente de Colombia, posee gran importancia no solo por la abundancia de sus recursos naturales sino también por la dinámica social reflejada en el asentamiento de diferentes grupos humanos a lo largo de más de un milenio. Grupos de cordillera, del piedemonte y de la selva amazónica se comunicaron a través de esta geografía con propósitos comerciales, de intercambio de conocimientos e inclusive de dinámicas relacionadas con el conflicto.

Los caminos son, por lo tanto, el motivo central para estudiar los aspectos más importantes de los procesos históricos de la región de interés de este estudio. Es bien conocida la idea propuesta por Braudel (1985: 429) según

la cual, el desarrollo del capitalismo podría compararse a una constante lucha contra la distancia, lucha que se materializa en la construcción de vías de comunicación. Sin embargo, el concepto de distancia es relativo ya que depende de necesidades económicas, sociales y políticas que son cambiantes (Hyslop 1990; Trombold 1991). Depende también de la mayor o menor capacidad de determinadas zonas para satisfacer esas demandas de flujos migratorios, de cambios políticos y sociales, y esto no es un fenómeno asociado especialmente con el capitalismo.

Cada vez se enfatiza con mayor fuerza la importancia de ver las regiones como entidades interconectadas. Todas las sociedades ocupan un espacio en el cual se desarrollan actividades económicas específicas, pero cada una de ellas no es más que un nodo que funciona articulado con otros nodos; esto se debe al carácter único de las actividades humanas las cuales tienen lugar en sitios distintos, en donde existen ventajas o desventajas comparativas en términos de su capacidad de ofrecer bienes o servicios que se necesitan o son apreciados en otro lugar (Lowe y Moryadas 1975: 2-3)

La historia de las vías terrestres en el sur de Colombia puede analizarse a la luz de los intereses predominantes en tres momentos históricos, que son los mismos en que se desarrollarán en este trabajo. Un primer momento corresponde a la época prehispánica, cuando la región se hallaba poblada por diferentes comunidades indígenas y los caminos servían tanto a los propósitos de caciques y principales como a los del resto de la comunidad. El segundo se encuentra vinculado a la época de la conquista y a los procesos de repoblamiento llevados a cabo por la Corona española, época en la cual los caminos indígenas

fueron readecuados para servir a los intereses de encomenderos, soldados y colonizadores en general. En esta parte se muestra como el recorrido por las áreas de piedemonte fue un proceso relevante para los procesos de la conquista española al sur de Colombia, práctica que se apoyó en el conocimiento de los indígenas. Hay un tercer momento que corresponde a los siglos XIX y XX, durante los cuales los caminos ya existentes sufren las modificaciones inherentes al denominado “desarrollo” de la época: diversificación de mercados y continuidad con fenómenos extractivos como el caucho, la quina y posteriormente el petróleo.

La segunda parte del artículo ofrece una aproximación para entender la conexión entre la zona de influencia del Qhapaq Ñan localizada en la cordillera de los Andes, al norte del inkario y el territorio cofán, ubicado entre el piedemonte y la planicie amazónica, y cómo eran las vías de comunicación entre ambas geografías en el momento previo a la llegada de los españoles. A partir de estas reflexiones se realiza un ejercicio de localización de caminos entre la montaña y la selva amazónica, teniendo como punto de partida la avanzada de los inkas al norte del Imperio y su intento de conquista sobre el grupo Cofán, comunidad amazónica que en la actualidad comparte su territorio ancestral entre Colombia y Ecuador; para ello se utilizó una herramienta digital que permitió localizar sobre cartografía actual la ubicación aproximada de varios caminos.

Contexto geográfico

El territorio conocido hoy como el Putumayo¹ reúne diversos paisajes y geografías que van

desde la cordillera de los Andes, pasando por el piedemonte (o ceja de selva) y terminando en la selva húmeda tropical; el área es punto de unión cultural y biológica de la región amazónica y andina. Este territorio forma parte de las cuencas altas de los ríos San Miguel y Putumayo que nacen en el departamento de Nariño y en el nudo de Los Pastos respectivamente. La región está cubierta casi en su totalidad por bosques que van desde el subandino (1000 a 2400 msnm), al andino (> a 2400 msnm) y al páramo (> a 2800 msnm). Las zonas asociadas al piedemonte amazónico, correspondiente a la franja de transición entre el paisaje cordillerano y la llanura amazónica, está localizada entre los 300 y los 900 msnm. Finalmente está el paisaje de llanura amazónica, localizado por debajo de los 300 msnm (Gobernación 2011: 9).

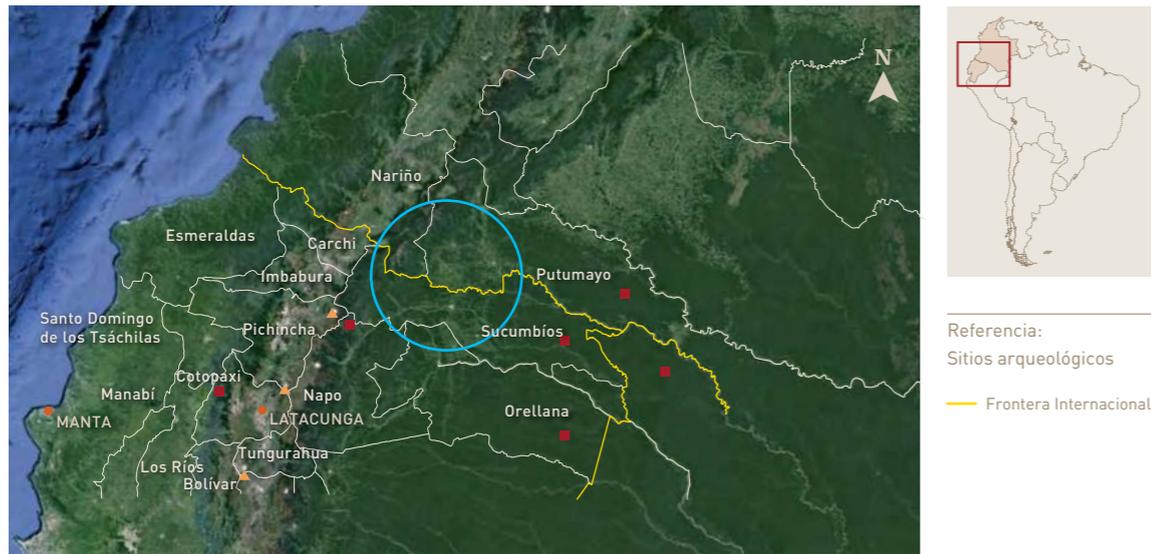
En la actualidad es una zona que se encuentra en riesgo por diferentes procesos de intervención en sus ecosistemas y de sus comunidades indígenas debido a la implementación de proyectos de infraestructura como carreteras e hidroeléctricas, así como por actividades relacionadas con el extractivismo, como son la minería y la explotación petrolera, entre otras (figura 1).

Caminos indígenas

Las comunidades indígenas asentadas en esta zona de gran biodiversidad adaptaron un importante sistema de comunicaciones desde hace más de un milenio, que les permitió conectar diferentes geografías. La región de piedemonte cumplió un papel fundamental en la economía interandina; esta franja selvática

¹ Putumayo es un vocablo de lengua quechua que proviene de *putu* “vasija de fruto de árboles” y *mayu* “río”, por lo que significaría “río que nace donde crecen las plantas cuyos frutos son usados como vasijas” o simplemente vasija de agua frutal (Gobernación 2011).

Figura 1. Localización del área de estudio.



ca que cubre un importante territorio que va desde el río San Miguel, en la frontera ecuatoriana, hasta las cabeceras del río Magdalena, pudo constituir en épocas prehispánicas una extensa área cultural compuesta por diversas etnias, con economía y organización social similar, y a su vez desempeñar el papel de un corredor selvático por donde penetraron a territorio colombiano grupos hablantes del quechua (como los ingano) y todo un complejo de creencias y conocimientos sobre etnobotánica que caracteriza esta región. Evidencia de esto son los materiales cerámicos hallados en la cuenca alta del río Churuyaco (corrugado en urnas funerarias), cuya similitud con los del área de San Agustín y los del oriente ecuatoriano (fase Pastaza) resulta innegable (Uribe 1980-1981: 271).

Hacia el siglo XIII se presentaron las primeras incursiones de los inkas hacia el altiplano nariñense de manera aislada, pero es solo hacia el siglo XV que se logra definir como límite norte del inkario la zona del río Chota-Mira (Moreno y Melo 1995: 62). La llegada de los inkas a la región redefinió el sistema vial que venía siendo utilizado por las comunidades allí asentadas. Los caminos no solo conectarían a las familias destinadas para el trabajo agrícola con las parcelas implementadas, también serían empleados para el desplazamiento de indios mercaderes provenientes de diferentes regiones; tal fue el caso de los *mindaloes*² o mercaderes especializados (Bray 2003: 26). A mediana distancia comercializaban productos como la sal, el ají, la coca y el algodón; a larga distancia manejaron productos suntuarios

² Era un grupo élite cuya tributación no era igual a la de los demás indios, ya que pagaban siempre en oro, mantas o chaquiras de hueso. Los *mindaloes* vivían en la ciudad de Quito, comerciaban en el mercado y no tenían por jefe a ningún cacique sino a un colega del grupo, lo mismo sucedía con los mercaderes de Otavalo (Bray 2003: 67).

como el oro, las conchas y las plumas. En el caso del grupo de los pastos asentados en la cordillera, al momento de la conquista, usaban redes de caminos conectores con el Pacífico y la región amazónica; estos vínculos fueron desarticulados en gran medida durante la Conquista y la Colonia (Moreno y Melo 1995: 64).

De acuerdo a las investigaciones arqueológicas efectuadas en la región, buena parte del comercio entre el piedemonte y la región andina se habría dado con los grupos cofanes del norte, conocidos como los sucumbios, y con los aguatico que habitaban al sur (Uribe 1985: 86); si bien se utilizó la ruta comercial por Mocoa, era más factible la que se origina en el río Guamués, que nace en la laguna de La Cocha, a poca distancia del valle de Atriz. También se sugiere como ruta de tránsito el río San Miguel o el río Chincual. Además de ello, en la región de Sucumbios existen una serie de caminos que la comunican con Tulcán e Ipiales, lo que asegura el contacto entre estas zonas (Cifuentes 2006: 83).

Las relaciones entre las comunidades andinas y selváticas no estaban sujetas exclusivamente a intercambios comerciales de objetos de consumo, los primeros valoraban sobre todo los conocimientos mágicos y chamánicos amazónicos; no es de extrañar que las evidencias cerámicas encontradas en la cordillera y en el valle de Sibundoy, así como en el Carchi, fueran utilizadas por las comunidades del piedemonte para transportar *yagé* (o ayahuasca) el cual era utilizado para actividades medicinales y el manejo del entorno ambiental a través del uso de plantas medicinales; ello confirma la importancia simbólica del intercambio de objetos venidos del piedemonte a los Andes (Cifuentes 2006: 84).

La riqueza de recursos vegetales en este sector de Sudamérica permite inferir la importancia de ciertas especies alimenticias

cultivadas, su adaptación e intercambio a gran escala; ejemplo de ello lo constituye un tubérculo de la familia de las marantáceas y una calabaza comestible (Cavelier 2005: 32). Igualmente otras dos especies, una de ellas relacionada con plantas tóxicas del bosque amazónico, la *Dieffenbachia*, probablemente usada como veneno de pesca, y la calabaza *Lagenaria sciceraia*, que ha servido generalmente como recipiente; debido a algunas curiosidades, la historia de esta última concita particular interés. De acuerdo con lo que se conoce hasta el momento, es necesario seguir los desplazamientos de la calabaza desde un punto de origen en las costas africanas, donde existe en un estado silvestre, hasta las playas de América del Sur. Se deduce que habría llegado hasta allí con la ayuda de las corrientes marinas para luego ser recogida por algún pescador que pudo haber fabricado flotadores para redes y otros instrumentos a partir de ella. Tendría que haber pasado por un proceso de cultivo o de manejo, para que con ayuda de la gente remontara los ríos amazónicos y apareciera hace 8000 años en el río Caquetá de Colombia. También podría haber pasado por las montañas andinas para llegar hasta el Pacífico, en las costas del Ecuador y Perú, donde se ha reportado su hallazgo con fechados de hace 7000 años, así como en la vertiente pacífica de Panamá (Piperno y Pearsall 1998: 93).

Con el advenimiento y desarrollo de las sociedades estatales, como los inkas, esta zona continuó ofreciendo eventualmente los abundantes recursos naturales del piedemonte y la selva amazónica, reflejados en un manejo de especies vegetales que suplieron necesidades alimenticias y participaron en rituales, en el manejo de plantas sagradas y prácticas de chamanismo durante el proceso de expansión militar del Tawantinsuyu, en la primera mitad del siglo XVI.

Conquista y caminos del piedemonte

El sector de piedemonte de la cordillera oriental fue conocido y recorrido por las comunidades indígenas prehispánicas del suroccidente de Colombia y norte de Ecuador, en el siglo XVI este conocimiento llegó a oídos de los españoles, prestos a conquistar los nuevos territorios. Son tres los europeos que, valiéndose de la información proporcionada por los indígenas y de los caminos ya existentes, se adentraron a nuevos espacios, cada uno por diferentes rutas, pero reutilizando el paisaje de piedemonte como trasfondo de sus vías de comunicación.

En primer lugar, durante los años 1541 y 1542, Gonzalo Pizarro junto a Francisco de Orellana parten de Quito recorriendo un amplio territorio en su exploración, abriendo un camino entre las montañas y llegando a ríos como el Coca en su búsqueda del río Amazonas (Hemming 1984: 148). Orellana es un buen ejemplo de cómo un camino que comienza de manera terrestre continúa a través de un recorrido fluvial. El jesuita Juan de Velasco describe las penurias de los españoles abriendo camino en esta región:

Llegando a un país llamado Guima, desproveído de un todo, se sustentaron de solas hierbas y raíces y de los caballos que iban muriendo igualmente que los Indianos y españoles. Mojados siempre con las lluvias, que son allí de casi todo el año, llegaron después de caminar muchas leguas a otro país menos desproveído. Detenidos en él y socorridos con algún sustento, por las oficiosas gentes que hallaron, mandaron exploradores a ver si descubrían algún sendero, y no hallándolo por parte alguna, se pusieron a

fabricar un bergantín, que pudiese facilitar el tránsito del río [Coca] (Velasco 1981 [1789]: 186)

Avanzando en esta embarcación continuó la exploración del territorio por el río Coca, hasta hallar la confluencia entre este y el río Napo:

Caminando de esta manera más de otros dos meses, con mil trabajos y hambres, supieron por unos Indianos que hallaron que, a diez soles, esto es, a diez días de camino, estaba un país poblado y abastecido no menos de víveres que de riquezas. Dieron la señal de que estaba situado en la parte donde el río Coca se encontraba y unía con otro mucho mayor...Partió contentísimo Orellana y siguieron los otros tan llenos de esperanzas que les parecían flores todos los abrojos y malezas, porque habían muerto ya mil Indianos y noventa Españoles, más de hambre que de otros trabajos. Camino el bergantín, sin vela ni remo, llevado de la corriente, el cómputo de 80 leguas, que eran las correspondientes a los diez días de camino de tierra, y halló efectivamente las juntas del Coca con el gran río Napo; mas no halló población, gente, víveres ni riquezas (Velasco 1981 [1789]: 186).

Por esos mismos años, Hernán Pérez de Quesada, hermano del adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador de los muiscas que ocupaban el centro de Colombia, emprendió un viaje destinado inicialmente a la búsqueda de El Dorado y luego a llegar a la tierra de la Canela; al igual que Pizarro y Orellana, en esta expedición solo encontraría penurias. Esta canela sudamericana era la misma especia oriental que los portugueses habían traído desde la India:

Se trata de una pequeña cascara con la forma de un gorro y con el mismo color y sabor que la canela oriental... La tierra donde crece esta especia es de todo punto inhabitable llena de pantanos, ríos y ciénagas y sobre todo carente de frutos, raíces, pájaros o peces de modo que por toda ella apenas se puede hallar alimento alguno (Fernández de Piedrahita 1973 [1666]: 98).

La expedición se dirigió hacia el oeste y se hizo camino subiendo una de las fuentes del Caquetá hasta el valle de Mocoa. Las tribus de estas colinas opusieron fuerte resistencia, tal vez como la que los cofanes demostraron ante

los inkas; parecía ser una buena señal, las tribus estaban defendiendo las puertas de El Dorado. Los expedicionarios habían recibido en Mocoa noticias sobre una tierra llamada Achibichi. Cuando penetraron en el territorio, luego de prolongados esfuerzos, se encontraron en el valle de Sibundoy del distrito de la ciudad de Pasto, perteneciente a la gobernación de Belalcázar (Hemming 1984: 176). Este recorrido indica que la expedición proveniente del piedemonte de Caquetá llegó a la zona de Mocoa y giró hacia el occidente, rumbo al valle de Atriz, remontando de nuevo la cordillera y dejando de lado los territorios amazónicos (figura 2).

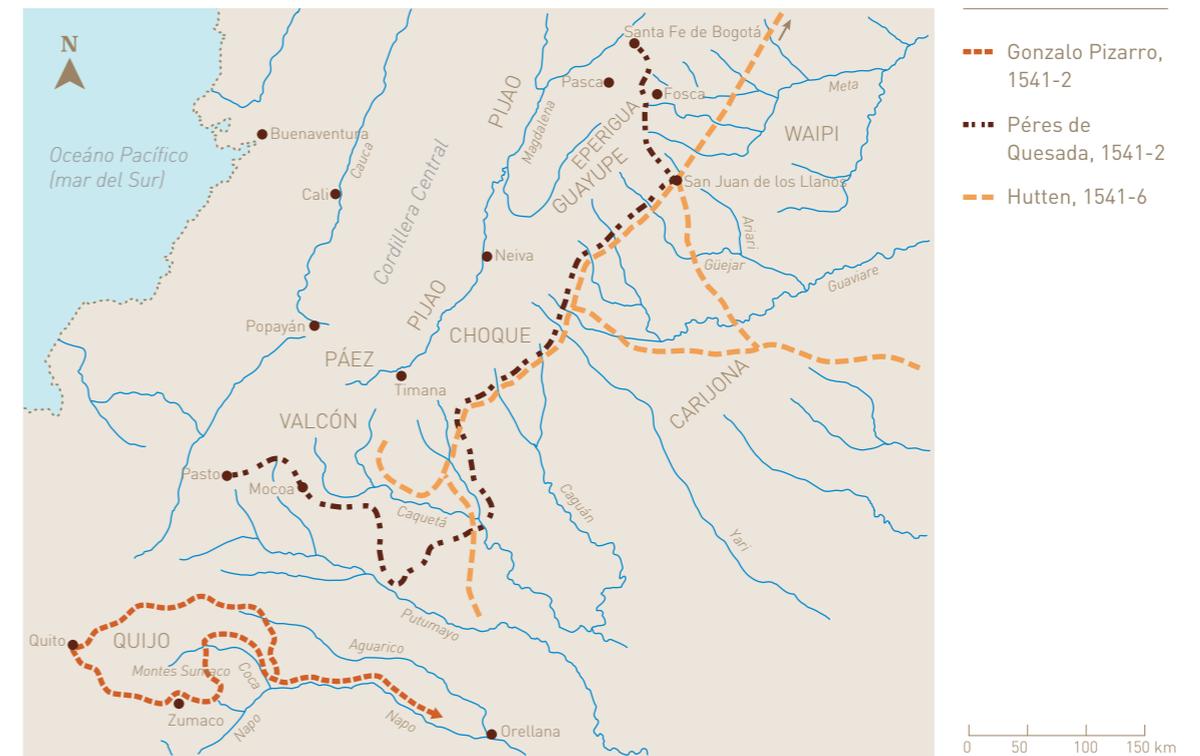


Figura 2. Rutas de conquistadores al suroccidente de Colombia (Hemming 1984: 151).

Finalmente, y en pos de los pasos de Pérez de Quesada, el alemán Felipe Von Hutten partió de Coro (actual Venezuela), llegó hasta San Juan de los Llanos como su antecesor y exploró zonas del Guaviare y del Vaupés. Retornó luego por el Caquetá y remontó la falda de la cordillera oriental llegando al alto Caquetá y al Putumayo. Así, a principios de 1545, tres años después de haber penetrado en los llanos, los hombres de Hutten regresaron a casa.

Las rutas recorridas por los conquistadores utilizaron el piedemonte para movilizarse hacia las tierras bajas, ya fueran de los llanos orientales o de la Amazonia. Por un lado, Pérez de Quesada y Von Hutten recorrieron gran parte del Nuevo Reino de Granada, bordeando la cordillera oriental y dirigiéndose constantemente hacia el sur; por el otro, Pizarro y Orellana, luego de la conquista de los inkas, atravesaron el sistema montañoso desde la cordillera y siguieron el curso de ríos como el Coca y el Napo, dividiendo sus recorridos entre dos geografías: la de cordillera y la fluvial.

Período colonial

El siglo XVIII marcó un avance en la expansión de las misiones en el sur de Colombia; numerosos grupos de misioneros se internaron por las selvas del Putumayo en busca de las tribus selváticas con el objeto de evangelizarlas. En ese entonces las vías de comunicación entre la región andina y la selva eran básicamente tres: la más septentrional de ellas era la de Timaná, en el sur del Huila, la cual desembocaba

en Mocoa³; hacia el sur de esta se desprendía la trocha que se originaba en Almaguer, en el Cauca, atravesaba la bota caucana para salir a Santa Rosa, Yunguillo y Condagua y de allí a Mocoa; finalmente, estaban las trochas que desde Pasto descendían al Alto Putumayo, vía el valle de Sibundoy y La Cocha (Moreno y Melo 1995: 69).

Las órdenes religiosas a través de diferentes documentos escritos como descripciones, cartografías y correspondencia, han aportado información relevante en cuanto a los caminos usados en determinadas regiones. En el caso del suroccidente colombiano, son dos las órdenes religiosas que produjeron descripciones de los caminos empleados para las tareas de evangelización.

A mediados del siglo XVIII, el franciscano Juan Santa Gertrudis visitó el nuevo pueblo de Mocoa:

El pueblo tiene unos 15 vecinos, y lo llaman Santa Clara de Mocoa para conservar la memoria de la antigua ciudad de Mocoa, la que antiguamente fue una de las principales ciudades del Perú. así en comercio como en riqueza, porque todas aquellas serranías son minerales de oro y de 23 quilates... Ella se perdió que no ha quedado de ella vestigios. Estaba fundada en unas lomas muy altas dos leguas arriba de nuestra Mocoa. Sólo han quedado algunos vestigios del camino... (Santa Gertrudis, citado en Llanos 2000: 20).

Para ese entonces, Mocoa era importante por su localización geográfica, al ser el sitio de encuentro de los caminos que llegaban desde

Almaguer, por la ruta de Santa Rosa, y desde la ciudad de Pasto, por la ruta que cruzaba el valle de Sibundoy para luego dirigirse desde allí hacia el oriente, a los pueblos de misión por los ríos Caquetá y Putumayo (Llanos 2000: 22)

Por su parte, los jesuitas también aportaron información importante sobre la evangelización, asociada a las entradas en nuevos territorios. El padre Juan de Velasco, en el capítulo referente a la historia moderna de Quito de su libro *Historia del Reino de Quito*, hace alusión a la Misión de los Cofanes. Si bien comienza describiendo la composición de este distrito a partir de tres antiguas provincias - Mocoa, Putumayo y Sucumbíos -, destaca el recorrido realizado por el padre Rafael Ferrer en territorio cofán y en gran parte de la Amazonia.

Ferrer gozaba de gran prestigio como evangelizador, y había logrado merecida fama en la conversión y colonización de las tribus, cuando en 1602 penetró en la región de los cofanes siguiendo el derrotero que habían trazado misioneros que le precedieron en esta labor; llegó a la provincia de los Yumbos, descendió por el río San Miguel hasta su desembocadura con el Napo, y fundó los pueblos de San Pedro, Santa Cruz y Santa María.

En uno de estos pueblos tuvo noticia del Amazonas y, sin temor por los tristes recuerdos de la expedición de Gonzalo Pizarro, resolvió ir a buscar el río y reconocerlo. Tomó guías en el Aguarico y en 1605 se embarcó en el Napo, cuya larga travesía hizo sin el menor accidente hasta su entrada en el Amazonas. Siguió las aguas de este último hasta el mar y volvió sobre sus pasos, recorriendo por segunda vez los países habitados por un número in-

finito de tribus salvajes. Según relata el padre Velasco, Ferrer "Volvió sano y salvo a sus amados primogénitos Cofanes, a fines de 1608, después de gastados 2 años y 7 meses en esta primera correría" (Velasco 1981 [1789]: 413).

Cumpliendo su labor pastoral, en 1611, recibió la palma del martirio cuando fue precipitado al torrente del río Cofanes por el *curaca* de una tribu que se había rebelado en 1609.

Entre los documentos producidos durante el periodo colonial relacionados con el suroccidente del país contamos también con algunos mapas manuscritos, como el titulado *Provincia de Putumayo, entre los ríos Caquetá y Napo*, del año 1700⁴, que registra los caminos que conectaban la zona de cordillera con la planicie amazónica. En este documento cartográfico son claramente visibles las rutas que conducían hacia la ciudad de Mocoa.

El recorrido entre la villa de Almaguer y Mocoa se hacía más o menos en diecisiete días. Saliendo de Almaguer, el primer asentamiento que se encontraba era El Pongo, pequeño poblado indígena localizado a un día de camino, donde se contrataban los cargueros para el viaje. De ahí se gastaban cuatro días hasta el próximo pueblo que era Santa Rosa, ubicado en clima frío e integrado por unas cuentas casas de indígenas con una capilla y su respectivo convento. Entre estos rancheríos había tambos, rudimentarias posadas para pasar la noche y guarecerse del frío y la lluvia. De Santa Rosa hacia adelante el camino no podía efectuarse sino a pie, con la carga a lomo de indio. Seguía a continuación Pueblo Viejo, poblado ubicado a cuatro días de camino; desde allí a San José se gastaban otras tres jornadas.

³ La ciudad de Mocoa constituye actualmente la capital del departamento del Putumayo, fue fundada en 1563 por el capitán Gonzalo H. de Aveniño. En su texto, el padre Juan de Velasco (1981 [1789]: 406) menciona que inicialmente, en 1557, la ciudad fue fundada por Francisco Pérez de Quesada en un sitio distinto al asentamiento actual.

⁴ Este mapa se encuentra en el Archivo General de la Nación (AGN); Sección: Mapas y Planos (SMP); Fondo: Mapoteca 6; AGN.SMP.6, REF.132 (AGN 2005: 208).



Figura 3. Provincia de Putumayo, entre los ríos Caquetá y Napo (AGN.SMP.6, REF.132).

La parte final del viaje se realizaba entre San José y Mocoa en cinco jornadas, pasando por Yunguillo y Condagua, localidades a las que aún hoy día bajan los indígenas del valle de Sibundoy a aprovisionarse de la resina de *mopa-mopa*⁵, materia utilizada para hacer el barniz de Pasto, la cual transportan hasta esa ciudad para vendérsela a los artesanos (Moreno y Melo 1995: 69).

Siglo XIX

Durante el siglo XIX la explotación del caucho y de la quina llevó a que nuevos aventureros se internaran en las selvas del Putumayo (figura 3).

Para ese entonces los caminos existentes entre el altiplano nariñense y las poblaciones localizadas hacia el oriente eran tres: el primero de ellos, la trocha de Mocoa, salía de la ciudad de Pasto para llegar a la laguna de La Cocha, trayecto que se hacía a caballo. A partir de allí se seguía a pie ascendiendo al páramo del Bordoncillo, ubicado entre la laguna y el valle de Sibundoy, donde se pernoctaba en cobertizos que levantaban los indios cargueros; desde este punto se descendía al pueblo de Santiago que formaba parte del curato de Sibundoy (Moreno y Melo 1995: 70).

A partir de Santiago comenzaba la travesía dura por el monte deshabitado, trasmontando

EL Portachuelo desde donde partían dos rutas: una de ellas, conocida como la trocha de La Tortuga, había sido construida por la casa Reyes Hermanos en la época de la explotación de la quina y era utilizada para movilizar ganado; la otra tomaba el estrecho cauce del río Minchoy para recalar finalmente en la planicie de tierra caliente donde está asentada la ciudad de Mocoa. El trayecto total de la trocha de Mocoa se hacía en trece días, los primeros cuatro en tierra fría poblada por indígenas y campesinos y los nueve restantes por el monte deshabitado; esta había sido trajinada desde épocas prehispánicas por los indios de Pasto y por los habitantes del valle de Sibundoy que la utilizaban para desplazarse al piedemonte selvático en busca de oro de aluvión, de la resina de *mopa-mopa* (*Elaeagia pastoensis* L.E. Mora) y de la cera de abejas.

Además del mencionado camino, existían otras dos trochas que cubrían el trayecto entre el altiplano y el Alto Putumayo. La primera de ellas salía de Ipiales, cruzaba el páramo de La Victoria, pasaba por Monopamba y caía al río Churuyaco, afluente superior del San Miguel, comunicando a la ciudad de Ipiales con el pueblo de San Miguel de Sucumbíos; era un camino estrecho, enmalezado y de difícil tránsito, lo que no impidió que los colonizadores nariñenses de la región de La Hormiga y Orito en el Putumayo lo utilizaran en sus desplazamientos (Moreno y Melo 1995: 70).

La otra vía, conocida como la trocha de Santa Lucía, se iniciaba en el pueblo de Catambuco, cerca de Pasto, y pasaba por el sitio de Los Potreros sobre el páramo donde nace el río Bobo, afluente del Guáitara. Luego de trasmontar la cordillera para caer a La Cocha, seguía el curso superior del río Guamués hasta desembocar, sorteando toda clase de obstáculos naturales, en el puerto de Alpichaque, ubicado sobre las riberas del Guamués. Desde

este puerto, finalmente, salía hacia el Putumayo, alcanzando un trayecto total de aproximadamente doce leguas (Moreno y Melo 1995: 71).

A finales del siglo XIX Sudamérica tuvo la presencia de varios científicos y viajeros, especialmente europeos y norteamericanos, que plasmaron en textos y en dibujos sus recorridos por las diferentes geografías. Entre 1875 y 1882 el viajero y científico francés Édouard François André clasificó densos herbarios mientras recorría más de cinco mil kilómetros entre Barranquilla, ciudad del Caribe colombiano, y el río Guayas en Ecuador. En su trabajo *América pintoresca* presenta, a través de los típicos grabados decimonónicos desarrollados por los exploradores y científicos de aquella época, el trasegar de viajeros y comerciantes por los caminos del sur del país, tal como lo muestra la representación de dos indígenas de la región de Mocoa llegando al Alto de la Cruz (figura 4).

Siglo XX

A comienzos del siglo XX los departamentos de Nariño y Cauca fueron objeto de numerosos estudios adelantados por ingenieros que buscaban mejorar el estado general de las vías existentes y abrir nuevos caminos. Miguel Triana, ingeniero e investigador bogotano, fue designado para encontrar una vía que uniera el departamento de Nariño con la región de Mocoa; en su trabajo *Por el sur de Colombia* (1907), producto de su travesía, describe:

Cuando, hace pocos meses veníamos explorando la vertiente occidental de la cordillera que cae al río Guáitara, nos hicieron observar una cosa curiosa, sobre la cual formaban los compañeros de viaje varias conjeturas. Son unos cimientos artificiales de piedra en seco especie de murallas a flor de tierra for-

⁵ El barniz de Pasto es una técnica artesanal autóctona muy antigua y característica de la ciudad de San Juan de Pasto, al sur de Colombia, empleada para decorar objetos usualmente de madera. Se recurre para ello a la resina obtenida del arbusto silvestre llamado *mopa-mopa* (*Elaeagia pastoensis* L.E. Mora), existente en los bosques andinos y en la selva del Putumayo (Gobernación 2011: 29).



Figura 4. Indias de Mocoa en el Alto de la Cruz (Saffray 1984 [1872]: 115).

mando escalones estrechos en las abruptas faldas, las que descienden casi a pico al río. Se hacen muy notables dichas construcciones desde la boca del río Sapuyes, procedente de Túquerres, hasta la cañada del río Angasmayo, cuyos orígenes se enfrentan cordillera de por medio, con los del Riosucio, tributario del Guamués, pocas leguas arriba del Alpichaque. El número de estas construcciones se multiplica en este espacio hasta lo increíble: millones de brazos se necesitaron para acarrear la piedra, ladera arriba y millares de millones para construir a hilo y caso geométricamente esos cimientos. ¿Con que objeto se hizo tan paciente, artística y prodigiosa obra en su conjunto? No es posible comprenderlo...Al ver, por último, el remate de esas edificaciones en la colina aislada de Chitarrán, enfilada al boquerón de la cordillera, rodeada por todas partes por aquellos escalones y coronada por un castillete pentagonal, rodeado de un foso,

comprendimos que esto fue una fortaleza, y los otros, reductos avanzados hasta el río Sapuyes (Triana 1907: 239).

En la descripción de Triana, es importante destacar los trabajos en piedra reportados en zonas montañosas de pendiente pronunciada, asociados permanentemente a los ríos del sector con el propósito estratégico de seguir el curso de los ríos y cañones de la región, así como de buscar los pasos estrechos de los mismos para eventualmente pasar sobre puentes. La localización de estos vestigios coincide con la zona limítrofe norte del inkario, es decir, el río Angasmayo.

Otra de las técnicas utilizadas para la construcción de los caminos era el uso de maderas o empalizadas, estas son mencionadas en la *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile* (1589) escrita por el dominico fray Reginaldo de Lizárraga, quien describe el camino costero con las siguientes palabras:

El rey de esta tierra, a quien comúnmente llamamos el Inga, para que en estos arenales no se perdiesen los caminantes y se atinase con el camino, tenía puestas de trecho a trecho unas vigas grandes hincadas muy dentro en la arena, por los cuales se gobernaban los pasajeros... (Lizárraga 2002 [1589]: 69).

En alusión a esta técnica, durante uno de sus recorridos, Triana hace referencia a un camino empalizado que también se habría localizado en la región del río Guamués:

- El nombre de tribu de un indio, a quien nos presentaron en San José, nos llamó la atención:
- “Odac Mahá”.
- ¿Qué significa ese apodo?
- Camino de chontas.
- ¿Y por qué razón te lo pusieron?
- Porque en una cacería que hice por el río Guamués arriba, encontré en el bosque los vestigios de un antiguo camino de empalizada (Triana 1907: 278).

Ya avanzado el siglo XX, entre la década de los treinta y los cuarenta, Richard Evans Schultes reconocido etnobotánico de la Universidad de Harvard, buscando manchas de caucho que sirvieran como materia prima a los Estados Unidos, recorrió la Amazonia conociendo más allá de su objetivo inicial: el manejo de plantas sagradas por parte de las comunidades indígenas allí asentadas hace más de mil años. Un saber y un conocimiento que mostró a la cultura occidental el manejo natural de plantas medicinales y alucinógenas, evidenciando sus propiedades a un mundo que hoy todavía no acaba de abarcar dicha sabiduría (Davis 2009) (fotos 1 y 2).

Foto 1. Chamán Cofán, río Sucumbíos, 1942 (Davis 2009: 93).



Foto 2. Inga con vasija de barro, 1941 (Davis 2009: 107).



La importancia de una región vista desde diferentes niveles - cultural, histórico, arqueológico, económico y social - se evidencia a través del desarrollo histórico de los caminos y vías de comunicación terrestres en esta zona del norte de Sudamérica que, desde tiempos prehispanicos hasta la actualidad, ha buscado conectar diferentes geografías como son las de cordillera, piedemonte y selva, y establecer contactos e intercambios de diverso tipo entre las mismas. Es relevante también entender o estudiar la extensión de dichas rutas y caminos así como sus extensiones hasta la misma costa Pacífica, tomando en consideración que la región costera también cumplió un papel fundamental en los procesos de comercio e intercambio en Sudamérica.

Avanzada sobre los cofanes

Teniendo en cuenta los antecedentes de las vías de comunicación terrestres en la zona del norte de Sudamérica, limítrofe entre Colombia y Ecuador, en esta parte de la investigación se describirá el avance del undécimo Inka Huayna Capac (1465-1525 d.C.) al norte del inkario y su relación con el grupo cofán desde la temática de los caminos y el entorno geográfico donde estuvo asentado. Si bien el análisis se hace para el caso colombiano, fue revisada también la producción bibliográfica referente al norte del Ecuador desde una perspectiva interdisciplinaria - arqueológica, histórica, antropológica y geográfica - desde el punto de vista de la parte septentrional del Imperio Inka y, en especial, hacia los contactos con el piedemonte amazónico y la planicie amazónica (Velasco 1981 [1789];

Lathrap 1970, 2013; Fresco 1984; Hemming 1984; Hyslop 1984; Trombold 1991; Caillavet y Pachón 1996; Bray 2003; Hocquenghem 2009; Pugliesi 2011; Arellano 2018; Naula s.f.).

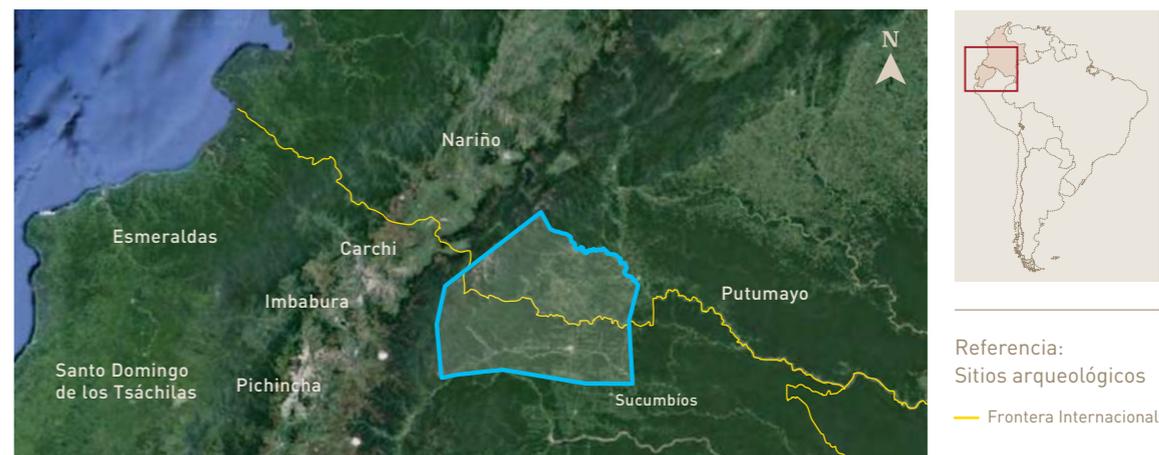
A partir de los datos encontrados en la revisión bibliográfica, no solo los documentos escritos deben ser considerados como fuentes etnohistóricas sino también los mapas "que pueden ser tratados como texto" y, por consiguiente, en estos se pueden "analizar la relación entre el objeto material y su significado" (Loreiro Dias 2012: 2). Se planteó hacer un ejercicio de localización de vías y posibles caminos que conectaron puntos del Camino Inka en la cordillera con salidas hacia el piedemonte andino, la selva amazónica y su relación con el pueblo Cofán, donde rutas terrestres y fluviales cumplieron un papel fundamental en la conexión de diferentes geografías y poblaciones.

El Pueblo Cofán (A'I) se localiza en esta zona, actualmente compartida por las naciones de Ecuador y Colombia; se encuentra asentado en el territorio comprendido entre los ríos Orito, Guamués, parte del Putumayo, San Miguel y Aguarico. De acuerdo con las divisiones político-administrativas, en Colombia, este pueblo se ubicaría en los municipios de Puerto Asís, Orito, Valle del Guamués y San Miguel, en el departamento del Putumayo, e Ipiales en el departamento de Nariño; asimismo, sobre las riberas del río Aguarico, en Ecuador.⁶ (figura 5)

Teniendo en cuenta los asentamientos humanos en la región, el territorio ancestral del Pueblo Cofán (A'I) abarca 1 033 626 hectáreas aproximadamente, considerando solamente los territorios de las riveras de los ríos Agua-

⁶ Para el análisis de los caminos y su localización en una cartografía se tendrá en cuenta el actual territorio determinado como Cofán, entre Colombia y Ecuador, en proceso de reconocimiento como territorio ancestral (Pueblo Cofán 2010).

Figura 5. Localización del territorio Cofán (Pueblo Cofán s.f.)



rico, San Miguel, Guamués y Putumayo, mas no los territorios localizados entre ellos. De acuerdo a los estudios efectuados, hasta el día de hoy se han encontrado datos de la presencia cofán en este territorio desde el año 1470 (Pueblo Cofán 2010: 32).

LÍMITE NORTE DEL INKARIO

Las fuentes escritas indican que la expansión imperial inkaica en su frontera norte, en el actual Ecuador y sur de Colombia, se debió a los avances realizados por el Inka Huayna Capac entre los años 1493 y 1525 d.C. (figura 6).

Siendo el décimo primer Inka, engrandeció Tumibamba y Quito llevando *mitmas* cusqueños de alto rango, y mantuvo un gran ejército en la región. Junto con sus campañas expansionistas, también amplió el Qhapaq Ñan o red vial en este sector del Imperio, consolidando sus comunicaciones. Durante sus campañas en diferentes sectores del Tawantinsuyu, es claro que el gobernante Inka tuvo un permanente contacto con las regiones denominadas como

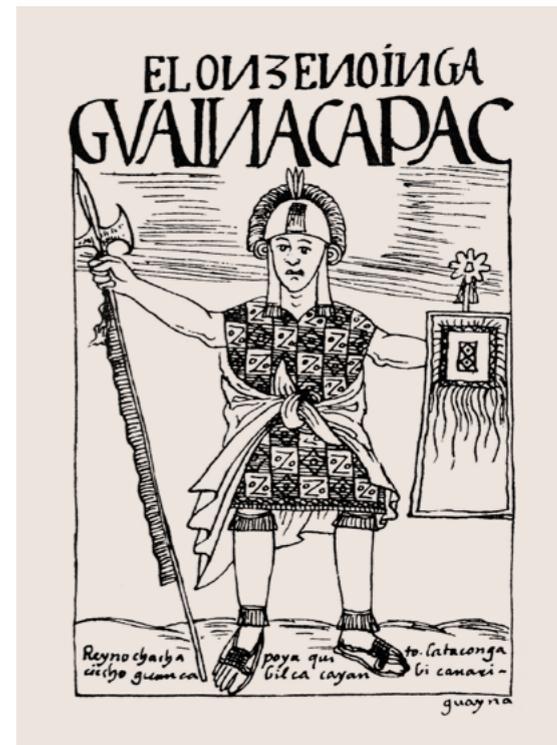


Figura 6. Inka Huayna Capac (Guaman Poma de Ayala 2006 [1615]: 92)

ceja de selva - zona chachapoya (Schjellerup 2005; Kauffmann 2013) -, así como la zona cofán, es decir, la de piedemonte andino entre el actual Ecuador y Colombia. La población de Chachapoyas pudo haber tenido la función de mediadora en una cadena de corta y larga distancia en la red caminera entre sierra y selva; estuvo en contacto a través de los intercambios de productos de prestigio y artículos de valor simbólico entre ellos mismos y con los xibitos, una tribu en la parte alta de la ceja de selva hacia al este. El intercambio de alimentos, como la sal, y de servicios dentro de la región de Chachapoyas y hacia el sur estuvo basado en relaciones sociales (Schjellerup 2005: 49). Por largos periodos, los chachapoyas vivieron en un medioambiente social uniforme con escasos contactos con otras culturas de la región andina; la llegada de los inkas a la zona chachapoya estuvo acompañada de conflictos y oposición al Imperio Inka desde los primeros momentos.

Para el caso cofán, la situación fue similar ya que desde el primer momento de la llegada de los inkas se presentó una resistencia total a su expansión. Wade Davis, antropólogo y explorador que durante los años setenta y ochenta del siglo pasado recorrió gran parte de la selva amazónica noroccidental, conecta el tema chamánico y de uso de herbolaria con la relación entre comunidades andinas (en este caso los inkas) y las de selva (los cofanes):

Antes de la llegada de los españoles, los Cofán habían sido una tribu poderosa, de hecho, una nación pequeña, lo bastante fuerte como para provocar la ira del inca Huayna Capac, que les hizo la guerra en su intento

por expandir su imperio hacia el norte. Para la época en que llegaron los jesuitas, en 1602, los conquistadores habían acabado con el oro en las arenas del alto Aguarico y del alto Sucumbios y la esclavitud y la enfermedad habían reducido la población a veinte mil almas. Hacia mediados del siglo XIX cuando Colombia y Ecuador trazaron los primeros mapas de sus llanuras orientales, los geógrafos describieron a los Cofán como una tribu belicosa, de unas dos mil personas, cifra que se mantuvo más o menos constante hasta 1899 cuando, después de una ausencia de más de dos siglos, volvieron los misioneros. El último golpe había tenido lugar en 1923, cuando una epidemia de sarampión, introducida por misioneros capuchinos, arrasó con la mitad de la tribu (Davies 2009: 112).

De acuerdo con las investigaciones arqueológicas realizadas al sur del Ecuador, existe un importante tramo del Camino Inka en Ecuador que recibe el nombre de Huayna Capac (Hocquenghem 2009: 70), asociado a las conquistas del undécimo inka. Ubicada al sur del país, esta ruta se extiende por más de 200 kilómetros en sectores que recorren la cordillera y valles interandinos entre Tomebamba, al norte, y Huancabamba, al sur. Si bien algunas ramificaciones se extienden hacia el sector occidental y hacia la costa, hacia el flanco oriental, es decir la salida hacia la selva amazónica, no se aprecian este tipo de variantes. En su texto, Fresco (2004) muestra el trazado completo del Qhapaq Ñan en Ecuador y su extremo norte, es decir el que entra a territorio colombiano. Allí destaca la presencia del *wamani*⁷ o tambo

de Gualmatán como punto norte del Camino Inka. El inicio en la cordillera de este camino, que conduce hacia la planicie amazónica, se encuentra asociado a materiales arqueológicos cerámicos del grupo Capulí, es decir, de un siglo antes a la conquista española y antes de la expansión inka por el norte del Ecuador y el sur de Colombia. El material cerámico encontrado coincide con el que se ha asociado al grupo de los pastos (complejo Tuza), que tiene una amplia distribución en la región (Groot y Hooykaas 1991: 86).

En territorio ecuatoriano siguen otros puntos como el tambo de Waka, el tambillo y puente de Chota, así como el *wamani* de Karanquí. Estos cuatro puntos localizados en plena cordillera son los que eventualmente tienen salidas naturales hacia el piedemonte andino y que conducen hacia la selva amazónica. Estas salidas naturales pudieron ser usadas por los inkas en su avance conquistador de grupos y comunidades de la región amazónica, como fue el caso del contacto con los cofanes (figura 7).

Para la localización de los puntos del Qhapaq Ñan en la cordillera, como de los caminos que parten hacia el piedemonte y a la selva se utilizó una herramienta digital (Google Earth Pro-7.3.2.5776 (64-bit)) que, al ser complementada con información consignada en investigaciones anteriores (arqueológicas e históricas) y con cartografía histórica, permitió localizar en una cartografía actual la localización aproximada de caminos que conectaron la zona montañosa, el sector de piedemonte y la selva amazónica (figura 8).

Allí se localizaron básicamente cuatro caminos que comienzan en la cordillera; desde el punto de vista altitudinal, todos inician en el páramo y descienden a través de una pendiente importante a la selva tropical, atravesando en su mayoría el ecosistema del piedemonte amazónico (tabla 1).

Es importante mencionar que en el siglo XV la frontera natural del Tawantinsuyu en el norte era el río Angasmayo. Este punto del camino lo mencionan cronistas y escritores



Figura 7. El Qhapaq Ñan al norte del Tawantinsuyu (Fresco 2004: 67).

⁷ *Huamani* (en quechua: *wamani* "provincia") fue una división territorial del Imperio Inka que, en su conjunto, conformaba los *suyus* o regiones mayores del Imperio. Los *humanis* eran representados por el valle principal de la región y, a su vez, se encontraban divididos en *sayas* o sectores. Las *sayas* eran generalmente dos: *Hanansaya* o "sector de arriba", y *Hurinsaya* o "sector de abajo" (Romero 2006).

Figura 8. Puntos relacionados con el Qhapaq Ñan (zona de cordillera) y salidas naturales hacia la Amazonia (piedemonte y territorio Cofán).

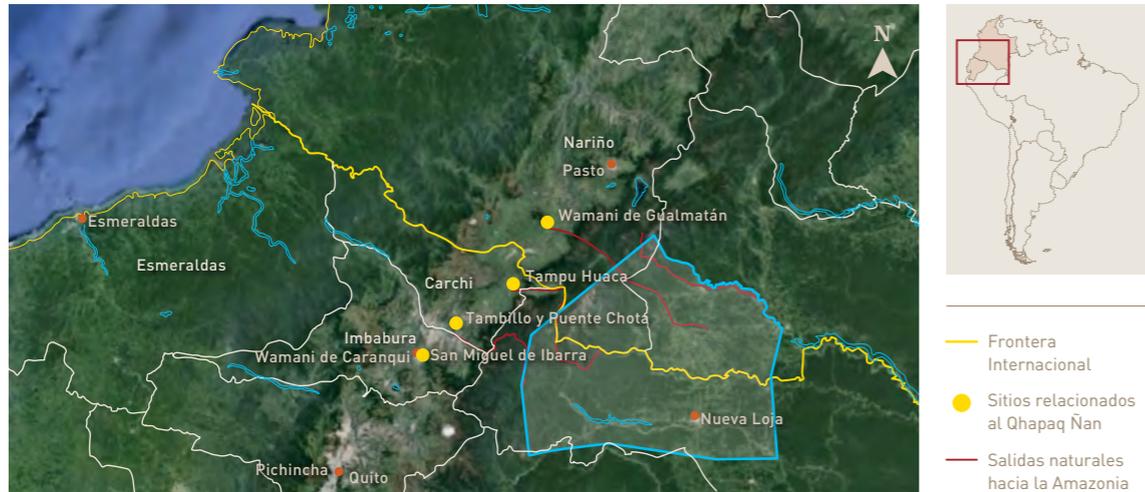


Tabla 1. Longitudes y altitud de los caminos que parten de la cordillera hacia el piedemonte y la selva

Camino	Distancia	Punto > altitud	Punto < altitud
Río Coca (Ecuador)	77,8 km	3832 msnm	855 msnm
Río Guamués (Colombia)	103 km	3411 msnm	309 msnm
Río Orito (Colombia)	97,8 km	2848 msnm	257 msnm
Río San Miguel (Colombia y Ecuador)	92,4 km	3261 msnm	574 msnm

coloniales, como Cieza de León, y viajeros del siglo XVIII, como el clérigo franciscano Eugenio Lanuza y Sotelo (1998), que acompañó en su viaje entre Bogotá y Lima a Alonso López de Casas, por aquel entonces

nominado Comisionado General de las Provincias del Perú. Lanuza se convirtió en un eficiente observador y acompañante.⁸ El río Angasmayo coincide, dada

⁸ Eugenio Lanuza y Sotelo escribió en 1735 una crónica titulada *Viaje ilustrado a los reinos del Perú*.

su cercanía, con el tambo de Gualmatán (referenciado por Fresco 2004), eventual punto de observación y vigilancia del Imperio Inka del que partían y al que llegaban diferentes caminos procedentes de la planicie amazónica.

Cieza de León resalta los puntos limítrofes del Imperio:

...esto vemos claro porque yo e visto junto a Vilcas tres o quatro caminos; y aun una vez me perdí por el uno creyendo que yva por el que agora se usa; y a éstos llaman al uno camino de Ynga Yupangue y al otro Topa Ynga, y al que agora se usa y usará para siempre es el que mandó hazer Guaynacapa, que allegó çerca del río de Angasmayo al Norte y al Sur mucho delante de lo que agora llamamos Chile; camino tan largo que avía de una parte a otra más de mill y dozientas leguas... (Cieza de León 2000 [1553]: 40).

Entendemos que por una misma zona podían pasar varios caminos reales de los inkas, cuyos trazos fueron establecidos y cambiados en función de las estrategias de conquista inkaicas, de la suerte de estas empresas y luego de las implicaciones del control de las poblaciones sometidas. Es oportuno resaltar que, gracias a este ejercicio de localización de puntos en la geografía liminal del Imperio Inka, se puede apreciar el papel de los ríos como continuación de los caminos terrestres. Los ríos Guamués, Orito, San Miguel, Aguari-co y Coca son prolongaciones de los caminos provenientes del piedemonte y de la cordillera. Estos recorridos, que se iniciaban en puntos de la cordillera y se extendían luego por ríos, fueron seguidos por los españoles - tal fue el caso de Orellana - como se ha referido anteriormente. En estas rutas es importante la verificación de puertos o pequeños muelles donde, además de cargar y descargar víveres y

mercancías, las embarcaciones eventualmente recogían pasajeros.

Conclusiones

En la medida en que el flujo de gente y bienes aporte información para entender el funcionamiento de las sociedades, el estudio de las vías de comunicación resultará fundamental para historiadores, arqueólogos y antropólogos. En el caso de regiones como la montaña, el piedemonte y la selva, la evidencia material más obvia de sus nexos se ve constituida por los caminos que las interconectaban. Estos últimos tienen la ventaja de poder ser estudiados interdisciplinariamente: el historiador, centrado en las fuentes escritas desde el siglo XVI hasta hoy; el arqueólogo, con un campo de trabajo que no tiene límites cronológicos excepto por los que demarca la presencia humana y, finalmente, el antropólogo, que acude a la memoria presente para interpretar el pasado reciente y el impacto de esa memoria en la actualidad.

La información obtenida a partir de la revisión documental de escritos, crónicas y cartografía de los siglos XVI, XVII y XVIII asociadas a los caminos, se debe complementar con investigaciones arqueológicas que verifiquen los contactos entre cordillera, piedemonte y selva amazónica. Si bien los trabajos efectuados en el marco de una arqueología preventiva han aportado valiosa información relacionada con la cerámica y el comercio, especialmente en la zona del piedemonte, aún faltan trabajos que se localicen en la zona de selva. A partir de estas revisiones y de exploraciones de campo se puede igualmente generar una cartografía que reúna los trazados y las regiones que estos conectan.

Las relaciones entre los Andes, el piedemonte y la selva amazónica colombiana son

muy antiguas; la idea de que una región estuvo aislada de la otra es falsa. No solo se trata de relaciones muy antiguas, sorprenden también las continuidades que se pueden encontrar en medio de grandes transformaciones sociales y políticas. El papel de la selva y el piedemonte corresponde, desde tiempos de los antiguos cofanes, al de una periferia en relación con los desarrollos andinos. A la llegada de los españoles, las comunidades del piedemonte y la selva abastecían con materias primas y artículos chamánicos a pastos, quillacingas y otros grupos asentados en la cordillera. La mayor parte de la población se concentraba en los Andes, era también allí donde se realizaban los mercados y donde se concentraban los centros de poder político que, al menos en parte, se sustentaban por su habilidad para conseguir artículos propios de las tierras bajas.

En relación con el avance de los inkas en la zona, es importante observar los tipos de obras y de construcción de caminos efectuados en zonas limítrofes del inkario como la cordillera. Esto puede dar cuenta no solo de estilos arquitectónicos, sino del manejo de materiales y elementos ofrecidos por la geografía de piedemonte andino, así como la misma selva amazónica. Desde la arqueología, se pueden estudiar estas evidencias no solo para la época de los inkas sino también para períodos anteriores, cuando pastos, quillacingas y otros grupos asentados en la cordillera, así como las comunidades del piedemonte y la selva, manejaron el terreno y establecieron igualmente caminos y vías de comunicación.

De otro lado, el uso de una herramienta como la Arqueología del paisaje es pertinente para la localización no solo de caminos y vías de comunicación de la frontera norte del inkario, sino también de tambos, puentes y demás evidencias contextuales que permitan definir

la red de caminos pertenecientes a la época Inka y a diferentes períodos históricos. La localización de caminos con una herramienta digital permitió también conectar diferentes geografías en una zona estratégica como la cuenca alta del río Putumayo; por estas sendas, abiertas antes de la llegada de los inkas a la región, pudieron acceder los ejércitos del Tawantinsuyu con propósitos expansionistas. La reflexión sobre los caminos desde el avance de los inkas en esta zona de Sudamérica es un punto de partida para continuar con el análisis y las reflexiones desde una visión interdisciplinaria, desde allí se puede comprender cómo otras comunidades diferentes al inkario, ubicadas en distintos paisajes y geografías, abrieron, utilizaron y reforzaron esta red de comunicaciones que hasta hoy continúa siendo utilizada.

Finalmente, desde la antropología y la etnografía, es relevante revisar junto con las comunidades indígenas y campesinas actuales, sus procesos históricos de relacionamiento con otros grupos durante distintas épocas; desde esta perspectiva, es posible tener una mejor definición en torno a aspectos como las fronteras, intercambio de productos, saberes y conflictos a través de diferentes momentos.

Referencias citadas

FUENTES DIGITALES

- Arellano, Adolfo Jorge
2018 "Documentos, mapas y arqueología: describiendo dos grupos étnicos entre 1400 y 1600 en la Amazonía norte de Ecuador, algunas inferencias", *Revista Brasileira de Lingüística Antropológica* [Brasilia], 10[2], pp. 237-263 [en línea]. Disponible en: <https://doi.org/10.26512/rbla.v10i2.20939> [12 octubre 2019].

- Naula, Kleber
s.f. *Los Puruhá y los Incas en el Qhapaq Ñan como infraestructura de comunicación y hegemonía militar* [en línea]. Disponible en: <https://vdocuments.mx/los-puruha-y-los-incas.html> [3 noviembre 2019].

- Pueblo Cofán
2010 *Plan de salvaguarda Pueblo Cofán*. Putumayo [en línea]. Disponible en: <http://asociacionminga.co/wp-content/uploads/2010/04/plan-desalvaguarda.pdf> [16 de marzo de 2022].

FUENTES DOCUMENTALES

- Botero Páez, Sofía
2007 *Registro y caracterización de la red de caminos antiguos en el departamento de Antioquia. Palimpsestos: caminos y mapas*. Informe final de investigación presentado a la Subdirección de Ecosistemas de la Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (CORANTIOQUIA). Grupo de Investigación y Gestión sobre el Patrimonio, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Medellín.
- 2009 *Prospección arqueológica en el Parque Ecológico Piedras Blancas. Portada de acceso, sendero Quebraditas, sendero de conexión y tramo del camino La Represa*. Informe final presentado a Comfenalco Antioquia, Medellín.
- Correa Arango, Elvia Inés
2000 *Poblamiento, marcas territoriales y estructuras en la cuenca media de la Quebrada de Santa Elena*. Informe final presentado a la Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (CORANTIOQUIA), Medellín.

FUENTES IMPRESAS

- Archivo General de la Nación (AGN)
2005 *Catálogo Mapoteca. Sección de mapas y planos (SMP)*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Botero Páez, Sofía
2005 *Caminos ásperos y fragosos para los caballos: apuntes para la historia de los caminos en An-*

tioquia. Medellín: Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH) - Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia.

- Bray, Tamara Lynn
2003 Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte: una investigación arqueológica en la sierra septentrional del Ecuador. Quito: Ediciones Abya-Yala - MARKA Instituto de Historia y Antropología Andinas.

- Cardale de Schrimppf, Marianne
1996 *Caminos prehispánicos en Calima: el estudio de caminos precolombinos de la cuenca alta del río Calima, Cordillera Occidental, valle del Cauca*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN).

- Cardale de Schrimppf, Marianne y Leonor Herrera
1995 "Caminos y comerciantes en el suroccidente de Colombia entre 2500 y 1500 AP", en Cristóbal Gnecco (editor), *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, pp. 195-222. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

- Caillavet, Chantal y Ximena Pachón (editores)
1996 *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos - Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas - Universidad de los Andes.

- Cavelier, Inés
2005 "Plantas amazónicas, caminos y relaciones", en Jean-Pierre Chaumeil, Roberto Pineda Camacho y Jean-François Bouchard (editores), *Chamanismo y sacrificio. Perspectivas arqueológicas y etnológicas en sociedades indígenas de América del Sur*, pp. 27-34. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales - Instituto Francés de Estudios Andinos.

- Cieza de León, Pedro
2000 [1553] *La Crónica del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid: DASTIN (Historia. Crónicas de América, 5).

- Cifuentes, Arturo
2006 "Arqueología del piedemonte amazónico Putumayo (Colombia)", en Gaspar Morcote-Ríos,

- Santiago Mora y Carlos Franky (editores), *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*, pp. 113-130. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Taraxacum.
- Davis, Wade
2009 *Amazonia perdida. La odisea fotográfica en Colombia de Richard Evans Schultes*. Bogotá: Villegas Editores.
- Fernández de Piedrahita, Lucas
1973 [1666] *Noticia historial de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Fresco, Antonio
2004 *Ingañan, la red vial del imperio inca en los Andes ecuatoriales*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Galindo Díaz, Jorge y Jairo Andrés Paredes López
2008 *Puentes de arco de ladrillo en la región del alto Cauca - Colombia: una tradición constructiva olvidada (1739-1920)*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales.
- Gobernación del Putumayo
2011 *Cartilla Putumayo*. Mocoa: Gobernación del Putumayo.
- Groot, Ana María y Eva María Hooykaas
1991 *Intento de delimitación del territorio de los grupos étnicos Pastos y Quillacingas en el altiplano nariñense*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.
- Guaman Poma de Ayala, Felipe
2006 [1615] *Nueva crónica y buen gobierno*. 3 volúmenes. Edición de John V. Murra y Rolena Adorno. México, D.F.: Siglo Veintiuno.
- Hemming, John
1984 *En busca de El Dorado*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Herrera, Leonor y Marianne Cardale de Schrimppff (editoras)
2000 *Caminos precolombinos: las vías, los ingenieros y los viajeros*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Hocquenghem, Anne Marie; José Poma y Lorena Salcedo
2009 *La red vial incaica en la región sur del Ecuador*. Loja: Universidad Nacional de Loja.
- Hyslop, John
1984 *The Inka Road System*. New York: Academic Press.
- Kauffmann Doig, Federico
2013 "Los Chachapoyas, trayectoria cultural", en Varios, *Los Chachapoyas*, pp. 41-86. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Langebaek, Carl Henrik; Santiago Giraldo, Alejandro Bernal, Silvia Monroy Y Andrés Barragán
2000 *Por los caminos del piedemonte. Una historia de las comunicaciones entre los Andes orientales y los llanos. Siglos XVI al XIX*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Lathrap, Donald
2010 [1970] *El Alto Amazonas*. Lima: Instituto cultural RVNA - Chataro Editores.
2013 "La antigüedad e importancia de las relaciones de intercambio a larga distancia en los trópicos húmedos de Sudamérica precolombina", en Aldo Bolaños (compilador), *Amazonas ruta milenaria*. Tomo I, pp. 161-180. Lima: Petróleos del Perú.
- Leguizamón, Paloma; Claudia Afanador y Gerardo Sánchez
2019 "Qhapaq Ñan, sistema vial andino", en *Áreas arqueológicas protegidas de Colombia*, pp. 288-299. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia
- Lizárraga, Reginaldo de
2002 [1589] *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Edición de Ignacio Ballesteros Gaibrois. Madrid: DASTIN (Historia. Crónicas de América, 44).
- Llanos Vargas, Héctor y Jorge Alarcón Guevara
2000 "Por los caminos del Alto Caquetá", *Boletín de Arqueología - Fundación de Investigación de Arqueología Nacional* [Bogotá], 1, pp. 3-59.
- Loreiro Días, Camila.
2012 "Jesuit maps and the political discourse: The Amazon river of the father Samul Fritz", *The Americas* [Cambridge], 69(1), pp. 95-116.
- Lowe, John C. y S. Moryadas
1975 *The Geography of Movement*. Boston: Houghton Mifflin Company.

- Moreno de Ángel, Pilar y Jorge Orlando Melo González (directores)
1995 *Caminos reales de Colombia*. Bogotá: Fondo Financiera Energética Nacional - Colombia.
- Piperno, Dolores R. y Deborah M. Pearsall
1998 *The Origins of the Agriculture in the Lowland Neotropics*. San Diego: Academic Press.
- Pugliesi Acevedo, Renzo (editor)
2011 *Las voces de los pueblos a la vera del Qhapaq Ñan*. Volumen I: Piura, Cajamarca, Amazonas y La Libertad. Lima: Ministerio de Cultura del Perú.
- Ramírez de Jara, María Clemencia
1996 *Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica (Cuadernos de Historia Colonial).
- Romero, Emilio
2006 *Historia económica del Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Clásicos Sanmarquinos).
- Saffray, Charles y Édouard André
1984 [1872] *Fabulous Colombia's Geography - Geografía pintoresca de Colombia*. Edición de Eduardo Acevedo Latorre. Bogotá: Litografía Arco.
- Santa Gertrudis, Juan de
1970 *Maravillas de la naturaleza*. Bogotá: Banco Popular (Biblioteca Banco Popular, 10-11).
- Schjellerup, Inge
2005 *Incas y españoles en la conquista de los Chachapoya*. Lima: Institut Français d'Études Andines - Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Triana, Miguel
1907 *Por el sur de Colombia. Excursión pintoresca y científica al Putumayo*. Paris: Garnier Hermanos.
- Trombold, Charles (editor)
1991 *Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Uribe Alarcón, María Victoria
1980-1981 "Reconocimiento arqueológico del Valle Medio del Rio Guamués (Putumayo)", *Revista Colombiana de Antropología* [Bogotá], 23, pp. 254-276.
1995 "Caminos de los Andes del Sur: los caminos del sur del Cauca y de Nariño", en Pilar Moreno de Ángel y Jorge Orlando Melo González (directores), *Caminos reales de Colombia*, pp. 61-72. Bogotá: Fondo Financiera Energética Nacional - Colombia.
- Velasco, Juan de
1981 [1789] *Historia del Reino de Quito en la América Meridional*. Edición de Alfredo Pareja Diezcanseco. Caracas: Biblioteca Ayacucho (Biblioteca Ayacucho, 82).



“Cuando el río suena, piedras lleva” ¿los inkas incursionaron por el sur de Colombia?

ANA MARÍA GROOT SÁENZ

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE COLOMBIA,
COLOMBIA

Un tema que ha sido objeto de investigación en el proceso de nominación del Qhapaq Ñan como patrimonio de la humanidad es si en Colombia se puede hablar de la presencia de evidencias arqueológicas que permitan argumentar la existencia del llamado camino principal andino o Camino del Inka, temática que conduce a formular otras preguntas relacionadas con la expansión del dominio inka sobre este territorio y sus gentes. Si bien Colombia fue incluida en esta nominación, las particularidades de la arqueología de la región sur del altiplano nariñense llevaron a que la Unesco – Qhapaq Ñan planteara que, más que verificar aspectos tecnológicos de las vías que circundan este altiplano desde época prehispánica, o evidencias arqueológicas que señalaran contacto con la sociedad inka, era importante contextualizar social y culturalmente los caminos que facilitaron la comunicación entre las diferentes comunidades establecidas en la región septentrional andina, rutas que facilitaron la movilidad de la gente y, por ende, el intercambio no solo de bienes sino también de ideas.

Introducción

Para abordar la pregunta que se formula en el título de este artículo “Cuando el río suena, piedras lleva” ¿incursionaron los inkas por el sur de Colombia? se articularon datos geográficos, arqueológicos e históricos para argumentar el tipo de contacto cultural que pudieron haber mantenido los inkas con la etnia de los Pastos, mas específicamente con aquellas comunidades locales que estaban asentadas al norte del río Carchi o Guaitara, río que delimita en el altiplano nariñense parte de la frontera actual con el Ecuador. En Colombia es difícil

considerar caminos controlados por los inkas, para llegar a asignarles una connotación como tal; por el contrario, es posible vislumbrar el tipo de relación que algunas comunidades locales tuvieron con los inkas y otras comunidades a corta y larga distancia, para lo cual se movilizaron por caminos de uso centenario que circundan el altiplano nariñense, trillados por el trajinar de personas que antecedieron a la expansión inkaica. El tipo de relación que pudieron mantener es factible de ser rastreada en las rutas de exploración seguidas en este territorio por los inkas, comportamientos culturales que han quedado consignados en relatos de la conquista, en huellas lingüísticas, y en el intercambio de saberes.

En consecuencia, con el objeto de indagación antes señalado, es necesario situarse en el espacio y conocer cuál era la distribución en este territorio de los grupos étnicos que registraron los cronistas y las fuentes documentales del siglo XVI, para a partir de ello vislumbrar planteamientos que permitan considerar y evaluar posibles direcciones de análisis sobre el proceso expansionista inka en el sur de Colombia.

Espacio y territorio

El altiplano andino de Nariño (Colombia) forma parte de una amplia región geográfica demarcada por el arqueólogo Luis Guillermo Lumbreras como los Andes Septentrionales. Esta región se caracteriza principalmente por presentar un clima tropical, donde la cordillera de los Andes se escalona en varios pisos térmicos y ecológicos que comprenden sabanas y valles hidrográficos de gran fertilidad, montañas y páramos, hasta alcanzar las nieves perpetuas. Además del sur de Colombia, la región abarca

el Ecuador y el extremo norte del Perú (Lumbreras 1999: 103). En general, la región ofrece cambios climáticos contrastantes y diversidad de recursos naturales. La franja costera es húmeda, la sierra está surcada por valles interandinos con climas y nichos ecológicos variables y, la ceja de montaña, al oriente, se relaciona con la alta Amazonia (Moreno 1999: 359).

Las observaciones geográficas expresadas en 1976 por Ernesto Guhl sobre el territorio colombiano, describen con claridad las características sobresalientes de esta región

... la cuenca andina de Pasto es una continuación del sistema andino ecuatoriano unido y bordeado por dos cordilleras; occidental y centro-oriental. Depósitos de materiales volcánicos llenaron y formaron las cuencas, que fueron atravesadas por ríos como el Guaitara, Pasto, Juanambú, Mayo y Patia, entre otros, dejando hondos y estrechos valles con clima templado, cálido y frío, y densamente poblados. Existen frecuentes formaciones del tipo Mesa Andina, compuesta por depósitos volcánicos y fluviales en todas las alturas. El límite oriental esta constituido por la cordillera Centro-oriental, que linda a su vez con la selva amazónica; y el occidental, por la cordillera Occidental, de menor altura que la anterior, la cual hacia el norte, baja a 400 metros, en la Hoz de Mina-má, dando paso al río Patía (citado en Groot 1989: 181).

El énfasis que ha prevalecido en las investigaciones arqueológicas realizadas en el altiplano de Nariño estuvo orientado a esclarecer diferentes aspectos en torno a la apropiación del espacio por los pobladores prehispánicos de la zona, a indagar sobre la organización socio-política y a conocer la

temporalidad de sus diversas ocupaciones culturales. En este sentido, se han propuesto esquemas cronológicos, se han planteado distintas hipótesis sobre el poblamiento y la jerarquía social de las etnias regionales, y se han realizado estudios específicos – técnicos y simbólicos – sobre su cultura material (Ortiz 1960; Groot *et al.* 1976, 1991; Uribe 1977-1978, 1988; Uribe y Lleras 1982-1983; Cárdenas 1989-1990; Cárdenas y Cadavid 1990; Langebaek y Piazzini 2003; Bernal 2011, entre otros). No obstante la variada información arqueológica con que se cuenta en la actualidad, esta ha sido explorada solo parcialmente y las investigaciones llevadas a cabo acopian informaciones fragmentarias que, al ser concatenadas, remiten a una temporalidad que va aproximadamente desde el siglo V d.C. hasta la llegada de los españoles, período en el que se podrían vislumbrar aspectos culturales, sociales y políticos de las sociedades que poblaban la región.

Aunque desde hace algún tiempo atrás ha existido el interés por conocer hasta donde incursionaron los inkas en el extremo sur de Colombia, los estudios arqueológicos no han evidenciado restos de cultura material que contribuyan a resolver esta interrogante (Ortiz 1960; Groot *et al.* 1976; Ortiz 1960). No obstante, la búsqueda de datos provenientes de diferentes fuentes y su posterior análisis, es un campo abierto para entender posibles relaciones e influjos de ideas y saberes entre los pobladores prehispánicos de los Andes septentrionales.

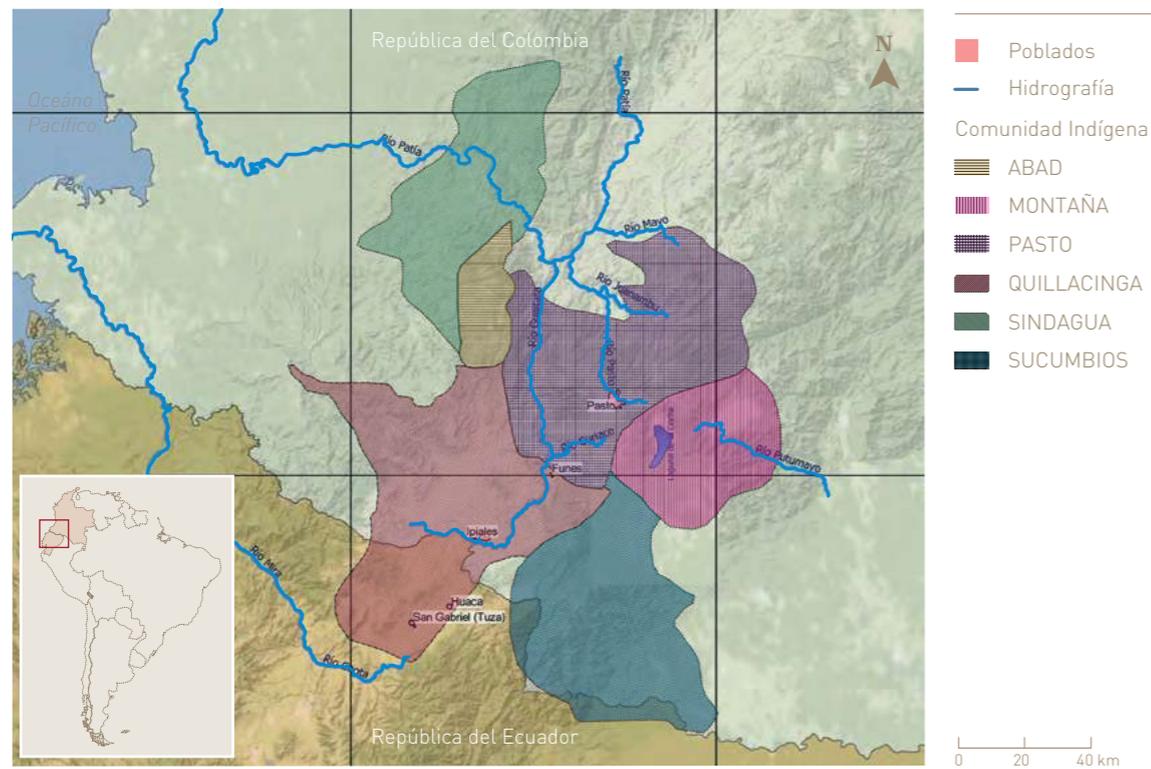
Dado que la expansión de los inkas hacia el norte, al territorio del grupo étnico de los pastos ubicado tanto en el norte del Ecuador como en el sur de Colombia, tuvo lugar en tiempos prehispánicos tardíos, próximos a la conquista española, presentaremos a continu-

acción referencias sobre el poblamiento de esta región al momento del contacto europeo.

Sobre la base de los estudios etnohistóricos adelantados por Kathleen Romoli (1977-1978), se sabe que a la llegada de los españoles, en el siglo XVI, los Andes nariñenses se encontraban habitados por indígenas pasto, quillacinga y abad. Los pastos ocupaban la mayor parte del área comprendida entre el tajo del río Chota (en el Ecuador) y la población de Ancuya (en la banda izquierda del río Guaitara), hasta

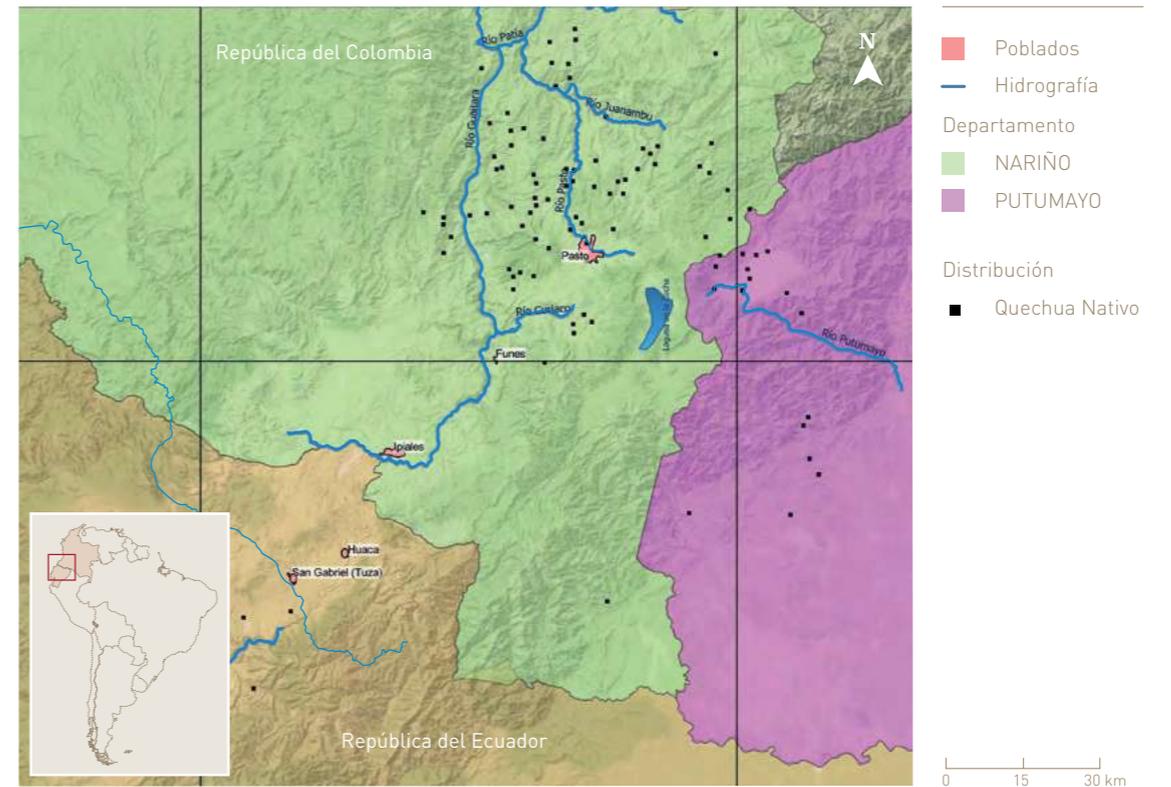
la confluencia del río Curiaco, en la margen oriental del Guaitara. Los quillacingas, por su parte, habitaban al norte del territorio de los pastos, en la banda oriental del río Guaitara, el valle de Sibundoy, gran parte del río Juanambú y la hoya alta y media del río Mayo. Por último, los abades estaban asentados desde el norte de la población de Ancuya, en la margen occidental del Guaitara, hasta aproximadamente la fosa del Patía, colindando con los sindaguas por el norte y el oeste (ver figura 1).

Figura 1. Ubicación en el altiplano nariñense de comunidades indígenas en el siglo XVI.



Fuente: Instituto Colombiano Agustín Codazzi, Instituto Geográfico Militar Ecuador, Mapa Base Esri Terrain, "Ubicación comunidades indígenas": Romoli, 1978.

Figura 2. Distribución del quechua nativo.



Fuente: Instituto Colombiano Agustín Codazzi, Instituto Geográfico Militar Ecuador, Mapa Base Esri Terrain, Distribución Quechua nativo: Groot y Hooykaas, 1991.

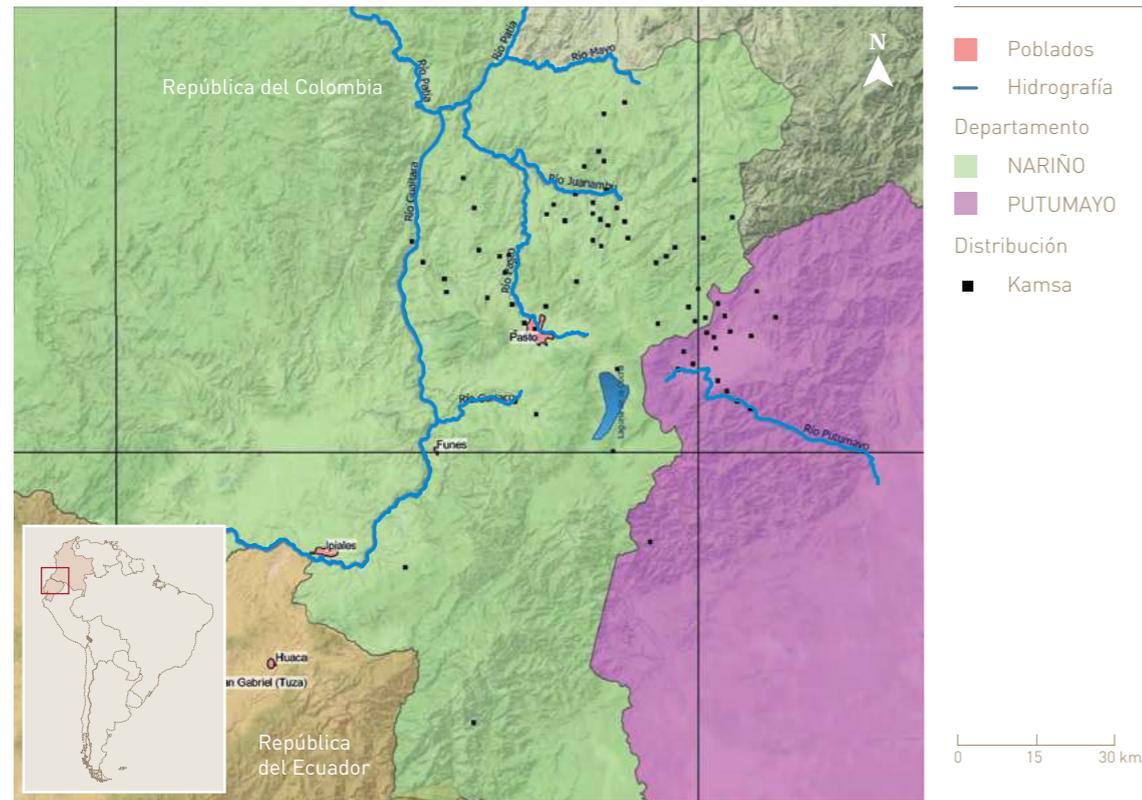
Migraciones de gente de habla quechua hacia el norte del departamento de Nariño

A partir del análisis de fuentes históricas y etnográficas, algunas investigadoras han realizado una aproximación a ciertas particularidades del poblamiento tardío del altiplano nariñense, resultando evidente la presencia de grupos quechua hablantes asentados hacia el nororiente del altiplano y en la ceja de montaña.

Tal es el caso de Eva María Hooykaas quien, respaldada por su estudio de lingüística históri-

ca, ha señalado que gentes de habla quechua se establecieron en el departamento de Nariño, en una región conocida como territorio quillacinga, quizás poco antes de la conquista española. La vía empleada para llegar a esta zona habría sido la vertiente oriental de la cordillera centro-oriental. En su análisis, esta investigadora distingue la superposición de dos capas lingüísticas en el territorio estudiado: una capa relacionada con el idioma kamsá, hablado por la etnia Kamsá que ocupa el valle Sibundoy, y otra correspondiente a un quechua nativo (Groot y Hooykaas 1991; ver figuras 2 y 3). Actualmen-

Figura 3. Distribución de la lengua kamsá.



Fuente: Instituto Colombiano Agustín Codazzi, Instituto Geográfico Militar Ecuador, Mapa Base Esri Terrain, Distribución Kamsa: Groot y Hooykaas, 1991.

te, junto a los kamsá, el valle de Sibundoy se encuentra habitado por la etnia Inga que tiene por idioma el quechua. Es importante precisar que Hooykaas establece una distinción entre el quechua nativo y los quechuismos, evidenciada en los topónimos:

[El quechua nativo] incluye nombres como Charguayaco, Ayurco, Turupamba y otros, es decir, tipos de nombres que no parecen haber formado parte del vocabulario de la gente de habla española. La distribución de esta categoría de toponímicos es definitiva-

mente limitada, mientras que la distribución de la segunda categoría, la de los quechuismos como páramo, cocha, guaca, huilque, es general (...) El aspecto de la distribución del quechua nativo que más llama la atención es el que cubre el área llamada Quillacinga por los historiadores – que es mucho más grande que el territorio Quillacinga de Cieza – pero no cubre el área Pasto (Hooykaas 1991: 63).

La amplia distribución de quechuismos en la región andina de Colombia ha sido explicada por la presencia de un alto número de

indígenas que, desde Quito, llevaron consigo Sebastián de Belálcazar, Rodrigo de Ocampo y Lorenzo de Aldana durante la conquista de este territorio, entre los años 1535 y 1540. Se piensa que, si bien muchos de ellos murieron, los sobrevivientes fueron vendidos en los mercados de Pasto, Cali y Popayán (Larrain 1980, II: 51-56); Horacio Larrain calcula que entre 15 000 y 18 000 de ellos fueron enganchados en las entradas de conquista y población hacia el norte. De otro lado, se sabe que en algunas regiones estos indígenas se convirtieron en intérpretes y sirvientes de confianza de los españoles, llegando a desempeñarse como una especie de agentes de los encomenderos frente a los grupos aborígenes locales.

Otros estudios, como los realizados por Kathleen Romoli (1962) en el distrito de Almaguer y por María Clemencia Ramírez (1996) en el valle Sibundoy, profundizan en el tema buscando entender la presencia de gente de habla quechua en el noreste de Nariño y el sur del departamento del Cauca.

Romoli afirma que en los primeros años de la conquista, los españoles aún no habían adoptado el nombre “quechua” como término lingüístico; los españoles denominaron al idioma “la lengua del inga” o la “lengua general” y distinguieron entre la forma cortesana (“la lengua de Cuzco”) y el dialecto ecuatoriano (“la lengua de Quito”). En los documentos tempranos, los indios del pueblo de la Cruz, en el límite de Nariño y Cauca, son mencionados como “ladinos en la lengua de Cuzco”¹, mientras que aquellos de la provincia de Guachicono, que algo sabían de quechua “se dice que entienden la lengua de Quito”. La in-

vestigadora anota que el quechua no estaba difundido por igual en los diferentes sectores del distrito; al referirse a las gentes que poblaban en época prehispánica las montañas de Almaguer, considera que existen motivos para pensar que algunas pudieron haber llegado en tiempos tardíos (dos o tres generaciones antes de 1530) “en calidad de prófugos de la conquista Inka del Ecuador” (Romoli 1962: 248).

Ramírez, por su parte, plantea la posibilidad de que hubiesen ocurrido migraciones escalonadas de grupos que se trasladaron desde el Perú hacia el Ecuador, donde permanecieron algún tiempo antes de llegar finalmente al suroriente de Colombia. Además, sugiere que podría haberse tratado de grupos étnicos con vocación de migrantes estacionales, como los comerciantes especializados que radicaban en diferentes sitios durante considerables períodos de tiempo, en muchos casos con viviendas ubicadas en diversas localidades, tal como ocurre hoy en día con los ingas de Santiago, en el valle de Sibundoy. Estas migraciones, al parecer, habrían tenido lugar desde la época prehispánica (Ramírez 1996: 67-70). De acuerdo a esta investigadora, el hecho de que la gente quechua hablante compartiera territorio con grupos de diferente lengua, como los quillacinga del distrito de Almaguer, nororiente de Nariño y el valle de Sibundoy, permite “pensar en la existencia de una organización dual en el manejo del territorio” (*Ibid.*: 67-70).

Para concluir, es interesante mencionar que, al buscar un argumento de interpretación sobre la distribución del quechua nativo, Hooykaas (1991: 63) menciona una comunicación verbal que mantuvo con el lingüista

¹ Llama la atención que a los habitantes del pueblo de la Cruz se los identifique con el gentilicio de “chinchanos”, ya que podría sugerir que, en un pasado lejano, se asentó allí una colonia de *mitmas* proveniente de la región peruana de Chincha.

Stephen Levinsohn quien le habría señalado que el quechua hablado por los ingas o inganos del valle de Sibundoy, y también la toponimia quechua de Nariño, guardaría mayor parecido con el quechua del Perú y Bolivia que con el quechua del Ecuador. De otro lado, Levinsohn registró una leyenda en la que los inganos refieren que “venían de la región del río Sucumbios y subieron al valle de Sibundoy por un río que se llama Balsayaco” (citado en Hooykaas 1991: 43).

Sin resultar concluyentes, los datos presentados invitan a revisar con mucha atención las fuentes documentales tempranas del siglo XVI y la etnografía de la región.

Apuntes sobre el límite de la expansión inkaica en los Andes septentrionales

Al hacer alusión al poblamiento tardío de la zona, varios autores se han formulado la pre-



Foto 1. Paisaje de la región de Ipiales (Colombia) en límites de la frontera con el Ecuador (foto por Ana María Groot).

gunta de hasta dónde avanzaron los inkas durante su proceso expansivo en los Andes septentrionales. El cronista Cieza de León 1962 [1553] e investigadores como Lunardi (1935), Grijalva (1937), Ortiz (1960). Romoli (1962, 1978), entre otros, han sostenido que la influencia inka se extendió hasta el curso superior del río Guaitara, también llamado Angasmayo y Carchi, sin que hubiese ocurrido una franca conquista de las gentes asentadas al norte del curso alto del río Guaitara; es decir, hasta los pastos del actual territorio colombiano (Groot *et al.* 1976; Groot y Hooykaas 1991: 99). Esta afirmación no descarta los posibles contactos que mantuvieron dichas comunidades con los inkas (ver fotos 1-2 y figura 1).

En la provincia ecuatoriana del Carchi existen evidencias arqueológicas de la influencia inka (Grijalva 1937). Contamos con datos históricos, recopilados por cronistas tempranos, y documentos administrativos que lo atestiguan, e inclusive relatos que refieren el traslado de agrupaciones de indios pastos efectuados por

Foto 2. Paisaje de lomas y mesas en el sur del altiplano de Nariño (foto por Ana María Groot).



colonizadores inkas. Carlos Emilio Grijalva (1937: 197) remite a una cita de Jijón y Caamaño en la que menciona “la noticia de Ramos Gabilán, de que los inkas pusieron a orillas del lago Titicaca mitimaes de varios lugares, entre ellos de Quito, de los Pastos, del Cañar y de Cayambe”.

De otra parte, un elemento constructivo relacionado con las jornadas de expansión inka, las llamadas pucarás o fortalezas, es resaltado en la narrativa que sigue Cieza de León durante su recorrido de norte a sur. Al respecto, este cronista escribe:

De Ipiales se camina hasta llegar a una provincia pequeña que ha por nombre Guaca, y antes de llegar a ella se ve el camino de los ingas, tan famoso en estas partes como el que hizo Anibal por los Alpes cuando abajó a la Italia. Y puede ser tenido éste en más estimación, así por los grandes aposentos y depósitos que había en todo él como por ser

hecho con mucha dificultad por tan ásperas y fragosas sierras, que pone admiración verlo. También se llega a un río, cerca del cual se ve adonde antiguamente los reyes inkas tuvieron hecha una **fortaleza**, de donde daban guerra a los Pastos y salían a las conquistas dellos; y esta un puente en este río, hecha natural, que parece artificial la cual es de una peña viva, alta y muy gruesa, y hácese en el medio della un ojo, por donde pasa la furia del río y por encima van los caminantes que quieren. Llámase este puente Lumichaca en lengua de los ingas, y en la nuestra querra decir puente de piedra... Cerca desta puente quisieron los reyes ingas hacer otra **fortaleza** y tenían puestas guardias fieles que tenían cuidado de mirar sus propias gentes no se les volviesen a Cuzco o a Quito, porque tenían por conquista sin provecho la que hacían en la región de los pastos (Cieza 1962 [1553]: 121-122; resaltado nuestro).

Si seguimos la información registrada por Cieza de León, cuando hace referencia al puente ya había dejado atrás la población de Ipiales y se encontraba en Guaca, en la provincia del Carchi, lo que descartaría la creencia que algunos autores tienen de que en las cercanías del puente *Rumichaca*, en la actual frontera política entre Colombia y Ecuador, podría haber existido una fortaleza. Fue antes de llegar a Guaca que el cronista observó el camino de los inkas. En palabras de Jijón y Caamaño, hacia la década de 1950 aún era visible este camino cerca de Paja Blanca; en su opinión, la ruta que desde este lugar habría tomado Cieza de León hacia el sur debió seguir la hoya del Pisan, cerca de la cual vio la primera fortaleza inkaica. Desde allí habría pasado a *Rumichaca* de la Paz, sobre el Pisan, lugar distinto y mayor que el puente *Rumichaca* del Carchi (Jijón y Caamaño, citado en Groot y Hooykaas 1991: 100).

El investigador Eduardo Martínez menciona otro puente natural, *Rumichaca*, localizado sobre el río Apaqui, afluente del Chota, entre el valle de Pimampiro y la Provincia de los Pastos (Martínez 1974: 653).

La narración de Cieza de León desde Guaca, es la siguiente:

De la provincia de Guaca se va hasta llegar a Tuza, que es el último pueblo de los Pastos... más adelante se llega a un pequeño cerro, en donde se ve una pequeña **fortaleza** que los Incas tuvieron antiguamente, con su cava y que para entre indios, debió ser poco fuerte. Del pueblo Tuza y desta fuerza se va hasta llegar al río de Mira, que no es poco cálido, y que en él hay muchas frutas y melones singulares, y buenos conejos, tórtolas, perdices, y se coge

gran cantidad de trigo y cebada, y lo mismo de maíz y de otras cosas muchas, porque es muy fértil. Deste río de Mira se abaja hasta los grandes y suntuosos aposentos de Carangue; antes de llegar a ellos se ve la laguna que llaman Yaguarcocha que en nuestra lengua quiere decir mar de sangre, adonde antes que entrasen los españoles en el Perú, el rey Guaynacapa, por cierto enojo que le hicieron los naturales de Carangue y de otros pueblos a él comarcanos, cuentan los mismos indios que mandó matar más de veinte mil hombres y echarlos en esta laguna; y como los muertos fuesen tantos, parecía algún lago de sangre, por lo cual dieron la significación o nombre ya dicho (Cieza de León 1962 [1553]: 122-123; resaltado nuestro).

A partir de los datos proporcionados por el cronista de la ruta que siguió desde la ciudad de Pasto hasta Cayambe, es notorio que solo a partir del pueblo de Guaca se refiere a ella como el camino inka, por lo que debió haberlo percibido como diferente a los caminos por los que había venido transitando en su recorrido de norte a sur. Además, menciona la existencia de dos fortalezas: una entre Ipiales y Guaca, y la otra al sur de Tuza (actual San Gabriel).

Algunas evidencias arqueológicas registradas en la provincia del Carchi posibilitan la identificación de ciertos rasgos de una fortaleza en esta zona. Al respecto, Gondard y López (1983), que realizaron un inventario arqueológico de los Andes septentrionales del Ecuador a partir de la interpretación de fotografías aéreas y la ubicación de huellas y alteraciones en la topografía, refieren la existencia de una fortaleza o pucará al sur de la parroquia de García Moreno a 3176 metros sobre el nivel del mar.²

En la interpretación que proponen de este sitio, contrastan la información con los relatos de Cieza de León, y refieren que correspondería con la segunda fortaleza mencionada por el cronista.

Al referirse a ella, los autores señalan:

Este pucará está situado sobre una colina alta e aislada. Los alrededores toponímicos son particularmente ricos en referencias antiguas y concordantes con nuestro propósito: la hacienda vecina se llama "Hacienda Pucara", de ahí sale un camino que une a la "Hacienda el Tambo" en dirección del caserío "Tumbatu" donde, como dijimos, habría que situar uno de los pasajes privilegiados de las comunicaciones Norte-Sur y uno de los puntos de contacto Cara-Pasto. En las primeras décadas del siglo (siglo XX) pasaba por aquí el camino de herradura, subía del chota, iba por la Hacienda Pucará", se dirigía hasta el pueblo viejo de García Moreno y de allí se podía bajar hasta Bolívar- La Paz o seguir hasta San Gabriel (Gondard y López 1983:113).

Los datos de Cieza de León, los proporcionados por fray Antonio de Borja, quien refiere que el Qhapaq Ñan cruzaba el río Chota entre Pimampiro y Amboqui (citado en Salomon 1980: 279), junto con los obtenidos por la fotointerpretación de Gondard y López, sugieren que los inkas venían llevando a cabo una paulatina penetración hacia las tierras de los pastos, en dirección norte.

Autores ecuatorianos como Carlos M. Larrea y Jacinto Jijón y Caamaño, mencionados por Salomon, plantean que desde el liderazgo de Túpac Inka Yupanqui la zona fue asediada por medio de enclaves y emisarios, y durante el liderazgo de Huayna Capac, después de

la derrota de los caranqui en Yaguarcocha, se consolidó la presencia inka en la región de Quito y al norte de esta localidad (Salomon 1980: 219).

Cieza de León, en su recorrido desde Pasto hasta Ipiales, no hace mención a los inkas; es llegando a Guaca que, como ya fue señalado, divisó el Camino del Inka. Es natural que este cronista hubiese transitado por caminos por los que solían movilizarse los indios, sin embargo, en lo que corresponde al tramo entre Pasto e Ipiales, no emplea ninguna expresión que permita atribuir al camino por el que pasó un origen inka. Lo que llama la atención es que aludiera a los "aposentos de Gualmatan", ¿a qué se refería cuando mencionó los "aposentos"? ¿Este término aludía a un hospedaje, a una posada, o tenía connotación funcional similar a la de los aposentos que empezaría a describir hacia el sur, después de dejar el poblado de Tuza? Si bien para la época en que Cieza de León pasó por estas tierras solo existía como fundación española la villa de Pasto, es muy probable que dicho lugar hubiera sido una casa donde los viajeros pernoctaban después de recorrer algo más de seis leguas, que equivaldrían a más o menos 30 kilómetros, y donde recibían apoyo de alimentos. Podría haber sido un lugar de avanzada inka sin consolidarse, a la vera de un camino de los pastos, o simplemente un lugar de paso de los pastos. En cualquier caso, este lugar no mereció una descripción más detallada por parte del cronista español.

Horacio Larrain, analizando y sintetizando información documental del siglo XVI, hace especial mención a un documento referenciado como Anónimo de Quito de 1573 en el que se señalan los pueblos que poseían tambos. Al respecto, este autor afirma que los pueblos nombrados con mayor frecuencia se encuentran,

² Esta fortaleza ya había sido referida por Ángel Bedoya en una crónica publicada en el diario *El Comercio* de Quito [citado en Gondard y López 1983: 112].

sin “excepción a la vera del *Q’apaq Ñan* o Camino Real. En la mayor parte de ellos, se encuentra, además, un tambo ya que constituían una parada obligada de jornada de recorrido” (Larrain 1980, I: 183). Así resume la información:

Desde la ciudad de Pasto hasta Quito, las fuentes consignan 10 jornadas. Son éstos segmentos de un viaje que duraba, en consecuencia, también 10 días. Las paradas obligadas, donde a su vez había **ex necesitate, tambos**, eran de N a S.: Guátara, Capuis, Carasama Los indios Pastos (estos tres tambos en el área Pasto septentrional y en el actual territorio colombiano), Tulcán, Tuza, Mira, Carangue, Otavalo, Guayllabamba y Quito. Si excluimos a Quito y Pasto, sitios de partida y destino respectivamente, tenemos exactamente 10 lugares de **tambos**. El trayecto de un tambo a otro, era considerado una jornada, o sea, el recorrido hecho en un día de viaje a caballo (Larrain 1980, I: 184; resaltado nuestro).

La cita textual de la existencia de estos tambos y su función, tomada de la relación del Anónimo de Quito, es la siguiente:

En los caminos reales, como son desde la dicha ciudad /Quito/ hasta la de Pasto y por la otra parte hasta Cuenca, hay tambos en cada jornada, donde los naturales son sometidos a tener en cada uno una tienda donde se venda y haga provisión de comida para los caminantes y lo hayan de vender conforme al arancel que se les da. De ordinario, venden el maíz a ducado la hanega, y si el año ha sido estéril, a peso; una gallina y un pollo valen un tomín; un cabrito, medio peso; un venado, un peso, sin piel. Los tambos son suyos /i.e. de los indios de los pueblos respectivos/ haylos a 5, 6, 7 leguas” (citado en Larrain 1980, I: 184).

Si bien esta relación anónima corresponde a un momento en el que se estaba consolidando la colonización española, es de suponer que los conquistadores europeos debieron haberse adaptado a infraestructuras precedentes, como pudieron haber sido los caminos y la mínima infraestructura de apoyo que la gente local ofrecía a los viajeros.

No deben olvidarse las ordenanzas que el gobernador Cristóbal Vaca de Castro impartió en 1543 para que se arreglaran los tambos que estaban dispuestos en los caminos principales - ya que muchos habían sido quemados - para poder proveer a los viajeros y cargueros de lugares de descanso y abastecerlos de comida; señaló, asimismo, cómo se debían manejar los tambos y disposiciones para, en cierta medida, proteger a los indios cargueros (Vaca de Castro 1908 [1543]).

Si bien Vaca de Castro menciona tambos hacia el norte, solo lo hace hasta Quito; sin embargo, es de suponer que sus ordenanzas incluyeron también el camino localizado más al norte de esta ciudad, hasta por lo menos la villa de Pasto, dado que la conquista y poblamiento de esta región tuvo lugar desde Quito impulsada por Sebastián de Belálcazar, bajo las ordenes de Pizarro. Los tambos mencionados en el Anónimo de Quito pudieron haber tenido su origen en estas instrucciones, pero es de suponer que existía un camino prehispánico importante por donde transitó Cieza de León.

De estos tambos mencionados en el altiplano nariñense, es muy probable que el de Capuis se ubicara en la zona donde desembocan los ríos Sapuyes y Téllez en el Guaitara, y que por las condiciones fisiográficas se hubiera visto facilitado el cruce de caminos en varias direcciones (ver foto 3). En la ladera de la cordillera Centro-oriental se registró la huella de un camino que sale de Pasto y



Foto 3. Valle medio del río Guaitara: cruce de caminos en el sector Pilcuán – Capulí, zona de posible localización del tambo de Capuis (foto por Ana María Groot).



Foto 4. Camino principal, tramo Guapuscal bajo – El Salado, valle medio del río Guaitara (foto por Ana María Groot).

toma dos direcciones en su recorrido de norte a sur: uno de ellas desciende al río Guaitara y se dirige al sur por la cordillera Occidental, pasando por Iles y Gualmatán; la otra, sigue hacia el sur por el altiplano de Funes, Chapal, y Puerres, en la cordillera Centro-oriental (ver fotos 4 y 5).

Al describir el trayecto que siguió de Pasto a Quito, Cieza de León anota:

Saliendo de la villa de Pasto, se va hasta llegar a un cacique o pueblo de los Pastos, llamado Funes: y caminando más adelante, se llega a otro que esta del poco más de tres leguas, a quien llaman Iles, y otras leguas más adelante se ven los Aposentos de Gualmatan, y prosiguiendo el camino hacia Quito, se ve el pueblo de Ipiales, que está de Gualmatan tres leguas... (Cieza de León 1962 [1553]: 121).



Foto 5. Detalle de un sector del camino principal Guapuscal bajo (foto por Ana María Groot).

Caminos por recorrer

Con respecto a la posible expansión inka en esta zona periférica, algunos relatos refieren el traslado de comunidades de indios pastos efectuado por los colonizadores inkas; en líneas anteriores se citó la noticia de Ramos Gavilán escrita por 1621 en la que refiere que los inkas pusieron a orillas del lago Titicaca *mitmas* de varios lugares, entre ellos de Quito, de los Pastos, del Cañar y de Cayambe (Groot y Hooykaas 1991: 99). Por otra parte, en su estudio *El estado Inca y su organización política*, Martti Pärssinen consulta documentación del siglo XVI y señala:

También un indio de Pasto llamado Pedro Pasto, testificó en el Cuzco (1554) que había servido a Atahualpa en Cajamarca como *yana*,

porque era “hijo de un principal” y porque también “otros hijos de señores” servían a Atahualpa el “señor principal de todo este reyno”. Por lo menos, desde esa época, los Pastos habrían reconocido al Inca como su jefe supremo (Pärssinen 2003 [1992]: 91-92).³

La posición de Pärssinen es que la integración de la región localizada al norte de Quito (incluyendo las comunidades de los pastos) al Tawantinsuyu parece haber sido muy tardía; cuestiona además el planteamiento de John Hyslop, quien “insiste en que los Incas nunca llegaron a controlar el área de Pasto en la actual Colombia, basándose en la ausencia de indicios lingüísticos y arqueológicos que evidencien presencia Inca en la zona”. Pärssinen considera que la inexistencia de huellas lingüísticas y arqueológicas no excluye la po-

sibilidad de que sí se hubiesen desarrollado estrategias de integración, cita como ejemplo el caso de la costa peruana, cuyo territorio fue incorporado sin que quedasen este tipo de evidencias (Pärssinen 2003 [1992]: 91). Además, se podría pensar que la proximidad de esta región con el territorio controlado por los inkas en la provincia de Quito, con permanencia temporal del Inca en Tomebamba, facilitaría las relaciones interculturales entre estos y los grupos étnicos vecinos, como los pastos.

Sobre este tema, anota Salomon que la frontera inka debe verse “como un proceso gradual que avanzaba paulatinamente”. Las fronteras no eran definidas y “más bien, tuvo áreas limítrofes a través de las cuales se permitió, o aún fomentó, un continuo flujo de intercambios materiales y culturales” (Salomon 1980: 318). En este sentido, es importante considerar el extremo sur de Colombia como un espacio geográfico en el que los grupos humanos que lo ocuparon poco antes de la conquista española estuvieron en comunicación de distinta índole con sus vecinos, entre los que se encontraban los inkas que, al parecer, controlaron más efectivamente a los pueblos pastos del norte de Ecuador.

Frank Salomon considera que el territorio de los pastos, tanto en la provincia ecuatoriana del Carchi como al sur de Nariño, era el “más distante y menos consolidado del dominio de los inkas. Aparentemente la presencia del imperio comprendía apenas una línea de puestos de avanzada que pasaban por la mitad del territorio septentrional de dichos grupos (...)” (Salomon 1988: 106).

Llama la atención, asimismo, sobre el sistema de intercambio que mantenían los pastos, que se movía en dos niveles: uno en el que los grupos locales accedían a productos que no tenían, y acudían a mercados para intercambi-

ar principalmente oro y algodón; y otro basado en un cuerpo de mercaderes llamados “mindaláes”, que apoyados por sus caciques, se desplazaban extraterritorialmente a grandes distancias. Al interior de la sociedad de los pastos los intercambios se realizaban en mercados nativos, los cuales se mantuvieron hasta bien entrada la Colonia. Tanto en los mercados como en las transacciones que realizaban los mindaláes, circulaban dos clases de objetos de valor: un botón de oro pulido llamado *chagual* y las *chaquiras* que eran sartas de hueso y concha (principalmente *spondylus*) (Salomon 1988: 108). Los productos que llevaban a grandes distancias provenían de las tierras bajas y de los cañones de los ríos, entre los que se incluía oro, plata, sal, coca y productos ya terminados. Las chaquiras, además de su valor de intercambio, cumplían una función política y suntuaria, tendiendo a concentrarse en manos de los caciques o señores. Debido a esto, el propio mindalá desempeñaba un rol político.

Del análisis de Salomon se desprende que para los inkas “el control sobre los mercaderes especializados a larga distancia tenía una importancia estratégica (...) y para asegurarse el acceso a recursos más allá del alcance de la organización imperial, es muy probable que se hubieran tenido en cuenta los mercaderes a larga distancia” (Salomon 1988: 113). Al respecto, vale anotar que el Inca confirmaba la adhesión de los jefes locales a través de obsequios entre los que se contaba telas, metales, *mullu* (concha *spondylus*) y llamas (Pärssinen 2003 [1992]: 142). Por lo tanto, era importante para el Inca garantizar el comercio del *mullu* o chaquira (de *spondylus*), obtenido solo en las costas del actual Ecuador, y del oro, proveniente principalmente de Colombia. Frente al control de los mindaláes se dieron situaciones diversas como lo describe Salomon,

³ Esta referencia fue tomada de la “Probanza de don Francisco y don Diego, hijos de Atahualpa, años 1554-1556”, Ramo 21, Patronato 187, Archivo General de Indias (Sevilla).

pero en el caso de los pastos, el que el Inka permitiera el flujo comercial de los mindaláes pasto pudo haber sido una forma de expansión cultural sin el tono de dominación. No obstante, son aspectos que merecen ser estudiados en detalle.

Al mencionar que tenemos caminos por recorrer se acude a un sentido figurado y, al mismo tiempo, se resalta que existen aspectos sobre los cuales es necesario profundizar en el futuro, aspectos relacionados a los oficios, saberes y materias primas de las poblaciones asentadas en el extremo norte de los Andes septentrionales, cuyas huellas puedan dar cuenta de posibles vínculos interculturales con otras sociedades, entre ellas con los inkas.

Referencias citadas

FUENTES DOCUMENTALES

Cárdenas Arroyo, Felipe y Gilberto Cadavid Camargo 1990 *Excavaciones arqueológicas en el bosque de Maridíaz (La Arboleda - Pasto, Nariño)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Groot, Ana María; Luz Piedad Correa y Eva María Hooykaas 1976 *Estudio etnohistórico y arqueológico de la zona andina nariñense con el fin de establecer los límites de ocupación de los grupos indígenas "Pastos y Quillacingas" y los alcances geográficos de las incursiones del imperio incaico*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

Groot, Ana María y Eva María Hooykas 1991 *Intento de delimitación del territorio de los grupos étnicos pastos y quillacingas en el altiplano nariñense*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

Groot, Ana María y Diana Cristina Villada Cardozo 2009 *El camino principal andino -Qhapaq Nan - desde la arqueología del valle medio del río Guaitara, altiplano sur de Nariño*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

FUENTES IMPRESAS

Bernal Vélez, Alejandro 2011 *Cronología cerámica y caracterización de asentamientos prehispánicos en el centro andino del departamento de Nariño*. Investigaciones arqueológicas en Yacuanquer y Pasto. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 5).

Cárdenas Arroyo, Felipe 1989-1990 "Estatuaria lítica en el norte de Nariño. Nuevos datos", *Revista Colombiana de Antropología* [Bogotá], 27, pp. 172-198.

Cieza de León, Pedro 1962 [1553] *La Crónica del Perú*. Madrid: España-Calpe [Colección Austral].

Gondard, Pierre y Freddy López 1983 *Inventario arqueológico preliminar de los Andes Septentrionales del Ecuador*. Quito: Ministerio de Agricultura y Ganadería - Programa Nacional de Regionalización Agraria - Office de la Recherche Scientifique et Technique Outre-Mer - Banco Central del Ecuador.

Grijalva Sierra, Carlos Emilio 1937 *La expedición de Max Uhle a Cuasmal, o sea, la protohistoria de Imbabura y Carchi*. Quito: Editorial Chimborazo.

Groot, Ana María 1989 "Macizo Andino del Sur", en Leonor Herrera Ángel, Ana María Groot, Santiago Mora Camargo y María Clemencia Ramírez (compiladores), *Colombia Prehispánica. Regiones Arqueológicas*, pp. 181-188. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

Hooykaas, Eva María 1991 "Áreas Lingüísticas de Nariño" en Ana María Groot (editora), *Intento de delimitación del*

territorio de los grupos étnicos Pastos y Quillacingas en el altiplano nariñense, pp. 13-67. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.

Langebaek Rueda, Carl Henrik y Carlo Emilio Piazzini Suárez 2003 *Procesos de poblamiento en Yacuanquer-Nariño: una investigación arqueológica sobre la microverticalidad en los Andes colombianos (siglos X-XVIII d.C.)*. Bogotá: Universidad de los Andes - Interconexión Eléctrica Nacional S.A - Centro de Estudios Sociales.

Lumbreras Salcedo, Luis Guillermo 1999 "Demarcación del área sudamericana", en Teresa Rojas Rabiela y John V. Murra (editores), *Historia General de América Latina. Volumen I: Las sociedades originarias*, pp. 99-116. Paris: United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization.

Larraz Barros, Horacio 1980 *Demografía y asentamientos indígenas en la sierra norte del Ecuador en el siglo XVI (1525-1600)*. 2 tomos. Otavalo: Instituto Otavaleño de Antropología [Serie Etnohistoria, 11-12].

Lunardi, Federico 1935 *O Angasmayo ou os verdadeiros limites septentrionales do Imperio Incaico*. Rio de Janeiro: Imprenta Nacional.

Martínez, Eduardo N. 1974 "Pastos y Quillacingas", *América Indígena* [México, D.F.], 34(3), pp. 651-662.

Moreno, Segundo E. 1999 "Las sociedades de los Andes Septentrionales", en en Teresa Rojas Rabiela y John V. Murra (editores), *Historia General de América Latina. Volumen I: Las sociedades originarias*, pp. 359-386. Paris: United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization.

Ortiz, Sergio Elías 1960 "Sobre el dominio de los Inkas en nuestros territorios del sur", *Boletín de Historia y Antigüedades* [Bogotá], 47(552-554), pp. 424-427.

Pärssinen, Martti 2003 [1992] *Tawantinsuyu. El estado inca y su organización política*. Lima: Instituto Francés de Estudios An-

dinos - Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú - Embajada de Finlandia.

Ramírez, María Clemencia 1996 *Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva: El caso del valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica [Cuadernos de Historia Colonial, 4].

Romoli, Kathleen 1962 "El sureste del Cauca y sus indios al tiempo de la conquista española, según documentos contemporáneos del distrito de Almaguer", *Revista Colombiana de Antropología* [Bogotá], 11, pp. 239-297.
1977-1978 "Las tribus de la antigua jurisdicción de Pasto en el siglo XVI", *Revista Colombiana de Antropología* [Bogotá], 21, pp. 11-55.

Salomon, Frank 1980 *Los señores étnicos de Quito*. Otavalo: Instituto Otavaleño de Antropología.
1988 "Un complejo de mercaderes en el norte andino bajo la dominación de los Inkas", *Revista de Antropología* [Bogotá], 4(2), pp. 105-125.

Uribe Alarcón, María Victoria 1979-1978 "Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales", *Revista Colombiana de Antropología* [Bogotá], 21, pp. 57-195.

Uribe Alarcón, María Victoria y Roberto Lleras Pérez 1982-1983 "Excavaciones en los cementerios protopasto de Miraflores, Nariño", *Revista Colombiana de Antropología* [Bogotá], 24, pp. 336-379.

Vaca de Castro, Cristóbal 1908 [1543] "Ordenanzas de tambos. Distancias de unos a otros, modo de cargar los indios y obligaciones de las justicias respectivas hechas en la ciudad del Cuzco en 31 de mayo de 1543", *Revista Histórica* [Lima], 3(4), pp. 427-492.



Recuento histórico sobre el camino de Engativá

ZDENA ISABEL PORRAS JANDOVÁ

ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE ARQUEOLOGÍA,
COLOMBIA

Introducción

El camino de Engativá fue una vía que comunicó a la ciudad de Bogotá con el cercano municipio de Engativá, situado 17 kilómetros hacia el noroccidente.¹ El camino perteneció a una red exigua de vías que durante la Colonia recorrieron la amplia y monótona Sabana de Bogotá, una altiplanicie andina de origen lacustre ubicada a 2550 m s. n. m. Actualmente, en este territorio llano se emplaza la ciudad de Bogotá, que con sus siete millones de habitantes fue ocupando a lo largo de los siglos XX y XXI esta verde planicie, la cual hasta hace poco se encontraba llena de humedales y ríos que continuamente se desbordaban y anegaban un amplio territorio, por este motivo casi despoblado, pero que por su llaneza sí ofrecía posibilidades de desplazamiento a las poblaciones asentadas sobre las laderas circundantes a esta sabana.

El origen lacustre del territorio incidió en la escasez de caminos que se aventuraban por la planicie, y la implantación de la ciudad ha implicado la desaparición, asimilación parcial o deformación de estos antiguos caminos, con lo que la imagen del territorio se ha transformado artificialmente, creando un paisaje en el que el desplazamiento se hace por medio de vehículos en los que el propio movimiento del cuerpo no participa, y en el que mil obstáculos se atraviesan al movimiento natural. Esta transformación, habitual en todo camino con el paso del tiempo, en la Sabana de Bogotá empezó a ocurrir ya en el periodo de la Colonia, con la

presencia de la propiedad privada cada vez más delimitada y menos asequible al transeúnte, y se vio acentuada en el siglo XX con la aparición de los vehículos motorizados y la expansión de la población, lo que llevó a la obliteración de los caminos que daban sentido a un paisaje recorrido inicialmente a pie o en acémilas.

Este artículo presenta los resultados parciales de una investigación en curso sobre el referido camino que combina la información histórica, arqueológica, cartográfica y oral disponible. Su base teórica es la arqueología del paisaje, que concibe el territorio como algo que sobrepasa la mera acumulación de accidentes geográficos para convertirse en una representación individual y colectiva. Representación que en este caso se basa en el desplazamiento físico del cuerpo humano por el territorio y sus posibilidades, y en el constante cambio de perspectiva que ofrece a los sentidos el movimiento. Para el caso que aquí se presenta, se añade a lo anterior el entrelazamiento que se forma entre distintos nodos, representados por los asentamientos que van apareciendo a la vista merced al vector que es el camino. El énfasis del estudio arqueológico se da en este caso en el territorio en su conjunto a través de la vertebración que otorga el camino (foto 1).

Las evidencias del camino

El camino de Engativá llama la atención del investigador, no por su grandiosidad e importancia, sino precisamente por su carácter incons-

¹ En la cartografía histórica la denominación *Camino de Engativá* es aplicada a varios caminos diferentes, pues obviamente el municipio se comunicaba con distintos lugares; por ello, es necesario precisar que bajo este nombre aquí hacemos referencia a un camino específico: el que conectaba Bogotá con Engativá por el noroccidente de la capital, a partir de lo que en la nomenclatura actual corresponde a la Avenida Calle 13 con Carrera 32, al cual más adelante se unían también otros caminos que venían hacia Engativá desde el norte de la ciudad o del norteño barrio de Chapinero, así como bifurcaciones o accesos a haciendas importantes.

Foto 1. Tipo de paisaje propio de la Sabana de Bogotá, muy llano y anegadizo, y rodeado de altas montañas (Fuente: Tequendamia-Wikimedia Commons-dominio público).



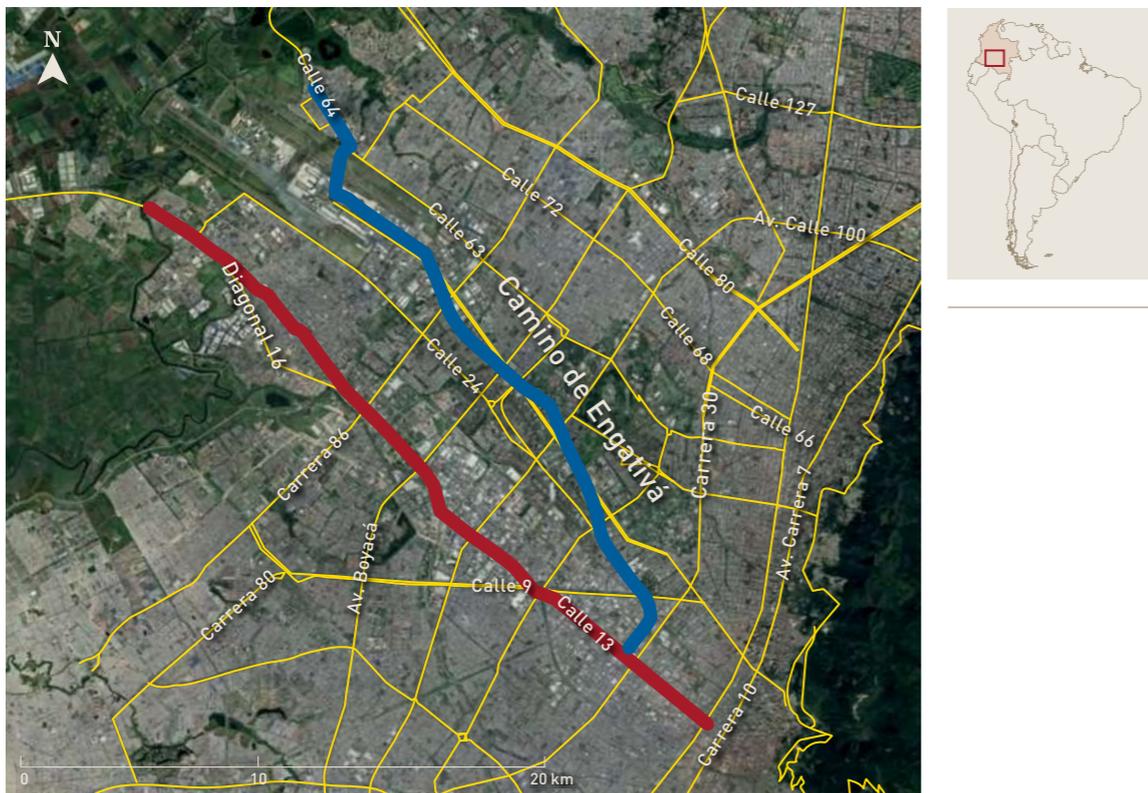
picuo, secundario, humilde, poco transitado, y apenas citado, oculto en las brumas del tiempo como cosa sin importancia. No se destacó por características constructivas singulares, no comunicó hitos de gran relevancia, ni llegó a un pueblo principal. Más bien fue mal compuesto, anegadizo y desaliñado, y sin embargo, cruzó la Sabana de Bogotá con la determinación de un trazo que atravesaba todo el centro de un cuadro pintado en siglos anteriores, de un paisaje hoy perdido, en dirección a un pue-

blo de nombre singular, Inga-tyba, cuyo sonido podría remitir a una posible presencia de un grupo de origen inkaico pre o poscolonial en el territorio bogotano.² (figura 1).

Se conoce poco sobre la red de caminos prehispánicos en la Sabana de Bogotá y sus territorios circundantes. Para el periodo colonial se empieza a saber por planos mal trazados y descripciones borrosas que la ciudad de Bogotá –para entonces llamada Santa Fe– se comunicó con las poblaciones vecinas por una

² Aunque no existe seguridad alguna sobre el origen de este nombre, podría ser este uno de varios quechuismos que existen en el altiplano cundiboyacense, con *Inga* como término que refiere a la etnia homónima o a los diversos pueblos integrados en el Imperio Inka, y *tyba*, cacique en lengua muisca, es decir, “cacique Inga”.

Figura 1. La Avenida Calle 13 (línea roja abajo) desde su inicio en el centro histórico de la ciudad, discurre hacia el noroccidente. El camino de Engativá (línea azul, arriba) se desprende en la carrera 32 y culmina en la Localidad de Engativá (modificado sobre imagen de Google Earth, Landsat/Copernicus).



red de caminos de apariencia provisoria, que se formaron en la mayoría de los casos por el simple transitar repetido de pies humanos y de semovientes, y el rodar de carretas de carga y de pasajeros. Estos caminos solo en algunos casos fueron construidos formalmente por particulares, sin que mediara en ello demasiada técnica, quienes malamente los mantenían por concesión o por cobro de peaje; aun con menor frecuencia fueron el resultado de un poco eficaz esfuerzo gubernamental. Es natural que sobre los caminos de mayor realce

se cuente con mayor información de archivo, que sean bastante conocidos, y que, transformados, se usen hasta la actualidad. Sobre los caminos vernáculos, como el de Engativá, se tiene mucha menos información, y se llega inclusive a desconocer su posible trazado, su tiempo de uso, o aun su propia existencia.

Para aproximarse a la representación que tuvieron los muiscas de su paisaje y su territorio se cuenta apenas con un plano temprano, dibujado en 1574 por el indígena Diego de Torres, cacique de Turmequé (figura 2).

Este plano representa con gran facilidad y en un solo golpe de vista un gran territorio, que no solo incluye la Sabana de Bogotá y sus territorios aledaños, sino también los altos páramos al oriente, 1000 m s. n. m. más arriba, y la precipitosa caída de otros 2350 m s. n. m. hacia abajo, que lleva al río Magdalena. Es decir, el plano en su conjunto representa desniveles de 3350 metros, sin que los límites que se denotan sean otros que los meramente étnicos. Este plano, entonces, junto con el frecuente

hallazgo arqueológico de materiales foráneos producto del comercio o del transporte desde grandes distancias, da cuenta de un territorio imaginado extenso, en el cual los fuertes accidentes topográficos y los desniveles de miles de metros propios de la cordillera no parecían ser una barrera para el caminante, como sí resultaron serlo a partir del periodo colonial y hasta fechas recientes, aun con la apertura de carreteras y uso de vehículos motorizados en el siglo XX. Esto hace pensar en la existencia

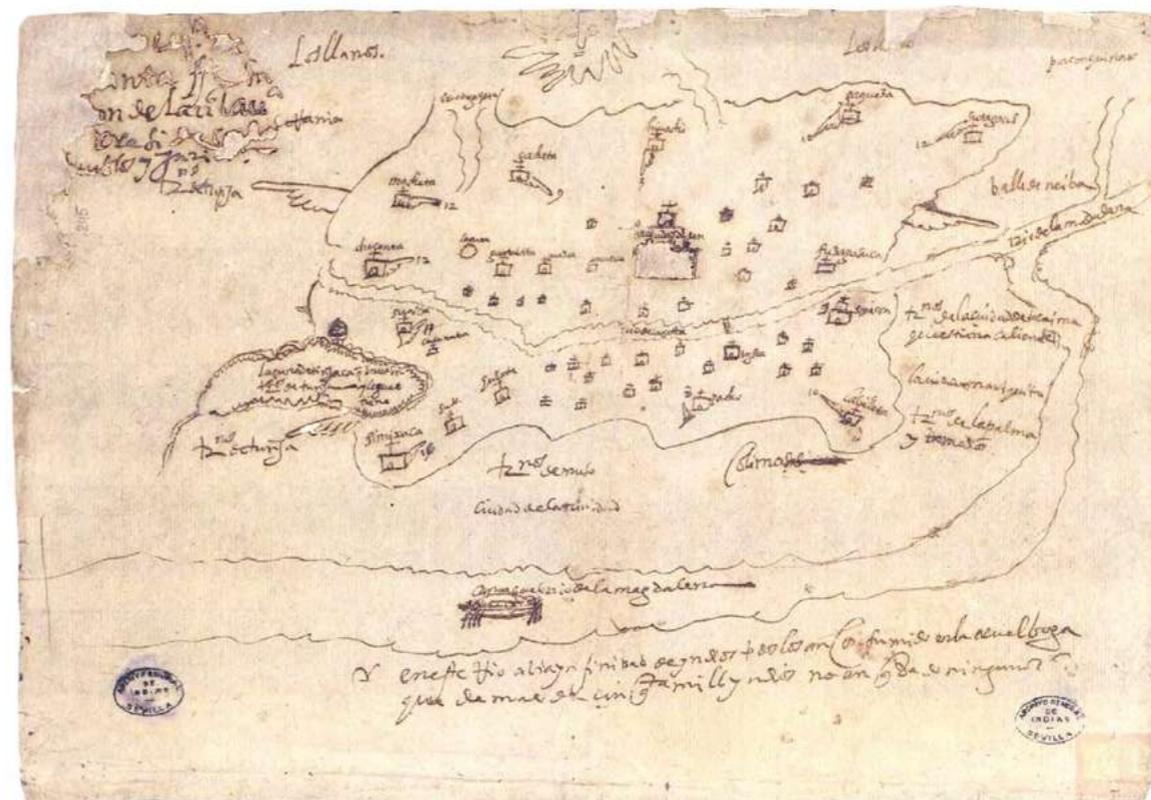


Figura 2. Plano de la Provincia de Santa Fe, sus pueblos y términos, de Diego de Torres y Moyachoque, cacique de Turmequé, 1574, que muestra el territorio desde la parte alta del piedemonte llanero hasta el río Magdalena (AGI, MP-PANAMA, 8).

de muchos caminos, que recorrían el territorio siguiendo una concepción espacial abierta y permeable, diferente a la actual y, por tanto, un paisaje diferente. Es difícil de decir cuántos de esos caminos son los que continuaron existiendo en la Colonia, pues no hay fuentes documentales ni vestigios arqueológicos concluyentes, y además, puede preguntarse sobre qué tanto se transformó la percepción del territorio con la introducción de las nuevas concepciones culturales, la desarticulación de las comunidades indígenas, las nuevas formas de producción, y las restricciones legales al desplazamiento y uso del territorio. De allí que la información con que contamos para este caso concreto de la Sabana de Bogotá sea solo a partir de la Colonia, y sobre tiempos anteriores solo pueda ser especulativa, basada en la paulatina elaboración de hipótesis a medida que la arqueología va reuniendo penosamente datos puntuales.

Para el periodo colonial, lo primero que llama la atención es el aparente cambio de la con-

cepción del territorio y la aparición de límites nuevos y mucho más marcados que cualquiera de los precedentes, con la introducción de la parcelación y la propiedad privada del suelo, en contraposición a límites étnicos y de grupos de parentesco que les antecedieron. Con base en esto, en la Colonia encontramos caminos que pudieron quizás existir desde antes, pero también otros que resultan absurdos, ya que elongan inútilmente las distancias entre los puntos conectados, dan vueltas innecesarias, u ocasionan giros en ángulo recto (foto 2).

Engativá fue fundado de manera artificiosa según se cree en 1537, como un municipio que fue y permaneció mínimo, al desarticularse por decreto el patrón de asentamiento disperso de varias comunidades indígenas y obligarse a los pobladores a nuclearse en torno a una plaza central o una capilla doctrinera. El pueblo se fundó sin la voluntad de los participantes en este territorio inundable, formándose una congregación obligada de personas que no querían estar tan juntas ni estar ahí, en



Foto 2. Iglesia de Engativá, 1934-1937 (SLUB / Deutsche Fotothek, Horst Martin).

Foto 3. Camino a Engativá, 1934-1937 (SLUB / Deutsche Fotothek, Horst Martin).



terreno tan poco apto. De allí que este pueblo no haya prosperado jamás, con apenas unas pocas calles, una administración fluctuante, y habitantes con tendencia a la fuga.

Sin embargo, tuvo su camino, modesto y olvidado hoy, cuya existencia se entiende, más que por el punto de destino, por el hecho de servir de acceso a las grandes y solitarias haciendas inundables de la Sabana (foto 3).

La cartografía colonial no da cuenta de este camino, y fragmentariamente lo hace la republicana; para entonces se tienen recuentos breves sobre el pueblo de Engativá y sus alrededores y de otras partes del territorio. Solo hasta 1887 aparece un funcionario, montado sobre un caballo, intentando llegar a Engativá por el camino con el fin de hacer visita oficial al pueblo (Gutiérrez 1917); halló el camino en regular estado, con puentes a duras penas hechos por un par de lajas de piedras, y la administración pública en el pueblo prácticamente inexistente.

Parece que de hecho nadie iba a Engativá. Don Tomás Rueda Vargas, a comienzos del siglo XX, cuenta también como el gobernador de Cundinamarca solicitó en algún momento que las poblaciones recopilaran sus datos estadísticos:

Los de Engativá, lugar al cual llevan innumerables caminos, pero al que no se llega nunca, no satisficieron a la Gobernación, sencillamente porque no decían nada, y requirió nuevamente al alcalde (...) [el cual manifestó la imposibilidad de enviar los datos solicitados] "porque ha de saber Usía que en este pueblo, ni se nace, ni se vive, ni se muere" (Rueda 1988: 92).

Si esta era la situación del pueblo, podemos imaginar la del camino.

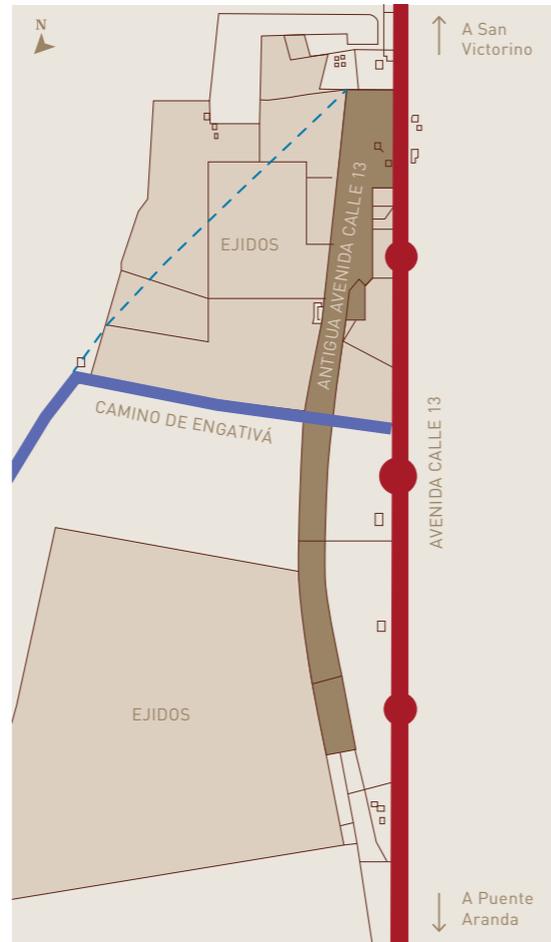
Los tramos del camino y su transformación

El camino de Engativá, que antes cruzó de manera directa la Sabana de Bogotá, se encuentra actualmente reducido a fragmentos que aún conducen parcialmente a alguna parte, pero no generan ya un paisaje de conjunto, y más bien parecen tener que pedir permiso de paso a moles que se le atraviesan. Cuando se empezó a formar este camino es algo que no se sabe; su trazado original en algunos puntos parece haberse perdido mucho antes de que en la segunda mitad del siglo XIX apareciera por primera vez en la cartografía.

Hoy, el camino inicia en un lugar extrañamente inconspicuo, improbable para ser el arranque de un camino, y lo hace de manera tal que genera dudas sobre que este haya sido siempre su origen. Este punto es el cruce de la Avenida Calle 13 con la Carrera 32. La Avenida 13 es una vía de la mayor importancia, fundada posiblemente por los primeros colonizadores españoles a mediados del siglo XVI, que sale de la plaza de San Victorino de Bogotá —antiguo lugar de llegada de vehículos y mercancías— y se dirige hacia el noroccidente como antigua vía principal de salida de la planicie hacia el río Magdalena, y de allí al mar; la Carrera 32, que hace ángulo recto con la anterior, es el límite occidental de un ejido de la ciudad, según un plano que data de la segunda mitad del siglo XIX (AGN 1800?) (figura 3).

Este ángulo recto resulta sospechoso para el discurrir de un camino secundario de a pie. La propia Avenida 13 fue elevada y rectificada en algún momento en el siglo XVIII, según muestran los planos de la época, generando un camellón apto para coches; pero la original Avenida 13, previa a estas obras, que debió ser una especie de ancho barrial por el que dis-

Figura 3. Representación de la Calle 13, del inicio del camino de Engativá en la carrera 32, y en línea azul punteada un hipotético trazado anterior del camino (modificado de AGN 1800?).



curría lo que quisiera moverse desde y hacia la capital, sigue apareciendo en los planos al lado de la versión rectificada, haciendo un arco por el costado norte del camellón elevado. Es decir que convivieron un tiempo la vía oficial para coches con el camino original del siglo

XVI, el cual luego terminó transformado en un ejido lineal, y posteriormente, al privatizarse la franja, dejó su marca en los actuales linderos de los predios.

Podría, pues, hipotetizarse, que el punto original de inicio del camino de Engativá no estuvo en la Carrera 32, sino que antiguamente se habría desprendido en algún otro punto de la Avenida 13, más cerca de la ciudad. Esto podría verse confirmado por el hecho de que el discurrir muy recto actual por la Carrera 32 termina de golpe, y el camino de repente hace una curva extraña y mal dibujada que apenas sí empata malamente con la carrera, como si originalmente tal curva empatase más bien con otro tramo del camino que en algún momento fue eliminado.

De ser esto cierto, ¿por qué habría desaparecido el arranque original del camino? Quizás se decidió prohibir el paso público por el Ejido, o quizás, al empezarse a utilizar más el camellón elevado, mucho más seco y recto, el viejo trazado de la Avenida 13 desapareció por los campos, dejó de ser transitado, y terminó usándose más bien el límite de los Ejidos —Carrera 32— como punto de desvío hacia Engativá. Este es un aspecto de estudio interesante para continuar entendiendo la transformación del paisaje de la Sabana de Bogotá.

La integración del camino a la ciudad

En el siglo XX tuvo lugar un rápido salto de la mula al avión. Colombia, un país andino de topografía abrupta, se había comunicado con enormes dificultades en la época republicana mediante las mulas del correo, que pasaban meses perdidas por entre los desfiladeros y tremedales. Esto explica que haya sido en este país donde se fundó la primera empresa

de aviación funcional en el mundo --Scadta, luego Avianca--. Desde 1919, el correo dejó de andar por caminos y empezó a llegar volando.

Algún tiempo después llegó la modernidad arquitectónica, la Bauhaus, y la concepción de la ciudad como una gran mole que requiere de grandes obras en un gran espacio, tanto para el tráfico de vehículos como para habitación e industria. Una pequeña y modesta ciudad de apariencia todavía colonial en sus edificaciones, con calles estrechas y caminos angostos y embarrados, se unió sin pegamento alguno a otra ciudad de avenidas, bloques industriales y vivienda multifamiliar de apariencia unificante. Todo lo que recordase el desplazamiento a pie, el discurrir de mulas, burros y bueyes, la observación pausada del paisaje, y el contacto directo con el entorno, empezó a desaparecer, y a ser reemplazado por una relación mediada por construcciones planificadas así como por obras de concreto y cemento. Y a mayor velocidad de desplazamiento, paradójicamente más cercano y estrecho se hizo el límite del paisaje considerado inconscientemente como asequible.

La Carrera 32, que ya de por sí constituía una modificación del camino, se vio cortada en sus primeros 300 metros por la vía férrea, y a su costado derecho, en los antiguos ejidos se instalaron los talleres del ferrocarril. Además, sobre ese mismo costado se instaló un gran edificio industrial, la fábrica de Cervecería Andina, que hoy busca restauración. En esta misma zona, por el costado occidental del camino se levantó de manera informal el barrio extramuros Cundinamarca, el cual aprovechó desde un comienzo su proximidad con la línea del ferrocarril, y que, con ser tan marginal, tuvo su propia línea del tranvía y levantó su parroquia de San Gregorio Magno, con piedra fundacional de 1935.

Pero qué le podía esperar a un humilde camino como el de Engativá, cuando otros 250 metros más adelante, en los años cuarenta del siglo XX se decidió hacer una enorme autopista para conectar la aún pequeña ciudad con el lejano y también pequeño aeropuerto de Techo. La Avenida de las Américas, de dimensiones desproporcionadas para su época, con cuatro carriles bellamente serpenteantes, atravesó de repente la Sabana y pasó sin miramientos por sobre 150 metros del camino de Engativá --que apenas tendría 12 metros de ancho, contando sus vallados, que recogían el agua a ambos lados, según era habitual en los caminos construidos como camellones con el sistema de préstamo lateral--. Esta avenida fue construida con el objetivo de impresionar a su llegada a los delegados internacionales participantes en la IX Conferencia Panamericana de 1948; sin embargo, estos salieron impresionados más bien por los sangrientos hechos que presenciaron durante el levantamiento popular del "Bogotazo". Antes de hacerse esta exagerada obra, al aeropuerto se llegaba por un camino acorde con su modestia, no muy diferente del de Engativá, que a duras penas figura en algún plano, y que fue buscado arqueológicamente por primera vez por Barranco y Navas en un proyecto de arqueología preventiva (Barranco *et al.* 2014). Se cruzaron, pues, de singular manera, un camino pequeño y campesino con una gran vía propia de esa concepción de la modernidad futurista avistada en los años treinta y cuarenta del siglo XX.

Al lado mismo de la Avenida de las Américas, en los años cincuenta se construyó el lecorbuseriano proyecto habitacional del Centro Urbano Antonio Nariño (CUAN), el primer proyecto de vivienda urbana con propiedad horizontal que veía la ciudad, con grandes edificios de apariencia adusta. En medio del

debate público sobre si sería siquiera sano, seguro o moralmente aceptable salir de las antiguas casas de teja de barro y adormilado solar, e irse a vivir en estas nuevas "casas en el aire", un recodo del camino desapareció absorbido por el proyecto habitacional. Sobre lo que ocurrió, dice uno de sus arquitectos, Néstor Gutiérrez:

Vimos que en el área había un triángulo que no nos funcionaba bien, entonces insinuamos que compraran ese triángulo para cuadrar el lote (carrera 36, calle 22F y Avenida de las Américas). (...) entonces quedó incorporado con todo este frente sobre la Avenida de las Américas, que era la vía que existía; la vía a Engativá era un camino de herradura (...) (Arias *et al.* 2010: Anexo)

De esta manera, desaparecieron unos 200 metros del camino dentro de un predio privado, y el camino quedó cortado en dos, ya con un faltante de 350 metros, contando lo tomado por la avenida y por el CUAN. Así, empezaron a aparecer los límites, y ahora los caminos podían terminar incluso en una pared. Y lo que la ciudad ganó en altura lo empezó a perder en la extensión larga y monótona de su paisaje sabanero.

Es necesario dar un gran salto imaginario por sobre los edificios de 13 pisos del CUAN para poder retomar el discurrir del camino de Engativá hacia el noroccidente, por lo que hoy es la Calle 24, por terrenos en que por su lado oriental se construyó en los años cincuenta un hito tan importante como lo es la Feria de Exposiciones, y por el lado occidental continuaron existiendo terrenos rurales de haciendas como Quinta Paredes, hoy el barrio homónimo.

A la altura de la actual Carrera 50 se atravesaba una zona anegadiza, que había que cruzar por un puente de arco de ladrillo de 1 metro de

longitud, que por lo menos en los años treinta del siglo XX aún estaba en pie (IGAC 1938: foto 082, hoja anexa). Las primeras aerofotografías del año 1938 muestran que el camino había sido macadamizado hasta este punto por lo menos, ya que los vehículos podían entrar por allí hacia el recién construido estadio de la Ciudad Universitaria. En este lugar, en lo que hoy es la Carrera 50, se instalaron por entonces cosas tan disímiles como una antena de emisión radial y varias empresas cementeras. Actualmente, el antiguo camino abandona la Calle 24 a la altura de la Carrera 47A, y bordea por unos 300 metros un búnker, que nadie hubiera imaginado allí en los tiempos en que se caminaba con pies descalzos, el de la Embajada de los Estados Unidos. Después de

esto, el camino desaparece una vez más bajo la Carrera 50, la Gobernación de Cundinamarca, y los terrenos de la Ciudadela Sarmiento Angulo (foto 4).

El camino ha avanzado apenas 3,7 kilómetros de su recorrido, cuando una vez más es cortado por la entrada en funcionamiento de la Avenida El Dorado, gran eje vial de la modernidad soñada, que conducía al nuevo aeropuerto de la ciudad, inaugurado en 1959. La nueva avenida no solo se comió 600 metros del camino de Engativá, sino que podremos decir que lo reemplazó y condenó a la desaparición, puesto que se convirtió en un acceso moderno y conveniente para los vehículos a casi todos los lugares antes servidos por el camino, incluyendo el propio pueblo

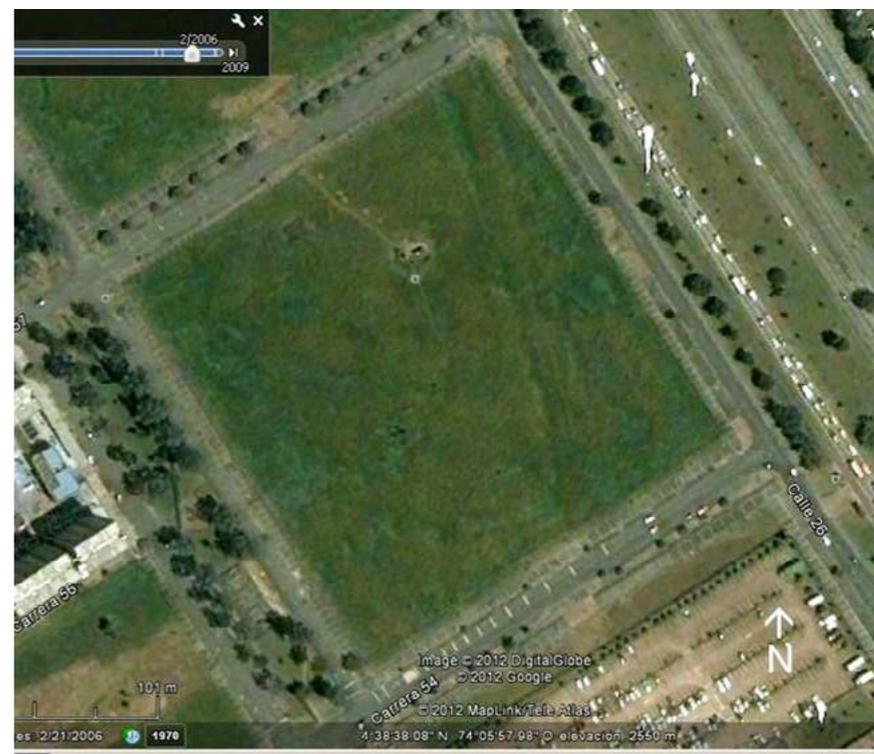


Foto 4. Huella del camino de Engativá en un lote privado al aproximarse a la Avenida El Dorado. Se observa que en este tramo el camino tenía cunetas a ambos lados (Google Earth, 2006).

de Engativá –cuyos pobladores incluso ya de tiempo atrás preferían tomar el tren y caminar a casa los 3 kilómetros que los separaban de la estación--.

Más adelante, soterrado bajo las construcciones del barrio Salitre Greco, el camino solo resurge a la vista otros 750 metros más adelante, al occidente de la actual Avenida Carretera 68, donde adquiere el moderno nombre de Diagonal 44. De esta Diagonal, por el costado occidental, y no lejos de grandes pantanos próximos al río San Francisco, se desprendía el camino que se internaba en la gran Hacienda El Salitre, cuya antigua casa en este sector se puede ver en antiguas fotografías aéreas, levantada junto a un pantano. Fue esta una hacienda inmensa, que ocupaba casi todas las áreas céntricas y pantanosas de la Sabana, perteneciente al señor José Joaquín Vargas, quien la legó en 1936 a la Beneficiencia de Cundinamarca, para el beneficio de los pobres, quienes nunca accedieron a tan magnífico regalo, pero en la que sí se construyeron diversos edificios públicos, como el Centro Administrativo Nacional, la Ciudad Universitaria, la Gobernación de Cundinamarca, el complejo deportivo de El Salitre, el parque Simón Bolívar, y luego otros muchos edificios privados, levantados sobre terrenos rellenados y huidizos en la margen sur de la hacienda, que por su proximidad a los humedales y terrenos anegadizos del río San Francisco, recibió el nombre de Salitre-El Pantano. Junto a este mismo tramo del camino, en estos terrenos poco apreciados en otros tiempos, se construyó un recinto para ferias bovinas; y perdido el interés por estas, en ese mismo lote los salesianos aprovecharon para instalar el Colegio Don Bosco en los mismos galpones construidos para la feria.

Hoy el río San Francisco está canalizado, y no existen humedales ni pantanos, los cua-

les desaparecieron con su flora abundante y sus grandes bandadas de aves; y la casa de la hacienda desapareció también, junto con su pantano y cualquier cosa que le pudiera hacer memoria. El camino de Engativá, en su transformación en Diagonal 44, hace parte de un nuevo paisaje urbano, en el que discurre frente al periódico capitalino El Tiempo, el Club de la Policía, y el asilo Hogar el Camino, terrenos hoy muy preciados en los que se han construido grandes edificios de industria y comercio que bordean la Avenida al Aeropuerto.

En lo sucesivo, el camino continúa siempre hacia el noroccidente, pareciéndose demasiado a la Avenida al Aeropuerto, tanto que cruza a ésta varias veces, y se confunde en momentos con ella. Tras cruzar la Avenida Rojas, a la altura de la Avenida Boyacá se llega a uno de estos cruces con la Avenida El Dorado, en el lugar en que en los años cincuenta funcionó sobre el costado oriental el laboratorio homeopático OHM, con sus huertas de plantas medicinales hoy perdidas en medio de la avenida, y en que sobre el occidental se construyó también por esa época la ensambladora de vehículos de Chrysler.

Continuando en su discurrir abajo de la Avenida Boyacá, el camino entra al actual barrio Modelia, con el nombre de Calle 25G. En este punto, antiguamente se desprendía por el costado oriental otro camino que conducía a la Hacienda Cama Vieja, camino hoy convertido en la Diagonal 47 que da acceso a los barrios Villa Luz y Normandía. Este camino de la hacienda, en los años treinta resultó repentinamente atravesado por una pista de aterrizaje de aviones de la empresa Lansa. Según cuenta el profesor Guillermo Páramo, ex rector de la Universidad Nacional de Colombia, quien de niño era habitual recorredor del camino de Engativá en busca de coleópte-

ros, el cruce del camino y la pista resultaba singular, aunque aun más lo fue cuando recorriéndolo en persecución de varios búhos que huían por los humedales, se encontró en medio de la recién construida pista del nuevo aeropuerto El Dorado, y fue obligado junto con sus amigos a barrer dicha pista como castigo por cruzar el camino y atravesarse al paso de los aviones.

Más abajo de Modelia, el camino cruza la actual Avenida Cali para avanzar, siempre como Calle 25G, un tramo por la zona industrial que rodea al antiguo municipio de Fontibón. Cerca ya del aeropuerto, el camino vuelve a cruzar la Avenida El Dorado, y llega a un antiguo nodo donde antiguamente se encontraba con una vía regional principal, que unía los pueblos de Fontibón y Suba, lugar tan transformado hoy por la presencia de moteles, patios del tránsito y aviones en aterrizaje, que nadie sospecharía que en otros tiempos hubo allí un bucólico paisaje de nacederos y pantanos, rodeados de sauces adormilados, bajo los cuales pasó Simón Bolívar cabalgando en 1814 (foto 5).

Desde allí, el camino continúa como Calle 51 por predios de hangares y aviones, y se extravía entre puntos de parqueo de aeronaves y salas de espera. Quedaría hoy un poco difícil asegurar que en este momento actual no haya alguien sentado con su maleta esperando un avión justo sobre el camino, o acaso parqueando el vehículo en una de sus cunetas, o revisando el espacio aéreo con un radar desde un cruce de antiguos caminos. Pues en algún lugar en la entrada del aeropuerto, se juntaba el de Engativá con otro camino que venía del vecino pueblo de Fontibón, y haciendo una amplia curva, conocida por entonces como “la Vuelta del Palo”, cruzaba todo el ancho de lo que hoy es la primera pista del

aeropuerto. Desde allí iba a encontrarse con la actual Calle 64, que recorre en trazo recto otros 100 metros, y por fin entra, sin más preámbulos, en el parque principal de Engativá (figura 4).

Foto 5. Piedra que conmemora el paso en 1814 de Simón Bolívar por el camino de Engativá.



Pavimentación del camino y evidencias arqueológicas

No es que se tenga mayor documentación sobre cómo ocurrió, pero el hecho es que la aparición de los vehículos motorizados obligó en algún momento a macadamizar el camino de Engativá. El macadam era el estándar para las vías de todo tipo a comienzos del siglo XX,

Figura 4. El Camino de Engativá hoy en la ciudad (modificado de Google Earth/Maxar Technologies/CNES/Airbus).



de manera que es posible observarlo en las primeras aerofotografías del camino en 1938, donde este tipo de cobertura se da sobre el camino solo hasta la Carrera 50, lugar de desvío hacia el estadio de la Universidad Nacional, y en adelante el camino parece estar cubierto de pasto, es decir, continúa siendo un camellón para recorrer a pie o en mula (IGAC 1938: foto 082). En 1953, ya lo habían macadamizado completamente (IGAC 1953). Para 1956, aparece pavimentado, aunque muy dañado, y

transitado por vehículos en todo su recorrido; ya entonces se estaba construyendo la Avenida El Dorado, y evidentemente se había desistido del mantenimiento del camino de Engativá.

Sobre este acontecimiento de la pavimentación y las técnicas que se utilizaron se tiene conocimiento gracias a un proyecto de arqueología preventiva de los investigadores Navas y Barranco, realizado en uno de los lotes en que hoy está la ciudadela Sarmiento Angulo en la Avenida El Dorado, entre las carreras

54 y 57 (Navas *et al.* 2013). Además de grandes cargueros de escombros depositados en el lote para estabilizar el lacustre terreno, los investigadores no hallaron nada de notar que no fuese el propio camino y la manera como fue pavimentado. Para estudiar el camino, se hicieron inicialmente varios pozos estratigráficos de control, y en una segunda fase se procedió a excavar con maquinaria dos trincheras de 23 metros de longitud y 1,5 metros de ancho, transversales al trazado del camino, que

alcanzaron el terreno arcilloso natural a una profundidad de hasta 2,1 metros, lo que permitió entender la estratigrafía y desarrollo de la vía (figura 5).

Como resultado se encontró una estratigrafía variable, que había sido afectada principalmente por la gran cantidad de recebo y cargueros de escombros que se habían depositado encima del camino después de su abandono a finales de los años cincuenta. Teniendo en consideración que los terrenos en este



Figura 5. Izq.: Estratigrafía tipo del camino de Engativá. Der.: De abajo hacia arriba: primer horizonte de uso; macadam asfáltico meteorizado; macadam de recebo grueso y fino meteorizado; horizonte de abandono; recebo reciente.

lugar de la Sabana son relictos de ambientes lacustres y con tendencia a la inundación, los escombros compactados, que buscan elevar y desecar el terreno, provocaron el hundimiento de las capas subyacentes, generando un caos en la estratigrafía, a lo que se suma la meteorización natural de los materiales enterrados. Así, la capa de afirmado fue localizada a profundidades variables, desde los 50 centímetros en la superficie, hasta 1,2 metros. Las diferentes capas estratigráficas identificadas no siempre estuvieron todas presentes, pues en algunas partes habían desaparecido, se habían fusionados con otras, habían sido retiradas en algún momento, o se desgastaron naturalmente mientras estuvieron expuestas. Así mismo, la plasticidad de las arcillas naturales que sostienen toda la carga generó fracturas y buzamientos severos en los diversos estratos.

A partir de los cortes y trincheras realizados por Navas y Barranco (2013), es posible establecer una estratigrafía tipo o ideal, que aunque por lo general no está presente en todos los puntos muestreados, sí permite generar una idea de los distintos componentes o momentos de transformación del camino (figura 5). Se puede comprender que el primer horizonte de uso del camino, cuando era simplemente una trocha barrosa en tierra y césped, queda apenas insinuado en la estratigrafía, directamente sobre las arcillas lacustres naturales. Sobre este, apareció un segundo horizonte de uso en el que se afirmó la superficie con aproximadamente 25 centímetros de macadam asfáltico, aplicado directamente sobre la superficie original del camino, posible-

mente en los años treinta, cuando empezaron a circular vehículos con rumbo al estadio de la Universidad Nacional.

Este primer afirmado debió ceder y desgastarse rápidamente, por lo que fue necesario rellenar los huecos y aplicar otra capa de macadam de recebo en dos fases (tercer horizonte de uso), la cual debió estar muy desgastada cuando finalmente la vía fue abandonada en 1959 con la entrada en funcionamiento de la Avenida El Dorado. Por encima del camino alcanzó a formarse un breve horizonte de abandono de tierra y vegetación, antes de que se empezara a arrojar encima cargueros de escombros y tierra, y recebo compactado para afirmar, desecar y nivelar el terreno (foto 6).

En uno de los cortes se halló una estratigrafía atípica (foto 6), en la que bajo el recebo compactado reciente aparece una gruesa capa de escombros y basura en grandes cantidades, bajo la cual hay apenas una pequeña capa de recebo afirmado, y debajo continúa el relleno de basuras hasta una profundidad de 2,1 metros. Ante la sorpresa frente a este tipo tan singular de técnica de pavimentación con basuras, como hipótesis se puede plantear que en este lugar se hallaba una de las dos zanjas laterales de drenaje que tenía el camino en este punto, la cual habría sido rellenada con porquerías a fin de nivelarla con el contorno y poder así ampliar la vía a dos carriles.³

Se puede concluir que la pavimentación del camino fue inicialmente muy rústica, con una primera y magra capa de macadam asfáltico para el paso de pocos vehículos. Cuando el parque automotor creció, se rellenaron con



Foto 6. Izq.: estratigrafía atípica hallada en uno de los muestreos de Navas y Barranco (2013), que posiblemente corresponde al relleno de una zanja lateral. Der.: Fractura en las capas de pavimento por el peso de los cargueros de materiales depositados encima.

basura y escombros las cunetas, se amplió a doble vía y se aplicó macadam de recebo; pero la falta de una trinchera de cimentación seguramente hizo imposible mantener el camino en buenas condiciones. Los intentos de rellenar los múltiples huecos debieron terminar a finales de los años cincuenta con la puesta en funcionamiento de la Avenida El Dorado. De esta manera, el camino desapareció de la faz de la tierra, sepultado a profundidades variables, y también su memoria se perdió. Sin embargo, en las aerofotografías de *Google Earth* su huella aún quedó claramente visible en el lote prospectado (foto 4).

Conclusión

Son muchos los obstáculos que salen al paso de un camino cuando el modo de percibir el paisaje que lo acompañaba ha desaparecido. La sensación del barro en los pies descalzos,

el sonido del trote de la mula, la monotonía de una gran llanura muy plana y muy verde, las grandes distancias y los tabacos fumados que servían para darles medida, todo ha desaparecido bajo un nuevo paisaje de obstáculos, en que el desplazamiento se hace en vehículos, y en que cada edificio, cada esquina, cada semáforo, es una barrera más a superar para la vista y para el movimiento. Y resulta paradójico que allí donde los aviones facilitan el viajar a destinos aún más remotos, desaparezca justamente aquella posibilidad de conocer el paisaje a través del propio movimiento (foto 7).

Tras varios contratiempos, el camino finalmente llega a Engativá, donde nadie espera desde hace mucho ver llegar a alguien desde esa dirección, pues más fácil resulta desde finales del siglo XIX tomar el tren de la Sabana que se dirigía a la occidental población de Facativá, y apearse en la estación de Engativá, aunque hubiese que andar los 3 kilómetros que la separaban del propio pueblo; o, en tiempos

³ El camino de Engativá en su zona de la Diagonal 44 fue también prospectado en un proyecto de arqueología preventiva (Bonilla 2013), encontrándose las mismas evidencias de pavimentación con rellenos de basuras halladas por Barranco y Navas, e igualmente fuerte afectación por afirmado y pavimento convencional de tiempos recientes.

Foto 7. Camino a Engativá, 1934-1937 (SLUB/Deutsche Fotothek/Horst Martin).



posteriores, tomar un autobús a Engativá, que hacía la ruta por la Calle 13, eso sí, larga y fatigosa en extremo, pues no seguía para nada el camino más recto, como sí lo hacía el antiguo camino vernáculo. Pero la posibilidad de llegar a pie desde la estación del tren se acabó el día que construyeron la primera pista del aeropuerto, pues el camino a la estación quedó en medio del aterrizaje de los aviones. No quedó más que la complicada ruta de autobuses por la Calle 13, y solo más recientemente la zona y localidad del antiguo pueblo de Engativá comenzó a recibir servicio de transporte por la propia Avenida El Dorado y la entrada a Álamos.

Al occidente del pueblo de Engativá se acaba el mundo, visto a nuestra manera contemporánea, ya que continúa el humedal Jaboque, el infranqueable río Bogotá, y los terrenos muy pantanosos del parque La Florida, todo lo cual por décadas se inundaba hasta donde daba la

vista. Más allá siguen otras grandes planicies de la Sabana, convertidas en enormes predios privados que pocos recorren, y que finalizan allí donde empieza a emerger la cuesta de una cadena montañosa, la cual, pasos más adelante, cae inclementemente por vertiginosos desfiladeros hacia el río Magdalena, siendo vista como un punto liminal, infranqueable si no es con ayuda de un vehículo, y esto también fatigosamente. Solo en tiempos mucho más antiguos, los de los antepasados que todo lo recorrían a pie, y aún mucho antes, cuando habitaron en la región los indígenas muisca y lo recorrían a su manera con su concepción del paisaje, ni río ni pantano ni desfiladero eran obstáculos o lugares liminales, sino puntos a caminar o a pasar en balsas para ir a hacer visita a los parientes o para llevar mercancía a los cercanos territorios de Fontibón, Suba, Cota y Chía, o incluso hasta el más lejano río Magdalena.

Referencias citadas

FUENTES DOCUMENTALES

- Archivo General de la Nación, Bogotá (AGN)
1800? *Ejidros de Bogotá*. Mapoteca 5, 313B.
- Barranco, Francisco y Leonardo Navas
2014 *Prospección arqueológica supermanzanas E, D y lote C. Villa Alsacia. Bogotá*. Informe final presentado al Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Bonilla, Martha
2013 *Monitoreo y rescate arqueológico de los tramos 3 y 4 de la calle 26*. Informe final presentado al Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Bogotá (IGAC)
1938 *Vuelo A-27*.
1953 *Vuelo C-668*.
- Navas, Leonardo y Francisco Barranco
2013 *Monitoreo-excavación arqueológica controlada y anticipada a las obras civiles proyectadas dentro del área de influencia del trazado del antiguo camino a Engativá o de Camavieja. Proyecto ciudad empresarial Sarmiento Angulo. Supermanzana SMIII-16. Bogotá*. Informe final presentado al Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

FUENTES IMPRESAS

- Arias Lemos, Fernando y Sandra Julieth Cárdenas
2010 *La arquitectura de los barrios del Banco Central Hipotecario en Bogotá, 1953-1984*. Bogotá: Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia.
- Gutiérrez, Rufino
1917 "Documento de la visita hecha por Rufino Gutiérrez, encargado por la Secretaría de Gobierno de Cundinamarca, a Engativá, en 1887", *Boletín de Historia y Antigüedades* [Bogotá], 11(128), pp. 450-463.
- Rueda Vargas, Tomás
1988 *Escritos sobre Bogotá y la Sabana*. Bogotá: Villegas Editores (Biblioteca de Bogotá).

4 PARTE

Qhapaq Ñan
en Ecuador



El Camino de la Cordillera de Chilla y otras redes transversales del Qhapaq Ñan en el territorio de los señoríos cañari

MARY BEATRIZ JADÁN VERIÑEZ

COLEGIO DE ARQUEÓLOGOS E
HISTORIADORES DEL SUR,
ECUADOR

Introducción

En tiempos del Inkario, muchas vías laterales unían la costa norte del Perú con la sierra. Al respecto, John Hyslop (1992: 119), señaló que cada valle tenía un camino provisto de varios tambos y que las vías inkaicas integraban áreas donde las localidades podían ser gobernadas (*Ibid.*); es decir, poblaciones locales ya se encontraban residiendo en el área conquistada por los inkas y venían utilizando rutas laterales hacia la costa, tal fue el caso de la sociedad cañari.

Los cañaris constituían un pueblo andino que mantenía contactos comerciales con los tumbesinos. En opinión de Jorge Marcos (1986: 43), la estratificación social, unidad política y el control que los cañaris ejercieron sobre la sierra sur andina del Ecuador fue tan grande que Tupac Inka Yupanqui, para tener éxito en su inkización, los equiparó con los antiguos pobladores del Cusco. Hocquenghem y sus colegas (1993), asimismo, reportan relaciones comerciales de los chimú con distintos grupos cañaris del suroeste del Ecuador.

En el momento de la conquista de los inkas, el territorio cañari llegaba por el norte hasta el nudo del Azuay y lindaba con los pueblos puruhá; por el sur alcanzaba la cordillera de Chilla, teniendo como frontera el territorio del pueblo palta; por el este la región de Macas y Zamora, donde habitaban los jíbaros; y por el oeste la ría de Guayaquil, la isla Jambelí y la isla Puná, donde se encontraban los guanacvilcas y punaes, y los tumbesinos en el territorio peruano.

Si bien la investigación arqueológica respecto a los caminos transversales del suroeste andino es limitada, la etnohistoria señala algunas pistas sobre las posibles rutas utilizadas por los cañaris hacia la costa. Por ejemplo, Do-

mingo de los Ángeles (1992 [1582]: 380) revela actividades de pesca de los naturales en el río de Bolo. También Hernando de Pablos (1992 [1582]: 377) nombra a Puerto de Bola y a Puerto Yaguache como proveedores de sal; en la descripción de Chunchi se dice “Provéense de sal de las salinas de Guayaquil” (Gaviria 1992 [1582]: 403). Estos lugares, indistintamente, están relacionados con las rutas que atraviesan el sector del Cajas y el valle del río Chanchan. Otra ruta nombrada es el valle del río Jubones hacia el Puerto de Machala, que según Gómez (1992 [1582]: 394) estaba a 14 leguas y desde donde se proveían de sal y pescado.

Francisco de Requena (1994 [1774]: 525), al hablar del descuido del camino de Cuenca a Guayaquil, señala que por defraudar los derechos reales que se pagan en Naranjal, bajan al mar por Machala, Balao y otras partes, lo que sugiere que también existieron otras partes u otros caminos por donde los pueblos locales llegaban al mar. En definitiva, se observa, que la etnohistoria refiere diferentes dinámicas de comercio entre los cañaris y los yungas, sugiriendo asimismo, la existencia de distintos trayectos a la costa.

Los estudios arqueológicos realizados por Antonio Fresco (2004: 112) registran cinco rutas transversales del Qhapaq Ñan desde Tomebamba hacia el oeste. La primera partía desde Ingapirca pasando luego a Coyector y Shungumarca, saliendo por el valle del Chanchán. Un segundo trayecto se iniciaba en Cuenca, pasaba por el macizo del Cajas y luego por la vía Molleturo. Una tercera arteria partía de Cuenca y llegaba al sitio Paredones del Inka por el lado oeste, enrumbando luego al sureste hasta Pucará para alcanzar la costa. La cuarta ruta se iniciaba en Cuenca, cruzaba el río Jubones, seguía la base norte de la cordillera de Chilla en dirección oeste y luego hacia el suroeste

hasta alcanzar, según el investigador, el *wamani* de Tumpis. Finalmente, Fresco señala un quinto camino a la costa norte de Perú por Cañaribamba, que va por la población de Manu, Chinchilla, Cerro Fierro Urcu, cordillera de Celica en dirección sur y suroeste, luego el tambo de Purunuma, Pircas y, finalmente, el río Chira y la ruta troncal de la costa.

Las tres primeras rutas de traspaso a la costa expuestas por Fresco son probablemente las más conocidas: el valle del Chanchán, Molleturo y Pucará. La explicación de la ruta por la cordillera de Chilla, de otro lado, resulta breve y no incluye mención alguna sobre los puntos de enlace, tampoco sobre su relación con Tumbes; la quinta ruta, por su parte, corresponde a un camino por la actual provincia de Loja.

Anne Marie Hocquenghem y sus colegas (2009: 120-122) plantean que el camino transversal de los inkas que enlazaba Ingapirca con Tumbes iba por la cordillera de Fierro Urcu hasta la laguna de Sarihuiña; inmediatamente, seguía en dirección al oeste, pasaba hacia Zaruma, para llegar a Tumbes por la cordillera de Tahuín. Aunque el enlace entre la laguna de Sarihuiña, Paccha y la cordillera de Tahuín no es precisado, es importante considerar el trazado de la travesía por la cordillera de Tahuín, ya que en esta cordillera, investigaciones preliminares (Netherly *et al.* 1980) encontraron más de quinientos sitios arqueológicos, gran parte de los cuales desaparecieron con el embalse de la llamada Represa Tahuín en el río Arenillas. Si bien se tiene escasa información sobre estos sitios, su sola existencia sugiere una alta ocupación prehispánica.

El camino desde Tumipampa por la cordillera de Chilla es mencionado en el Libro V de los Cabildos de Cuenca, donde se menciona que desde la parroquia Tarqui (cantón Cuenca) se descubrió una vía hasta Zaruma, pasando

por Pacaybamba; en otra parte, se menciona que los ramales de la costa sur se localizaban desde la misma vía de Tarqui, alcanzando Girón al sur occidente (citado en Idrovo 1993).

René Verneau y Paul Rivet (2019 [1912]: 125), destacan la presencia de un camino antiguo que, siguiendo el trazo del Qhapaq Ñan, venía desde Huaca Chaca (puente sobre el río Jubones) y continuaba hacia Guanazán y Zaruma.

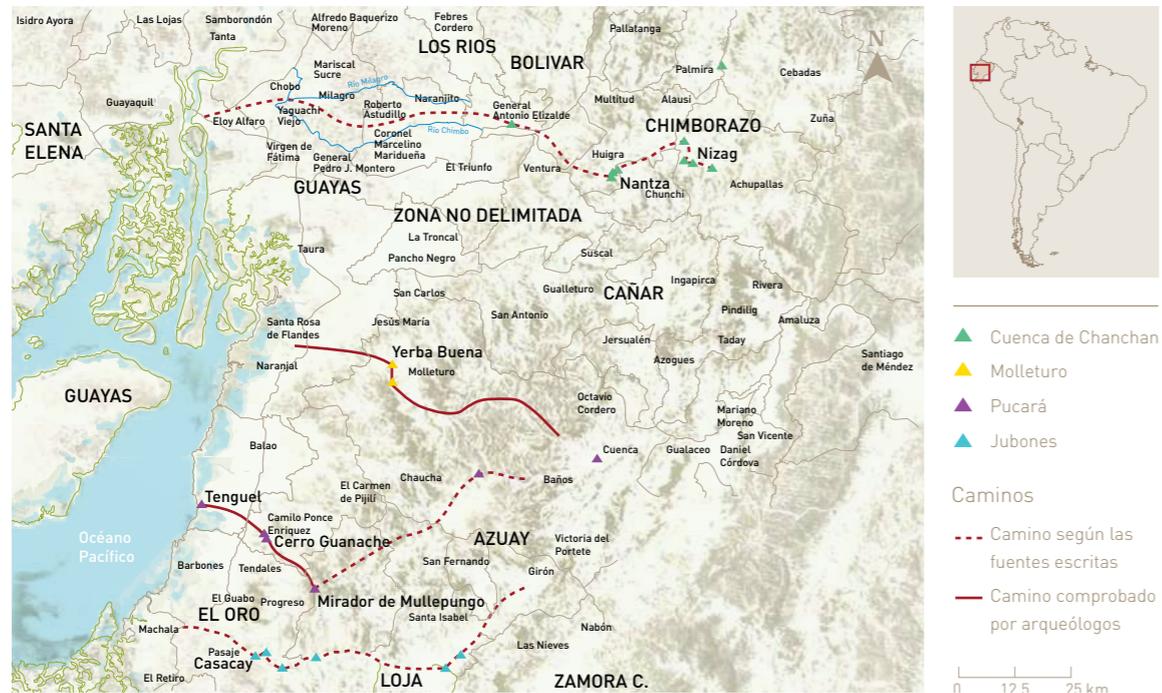
En este trabajo, desde la arqueología y los registros etnohistóricos, se sintetizan las cinco arterias transversales ubicadas en la región de los cañaris que llegaban a la costa y que fueron reutilizadas por los inkas. Es oportuno preciar que a estas vías se incorporaban otros ramales, no citados en este estudio, que también formaron parte de la gran red de caminos del Qhapaq Ñan en el suroeste de los andes ecuatorianos. No obstante, se profundizará, en la definición del camino que atravesaba la cordillera de Chilla de noreste a suroeste y que posiblemente fue uno de los caminos que unía la antigua Tomebamba con Tumbes.

Las redes transversales del Qhapaq Ñan en el territorio cañari que alcanzaban la costa

LA RUTA POR EL VALLE DEL RIO CHANCHÁN

En el valle del Chanchán, en la región limítrofe entre los cañaris y los puruhá, una red vial se iniciaba en el lado noreste desde el Qhapaq Ñan de Achupallas y conectaba las poblaciones de Sevilla, Pumallacta, Palmira, Nizag, entre otras. En este sector, el segmento de camino aún se presenta conservado, protegido por muros pircados y con superficie empedrada en algunas secciones. Desde aquí toma-

Figura 1. Mapa en el que se registran las cuatro redes viales localizadas en el centro y sur oeste de los pueblos locales e inkas.



ba dirección suroeste y atravesaba los sitios arqueológicos de Nantza Grande, Pucará de Nantza Chico y Cochabamba; en este lado, el camino cuenta con buen estado de conservación, tiene ciertos muros de contención pircaada, atarjeas, empedrados, canales de agua, un talud de tierra, el trazo curvilíneo y un ancho de 3 metros (Jadán *et al.* 2018).

A continuación, el camino seguía probablemente el curso del río Chanchán, cuenca que forma parte del sistema hídrico de la cuenca del Guayas, pasando por Bucay, el antiguo Tampu de Chanchán según Fresco (2004: 111); más adelante, continuaba por Yaguachi y finalmente llegaba a Guayaquil. Es probable que

el camino mencionado por el cronista Pedro Cieza de León (2005 [1553]: 167), que pasaba cerca al nevado Chimborazo y se dirigía a la ciudad de Guayaquil, se hubiera unido en algún punto a esta ruta.

LA RUTA TOMBAMBA - CAJAS

Los caminos que salían de Tomebamba al occidente, por el sector de Cajas, se bifurcaban en tres rutas. Todos se iniciaban en el sitio Pumapungo, siguiendo luego por Calle Larga, Plazoleta de San Francisco, Plazoleta de San Sebastián, Convención del 45 y Calle del Tejar, para continuar por la población de Sayausí

y por las zonas del Cajas – Chacanceo hasta llegar a Puerto de Yaguachi. Luego de llegar a Cajas, un segundo tramo se dirigía a Molleturo y Puerto de Bola. Finalmente, desde Cajas, un tercer tramo continuaba por los sectores de Chaucha hasta terminar en Puerto Balao (Carrillo y Galarza 2007: 6). De acuerdo a Salazar de Villasante (1992 [1570-1571]: 96), desde el Puerto Bola, frente a la isla Puná, las gentes se trasladaban en balsas hasta Guayaquil.

EL CAMINO POR PUCARÁ – MIRADOR DE MULLEPUNGO

Esta vía es citada por Teodoro Wolf (1892: 42), quien señala que desde Pucará pasaba un camino fragoso sobre el Mullepungo hacia el valle de Tenguel y a Balao. Desde la arqueología, subrayamos que de Tomebamba partía una ruta hasta Pucará, la cual probablemente corría por el tambo de Paredones del Inka, en cerro Bermejós (Fresco 2004: 99). Se encaminaba luego al oeste, hacia el poblado de Pucará, atravesaba el sitio Mirador de Mullepungo, enderezaba al noroeste y, antes de arribar a Tenguel, alcanzaba Cerro Guanache y llegaba a la costa a la altura del canal de *Jambelí e Isla Puná* (Jadán 2013: 96). Un segmento de este camino aparece cerca del actual poblado de Santa Martha, a orillas del río Tenguel, y es citado por Florencio Delgado (2007: 10). Suichi Odaira (1998: 145), quien estudió el sitio Mirador de Mullepungo, señala que el camino entre el Mirador de Mullepungo, Pucará y Tomebamba se extendía hacia el oeste por la vía Molleturo.

LA RUTA POR EL VALLE DEL RÍO JUBONES

Este camino es citado por Vernau y Rivet (2019 [1912]), Uhle (2019 [1923]) y Fresco

(2004). Max Uhle (2019 [1923]: 50) señala que desde “[...]Tumbes pasaba en las Minas el río Tamalanecha o Jubones y siguiendo el río para arriba, y cruzando el paso de Chaylla, caía a la quebrada del río León al oeste de Oña, para seguir de allá más al norte”. En el mapa presentado por Uhle (*Ibid.*) notamos una serie de sitios, como puente de Huasca chaca, el tambo de Minas y Sumaypamba. Aguas abajo, el proyecto Inventario Nacional del 2008 pudo observar vestigios de los sitios Uzcurrumi, Pitaguiña, Casacay, Tambo grande, Finca Soledad y probablemente otros asentamientos arqueológicos no identificados hasta el momento.

En el sitio Pitaguiña, entre la desembocadura de los ríos Quero y Casacay, subsistían cimientos de habitaciones rectangulares, en un pequeño promontorio y los restos de estribos de un puente inka (Murillo 2007: 132); para Teodoro Wolf (1892: 42), este lugar fue la fortaleza cañari contra las naciones costeñas. El camino continuaba por la cuenca baja del Jubones y franqueaba el actual poblado de Pasaje, muy cerca de Machala y El Guabo.

Los habitantes de la cordillera de Chilla, al sur del Jubones y también los pobladores de las regiones de Guanazán y Manú, se movilizaban por esta ruta. Documentos históricos señalan que los guanazanes tenían diferentes cultivos, junto a las riberas del río Jubones (Checa 2015).

El camino de la cordillera de Chilla

En este acápite, se plantea analizar una red vial inka que eventualmente se aproximaba a la costa norte del Perú y que también fue utilizada por los pueblos preinkaicos. Para su mejor comprensión se la ha dividido en tres segmentos:

SEGMENTO 1: GIRÓN - PACAYBAMBA - CAÑARIBAMBA - PUENTE HUASCA CHACA

Este tramo se lo describe desde la parroquia Tarqui del cantón Cuenca, lugar desde donde baja el Qhapaq Ñan y punto donde el camino real se ramifica en dirección suroeste, enrumbándose a la actual población de Girón. En este primer tramo, son importantes las descripciones ya realizadas por Vernau y Rivet (1919 [1912]:143) en sus estudios sobre la región del Jubones. Los investigadores afirman que el camino que bajaba desde Chahuarurcu o de Girón a 1598 m s. n. m., cruzaba la dorsal que llevaba al río Naranjo y atravesaba la orilla derecha del río Rircay, donde existían evidencias de asentamientos antiguos a unos cuantos metros del río Pilchis. Asimismo, expresan

que entre la confluencia del Rircay y León se encontraban las ruinas de Sumaypamba, a 925 m s. n. m.; luego, siguiendo la orilla derecha del Jubones y bordeando las laderas inferiores de la cordillera de Guagraloma, a dos horas de caminata, se pasaba frente a la confluencia del Uchucay y se continuaba por la dorsal que separa el río Uchucay del Jubones, donde asimismo había vestigios arqueológicos. Finalmente más abajo, antes de llegar al río Minas, el camino atravesaba una extensa llanura llena de sitios arqueológicos. En este punto, las dos orillas del Jubones formaban una cañada, donde los inkas construyeron un puente conocido como Huasca chica o puente de sogá.

En este sector, en el año 2006, Jaime Idrovo detectó un tramo de caminos en los sitios Cañaribamba, tambo de Rajalal, entre otros.



Figura SEQ Figura * ARABIC 2. Mapa que muestra la ruta del camino (triángulo rojo) y los asentamientos arqueológicos (puntos verdes) en la cordillera de Chilla, siguiendo una dirección noreste a suroeste. Camino que viene desde la antigua Tomebamba (Cuenca) y probablemente se conectaba con Tumbes (tomado de Jadán 2018).

Foto SEQ Ilustración * ARABIC 1. Camino por el lado este del cerro Paltacalo [Proyecto Tecnología Prehispánica, Jadán 2009].



SEGMENTO 2: CORDILLERA DE CHILLA - CORDILLERA DE DAUCAY - CORDILLERA DE DUMARI

Luego del puente de Huasca chica, el camino se dirige al sur y llega a la región de San Sebastián de Yulug, la vía atraviesa el cerro Lumbrera. Uno de los sitios arqueológicos localizados es Pirámide de la Piedra Escrita, ubicado sobre una pequeña cumbre que forma parte de las estribaciones de Cushcapa a 2259 m s. n. m., próxima al río Cushcapa. Observamos los desbanques, con cortes profundos del cerro para la construcción

de terrazas, muros de contención de piedra con aparejo rústico, material cultural y abrigos rocosos, probablemente de uso funerario. La vía atraviesa la loma Ugsha, donde se encuentra otro sitio arqueológico: el tambo de Cargadichina, a 2400 m s. n. m., que cubre aproximadamente 5 hectáreas; este sitio contaba con estructuras de roca, muros de contención y terrazas. Más adelante, el camino sube las estribaciones del cerro Quindeucu, a 2850 m s. n. m., donde se encontraron vestigios de muros de piedra en terrazas; se trata de un sitio de impresionante control y vista paisajística.



Foto 2. Rastros de camino empedrado en el sitio Gallo Cantana.



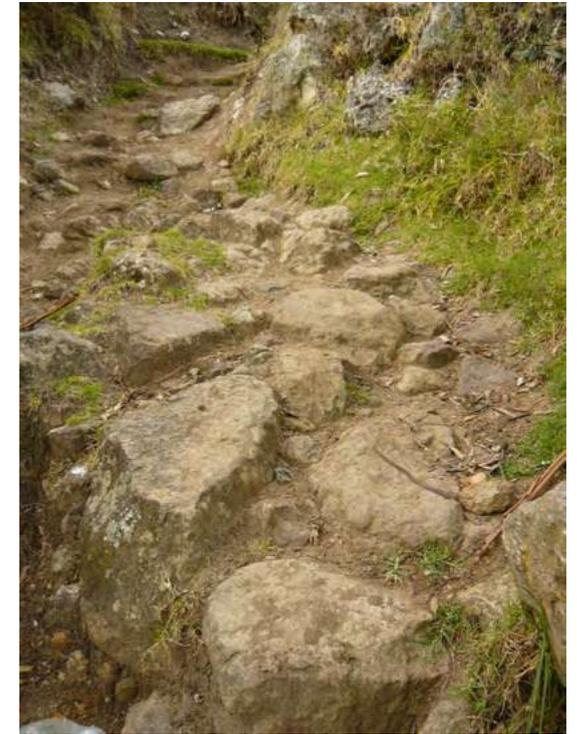
Foto 3. Huanca en el mismo lugar (Proyecto Tecnología Prehispánica, Jadán 2009).

El camino sigue por Loma Cochaguro, a 2883 m s. n. m., bordeando la subcuenca del río Santa Ana y la quebrada Cushcapa, alcanzando la ruta del camino preinkaico, que es un sendero angosto por la cuchilla de la montaña; inmediatamente el camino llega a Paltacalo, a 3168 m s. n. m. (foto 1). Los dos sitios se encuentran en la misma estribación, que corre en sentido norte-sur y tienen las mismas características geomorfológicas. El camino toma una dirección oeste y atraviesa los sitios Santa Ana, Yaro y Supacalo; en estos sitios las cotas van desde los 2500 m s. n. m. hasta los 3012 m s. n. m.; en este último, hay evidencias de *huancas* y material lítico labrado al estilo *Inka* (foto 11). Inmediatamente, la ruta gira hacia el sur. Estamos ya en la subcuenca del Chillayacu a 2887 m s. n. m., es en este sector, en el lado este del sitio Gallo Cantana, donde aparece un segmento de 100 metros de calzada, asimismo tiene muros de contención con piedra labrada y una *huanca* (fotos 2 y 3).

Luego el camino llega a Loma de Tocto a 3074 m s. n. m.; tiene 3 metros de ancho, su superficie es de construcción mixta (piedra y tierra) y en algunos sectores posee muros de sostenimiento de hasta 1 metro de alto (fotos 4 y 5).

Enseguida la ruta llega a los cerros Bamata, a 3066 m s. n. m., correspondientes a dos lomas dispuestas una frente a la otra; aquí el camino mide 2 metros de ancho y cuenta con muros de contención. Hacia el este de los cerros Bamata, aparece una calzada que alcanza el sitio Corona Loma a 2779 m s. n. m. y se adapta a los llamados *coluncus* de 2 metros de ancho, que se caracterizan por presentar cortes profundos en los cerros y muros laterales de 2 metros de hondura (foto 6). Además, en este sector hay otros sitios arqueológicos con estructuras de rocas y con caminos que se entrecruzan y se relacionan con antiguos poblados, como Gua-

Foto 4. Camino empedrado que pasa por el sitio Tocto (Proyecto Inventario Nacional, CONAH-ES-POL 2008).



gueloma a 2781 m s. n. m., que tiene un camino de 3 metros de ancho, y Loma Pucará a 2884 m s. n. m., donde el camino actual pasa por la calzada antigua; ambos sitios se encuentran en la cuenca del río Santa Ana y en la quebrada Panucapa. En el sitio Cusquín, a 3127 m s. n. m., hay una vía y muros de contención de 2 metros de ancho y alto respectivamente.

Luego la vía se dirige a Guartiguro (foto 7) y cruza el yacimiento arqueológico de Guiñayzhu a 3120 m s. n. m., sitio caracterizado por un sistema de *collicas* o graneros para almacenar los productos; en este sitio se encontra-



Foto 5. Muros laterales del camino de Tocco (Proyecto Inventario Nacional, CONAH-ESPOL 2008).

Foto 6. Coluncu en el sitio Corona Loma (Proyecto Tecnología Prehispánica, Jadán 2009).



ron además evidencias de una ocupación local (Jadán 2018).

Se llega luego al sitio Guiñaycay, a 2490 m s. n. m. Aquí el camino mide de 3 a 4 metros de ancho, su superficie es mixta con roca y tierra, y contaba con muros de sostenimiento de roca, ahora destruidos; es un sitio con terrazas perfectamente trabajadas con trazos lineales al estilo *Inka* (foto 8).

El camino se dirige al oeste, a los contrafuertes de la cordillera de Chilla, donde se encuentran los sitios Chilla, Rusiococha, Chilola, Chilla cocha y otros que se ubican entre los 2580 y 3290 m s. n. m. El camino da un giro al suroeste y pasa por el tambo de Daucay. De acuerdo con Galarza y sus colegas (2014: 316), este sitio tiene algunos componentes como terrazas, canales, zonas empedradas, estructuras en U, *huancas*, caminos, entre otros elementos; el tramo de camino tiene un largo de 2100 metros y un ancho de 2 a 3 metros; el estado de conservación es bueno y en algunos sectores presenta calzada empedrada y muros laterales (fotos 9 y 10).



Foto 7. Camino al sur de la comarca de Guartiguro (Proyecto Inventario Nacional, CONAH-ESPOL 2008).

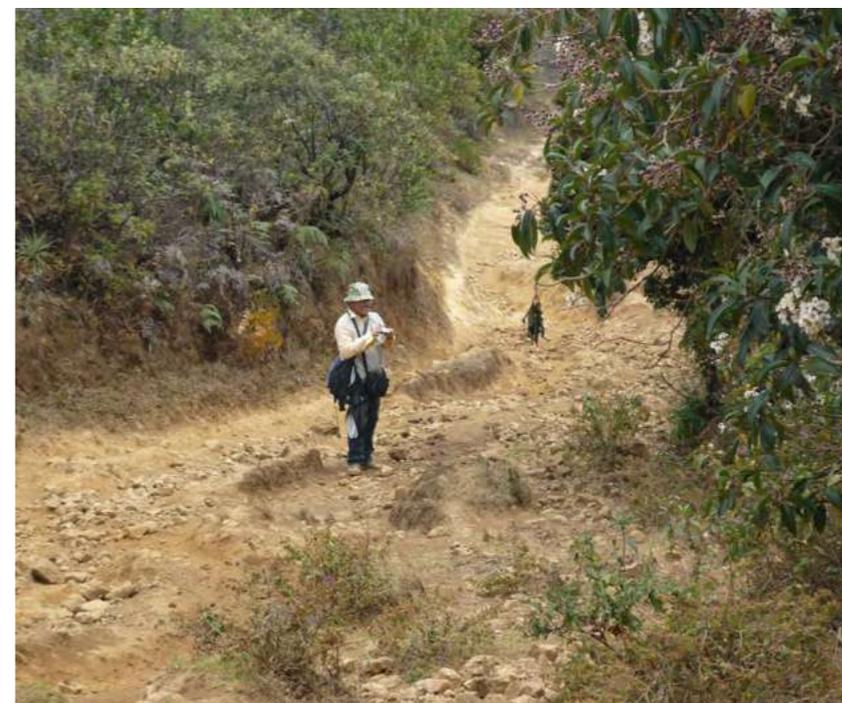


Foto 8. Camino que pasa por sitio Guiñaycay (Proyecto Tecnología Prehispánica, Jadán 2009).

Foto 9. Camino que pasa por el sitio Daucaay (foto por Bolívar Galarza Rodríguez).



Foto 10. Huanca en el camino de la cordillera de Chilla. Sitio Daucaay (foto por Bolívar Galarza).



Foto 11. Huanca en el camino de la cordillera de Chilla, sitio Supacalo (Proyecto Tecnología Prehispánica, Jadán 2009).



Luego la calzada continúa al sur, por el sector de Torres Daucaay, Cerro Repén y alcanza la ciudad inka de Yacuvña, ubicada en los ramales de la cordillera Dumari. Idrovo (2000), quien estudió este sitio, lo define como una urbe compuesta por templos con conjuntos residenciales para los sacerdotes, lago y terracería para agricultura, bodegas y estructuras para actividades especializadas, conjunto residenciales, plaza para concentraciones, así como caminos que lo relacionan a extensas áreas periféricas. Además, Idrovo señala que Yacuvña se encuentra en medio del camino Tumbes – Tomebamba, posible antigua ruta de contacto y comercio revalorizada por los inkas; la identifica como una vía articuladora de la región que denomina Cañari Periférica Occidental (*Ibid.*).

SEGMENTO 3: CORDILLERA DUMARI – CORDILLERA TAHUÍN – ARENILLAS – TUMBES

Inmediatamente luego de pasar Yacuvña, el camino continúa por el tambo Sambotambo, donde la Casa de la Cultura Ecuatoriana (2010: 17) ha localizado estructuras circulares de roca, terrazas con muros de contención y un camino empedrado en dirección sur, de 3 a 4 metros de ancho provisto de un muro perimétrico de 20 a 50 centímetros de alto por 80 centímetros de ancho que linda con una quebrada en la misma dirección.

Debe resaltarse que por Sambotambo atraviesa el camino conocido como Camino Real, que va desde Santa Rosa a Loja; esta vía, nombrada tanto por Villavicencio (1858) como por Wolf (1892), es recordada hasta ahora por los lugareños. Además de Sambotambo, en la ruta hacia Santa Rosa se encuentran los sitios arqueológicos de Quebrada Honda, Peña Negra,

Cascarillo y Escalera, en este último todavía pueden verse rastros del llamado Camino Real.

Luego de pasar por Sambotambo, la ruta alcanza la loma Bebedero de Oso, donde también existen restos de camino que se extiende probablemente por el sector de Platanillos, aquí encontramos el sitio Palo Solo próximo al río Moro Moro. El camino eventualmente se prolonga cerca a la quebrada Ñalacapac, donde se localizaron restos arqueológicos, luego pasa por el cerro Brasil y La Bocana; en este último sitio, localizado a 200 m s. n. m., se han encontrado evidencias de un camino empedrado (foto 12). Inmediatamente la ruta gira hacia el oeste, pasa por el sitio Piedras, donde hay evidencia de *coluncos*, y se extiende probablemente hacia el norte por la quebrada de Tahuín, donde encontramos el sitio Batanes, llamado así por la gran cantidad de metates encontrados.

Es de destacar que el camino alcanza la cuenca del río Arenillas, que limita en el lado sur con las montañas de Tahuín. Probablemente el camino continúe y pase por el cerro Mirador en el cantón Arenillas, donde, de acuerdo a información proporcionada por guías locales, existe un camino de tierra que va por la cumbre del cerro y se dirige efectivamente al oeste, eventualmente a Chacras (donde también hay sitios arqueológicos prehispánicos) para, finalmente, avanzar en dirección a la frontera con la República del Perú.

Anotaciones finales

El padre Bernabé Cobo (1956-1964 [1653], II: 127) se refiere al camino que desde el puerto de Tumbes se dirigía a la sierra como una ruta lateral importante; señala, además, que desde Quito Tupac Inka Yupanqui atravesó más



Foto 12. Camino por el sitio La Bocana 200 m s. n. m. (Proyecto Inventario Nacional, CONAH-ES-POL 2008).

de 20 leguas conquistando todos los valles, y por la costa y el mar, hasta Tumbes (*Ibid.*: 88). En otra parte de su crónica, relata el regreso de Tupac Inka a Tumbes, luego del suceso de Yahuarcocha:

Bajo el Inga a la costa de la mar, y llegando al valle de Tumbis que por aquella marina era el último de su imperio, hallaron muy grandes dificultades en dilatarlo por allí, a causa de ser la tierra que adelante se seguía muy fragosa y de cerrados bosques ríos y ciénagas; con todo eso con su ánimo invencible, procuro pasar adelante (Cobo 1956-1964 [1653], II: 92).

Asimismo, en una relación sobre Zaruma de 1592 (Auncibay 1992 [1592]) se dice que el camino de Zaruma al puerto de Tumbes estaba cerrado de arcabuco y montañas ás-

peras y que más era camino de indios que de españoles.

Además del retorno de Tupac Inka Yupanqui por la costa, en estas narraciones se menciona la difícil geografía del tramo y la dificultad de no poder extender la construcción del camino en estos sectores. En este contexto, vale destacar lo afirmado por Siemens (1992: 10), que el río Arenillas posee una llanura inundable con sedimentos de diversas texturas del Plioceno y Pleistoceno, cubiertos con depósitos de arcilla, fango y cieno del Holoceno, y en la frontera entre las llanuras costeras y las faldas de los Andes, por formaciones de piedemonte de diversas texturas del Holoceno. De otro lado, el clima es estacional y con una considerable variación climática de año a año y a lo largo de varios años, atribuible a la ocurrencia del Niño, que incluso ocasiona la inun-

dación de los lugares más altos de la ribera (*Ibid.*). Si el Inka pretendió extender el camino por esta franja, indudablemente la zona resultaba complicada geográfica y climáticamente, y es muy probable que ciertos tramos de los caminos locales no hubieran sido reconstruidos por los inkas, sino que simplemente los hubieran reutilizado, como podría ser el caso del sector noroeste de la cordillera de Tahuín, donde el camino local podría haber sido utilizado para aproximarse a Tumbes.

Adicionalmente, estudios realizados por Marcos (1986) y Hocquenghem con sus colegas (1993) han planteado la existencia de antiguas relaciones comerciales entre las poblaciones de esta región y las del suroeste andino desde el período Formativo Tardío. El año 2008, en el marco del Proyecto de Inventario Nacional del Patrimonio Cultural, se localizó cerámica narrío (perteneciente al Formativo Tardío) en el sitio Brasil, localizado a 200 m s. n. m., justamente en la ruta que venimos tratando, lo que sugiere que se trataba de una franja altamente ocupada por pueblos prehispánicos.

A partir de lo expuesto, se concluye que los inkas construyeron la red vial de la cordillera de Chilla a Tomebamba sobre caminos locales. Se tiene evidencia de un camino con roca en Cargadichina, Tocto, Guiñayzhu, Gallo Cantana, Chilla, Daucay, Yacuviña, Sambotambo, Bebedero de Oso, La Bocana, entre otras segmentos todavía sin localizar. Es de resaltar que en algunos tramos de caminos, como en Corona Loma y Yacuviña, existen cerros socavados a manera de caminos, conocidos comúnmente como *coluncus* o caminos locales, que integraban la ruta del Camino Inka; respecto a estos *coluncus*, no estamos seguros si los inkas los construyeron o reconstruyeron. Conjuntamente, algunos caminos de tierra como Cochaguro, en la cuchilla de la montaña, también pare-

cen haber formado parte de la ruta. En el sitio La Bocana encontramos el último empedrado de la calzada. Desde este punto hasta el sitio El Mirador, en el cantón Arenillas, no se ha encontrado ninguna evidencia de calzada adoquinada y, al parecer, no fue trabajada por el inkario. Lo que sí se observó es que el noroeste de la cordillera de Tahuín tuvo una intensa ocupación de poblaciones locales.

Por lo demás, la anchura del camino que se ha descrito fluctúa entre 1 y 3 metros; algunas veces la superficie es de tierra y otras es mixta, pocas veces se ha encontrado el camino completamente empedrado. La habitual ausencia de empedrado posiblemente se deba a una destrucción antrópica o quizá al hecho de que la calzada fue implementada simplemente con tierra.

Finalmente, como los documentos históricos lo sugieren, planteamos que los inkas habrían regresado por una ruta directa a Tumbes; en este escenario, la salida por el noroeste de la cordillera de Tahuín podría constituir una alternativa. Es necesario continuar la investigación en estas regiones no estudiadas, como tantas otras del territorio ecuatoriano.

Agradecimientos

Deseo agradecer a Magner Turner por acompañarnos a registrar un tramo de camino en la localidad Piedras (2019), de igual manera a Harry Jonitz por su ayuda para investigar el entorno del cerro Mirador en Arenillas (2019).

Referencias citadas

FUENTES DIGITALES

- Jadán Veriñez, Mary
2018 "Apropiación inca en la cordillera de Chilla, suroeste de los Andes del Ecuador: El caso del sitio Guiñayzhu", *Arqueología Iberoamericana* [Graus], 37, pp. 13-22 [en línea]. Disponible en <https://www.laiesken.net/arqueologia/pdf/2018/AI3702.pdf> [28 de julio de 2022].
- Jadán Veriñez, Mary; Pedro A. Carretero Poblete y Bolívar Galarza Rodríguez
2018 "Caminos aborígenes conectados al *Qhapaq Ñan*, Cuenca del río Chanchán, provincia de Chimborazo, Ecuador", *Arqueología Iberoamericana* [Graus], 40, pp. 54-64 [en línea]. Disponible en <https://www.laiesken.net/arqueologia/pdf/2018/AI4007.pdf> [28 de julio de 2022].

FUENTES DOCUMENTALES

- Carrillo, Antonio y Bolívar Galarza Rodríguez
2007 *Conectividad de los caminos transversales del Qhapaq Ñan a través del Parque Nacional Cajas*. Informe presentado a la Universidad del Azuay, Cuenca.
- Checa Ron, Sophia
2015 *Proyecto "Estudios multidisciplinarios en cinco espacios prehispánicos tardíos del Ecuador". Historia de Yacuvíñay*. Informe presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Loja.
- Corporación Nacional de Arqueología e Historia (CONAH) - Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL)
2008 *Base de datos del Inventario de sitios arqueológicos de la provincia de El Oro*. Corporación Nacional de Arqueología e Historia, Escuela Superior Politécnica del Litoral, Guayaquil.
- Delgado Espinoza, Florencio
2007 *Prospección arqueológica de la Concesión Minera Gaby, Parroquia Camilo Ponce Enríquez*. Informe presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Guayaquil.

- Idrovo Urigüen, Jaime
2000 *Yacuvíñay*. Informe final de Investigación octubre 2009 a febrero del 2000 presentado al Consejo Provincial de El Oro, Paccha.
- 2006 *Prospección arqueológica del Cantón Santa Isabel*. Informe final presentado al Ilustre Municipio del Cantón Santa Isabel, Santa Isabel.
- Jadán Veriñez, Mary
2009 *Proyecto tecnología prehispánica sistema de terracería agrícola Parroquia Guanazán*. Informe final presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Loja.
- 2013 *Estudio de impacto arqueológico, áreas mineras Bella Rica Código 015 y Guanache Tres De Mayo Código 0170*. Informe final presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Cuenca.

- Netherly, Patricia; Olaf Holm, Jorge Marcos Pino y Raúl Marca Mejía
1980 *Survey of the Arenillas Valley, El Oro Province Ecuador*. Ponencia presentada al Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Philadelphia.

FUENTES IMPRESAS

- Ángeles, Domingo de los
1992 [1582] "San Francisco de *Paccha* y San Bartolomé de *Aroxcapa*", en Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*. Volumen 2, pp. 379-381 Quito: Marka - Ediciones Abya-Yala [Fuentes para la Historia Andina].
- Aucibay, Francisco de
1992 [1592] "Relación del sitio del cerro de Zaruma y distancia de leguas a Quito y a Loja y a Cuenca y repartimiento de indios de aquella provincia", en Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*. Volumen 2, pp. 532-546. Quito: Marka - Ediciones Abya-Yala [Fuentes para la Historia Andina].

- Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión - Núcleo de El Oro
2010 *Registro, reconocimiento y mapeo de los sitios arqueológico de El Oro. Congreso de la Cultura*

Orense. Machala: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión - Núcleo de El Oro.

- Cieza de León, Pedro
2005 [1553] *Crónica del Perú. El señorío de los incas*. Edición de Franklin Pease García-Yrigoyen. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

- Cobo, Bernabé
1956-1964 [1653] *Historia del Nuevo Mundo*, en Francisco Mateos (editor), *Obras del padre Bernabé Cobo*. 2 tomos. Madrid: Ediciones Atlas [Biblioteca de Autores Españoles, 91-92].

- Fresco, Antonio
2004 *Ingañan: la red vial del imperio inca en los Andes ecuatoriales*. Quito: Banco Central del Ecuador.

- Galarza Rodríguez, Bolívar; Napoleón Almeida Durán y Silvia Guzmán
2014 "Daucay, conjunto arqueológico monumental tardío en la cordillera homónima, provincia de El Oro", en *Estudios multidisciplinarios en cinco espacios prehispánicos tardíos del Ecuador*, pp. 312-326. Quito: Instituto Nacional de Patrimonio Cultural - Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación - Universidad de Cuenca.

- Gaviria, Martín de
1992 [1582] "Santo Domingo de Chunchi", en Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*. Volumen 2, pp. 400-403. Quito: Marka - Ediciones Abya-Yala [Fuentes para la Historia Andina].

- Gómez, Juan
1992 [1582] "Cañaribamba", en Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*. Volumen 1, pp. 394-400. Quito: Marka - Ediciones Abya-Yala [Fuentes para la Historia Andina].

- Hyslop, John
1992 *Qhapaqñan: el Sistema Vial Inkaico*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos - Petróleos del Perú.

- Hocquenghem, Anne Marie; Jaime Idrovo Urigüen, Peter Kaulicke Roermann y Dominique Gomis
1993 "Bases de Intercambio entre las sociedades norperuanas y surecuatorianas: una zona de transición entre 1500 a. C. y 600 d. C.", en *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* [Lima], 22(2), pp. 443-466.

- Hocquenghem, Anne Marie; José Poma Loja y Lorena Salcedo Carrión
2009 *La red vial incaica en la región sur del Ecuador*. Loja: Universidad Nacional de Loja.

- Idrovo Urigüen, Jaime
1993 "Arquitectura y urbanismo en Tomebamba, Ecuador", *Beiträge zur Allgemeinen und vergleichenden Archäologie* [Mainz], 13, pp. 253-323.

- Marcos Pino, Jorge
1986 "Breve prehistoria del Ecuador", en Jorge Marcos Pino (editor), *Arqueología de la costa ecuatoriana: nuevos enfoques*, pp. 25-50. Quito: Escuela Superior Politécnica del Litoral, Corporación Editora Nacional.

- Murillo Carrión, Rodrigo
2007 *Provincia de El Oro: lugares y tiempos*. Machala: Universidad Técnica de Machala.

- Odaira, Suichi
1998 "El Mirador de Mullupungo: un aspecto del control inka en la costa sur del Ecuador", *Tawantinsuyu. An International Journal of Inka Studies* [Canberra], 5, pp. 145-152.

- Pablos, Hernando de
1992 [1582] "Relación que envió a mandar Su Majestad se hiciese de esta ciudad de Cuenca y de toda su provincia", en Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*. Volumen 1, pp. 372-378. Quito: Marka - Ediciones Abya-Yala [Fuentes para la Historia Andina].

- Requena, Francisco
1994 [1774] "Descripción histórica y geográfica de la provincia de Guayaquil", en Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVII-XIX)*. Volumen 3,

pp. 477-490. Quito: Instituto de Historia y Antropología Andina – Ediciones Abya-Yala.

Salazar de Villasante, Juan

1992 [1570-1571]: “Relación de la ciudad y provincia de Quito”, en Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*. Volumen 3, pp. 71-97. Quito: Instituto de Historia y Antropología Andina – Ediciones Abya-Yala.

Siemens, Alfred H.

1992 “Las “hoyas” de las tierras bajas de El Oro, Ecuador”, *Gaceta Arqueológica Andina* [Lima], 6(21), pp. 5-16.

Uhle, Max

2019 [1923] “Las ruinas de Tomebamba”, en Tamara Landívar Villagómez, Jaime Idrovo Urigüen, Marcos Sempértégui Cárdenas y Marcelo Guiracocha Llivipuma (editores), *Max Uhle: aportes a la arqueología del austro ecuatoriano*, pp. 49-70. Cuenca: Museo y Parque Arqueológico Pumapungo – Universidad del Azuay.

Verneau, René y Paul Rivet

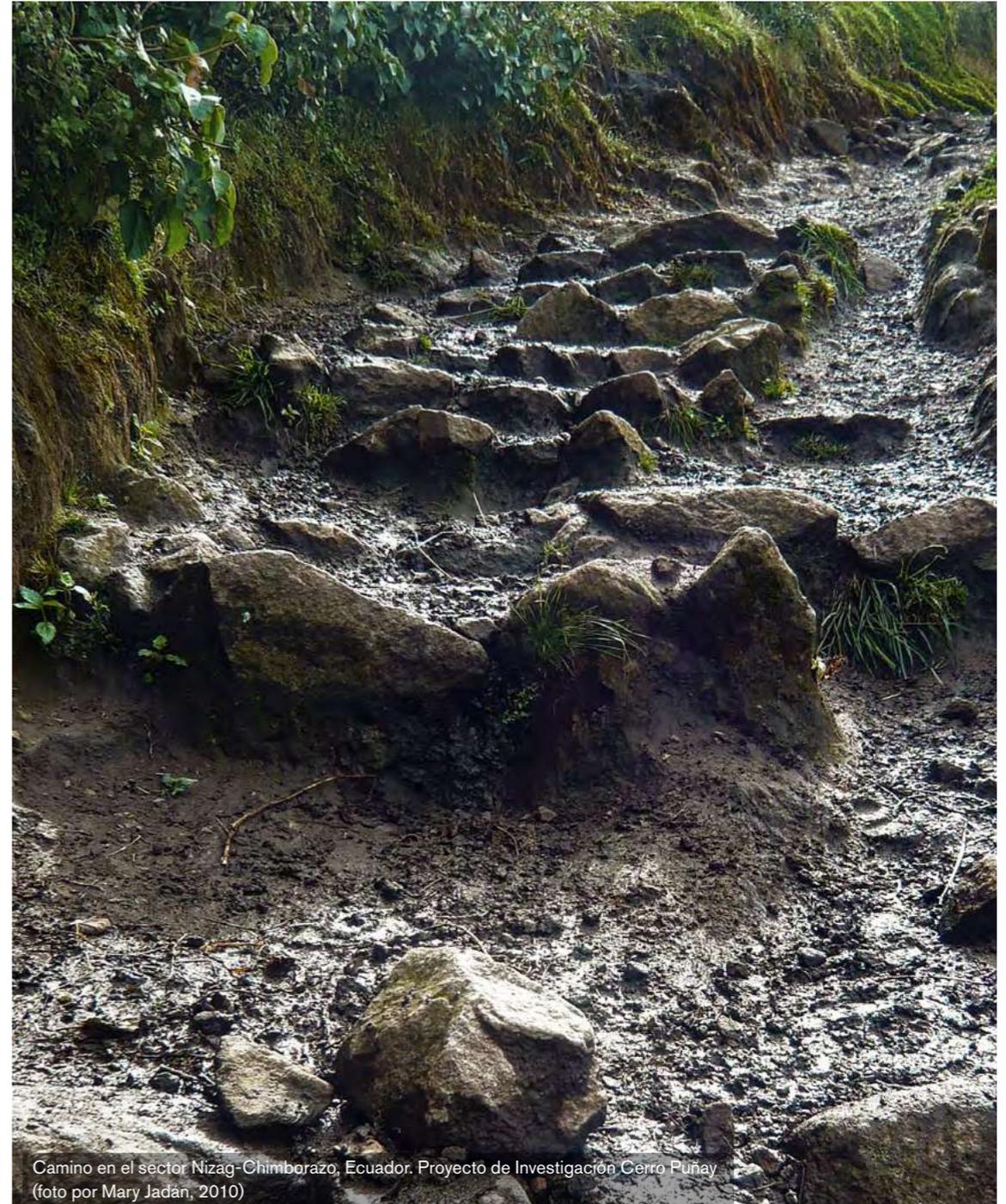
2019 [1912] *Etnografía antigua del Ecuador*. Edición de Benigno Malo. Cuenca: Grupo Cultural Cruz del Sur.

Villavicencio Montúfar, Manuel

1858 *Geografía de la República del Ecuador*. Quito: Biblioteca Nacional del Ecuador Eugenio Espejo.

Wolf, Teodoro

1892 *Geografía y geología del Ecuador*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.



Camino en el sector Nizag-Chimbarazo, Ecuador. Proyecto de Investigación Cerro Puñay (foto por Mary Jadán, 2010)

11

12

13

14

15

QHAPAQ
ÑAN PERÚ
sede
nacional



<https://www.gob.pe/cultura>

<https://www.facebook.com/mincu.pe>

<https://twitter.com/MinCulturaPe>

<https://www.instagram.com/minculturape/>

<https://www.youtube.com/user/mculturaperu>

**QHAPAQ
NAM** PERÚ
sede
nacional

ISBN: 978-612-4391-83-5



 **Siempre
con el pueblo**



**BICENTENARIO
PERÚ 2021**